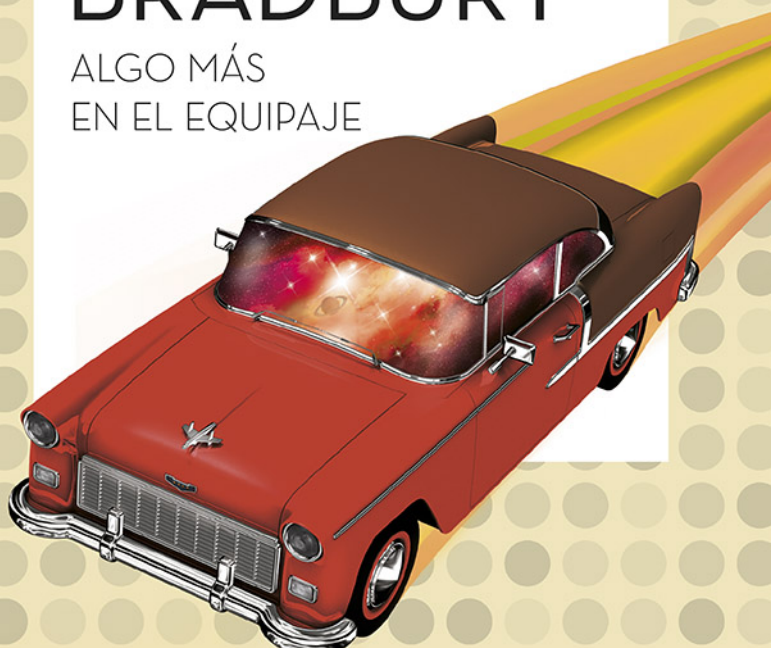
minotauro

RAY BRADBURY

ALGO MÁS EN EL EQUIPAJE



Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1. Primer día
2. Trasplante de corazón
3. «Quid pro quo»
4. Después del baile
5. «In memoriam»
6. Conversación íntima
7. El dragón bailó a medianoche
8. El diecinueve
9. Bestias
10. Tarde de otoño
11. Donde todo es vacío hay espacio para moverse
12. «One-woman show»
13. La gira de despedida de El Gordo y el Flaco en Alfa Centauri
14. Sobras
15. Algo más en el equipaje
16. Tangerine
17. Con sonrisas cálidas como el verano
18. El paso del tiempo
19. El enemigo entre el trigo
20. ¡Atención!
21. Mi hijo Max
22. El acumulador de F. Scott/Tolstói/Ahab
23. Bueno, ¿qué tienes que decir en tu favor?
24. Diane de Forêt

25. El grillo en el hogar
Epílogo: metáforas, el desayuno de los campeones
Créditos

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Saborear la dulce inocencia de la juventud, y la sabiduría (y la locura) de la madurez; probar los cálidos misterios de un verano, y la amargura de los amores traicionados o de los lugares abandonados; viajar a una casa donde el tiempo no tiene fronteras o a un lejano planeta aquejado de una epidemia de tristeza; sentir el adictivo terror ante una misteriosa llamada telefónica anunciada; observar las almas errantes de seres queridos... sólo Ray Bradbury puede ofrecernos experiencias literarias tan variadas como sugerentes.

Con esta colección de relatos podremos disfrutar de lo mejor del maestro indiscutible de la narración breve del siglo XX.

Algo más en el equipaje

Ray Bradbury

minotauro

A DONALD HARKINS,
amigo querido, de caro recuerdo,
con afecto.

Dedico este libro
con cariño y gratitud a
FORREST J. ACKERMAN,
quien me sacó del instituto en 1937
y puso en marcha mi carrera de escritor.

1

Primer día

Charles Douglas echó un vistazo al periódico mientras desayunaba y vio la fecha. Dio otro mordisco a la tostada, miró de nuevo y dejó el periódico sobre la mesa.

—Dios mío —dijo.

Alice, su mujer, se sobresaltó y levantó la mirada.

—¡Mira la fecha! Catorce de septiembre.

—¿Y? —preguntó Alice.

—¡Es el primer día de colegio!

—Repítelo.

—Es el primer día de colegio, ya sabes, las vacaciones de verano han terminado y todo el mundo vuelve a clase, las caras de siempre, la gente de siempre. Alice miró detenidamente a su marido, pues había comenzado a levantarse de la silla.

—Explícate.

—¿Es o no es el primer día? —inquirió Charlie.

—¿Y a nosotros qué más nos da? —quiso saber Alice—. No tenemos hijos, no conocemos a ningún profesor, ni siquiera tenemos amigos con niños que vivan cerca de aquí.

—Ya, pero… —dijo Charlie con una voz rara, tomando de nuevo el periódico—. Hice una promesa.

—¿Una promesa? ¿A quién?

—A mi antigua pandilla —respondió—. Hace años. ¿Qué hora es?

—Las siete y media.

—Será mejor que nos demos prisa, o nos lo perderemos.

—Te serviré más café —dijo Alice—. Tranquilízate. Dios mío, tienes un aspecto horrible.

—Es que acabo de recordarlo. —Charlie observó a su mujer mientras le rellenaba la taza—. Hice una promesa. Ross Simpson, Jack Smith, Gordon Haines y yo casi hicimos un juramento de sangre. Prometimos que nos reencontraríamos el primer día de clase cuando se cumplieran cincuenta años de nuestra graduación.

Alice volvió a sentarse y soltó la cafetera.

—¿Todo esto tiene que ver con el primer día de colegio de 1938?

—Sí, 1938.

—Y te pasabas el día holgazaneando con Ross, Jack y... cómo se llamaba el otro...

—¡Gordon! Y no solo holgazaneábamos. Sabíamos que estábamos a punto de salir al mundo y que seguramente no volveríamos a vernos en años, o nunca, pero hicimos el solemne juramento de que nos acordaríamos de volver, pasara lo que pasara, aunque tuviéramos que venir desde la otra punta del mundo, y nos reencontraríamos delante del colegio, junto al asta de la bandera, en 1988.

—¿Todos lo prometisteis?

—Solemnemente, sí. Y yo sigo aquí sentado cuando debería estar saliendo como un rayo por la puerta.

—Charlie —dijo Alice—, ¿es que ya no recuerdas que tu antiguo colegio está a más de sesenta kilómetros de aquí?

—Son cuarenta y cinco.

—Pues cuarenta y cinco. ¿Y vas a conducir hasta allí y...?

—Llegaré antes del mediodía, ya lo creo.

—¿Sabes lo que me parece esto, Charlie?

—Una locura —respondió él lentamente—. Adelante, dilo.

—¿Y qué pasa si llegas allí y no aparece nadie más?

—¿Qué quieres decir? —preguntó Charlie elevando la voz.

—Quiero decir que a lo mejor eres el único idiota lo suficientemente loco para creer que...

—¡Lo prometieron! —la interrumpió Charlie.

—¡Pero eso fue hace una eternidad!

—¡Lo prometieron!

—¿Y si al cabo de tantos años han cambiado de opinión, o simplemente lo han olvidado?

—Jamás lo olvidarían.

—¿Por qué?

—Porque éramos inseparables, eran mis amigos del alma. Nadie ha tenido nunca unos amigos así.

—Ay, Señor —suspiró Alice—. Qué triste y qué ingenuo eres.

—¿Eso piensas de mí? Dime una cosa, si yo lo recuerdo, ¿por qué no iban a hacerlo ellos?

—¡Porque no hay otro más chiflado que tú!

—Muchas gracias.

—¿Es que no es verdad? Solo hay que echar un vistazo arriba, a tu despacho. Está lleno de trenecitos, muñecos, juguetes, carteles de películas...

—¿Y?

—Mira tus archivadores. Están repletos de cartas de 1960, 1950, 1940. Eres incapaz de tirar nada.

—Son especiales.

—Lo son para ti. Pero ¿de verdad piensas que esos amigos, o extraños, han guardado tus cartas como tú guardas las suyas?

—Escribo unas cartas muy buenas.

—De acuerdo. Pero llama a cualquiera de los que las han recibido y pídele que te devuelva alguna. ¿Cuántas crees que te enviará?

Charlie no respondió.

—Cero patatero —dijo Alice.

—No es necesario que hables así —protestó Charlie.

—¿«Cero patatero» es una expresión malsonante?

—Si empleas ese tono, sí.

—¡Charlie!

—¡No me hables como si fuera un niño!

—¿Qué me dices del trigésimo aniversario de tu grupo del club de teatro, cuando fuiste corriendo con la esperanza de ver a una cabeza de chorlito llamada Sally no sé qué y ella no te recordaba, ni siquiera sabía quién eras?

—Tú continúa, continúa —dijo Charlie.

—Oh, Dios mío —repuso Alice—. No quiero aguarte la fiesta, pero no me gusta verte sufrir.

—Esas cosas no me afectan.

—¿Ah, no? Hablas de elefantes y luego sales a cazar libélulas.

Charlie se había puesto en pie. Con cada comentario de su mujer crecía un poco más.

—El gran cazador se va —dijo Charlie.

—Eso es —suspiró agotada Alice—. Vete.

—Estoy en la puerta.

Alice miró a su marido.

—He salido.

Y la puerta se cerró.

«Dios mío, parece Nochevieja», pensó Charlie.

Pisó el acelerador a fondo y levantó el pie, volvió a pisarlo y lo soltó lentamente, al ritmo del zumbido de colmena que le retumbaba dentro de su cabeza.

«O Halloween, ya entrada la noche, cuando la diversión ha terminado y todo el mundo vuelve a casa», se dijo. ¿A qué celebración se parecía más?

De manera que avanzaba a una velocidad constante, mirando continuamente el reloj. Aún tenía tiempo, claro que sí, tiempo de sobra, pero debía llegar a su destino al mediodía.

¿Qué demonios estaba haciendo?, se preguntó. ¿Tenía razón Alice? ¿Estaba haciendo el tonto y este viaje era una absoluta pérdida de tiempo? ¿Por qué creía que era tan importante? Después de todo, ¿quiénes eran esos tipos, ahora unos desconocidos, y qué habían estado haciendo? Ni una carta, ni una llamada telefónica, ni un encuentro casual en la calle, ni una necrológica. «¡Tacha esto último! Pisa el acelerador, relájate, por Dios —se dijo—. Estoy impaciente por llegar.» Rio estridentemente. ¿Cuándo fue la última vez que dijiste eso? De niño eras impaciente, tenías una lista de las cosas que esperabas con impaciencia. ¿La Navidad? Dios mío, siempre faltaban un

millón de años para que llegara. ¿Pascua? Medio millón. ¿Halloween? Ay, mi querido Halloween... Las calabazas, las carreras, los gritos, los golpes en las ventanas y en los timbres de las puertas, y las máscaras, el aliento caliente con olor a cartón en la cara. ¡Todos los Santos! El mejor día del año. Pero parecía haber pasado en otra vida. Y el Cuatro de Julio, con sus grandes expectativas, el empeño en ser el primero en levantarse de la cama, vestirse a toda prisa y salir a la calle, el primero en encender los cohetes, ¡el primero en hacer saltar por los aires la ciudad! ¡Eh, escucha! ¡El primero! El Cuatro de Julio. La impaciencia. ¡La impaciencia!

Pero en aquellos tiempos casi todos los días había algo que esperaba con impaciencia. Los cumpleaños, las excursiones al lago fresco en los calurosos mediodías, las películas de Lon Chaney, el Jorobado, el Fantasma. Los esperaba con impaciencia. Excavar cuevas en el barranco. La visita de los magos muy de tanto en tanto. Los esperaba con impaciencia. Se lanzaba de cabeza. A encender las bengalas. Con impaciencia. Con impaciencia.

Aminoró la marcha mirando de frente el Tiempo.

Ya quedaban poca distancia y poco tiempo. El viejo Ross. El querido Jack. Gordon el especial. La pandilla. Los invencibles. Contándose a él no eran tres sino cuatro mosqueteros.

Repasó la lista, y menuda lista. Ross, el canalla guapo, más maduro que los demás a pesar de que todos tenían la misma edad; era brillante, pero no presumía de ello, nunca iba apurado en los estudios y sacaba buenas notas sin esfuerzo. Era un lector voraz, le encantaba el programa de radio de los miércoles de Fred Allen y al día siguiente repetía los mejores chistes. Siempre iba bien vestido, a pesar de su pobreza. Una buena corbata, un buen cinturón, un abrigo, unos pantalones, siempre planchados, siempre limpios. Ross. Sí, así era Ross.

Y Jack, el futuro escritor que conquistaría el mundo y sería el mejor de la historia. Eso pregonaba, eso decía, con seis peniques en el bolsillo y un cuaderno amarillo a punto para destronar a Steinbeck. Jack.

Y Gordon, que se paseaba por el campus sobre los cuerpos de

chicas que gemían debajo de él, pues no tenía más que mirar a una mujer para que cayera rendida a sus pies.

Ross, Jack, Gordon, ¡vaya equipo!

A veces conducía rápido y a veces despacio. Ahora despacio.

«¿Qué pensarán ellos de mí? ¿Es suficiente lo que he hecho? ¿Lo he hecho bien? Noventa relatos, seis novelas, una película, cinco obras de teatro... No está mal. Maldita sea, no diré nada. ¿A quién le importa? Tú cierra la boca y déjales hablar a ellos. Tú escucha. La conversación será fantástica.»

«¿Qué será lo primero que nos diremos cuando toda la pandilla se reúna junto al asta de la bandera? ¿Hola? ¡Dios mío, no puedo creerme que hayáis venido! ¿Cómo os va? ¿Qué contáis? ¿La salud bien? Matrimonio, hijos, nietos, fotografías... Desembuchad. ¿Qué, qué?»

«Vale —se dijo—, tú eres el escritor. Piensa en algo más que un saludo, en una manera de celebrar el reencuentro. Escribe un poema. Dios mío, ¿aguantarán un poema? Quizá será demasiado algo así como: Os quiero, os quiero a todos. No. Es demasiado. Os quiero.»

Redujo aún más la velocidad y escrutó las sombras a través del parabrisas.

Pero ¿y si no aparecen? Vendrán. Tienen que venir. Y si vienen todo irá bien, ¿verdad? Sabiendo cómo son los chicos, si les ha ido mal en la vida, si sus matrimonios han fracasado, o les ha pasado cualquier otra desgracia, no aparecerán. Pero si les ha ido bien, maravillosamente bien, seguro que vendrán. Esa será la prueba, ¿no? Si les ha ido bien, recordarán la fecha y acudirán. ¿Verdadero o falso? ¡Verdadero!

Pisó el acelerador convencido de que sus amigos estarían en el lugar acordado. Luego volvió a levantar el pie, convencido de que no acudirían a la cita. Volvió a pisarlo. ¡Qué demonios! ¡Qué demonios!

Y detuvo el coche delante del colegio. Increíblemente encontró sitio para aparcar y vio que apenas había estudiantes alrededor del asta de la bandera, un puñado a lo sumo. Habría deseado que hubiera más para camuflar la llegada de sus amigos,

porque seguramente habrían preferido que los demás no los vieran de inmediato cuando aparecieran. ¿O no? Él por lo menos lo habría preferido. Un avance lento a través de la multitud congregada al mediodía y luego la gran sorpresa, ¿no era así como debía producirse el reencuentro?

Vaciló mientras bajaba del coche, hasta que una pequeña muchedumbre salió del colegio, chicos y chicas que hablaban todos a la vez y se detenían cerca del asta de la bandera. Eso le hizo feliz, ya que ahora había gente suficiente para ocultar la llegada de los rezagados, cualquiera que fuera su edad. No se volvió inmediatamente después de apearse del coche, pues temía mirar y no ver a nadie allí, que no hubiera acudido ninguno de sus viejos amigos, que nadie hubiera recordado la cita, que todo fuera una gran tontería. Resistió la tentación de volver a subir al coche y marcharse.

El asta de la bandera estaba desierta. Es decir, había gente alrededor de ella, cerca, pero nadie pegado a ella.

Charlie siguió mirando el asta como si así pudiera hacer que alguien se detuviera junto a ella, la tocara.

Le latió más despacio el corazón, pestañeó e instintivamente comenzó a marcharse.

Pero entonces, en los márgenes de la multitud, se movió un hombre.

Era un hombre mayor, con el pelo cano y el rostro pálido, que caminaba con pasos lentos. Un anciano.

Enseguida aparecieron otros dos ancianos.

«¡Oh, Dios mío! ¿Son ellos? —se preguntó Charlie—. ¿Se han acordado? ¿Y ahora qué?»

Los tres ancianos formaban un círculo amplio; no se hablaban, apenas se miraban, no se movían, y así pasaron un largo rato.

«¿Eres tú, Ross?», se preguntó Charlie. Y al ver al siguiente: «Jack, ¿verdad?». Y el último: «¿Gordon?».

Todos tenían la misma expresión en la cara. Dentro de su cabeza debían de estar formándose los mismos pensamientos.

Charlie se inclinó hacia delante. Los demás hicieron lo mismo. Charlie dio un paso muy corto. Los otros tres dieron unos pasos

muy cortos. Charlie paseó la mirada por los rostros de los otros. Estos hicieron lo mismo e intercambiaron miradas. Y entonces...

Charlie retrocedió un paso. Tras un largo momento, los otros tres hombres lo imitaron. Charlie esperó. Los tres ancianos esperaron. La bandera ondeó en el asta, agitada por una suave brisa.

Del interior del colegio llegó el sonido de una campana. La hora del almuerzo había terminado y era la hora de entrar. Los estudiantes se dispersaron por el campus.

Una vez que los estudiantes se pusieron en movimiento y la multitud se disgregó, el camuflaje desapareció y ya no había donde esconderse. Los cuatro hombres se quedaron formando un amplio círculo alrededor del asta de la bandera, separados por unos quince o veinte metros, como las cuatro puntas de una brújula en un radiante día de otoño.

Tal vez uno de ellos se humedeció los labios; quizá uno parpadeó; quizá uno adelantó un pie arrastrándolo por el suelo y luego lo retiró. El viento agitaba el cabello blanco que les cubría las cabezas. Una ráfaga de viento desplegó la bandera en el asta. Dentro del colegio sonó otra campana con un mensaje definitivo.

Charlie sintió que las palabras se formaban en su boca, pero no dijo nada. Repitió los nombres, esos nombres maravillosos, adorados, en susurros que solo podía oír él.

No tomó él la decisión, sino la parte inferior de su cuerpo, cuando dio media vuelta; las piernas la secundaron, también los pies. Dio un paso atrás y se detuvo.

Al otro lado de la gran distancia que los separaba, los desconocidos, azotados por el viento del mediodía, dieron media vuelta de uno en uno, retrocedieron un paso y esperaron.

Charlie sintió que su cuerpo vacilaba y quería avanzar, pero no hacia el coche. Tampoco esta vez tomó él la decisión. Sus zapatos, incorpóreos, se lo llevaron de allí.

Lo mismo hicieron los cuerpos, los pies y los zapatos de los desconocidos.

Ahora él caminaba, ahora ellos caminaban, todos en distintas direcciones, lentamente, mirando de soslayo el asta que iba

quedándose desierta y la bandera abandonada que flameaba silenciosamente, el césped vacío que se extendía delante del colegio, en cuyo interior era el momento de las voces altas, las risas y las sillas que se arrastraban por el suelo para colocarse en su sitio.

Todos caminaban, mirando con el rabillo del ojo el asta de la bandera que dejaban atrás.

Charlie se detuvo un momento, incapaz de mover los pies. Echó un último vistazo atrás y sintió un hormigueo en la mano derecha, como si esta quisiera alzarse. La levantó ligeramente y la miró.

Y entonces, a unos sesenta o setenta metros de él, más allá del asta de la bandera, uno de los desconocidos, mirándolo de soslayo, levantó la mano en el aire y saludó quedamente con ella una vez. Al verlo, otro anciano hizo lo mismo; también el tercero.

Charlie observó cómo su mano y su brazo se alzaban lentamente y las puntas de sus dedos se movían de manera casi imperceptible en el aire. Alzó la vista hacia la mano y luego la volvió hacia el resto de los ancianos.

«Qué equivocado estaba, Dios mío —pensó—. No es el primer día de colegio. Es el último.»

Alice estaba en la cocina friendo algo que olía bien.

Charlie se quedó en la puerta un momento.

—Hola —dijo ella—, entra y siéntate.

—Claro —contestó Charlie. Se acercó a la mesa del comedor y se fijó en que estaba puesta con la mejor cubertería, la mejor vajilla y las mejores servilletas, y en que estaban encendidas las velas que solían reservar para las cenas a la hora del crepúsculo.

Alice esperaba en la puerta de la cocina.

—¿Cómo sabías que volvería pronto? —preguntó Charlie.

—No lo sabía. Te he visto aparcar. El beicon y los huevos se hacen rápido. Enseguida estarán listos. ¿Por qué no te sientas?

—Buena idea. —Puso la mano en el respaldo de una silla y miró detenidamente la cubertería—. Me sentaré.

Se sentó. Alice entró, le besó en la frente y regresó a la

cocina.

—¿Y bien? —le gritó desde la cocina.

—¿Y bien qué?

—¿Cómo ha ido?

—¿Cómo ha ido el qué?

—Ya sabes —dijo ella—. El gran día. Todas esas esperanzas. ¿Apareció alguien?

—Por supuesto —respondió Charlie—. Todos.

—Bueno, pues cuenta.

Alice apareció por la puerta de la cocina con el beicon y los huevos. Observó con atención a su marido.

—¿Decías...?

—¿Quién? ¿Yo? —Charlie se inclinó sobre la mesa—. Ah, sí.

—Bueno, ¿teníais mucho de qué hablar?

—Nosotros...

—¿Sí?

Charlie miró el plato vacío que tenía delante, en el que cayeron algunas lágrimas.

—¡Ya lo creo! —exclamó elevando exageradamente la voz—. Nos hemos pasado el día hablando.

2

Trasplante de corazón

—¿Si haría el qué? —preguntó él acostado en la oscuridad, mirando relajadamente el techo.

—Ya lo has oído —respondió ella tendida a su lado, tomándole la mano, igualmente relajada, pero más que mirar el techo lo escrutaba como si tratara de ver algo que había allí—. ¿Y?

—Repíteme la pregunta —pidió él.

—Si… —dijo ella tras una larga pausa—. Si pudieras enamorarte otra vez de tu mujer, ¿lo harías?

—Qué pregunta más rara.

—No es tan rara. Si viviéramos en el mejor de los mundos posibles, si el mundo funcionara como deberían hacerlo los mundos, ¿lo lógico no sería que las personas volvieran a enamorarse y fueran felices para siempre? Después de todo, tú estuviste locamente enamorado de Anne.

—Locamente.

—Eso nunca se olvida.

—Nunca. En eso estoy de acuerdo.

—Bueno, entonces, aceptando eso como una verdad, ¿tú querrías…?

—No se trata de querer sino de poder.

—Ahora no estamos hablando de eso. Imaginemos unas circunstancias nuevas, que por una vez todo funcionara correctamente, que tu mujer, en vez de actuar como lo hace ahora, lo hiciera de acuerdo con tu idea de la perfección. ¿Qué pasaría entonces?

Él se apoyó en un codo y la miró.

—Estás rara esta noche. ¿Qué te ha dado?

—No lo sé. Quizá sea porque mañana cumpliré cuarenta años, y tú cumplirás cuarenta y dos el mes que viene. Si los hombres enloquecen a los cuarenta y dos, ¿las mujeres no deberían volverse cuerdas dos años antes? O tal vez piense que es una pena que la gente que se enamora no siga enamorada de la misma persona toda la vida, que tenga que buscar otras personas con las que estar, con las que reír o llorar; qué pena...

Él tendió una mano para acariciarle la mejilla y la encontró húmeda.

—Dios mío, estás llorando.

—Solo un poco. Es que me parece muy triste. Yo estoy triste. Los demás lo están. Todo el mundo. Todos. Tristes. ¿Siempre ha sido así?

—Y lo esconden. Nadie dice nada.

—Creo que envidio a la gente del siglo pasado.

—No envidies lo que ni siquiera eres capaz de imaginar. Había mucha locura reprimida detrás de su sereno silencio.

Se inclinó hacia ella y la besó suavemente para secarle las lágrimas que había debajo de sus ojos.

—¿Qué te ha hecho pensar en todo esto?

Ella se incorporó y no supo qué hacer con las manos.

—Tiene gracia —dijo—. Ni tú ni yo fumamos. En los libros y en las películas, la gente, cuando está tendida en la cama después de hacer el amor, enciende un cigarrillo. —Se tapó los pechos con las manos y las dejó ahí mientras hablaba—. Supongo que estaba pensando en Robert, el bueno de Bob, y en lo loca que llegué a estar por él, y en lo que hago aquí contigo, amándote, cuando debería estar en casa cuidando al bebé de treinta y siete años que tengo por marido.

—¿Y?

—Y he pensado en lo fantásticamente bien que me cae Anne. Es una gran mujer, ¿lo sabes?

—Sí, pero intento no pensar en ello dadas las circunstancias. Ella no es tú.

—Y, pero ¿y si, de repente... —dijo envolviéndose las rodillas con las manos y fijando los ojos brillantes y de un azul transparente en él—... ella fuera yo?

—¿Cómo has dicho? —El hombre la miró atónito.

—¿Y si de algún modo Anne recuperara las cualidades que echas en falta en ella y que has encontrado en mí? ¿Volverías a enamorarte de ella? ¿Podrías hacerlo?

—¡Ahora sí que desearía ser fumador! —El hombre puso los pies en el suelo y, dando la espalda a su amante, miró a través de la ventana—. ¿A qué viene esa pregunta sin respuesta?

—Es que ese es el problema —dijo ella hablando a su espalda —. Tú tienes lo que le falta a mi marido y yo tengo lo que le falta a tu mujer. Lo que habría que hacer es un doble trasplante de alma... ¡no, de corazón! —Estuvo a punto de echarse a reír, pero cambió de opinión y casi se le saltaron las lágrimas.

—Ahí tienes una idea para un relato, o una novela, o quizá una película.

—Es nuestra historia y estamos metidos hasta el cuello en ella, y no hay salida a menos que...

—¿A menos que qué?

La mujer se levantó de la cama y se puso a caminar por la habitación hecha un manojo de nervios. Al cabo de un rato se detuvo y contempló las estrellas en el nocturno cielo estival.

—Lo que lo hace tan duro es que Bob ha empezado a tratarme como antes. Desde hace un mes está tan... amable, tan estupendo.

—Oh, Dios mío. —El hombre suspiró y cerró los ojos.

—Sí, oh, Dios mío.

Los dos se quedaron callados.

—La actitud de Anne también ha mejorado —dijo él rompiendo el silencio.

—Oh, Dios mío —musitó la mujer, cerrando los ojos. Volvió a abrirlos y paseó la mirada por las estrellas—. ¿Cómo era el dicho? Con desearlo no basta...

—Me has desconcertado por tercera o cuarta vez en otros tantos minutos.

La mujer se acercó a la cama y se arrodilló en el suelo a su

lado, le tomó las dos manos y lo miró a la cara.

—Mi marido y tu mujer están fuera de la ciudad esta noche, ¿verdad?, cada uno en un extremo del país, uno en Nueva York y el otro en San Francisco. ¿Correcto? Y tú vas a pasar la noche conmigo en esta habitación de hotel y tenemos toda la noche para nosotros, pero... —La mujer hizo una pausa, buscó las palabras, las encontró y reunió el valor para pronunciarlas—: ¿Y si antes de dormirnos los dos pidiéramos un deseo mutuo, tú uno para mí y yo otro para ti?

—¿Un deseo? —El hombre se echó a reír.

—No te rías. —La mujer agitó las manos de su amante y este se calló. Ella agregó—: El deseo de que, mientras dormimos, como por milagro, por intervención divina, por obra de todas las Gracias y las Musas, de la magia y de los sueños imposibles, de algún modo, por alguna razón, los dos —continuó hablando más despacio— volviéramos a enamorarnos, tú de tu mujer y yo de mi marido.

El hombre no dijo nada.

—Ya lo he soltado —afirmó la mujer.

El hombre se inclinó hacia la mesilla de noche y agarró una caja de cerillas, encendió una y la sostuvo en alto para iluminar la cara de la mujer. En sus ojos se reflejaba una llama que no se extinguía. El hombre sopló y la cerilla se apagó.

—Maldita sea —susurró él—. Lo dices en serio.

—Sí. Una maldición pesa sobre nosotros. ¿Estarías dispuesto a intentarlo?

—Por Dios...

—No digas «Por Dios» como si me hubiera puesto furiosa contigo.

—Escucha...

—No, escucha tú. —Ella le tomó las manos otra vez y las apretó fuerte—. Hazlo por mí. ¿Me harías ese favor? Yo haré lo mismo por ti.

—¿Pedir el deseo?

—Cuando éramos niños siempre estábamos pidiendo deseos. A veces se cumplían, pero porque en realidad no eran deseos sino

plegarias.

El hombre bajó la mirada.

—Hace años que no rezo.

—Eso no es verdad. ¿Cuántas veces has deseado volver al primer mes de tu matrimonio? Eso es una especie de deseo desesperado, una plegaria perdida.

Él la miró y tragó saliva varias veces.

—No digas nada —dijo la mujer.

—¿Por qué?

—Porque ahora mismo sientes que no tienes nada que decir.

—Entonces me quedaré callado. Déjame pensarlo. ¿De verdad quieres que pida ese deseo para ti?

Ella se dejó caer hacia atrás y se sentó en el suelo, puso las manos en el regazo y cerró los ojos. Las lágrimas comenzaron a rodar quedamente por sus mejillas.

—Ay, cariño, cariño —dijo en voz baja.

Eran las tres de la mañana y habían dado por terminada la conversación. Pidieron leche caliente, se la bebieron, se cepillaron los dientes y, al salir del baño, él la vio colocando las almohadas en la cama como si fueran el escenario de un teatro nuevo y especial en un tiempo nuevo y especial.

—¿Qué hago yo aquí? —preguntó el hombre en voz alta.

Ella se volvió.

—Antes lo sabíamos. Ya no. Ven. —La mujer le hizo un gesto con la mano y dio unas palmadas en el lado de la cama de su amante.

El hombre rodeó la cama.

—Me siento estúpido.

—Uno tiene que sentirse estúpido para poder sentirse mejor —dijo la mujer señalando la cama.

El hombre se acostó y apoyó la cabeza en la almohada debidamente ahuecada, dobló cuidadosamente la sábana sobre el pecho y cerró las manos alrededor de ella.

—¿Está bien así?

—Perfecto —respondió la mujer. Apagó la luz y se metió en su lado de la cama, tomó una mano de su amante y se estiró completamente recta, con la cabeza en la almohada.

—¿Estás cansado? ¿Tienes sueño?

—Bastante —respondió él.

—Vale. Ahora ponte serio. No digas nada. Solo piensa... ya sabes el qué.

—Sí.

—Cierra los ojos. Así. Muy bien.

La mujer también cerró los ojos y permanecieron tendidos en la cama, agarrados de la mano. Su respiración era el único movimiento que perturbaba la quietud de la habitación.

—Inspira —susurró la mujer—. Ahora espira.

El hombre obedeció. Ella hizo lo mismo.

—Ahora —murmuró la mujer—. Empieza —susurró—. Pide tu deseo.

Pasaron treinta segundos de reloj.

—¿Estás pidiéndolo? —preguntó finalmente ella en voz baja.

—Sí —respondió él también en un susurro.

—Bien —repuso ella—. Buenas noches.

El hombre se despertó sin otro motivo que la sensación de haber soñado que la tierra se contraía, o que a diez mil kilómetros de distancia se había producido un terremoto que nadie había sentido, o que había habido una segunda Anunciación que no se había oído porque todo el mundo estaba sordo. O quizá solo que la luna había entrado en la habitación durante la noche y había transformado la estancia, modificado sus rostros y la carne de sus cuerpos. El sueño se había interrumpido de una manera tan abrupta que el silencio repentino le había hecho abrir los ojos. Y en el momento de abrirlos supo que las calles estaban secas, no había llovido; tal vez solo había habido alguna que otra clase de llanto.

Y acostado en la cama supo que de alguna manera el deseo se había cumplido.

No lo supo inmediatamente, por supuesto. Lo presintió y lo

adivinó porque notaba un repentino e intenso calor dentro de la habitación, a su lado, que procedía de la adorable mujer que estaba tendida junto a él.

La respiración de la mujer, segura, regular y serena, le decía más cosas. Mientras ella dormía un hechizo había llegado, actuado y adquirido una existencia verdadera. Ahora ella tenía la celebración en la sangre, a pesar de que aún no podía saberlo porque no se había despertado. Solo su sueño lo sabía y se lo susurraba con cada inspiración.

El hombre se incorporó con un codo apoyado en la cama, con el miedo de que su intuición no le engañara.

Se inclinó para observar el rostro que tenía a su lado. Nunca le había parecido más hermoso.

Sí, allí estaba la señal; y la certeza absoluta; y la paz. Los labios sonreían en sueños. Si sus ojos se hubieran abierto en ese momento habrían brillado con un fulgor deslumbrante.

«Despierta —quiso decirle—. Conozco tu felicidad, ahora te toca a ti descubrirla. Despierta.»

Alargó una mano para acariciarle la mejilla, pero la retiró antes de tocarla. Los párpados de la mujer temblaron. Su boca se abrió.

El hombre se dio rápidamente la vuelta y se acurrucó en su lado de la cama. Esperó.

Unos segundos después oyó que ella se incorporaba. A continuación, como si recibiera un golpe cariñoso, exclamó algo, gritó, estiró una mano y tocó al hombre, pero él dormía. Se sentó a su lado y descubrió lo que él ya sabía.

El hombre oyó que la mujer se levantaba y correteaba por la habitación como si fuera un pájaro ansioso por escapar de la jaula. Se detuvo junto a él, le dio un beso en la mejilla y se apartó, volvió a acercarse para darle otro beso, rio quedamente y fue corriendo hasta la sala. El hombre oyó que hacía una llamada de larga distancia y apretó los ojos cerrados.

—¿Robert? —oyó que decía su voz—. ¿Bob? ¿Dónde estás? Qué tonta soy. Soy una estúpida. Ya sé dónde estás. Robert... Bob, ay, ¿si cojo un avión para ir allí aún estarás cuando llegue, hoy,

esta tarde, esta noche, sí? ¿Te parece bien? ¿Que qué me pasa? No lo sé. No preguntes. ¿Puedo ir? ¿Sí? ¡Di que sí...! ¡Ah, qué bien! ¡Adiós!

El hombre oyó el clic del teléfono.

Al cabo de un rato oyó que la mujer se sonaba la nariz mientras entraba en el dormitorio y se sentaba en la cama, a su lado, con las primeras luces del día. Se había vestido apresuradamente y de cualquier modo, y ahora el hombre le tomó la mano.

—Ha pasado algo —susurró él.

—Sí.

—El deseo... se ha cumplido.

—¿No crees que es increíble? ¡Parece imposible, pero se ha cumplido! ¿Por qué? ¿Cómo ha pasado?

—Porque los dos hemos creído —dijo el hombre en voz baja —. Lo deseé con todas mis fuerzas, por ti.

—Y yo por ti. Ay, Señor, ¿no te parece maravilloso que los dos hayamos podido cambiar al mismo tiempo, avanzar, progresar, en una noche? ¿No habría sido terrible que solo hubiera cambiado uno de los dos y el otro se hubiera quedado igual?

—Terrible —reconoció él.

—¿Es de verdad un milagro? A lo mejor lo hemos deseado con tanta fuerza que alguien, o algo, o Dios nos ha oído y nos ha devuelto los antiguos sentimientos de amor para reconfortarnos y como una advertencia para que nos comportemos, porque de lo contrario podría no haber más deseos ni oportunidades para nosotros. ¿Crees que puede haber sido eso?

—No lo sé. ¿Tú lo crees?

—O quizá solo ha sido nuestro yo secreto, que sabía que nuestro tiempo había terminado y que era el momento de algo nuevo, de que cada uno siguiera su camino. ¿Crees que esa es la verdad auténtica?

—Lo único que sé es que te he oído hablar por teléfono hace un momento. Cuando te vayas llamaré a Anne.

—¿En serio vas a llamarla?

—Sí.

—¡Ah, cuánto me alegro por ti, por mí, por nosotros!

—Vete de aquí. Márchate. Fuera. Corre. Vuela de vuelta a casa.

La mujer se puso en pie de un salto y se pasó un peine por el pelo, pero se rindió y exclamó riendo:

—¡No me importa si estoy graciosa...!

—Guapa —le corrigió él.

—Guapa para ti, quizá.

—Siempre y para siempre.

La mujer fue hasta él, se inclinó para besarlo y se puso a llorar.

—¿Es nuestro último beso?

—Sí. —Y tras reflexionar un momento añadió—: El último.

—Pues démonos otro.

—Solo uno más.

La mujer sostuvo el rostro de su amante entre las manos y lo miró fijamente.

—Gracias por pedir tu deseo.

—Gracias a ti por pedir el tuyo.

—¿Vas a llamar a Anne ahora?

—Ahora mismo.

—Dale recuerdos de mi parte.

—Y tú a Bob de la mía. Que Dios te bendiga, querida. Adiós.

La mujer abandonó el dormitorio, cruzó la salita y cerró la puerta de la suite al salir. La habitación del hotel quedó en silencio. El hombre oyó los pasos de su amante alejándose por el pasillo en dirección al ascensor.

Miró el teléfono, todavía sentado, pero no lo tocó.

Luego se miró en el espejo y vio que las lágrimas se precipitaban de manera incontenible desde sus ojos.

—¡Eh, tú! —le dijo a su reflejo—. Tú. Mentiroso. —Y repitió —: ¡Mentiroso!

Se volvió, se acostó de nuevo en la cama y estiró una mano para tocar la almohada vacía.

3

Quid pro quo

Nadie construye una máquina del tiempo a menos que sepa adónde va. Destinos. ¿El Cairo después de Cristo? ¿Macedonia antes de Matusalén? ¿Hiroshima en el instante previo? Destinos, lugares, acontecimientos.

Pero yo construí mi máquina del tiempo sin saberlo, sin un destino en mente, sin un acontecimiento concreto al que deseara llegar o del que quisiera escapar.

Construí mi Dispositivo para Viajes Lejanos conectando con cables fragmentos de ganglios, que son el centro de la percepción invisible, de la conciencia intuitiva.

Una especie de accesorio de la parte más interna del bulbo raquídeo y de los estantes del cerebro situados detrás del nervio óptico.

Entre los sentidos ocultos del cerebro y el radar invisible pero eficaz de los ganglios instalé como buenamente pude un sensor de seres futuros o comportamientos pasados que no tienen nada que ver con los nombres de lugares y los acontecimientos extraordinarios.

Mi centinela de hojalata, mi humilde invento, tenía unas antenas de microondas con las que podía tocar, encontrar y hacer juicios morales inalcanzables para mi propia inteligencia.

La máquina, en resumen, sumaría enteros de auge y decadencia de la raza humana y viajaría por el tiempo para determinar destinos, llevándome a mí como equipaje oculto.

¿Sabía yo todo eso mientras pegaba, atornillaba y soldaba ese

hijo mecánico mío de aspecto desventurado? No. Yo solo ponía sobre la mesa ideas y necesidades, opiniones y predicciones basadas en éxitos y fracasos, y cuando terminé retrocedí para contemplar mi creación inútil.

Allí estaba, en mi desván, un objeto brillante, todo piezas angulosas y curvas, ronroneando, ansioso por viajar, si bien no podía ir a ninguna parte a no ser que yo le suplicara «vete» en lugar de decirle «siéntate» o «quédate». Había decidido no darle indicaciones; cuando llegara el momento adecuado simplemente le transmitiría mi «estado de ánimo general», la luz de mi alma.

Entonces se empinaría y galoparía en todas direcciones para llegar a donde solo Dios lo sabía.

Nosotros también lo sabríamos cuando llegara.

Ese fue el principio de todo.

Un sueño extraño que acechaba en un desván oscuro, con dos asientos para turistas, una respiración contenida y un nítido zumbido de su entramado de nervios.

¿Por qué la había construido en el desván?

A fin de cuentas no descendería en picado por el aire, sino que se deslizaría a través del tiempo.

La máquina. El desván. La espera. Pero ¿a qué esperaba?

Santa Bárbara. Una modesta librería donde yo firmaba ejemplares de una novelita que había escrito para un grupo aún más pequeño de personas cuando se produjo la explosión. Este término se queda corto a la hora de describir la fuerza con la que me estampé contra mi pared interior.

Todo comenzó cuando en un momento dado alcé la mirada y vi a aquel anciano viejo de verdad tambaleándose en la puerta, sin decidirse a entrar. Estaba plagado de arrugas. Sus ojos eran dos cuencas de vidrio agrietadas. Sus trémulos labios rebosaban saliva. Tembló como si lo hubiera alcanzado un rayo cuando abrió la boca y dio un grito ahogado.

Yo seguí firmando libros hasta que un engranaje de mi intuición se movió dentro de mi cabeza y volví a levantar la mirada.

El anciano viejo de verdad no se había movido de la puerta y

continuaba allí como un espantapájaros recortado en la luz, con la cabeza echada hacia delante y una expresión en los ojos que suplicaba que lo reconociesen.

Me quedé helado. Sentí que se enfriaba la sangre que corría por las venas de mi cuello y de mis brazos. Se me cayó la pluma de los dedos cuando el anciano viejo de verdad se adelantó con paso tambaleante, riendo entre dientes y con las manos levantadas delante de sí como tanteando el espacio.

—¿Me recuerda? —gritó riendo.

Miré detenidamente el cabello largo, estropeado y gris que revoloteaba alrededor de sus mejillas, la incipiente barba blanca, la camisa descolorida por el sol, los pantalones vaqueros con algunas manchas, las sandalias en los pies huesudos, y finalmente esos ojos demoníacos.

—¿Me recuerda? —repitió sonriendo.

—Creo que no...

—¡Simon Cross! —exclamó.

—¿Quién?

—¡Cross! —gimoteó—. ¡Soy Simon Cross!

—¡Hijo de perra! —Me eché hacia atrás.

La silla en la que estaba sentado cayó al suelo. La pequeña multitud también retrocedió, como si hubiera recibido un golpe. El anciano viejo de verdad, desgarrado, se estremeció y cerró los ojos.

—¡Maldito cabrón! —espeté con las lágrimas saltándome de los ojos—. ¿Simon Cross? ¿Qué has hecho con tu vida?

El otro hombre apretó los ojos cerrados, levantó las manos nudosas y temblorosas con las palmas hacia arriba, terriblemente vacías, y esperó mi siguiente grito.

—Por el amor de Dios —dije—. Tu vida. ¿Qué has hecho con ella?

Con un trueno ensordecedor, mi memoria retrocedió cuarenta años perdidos, cuarenta años pasados, y me vi con treinta tres años, en el comienzo de mi carrera.

Y delante de mí tenía a Simon Cross, diecinueve años y apuesto, casi bello, con un rostro radiante, ojos transparentes e inocentes, un porte afable, huesos relajados debajo de la

musculatura y un legajo de manuscritos bajo el brazo.

—Mi hermana me ha dicho... —empezó a decir.

—Sí, sí —lo interrumpí—. Anoche leí tus cuentos, los que ella me entregó. Eres un genio.

—Yo no diría tanto —repuso Simon Cross.

—Pues yo sí. Tráeme más cuentos. Puedo conseguir que te publiquen hasta el último de ellos sin mirarlos siquiera. No lo haré como agente sino como amigo de un genio.

—No diga eso —suplicó Simon Cross.

—No puedo contenerme. Las personas como tú solo aparecen una vez en la vida.

Eché una ojeada a sus cuentos nuevos.

—¡Ah, Dios mío, sí, sí! Son maravillosos. Los venderé todos y no te cobraré comisión.

—Sus palabras son una bendición.

—Nada de eso. Tú naciste bendecido, por Dios.

—Yo no voy a la iglesia.

—No tienes que hacerlo —dije—. Ahora, largo de aquí. Necesito recuperarme. Tu genialidad es una blasfemia para los mortales vulgares como yo. Te admiro, te envidio, casi te odio. ¡Vete! ¡Desaparece ahora mismo de mi vista!

Simon Cross esbozó una sonrisa de perplejidad y se marchó, y me dejó con esas páginas candentes en la mano. Al cabo de dos semanas había vendido todos aquellos cuentos escritos por un chaval de diecinueve años cuyas palabras le hacían caminar sobre las aguas y surcar los cielos.

La respuesta hizo temblar la tierra de punta a punta del país.

—¿De dónde has sacado a este escritor? —le preguntó alguien —. Escribe como si Emily Dickinson y Scott Fitzgerald hubieran tenido un hijo juntos. ¿Eres su agente?

—No, él no necesita un agente.

Y Simon Cross escribió otra docena de cuentos que saltaron de la máquina de escribir a la imprenta y la aclamación.

Simon Cross. Simon Cross. Simon Cross.

Y yo era su padre honorario, su descubridor visionario, su envidioso pero compasivo amigo.

Simon Cross.

Y entonces llegó Corea.

Simon Cross se presentó en el porche de mi casa vestido con un uniforme de la marina blanco como la sal, aún sin afeitar y con las mejillas quemadas por el sol, con unos ojos que se bebían el mundo y un último cuento en las manos.

—Mi querido niño, regresa —dije.

—No soy un niño.

—¿No? ¡Entonces eres el eterno y relumbrante hijo de Dios! No mueras. No te hagas demasiado famoso.

—De acuerdo. —Me abrazó y se marchó corriendo.

Simon Cross. Simon Cross.

Y la guerra terminó, pasó el tiempo y él desapareció. Diez años aquí, treinta allá, y solo me llegaban rumores de mi joven genio vagabundo. Algunos afirmaban que había llegado a España, se había casado con la propietaria de un castillo y se había convertido en un paladín del tiro de pichón. Otros juraban que lo habían visto en Marruecos, tal vez en Marrakech. Otra década pasó volando y saltas al año 1998, con tu máquina del tiempo surcando en vano las aguas en tu desván y todo el tiempo a tu disposición, y los admiradores que te rodean para que les firmes tu libro cuando, rompiendo el silencio de cuarenta años, ¡¿qué?!

Simon Cross. Simon Cross.

—¡Vete al infierno! —grité.

El anciano viejo de verdad retrocedió, asustado, protegiéndose la cara con las manos.

—¡Maldito seas! —bramé—. ¿Dónde te habías metido? ¿Has hecho algo de provecho? ¡Por el amor de Dios, menudo desperdicio! ¡Pero mírate! ¡Ponte recto! ¿De verdad eres quien dices ser?

—Yo…

—¡Cierra el pico! Dios mío, estúpido monstruo, ¿qué has hecho con aquel joven que conocí una vez?

—¿Qué magnífico joven? —balbuceó el anciano viejo de verdad.

—Tú. ¡Tú! Eras un genio. Tenías el mundo en tus manos.

¡Escribieras del derecho o del revés, hacia delante o hacia atrás, todo te salía bien! El mundo era tu ostra y tu producías perlas. Dios mío, ¿te das cuenta de lo que has hecho?

—No he hecho nada.

—¡Exactamente! ¡Nada! ¡Cuando lo único que tenías que hacer era silbar, parpadear, para conseguir lo que se te antojara!

—¡No me pegue! —gritó el anciano viejo de verdad.

—¿Que no te pegue? ¡Tal vez te mate! ¡Pegarte! ¡Ay, Señor!

Miré a mi alrededor buscando un objeto contundente. Solo tenía mis puños; los miré y los dejé caer con desesperación.

—¿Es que no sabes lo que es la vida, maldito idiota descerebrado? —dije al cabo de un momento.

—¿La vida? —jadeó el anciano viejo de verdad.

—Es un trato. Uno que haces con Dios. Él te da la vida y tú le pagas tu deuda con él. No, no es un regalo, es un préstamo. No se trata solo de recibir, también hay que dar. ¡*Quid pro quo*!

—¿*Quid*...?

—¡*Pro quo*! Una mano lava la otra. Tomas y devuelves, das y recibes. ¡Y tú! ¡Vaya desperdicio! Dios mío, ahí fuera hay diez mil personas que matarían por tener tu talento, que morirían por ser lo que fuiste y ya no eres. Préstame tu cuerpo, dame tu cerebro si no lo quieres, te lo devolveré, pero, por el amor de Dios, ¿cómo se te ocurrió dejar que se pudriera, que se perdiera para siempre? ¿Cómo has podido hacer una cosa así? ¡Suicidio y asesinato, asesinato y suicidio! ¡Maldito seas, ah, maldito seas!

—¿Yo? —jadeó el anciano viejo de verdad.

—¡Mira! —grité, y le di la vuelta para que viera sus propios escombros en el espejo de la librería—. ¿Quién es ese de ahí?

—Yo —gimoteó.

—¡No, es el hombre joven que perdiste! ¡Maldita sea!

Levanté los puños en el aire y fue un momento de aturdida liberación. Las imágenes se acumularon en mi cabeza: de repente visualicé el desván y la inútil máquina sin un objetivo concreto que acumulaba polvo. La máquina que había soñado sin saber por qué, para qué. La máquina con dos asientos que aguardaba a unos ocupantes que irían... ¿adónde?

Mis puños permanecieron inmóviles en el aire. Me asaltó la imagen del desván y bajé las manos. Vi el vino en la mesa donde había estado firmando los libros y tomé un trago.

—¿Dónde va a pegarme? —preguntó el anciano viejo de verdad.

—No voy a pegarte. Bebe.

Abrió los ojos y miró la copa en mi mano.

—¿Me hará más grande o más pequeño? —dijo con un aire estúpido.

Alicia descendió por la conejera con la botella en cuya etiqueta se leía «BÉBEME» y que hacía que aumentara o disminuyera de tamaño.

—¿Más grande o más pequeño? —insistió.

—¡Bebe!

Bebió. Rellené la copa. Perplejo ante ese regalo que apaciguaba mi ira, bebió de nuevo, y aún tomó una tercera copa, y en sus ojos aparecieron unas lágrimas de sorpresa.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Esto —respondí, y lo saqué a rastras de la librería como si fuera un tullido hasta el coche, lo metí dentro como a un espantapájaros y arranqué serio y callado, con Simon Cross, el hijo de perra desaparecido, balbuceando.

—¿Adónde vamos?

—¡Aquí!

Giré bruscamente y entramos en el camino de entrada de mi casa. Arrastré a Simon Cross para meterlo en casa y lo subí al desván sin romperle el cuello.

Nos detuvimos delante de mi máquina del tiempo, ambos con dificultades para mantener el equilibrio.

—Ahora sé por qué la construí —dije.

—¿Qué ha construido? —gritó Simon Cross.

—¡Cierra el pico! ¡Siéntate!

—¿Es una silla eléctrica?

—Quizá. ¡Vamos!

Se sentó y lo sujeté al asiento. Luego me senté en el otro asiento y moví la palanca de control.

—¿Qué...?

—¡La pregunta no es qué sino adónde! —le interrumpí.

Tecleé rápidamente: año/mes/día/hora/minuto; y con la misma rapidez: estado/ciudad/calle/bloque/número; y tiré de la barra retroceso/vuelta/retroceso.

Y partimos mientras los diales giraban en un sentido, los soles, las lunas y los años lo hacían en el sentido contrario, hasta que la máquina se sumió en el silencio.

Simon Cross miró alrededor atónito.

—Yo vivo aquí —dijo.

—Sí, naciste aquí.

Lo arrastré por el paseo.

—Y allí, ¿ves a ese joven de allí? —dije.

En el porche, vestido con el radiante uniforme de la marina, estaba el apuesto joven con un puñado de hojas en las manos.

—¡Soy yo! —exclamó el anciano viejo de verdad.

—Eres tú. Simon Cross.

—Hola —dijo el joven con el blanquísimo uniforme de la marina. Me miró con el ceño fruncido, primero con curiosidad y después con desconcierto—. Un momento. ¿Por qué está diferente? —Señaló a su yo anciano—. ¿Y quién es él?

—Simon Cross —respondí.

En silencio, la juventud miró a la vejez y la vejez miró a la juventud.

—No es Simon Cross —dijo el joven.

—Él no puede ser yo —dijo el anciano.

—Os equivocáis.

Los dos se volvieron lentamente para mirarme.

—No entiendo nada —dijo el Simon Cross de diecinueve años.

—¡Lléveme de vuelta! —gritó el anciano.

—¿Adónde?

—A donde estábamos, dondequiera que fuera —jadeó frenéticamente.

—Váyanse de aquí—dijo el joven retrocediendo.

—Eso no es posible —repuse—. Mira con más atención. En esto te convertirás después de desaparecer. Así es, este es el Simon

Cross de dentro de cuarenta años.

El joven marinero se tomó su tiempo para mirar de arriba abajo al anciano, hasta que su mirada se fijó en sus ojos. Su rostro enrojeció. Sus manos se convirtieron en puños, volvieron a abrirse y a cerrarse. Las palabras no lo convencían, pero entre él y el anciano había alguna forma de intuición, una fuerza oculta, una conexión invisible.

—¿Quién es usted en realidad? —dijo finalmente.

—Simon Cross —respondió el anciano viejo de verdad con la voz quebrada.

—¡Hijo de perra! —bramó el joven—. ¡Maldito seas!

Y propinó un puñetazo en la cara al anciano, y luego otro, y otro, y el anciano viejo de verdad aguantaba la somanta de golpes con los ojos cerrados, absorbiendo la violencia, hasta que se derrumbó sobre el pavimento con la versión joven de sí mismo sentado a horcajadas encima de él, mirando el cuerpo.

—¿Está muerto? —preguntó el joven.

—Lo has matado.

—Tenía que hacerlo.

—Sí.

El joven me miró.

—¿Yo también estoy muerto?

—Solo si no quieres vivir.

—¡Oh, sí, sí, quiero vivir!

—Entonces lárgate de aquí. Yo me lo llevaré al lugar del que venimos.

—¿Por qué hace esto? —quiso saber Simon Cross, que solo tenía diecinueve años.

—Porque eres un genio.

—Siempre dice lo mismo.

—Porque es verdad. Ahora, corre. Vete de aquí.

Se alejó unos pasos y se detuvo.

—¿Es mi segunda oportunidad? —preguntó.

—Eso espero —dije. Y luego añadí—: Quiero que recuerdes una cosa: Nunca vivas en España ni te conviertas en un paladín del tiro de pichón en Madrid.

—¡Nunca seré un paladín del tiro de pichón en ninguna parte!

—¿No?

—¡No!

—Ni te conviertas en el anciano viejo de verdad que tengo que transportar por el tiempo para que se vea.

—Jamás lo haré.

—¿Lo recordarás y vivirás en consecuencia?

—Nunca lo olvidaré.

Simon Cross dio media vuelta y echó a correr por la calle.

—Vamos —le dije al cuerpo, el espantapájaros, el bulto silencioso—. Te sentaré en la máquina y te buscaré una tumba sin nombre.

De vuelta en la máquina, recorrí con la mirada la calle ahora vacía.

—Simon Cross —musité—. Buena suerte.

Tiré de la palanca y desaparecimos en el futuro.

4

Después del baile

Encima del edificio con el letrero descascarillado en el que se leía Salón de baile Myron, las luces titilaban como si fueran a apagarse mientras una pequeña orquesta, realmente exigua, comenzaba a tocar *Good Night Ladies*, lo que provocó un murmullo de decepción, seguido por un coro de conversaciones y el rumor de cuerpos y de pies arrastrados que acompañaba a las sombras que se encaminaban hacia las salidas. La orquesta llegó al final de la canción y la mitad de las luces parpadearon y se apagaron definitivamente.

Un momento después se abrió una puerta lateral y cinco (¿o eran seis?) músicos salieron cargados con sus instrumentos, ahora pesados, y se lanzaron hacia los únicos coches visibles como si quisieran evitar el torrente de gente que salía a la calle charlando y riendo por la escalera principal. Cuando estos bailarines de salón, pues eso eran, pisaron la calle por docenas, hasta sumar un centenar de personas (sesenta damas ya de cierta edad y casi un número similar de hombres), hacía rato que los vehículos de los músicos se habían adentrado a toda velocidad en una noche con el cielo cubierto por una niebla alta y con niebla baja procedente del mar.

Una treintena de los clientes del salón de baile formaron una cola en el lado sur de la calle para esperar el tranvía que iba al centro de la ciudad, mientras el resto, mucho más bulliciosos y animados, esperaron en el otro lado de la calle un tranvía bastante más grande, del tamaño de un tren, que los llevaría traqueteando

hacia la costa del Pacífico.

En las filas de gente que aguardaba los tranvías, ya empezando a tiritar con el habitual aire de madrugada californiano, los hombres maldecían y las damas, con sus vestidos de noche con estampados de flores, escrutaban las vías incrustadas en el asfalto, como si sus miradas fueran capaces de atraer la locomoción.

Lo cual, milagrosamente, ocurrió.

—¡Ya llega! —gritaron las damas.

—No me lo puedo creer —dijeron los hombres.

Y sin mirarse unos a otros, en cuanto el enorme tranvía de dos vagones, del tamaño de un tren de larga distancia, se detuvo con una lluvia de chispas y chorros de vapor de los frenos, los hombres, con el esmoquin arrugado por el sudor, ayudaron a las mujeres con sus vestidos de noche a subir los peldaños de hierro sin mirarles la cara.

—Arriba.

—Vamos allá.

—Venga, jovencita.

Y los hombres treparon como náufragos y saltaron a bordo en el último momento.

Con el estruendo de una campana y de un bocinazo, el enorme tren transcontinental, que solo llegaba hasta Venice, a menos de cincuenta kilómetros de distancia, se puso en movimiento y se lanzó a toda velocidad hacia la perdición de la madrugada, para alborotado deleite de las damas, agotadas de alegría barata, y para los hombres, que anhelaban quitarse las rígidas pecharas blancas y aflojarse las pajaritas.

—¡Hace calor, abrid las ventanas!

—¡Hace frío, cerrad las ventanas!

Y luego, con partes iguales de clima polar y de clima tropical, los niños viejos de la noche de sábado se lanzaron hacia un mar sin icebergs, una costa de locas esperanzas.

En el primer vagón iban un hombre y una mujer sentados justo detrás de un maquinista que parecía muy influido por los movimientos de gimnasta de la batuta de los directores de

orquesta, a juzgar por la manera en que golpeaba las palancas metálicas a izquierda, a derecha y al medio al mismo tiempo que escrutaba una niebla sin coches, de la que en cualquier momento podía aparecer un naufragio que les hiciera naufragar.

Acero sobre acero, el tren los transportaba tronando y a salvo de cualquier peligro desde la sala de baile Myron hacia Neptuno.

Durante un buen rato la pareja se balanceó en silencio, hasta que finalmente, observando las acrobacias del maquinista, la mujer, ya entrada en años, dijo:

—¿Te importa que me siente yo junto a la ventana?

—No, claro que no. Iba a sugerírtelo.

La mujer se deslizó por el duro banco de madera y miró a través de la ventana los edificios oscuros y los árboles que se alzaban en la noche, el escaso puñado de estrellas y la estrecha franja de luna visible esa noche, ese mes.

—¿En qué piensas? —le preguntó él.

Pasaron las sombras, pasaron las sombras, pasaron las sombras.

—¿Alguna vez te has sentido —dijo la mujer en voz baja, entreviendo su propia silueta, también una sombra, reflejada en el vidrio de la ventana—, mientras viajabas en un tren viejo y desvencijado como este, que se desliza estrepitosamente por las vías, como si fueras una especie de viajero en el tiempo, que vamos hacia el pasado, no hacia el futuro?

—Nunca lo había pensado —respondió él. Estiró el cuello para intentar ver su cara, pero ella la mantenía vuelta hacia la ventana, que parecía la pantalla de un televisor con la imagen borrosa, que cambiaba de canal a cada segundo. Bajó la mirada a sus manos enfundadas en unos guantes blancos—. Nunca lo había pensado.

—Bueno, pues piénsalo —murmuró ella.

—¿Qué has dicho?

—Piénsalo —repitió ella con voz más clara—. Ah, y otra cosa —añadió en voz baja, mirando los canales de televisión nocturnos que se sucedían rápidamente dentro de su propio circuito—. Este no es solo un medio de transporte en el espacio y el tiempo. Siento

algo más.

—¿Qué?

—Siento como si me derritiera, no sé, como si perdiera peso a medida que me muevo, que me traslado, me siento más ligera, como si fuera dejando atrás un kilo detrás de otro. Es una sensación extraña. ¿Tú no sientes lo mismo?

—Creo que no.

—Vamos, siéntelo, tómate el tiempo que necesites. Relájate. Es como si te subiera desde los pies, por los tobillos, por las rodillas, y entonces te sientes, no sé, como liberado, como si flotaras dentro de la ropa.

El hombre no salía de su perplejidad. Volvió a intentar ver la cara de la mujer por encima de su hombro, pero lo único que vio en el vidrio incoloro de la ventana fue la silueta, un rostro sin rasgos definidos.

—Vamos —murmuró la mujer—. Relájate, déjate llevar. Tómatelo con calma. ¿Y bien?

—Creo que siento algo. —El hombre se incorporó, agachó la cabeza y se miró las rodillas y los puños de la camisa que sobresalían ligeramente de las mangas de la americana.

—No hables, solo hazlo, relajadamente, con calma —dijo ella sin volverse.

—Ya lo siento —dijo él girando las manos enguantadas y apoyándolas de nuevo en las rodillas para masajearlas—. Casi.

—No mientas.

—No, no —se apresuró a insistir él—. ¿Por qué iba a mentir?

—Los hombres siempre mienten. Se les da bien. Dedican toda su vida a mentir. A estas edades ya son unos expertos.

—No, no. Lo siento.

—Buen chico —dijo ella—. Ahora no hables y sigue sintiéndolo. Eso es. Eso es. ¿Lo ves?

El hombre asintió con la cabeza. El gran tranvía rojo dejó atrás una pequeña zona de casas y edificios y se adentró raudamente en campo abierto, pasó por delante de unos viveros y atravesó campos vacíos en dirección a otra pequeña comunidad próxima al mar.

—Eres muy buena —dijo con un tono de admiración el hombre.

—Chsss.

—No, lo digo en serio —susurró él—, serías el alma de la fiesta, la que contaría cosas extraordinarias, la que daría ideas a los invitados, la que los enviaría a la cama, la que diría «haz esto», «haz aquello», y la gente obedecería. Estoy perdiendo peso, como has dicho.

—Bien —repuso ella—. Chsss.

El hombre lanzó una mirada llena de inquietud a las personas que habían asistido al baile, que se balanceaban con el traqueteo del tranvía, viajando muy lejos en una distancia corta.

—¿Te habías fijado en que esta noche todo el mundo, mujeres y hombres, llevan guantes blancos? Tú, yo, todos —observó el hombre.

—Me pregunto por qué —dijo la mujer sin mirarlo.

—Dímelo tú.

El tren se adentró en una densa niebla y luego atravesó volutas de neblina. Él se mecía con el balanceo del enorme vagón con el suelo de madera mientras miraba la nuca de la mujer, el punto donde convergían los delicados rizos oscuros.

—En la pista de baile me dijiste cómo te llamabas, pero la banda tocaba tan alto...

Los labios de la mujer se movieron.

—¿Perdón? —Sus labios se movieron de nuevo antes de hacerlo por última vez—. Ya hemos llegado.

—Yo me llamo... —dijo él.

—Ya hemos llegado —repitió la mujer, que pasó rozándolo y ya enfilaba por el pasillo en dirección a la puerta cuando el hombre se dio cuenta de que se había ido y de que el tranvía estaba reduciendo la velocidad.

El hombre vio unas luces fuera y la puerta se abrió con un silbido antes de que él pudiera alcanzarla y ayudarla a bajar a la oscuridad. Pero volvió a estar a su lado cuando el gran tren nocturno reanudó la marcha con el estruendo de una campana y de un bocinazo y observó a la mujer, que contemplaba el cielo

completamente inmóvil.

—No deberíamos quedarnos en medio de la calle —dijo—. El tráfico.

—No hay coches —replicó ella con calma, y se puso a caminar.

El hombre la alcanzó cuando ya casi habían cruzado la calle.

—Estaba diciendo...

—Una noche sin luna me pone alegre. No hay nada más poético. Una noche sin luna.

—Yo creía que la luna y la luz de la luna eran...

—Ausencia de luna, ausencia de luz —le interrumpió la mujer —. Es lo mejor.

La mujer subió a la acera y enfiló por la calle. Entró en un edificio de cuatro plantas. Ella vivía en la cuarta.

—Ahora tienes que ser silencioso como un ratón —murmuró.

—¡Sí!

—Baja la voz.

—Sí —susurró el hombre.

Llegaron a la escalera y vio que la mujer se quitaba los zapatos y se volvía hacia él, así que hizo lo mismo. Ella subió el primer tramo de escalera sin hacer ruido y se volvió para ver si el hombre llevaba sus zapatos en la mano, asintió y repitió:

—Como un ratón.

Y continuó subiendo con pasos ligeros y silenciosos; el hombre la seguía con torpeza. Cuando él llegó al rellano de la cuarta planta, ella ya había entrado en su apartamento, una sala con una cama doble en el centro; más allá había una pequeña mesa de comedor y una cocina. La puerta del cuarto de baño se cerró silenciosamente.

Un momento después ella dijo en voz muy baja:

—No te quedes ahí.

El hombre lo interpretó como una invitación a que se quitara la americana del esmoquin. Tras una breve vacilación también se quitó la pechera y el cuello, y al cabo de un rato hizo lo propio con los tirantes, que colocó doblados junto con los pantalones encima de una silla que encontró en la penumbrosa habitación, solo

iluminada por una lamparita tenue y una lámpara situada al otro lado de la cama. Vestido de esa guisa, con media camisa, los calcetines negros y la ropa interior, vaciló e hizo el ademán de ir en una dirección y luego en otra, enfiló hacia la cama y retrocedió; se sentía perdido sin un mapa, sin una guía, sin unas instrucciones nocturnas.

—¿Estás donde deberías estar? —preguntó ella en voz baja a través de la puerta. El hombre lanzó una mirada a la cama—. ¿Sí? —insistió la mujer con una voz casi inaudible.

El hombre fue hasta la cama y respondió:

—Creo que sí. —Se metió entre las sábanas y uno de los muelles del colchón gimió suavemente.

—Muy bien —repuso la mujer.

Se abrió la puerta del baño y apareció una silueta alta. La luz se apagó antes de que el hombre pudiera verla con claridad y una sombra cruzó la sala.

—¿Tienes los ojos cerrados?

El hombre asintió aturdido. Sintió el peso del cuerpo de la mujer en la cama y oyó el susurro de las sábanas cuando ella las separó y se metió entre ellas.

—Abre los ojos.

Él obedeció, pero ocurría lo mismo que en el tren, cuando la mujer, con la cara vuelta hacia la ventana, solo era una silueta. Si bien ahora estaba de cara a él, su cabeza bloqueaba la lámpara, de manera que era un oscuro montículo sin rasgos. El hombre trató de precisar su rostro, pues sabía que estaba ahí, pero sus ojos solo veían una sombra borrosa.

—Buenas noches —dijo ella.

—Buenas noches.

Unos minutos después, cuando la mujer recuperó el aliento y el hombre también, ella dijo:

—Vaya, ha sido un viaje muy largo.

—Demasiado. Estaba impaciente por…

—No lo digas —le interrumpió ella.

El hombre miró la sombra alargada y el rostro indefinido con las facciones oscuras e imprecisas.

—Pero…

—No lo digas —repitió ella.

El hombre contuvo la respiración, pues sabía que la mujer continuaría hablando en cualquier momento. Y así hizo.

—Los profesores dicen que cuando escribes un relato nunca debes nombrar lo que te propones escribir. Solo escribe. Y cuando termines sabrás qué has hecho. Por lo tanto… no lo digas.

Era lo más extenso que había dicho en toda la noche. Después se quedó callada, una sombra recortada en la luz. La lámpara se apagó, aparentemente sin que ella la tocara. El hombre atisbó un leve gesto en la oscuridad. Algo blando cayó al suelo y él tardó un momento en darse cuenta de que eran los guantes de la mujer. Se los había quitado.

Sorprendido, recordó que lo único que él todavía llevaba puesto eran los guantes. Pero cuando intentó quitárselos descubrió que ya los había arrojado a la oscuridad. Ahora sus manos estaban expuestas y eran vulnerables. Se estremeció.

Abrió la boca, pero la mujer no le dejó hablar.

—No digas nada.

El hombre notó que ella hacía un pequeño movimiento hacia él.

—Di solo una cosa.

Él asintió preguntándose qué le pediría que dijera.

—Dime… —añadió ella en voz muy baja.

Él no acertaba a distinguir su rostro, que aún era la cara reflejada en la ventana del tranvía, viajando de canal en canal, una silueta oscura, imprecisa y oculta, fijada entre los canales de televisión nocturnos.

—Dime… —repitió ella. Él asintió con la cabeza—. ¿Cuántos años tienes?

El hombre se quedó boquiabierto. Se imaginó la expresión de pánico que debían tener sus ojos. La mujer repitió la pregunta, insinuando la respuesta. De repente él supo la increíble e inapelable verdad. Cerró los ojos, se aclaró la garganta y finalmente dejó que su lengua se moviera.

—Tengo…

—¿Sí?

—Dieciocho. En agosto cumpliré diecinueve. Mido un metro setenta, peso sesenta y ocho kilos, tengo el pelo castaño y los ojos azules. Estoy soltero.

Le pareció oír que ella repetía en voz muy baja todas y cada una de las palabras que él decía.

Notó que la mujer se movía, ligera como una pluma, para arrimarse poco a poco a él.

—Repítelo —le susurró.

5

In memoriam

Durante el camino de vuelta a casa a última hora de la tarde, mientras conducía por calles serpenteantes disfrutando del buen tiempo y admirando los jacarandás y los copos de nieve de color violeta que dejaban caer sobre el césped, se fijó, aunque solo los miraba con el rabillo del ojo, en los artefactos que había delante de casi todos los garajes. Los dejaba atrás sin nombrarlos. Eran unos objetos conocidos, pero no había una razón especial para prestarles mayor atención.

Los aros y los tableros de baloncesto encima de las puertas de los garajes, esperando a los jugadores.

Nada especial. Ninguna connotación en particular.

Hasta que llegó a su casa en aquel tiempo otoñal y vio a su mujer con los brazos cruzados en la acera, observando a un joven subido a una escalera que estaba atareado con un destornillador y un martillo en las manos. Ninguno de los dos se percató de su llegada hasta que bajó del coche y cerró con un portazo. El joven bajó la mirada y su mujer se volvió justo cuando él daba un grito de sorpresa.

—¿Qué demonios pasa aquí? —gritó el hombre, que se sorprendió de su propio tono alterado.

—Nada. Solo estamos quitándola —respondió su mujer con calma—. Lleva años ahí y...

El marido lanzó una mirada fulminante al joven encaramado a la escalera.

—Baja de ahí —espetó.

—¿Por qué? —quiso saber la mujer.

—No necesito tener una razón, maldita sea. ¡Baja de ahí!

El joven asintió, puso los ojos en blanco y bajó.

—¡Ahora aparta la escalera! —ordenó el marido.

—No hace falta que grites —dijo la mujer.

—¿Estoy gritando? Bueno. Aparta la escalera. Gracias.

—Así está mejor —dijo ella.

El joven metió la escalera en el garaje abierto y subió a su coche sin decir nada.

Mientras eso ocurría, marido y mujer permanecieron en el camino de entrada al garaje mirando la canasta.

Cuando el coche del joven arrancó, ella dijo:

—Ahora explícame a qué viene todo esto.

—¡Ya lo sabes! —gritó el marido—. Maldita sea —añadió bajando la voz. —Se miró las manos, en las que habían caído de manera sorprendente unas lágrimas—. ¿Qué es esto?

—Si no lo sabes tú, nadie más puede saberlo —repuso su mujer. Y, suavizando el tono, añadió—: Vamos dentro.

—Primero zanjemos este asunto.

—La escalera ya está guardada y la canasta sigue en su sitio. Al menos por ahora.

—No, «por ahora» no. De ahora en adelante.

—Pero ¿por qué?

—La quiero colgada. Por si acaso.

—¿Por si acaso qué?

—Tiene que haber un lugar en este condenado mundo que sea suyo. En el cementerio no hay nada. No hay ningún sitio en este país. Nada en Saigón, sobre todo en Saigón. Así que cuando miró esa canasta, maldita sea, ya sabes lo que quiero decir.

La mujer alzó la vista hacia la red y el aro.

—Lo siguiente que harás será poner flores...

—¡No te burles!

—Lo siento. Es solo que... nunca pasarás página.

—¿Por qué tendría que hacerlo?

—Por tu propio bien.

—¿Y qué hay de su bien?

—Ignoro la respuesta. ¿Tú la sabes?

—Llegará. Dios mío, se me ha revuelto el estómago. ¿Dónde está la maldita escalera? Voy a sacarla de ahí.

La mujer lo miró a los ojos y él entró en el garaje, revolvió unos periódicos y encontró la pelota de baloncesto. Se volvió hacia la canasta para mirarla, pero no agarró la pelota.

—¿Tienes hambre? —gritó ella hacia el penumbroso garaje.

—No —respondió el marido con voz cansina—. Creo que no.

—De todas maneras prepararé algo.

El hombre oyó que su mujer enfilaba hacia el porche de la casa. Mientras la puerta se cerraba, dijo:

—Gracias.

Salió del garaje, se detuvo bajo la canasta y observó la red mecida por el viento.

—¿Por qué? —masculló—. Maldita sea, ¿por qué?

Echó un vistazo a un lado de la calle y luego al otro. En ambos sentidos había garajes con tableros y aros de baloncesto, sacudidos por el mismo viento, que por una razón u otra nunca se habían retirado.

Contó dos a un lado de la calle y tres al otro.

«Es una manera infalible de saber qué clase de familia vive en esas casas», se dijo.

No se movió de donde estaba hasta que advirtió que su mujer aparecía detrás de la de la mosquitera de la puerta principal. Entonces cerró la puerta del garaje y entró en casa.

Había vino en la mesa, cosa que no era habitual. La mujer le llenó dos veces la copa y esperó.

—Lo siento —dijo finalmente—. Pero te das cuenta, ¿verdad? Nunca va a volver.

—¡No digas eso! —bramó el marido. Empujó la silla hacia atrás y soltó el cuchillo y el tenedor.

—Alguien tiene que decirlo.

—No, eso no es verdad.

—No es la primera vez que lo hablamos. Han pasado años.

—Me da igual los años que pasen.

La mujer bajó la mirada a su plato y dijo:

—Bébete el vino.

—Me lo beberé cuando me apetezca —replicó el marido. Luego agarró la copa—. De todas maneras, gracias. —Bebió.

Tras un largo silencio, ella dijo:

—¿Vamos a seguir así mucho tiempo?

—¿Y me lo preguntas a mí? Has empezado tú.

—Yo no he empezado nada. Solo he sacado la escalera del garaje y he pagado a alguien para que me ayude.

—No lo has hecho a propósito, eso es todo.

—Es que últimamente no duermes bien —dijo la mujer—. Pensé que quizá, si yo... Es decir, que si buscaba la manera de ayudarte para que puedas descansar. ¿Tan malo es eso? Estás agotado.

—¿En serio? —Se tocó las rodillas y asintió—. Sí, tienes razón.

—La única explicación que se me ocurre es que estás esperando algo —sugirió su mujer—. ¿Qué es?

—Ojalá lo supiera. —Volvió a tomar el cuchillo, pero no comió—. Anoche, y la noche anterior, oí algo.

—¿Qué?

—Algo. Debí quedarme escuchando con los ojos abiertos en la cama como una hora. Esperando. Pero no pasó nada.

—Come. Estás muerto de hambre.

—Sí, pero ¿hambre de qué?

—Toma —dijo ella—. Acábate el vino.

A la hora de acostarse, ella le dijo:

—Intenta dormir.

—No se puede intentar dormir. O se duerme o no se duerme.

—Inténtalo de todas maneras —insistió ella—. Me preocupo. —Le besó en la mejilla y se dirigió hacia la puerta del dormitorio.

—Enseguida voy —le prometió el marido.

Desde el otro lado de la ciudad le llegó la solitaria campanada que daba las doce en la torre de la universidad, después dio la una, y después las dos. Él estaba sentado con un libro sin leer en el regazo y una botella de vino nueva al lado, con los ojos cerrados, esperando. El viento arreció fuera.

Finalmente, cuando la campana dio las tres, se levantó, salió de casa por la puerta principal y abrió el garaje. Entró y se quedó mirando largamente la pelota de baloncesto. No la sacó a la luz; la dejó donde estaba, en el suelo de cemento.

«Eso es —se dijo—. Tengo que dejar la puerta del garaje abierta.»

Salió y estuvo a punto de lanzar una mirada a la red de la canasta, pero pensó: «No, no le prestes atención. De ese modo tal vez...»

Cerró los ojos, se dio la vuelta y se quedó quieto a la luz de la luna, escuchando, aguzando el oído, balanceándose ligeramente, pero en ningún caso abrió los ojos para mirar el tablero, el aro y la red.

El viento hacía estremecerse los árboles.

«Sí», pensó.

Una hoja cruzó el camino de entrada revoloteando en el aire.

«Sí, oh, sí.»

Empezó a oírse un ruido suave, como si alguien corriera a lo lejos; luego sonó más cercano, como de unos pasos caminando; y luego nada.

Y al cabo de un rato notó un movimiento a su alrededor y advirtió otros sonidos, algunos rápidos, otros lentos, en torno a él.

«Sí, oh, Dios mío, sí.»

Y con los ojos cerrados tendió las dos manos para palpar el aire, pero solo había viento y luz de luna.

«Sí. Ahora.»

Y de nuevo pensó: «Ahora.»

Y otra vez: «Ahora.»

Cuando amaneció, su mujer fue a sentarse en su cama. El movimiento lo despertó y la miró a la cara.

—Ya no está —dijo ella.

—¿Qué?

La mujer se volvió hacia la ventana que daba a la parte de delante.

El hombre se levantó lentamente, se acercó a la ventana y miró hacia la puerta del garaje.

El tablero, el aro y la red habían desaparecido.

—¿Qué pasó anoche? —preguntó la mujer.

—Algo.

—¿Qué?

—No lo sé. El viento, tal vez. El movimiento de la luna hacía que se movieran cosas y yo pregunté a todo: ¿qué?

Su mujer esperó con las manos en el regazo.

—¿Y?

—Vale, dije, quienquiera o lo que quiera que seas, ¿si jugamos un último partido me dejarás dormir? ¿El último partido? Yo sentía el viento en la cara y en los brazos. La luna desapareció y volvió a aparecer. Esa era la señal. Me moví. El aire se movió.

—¿Y qué pasó entonces?

—Jugamos el último partido.

—Me pareció oír algo —dijo la mujer. Respiró hondo—. ¿Quién ganó?

—Los dos —respondió el marido.

—No podéis ganar los dos.

—Sí, si se intenta.

—Así que ganasteis los dos.

—Los dos.

La mujer se acercó a su marido y paseó la mirada por la fachada vacía del garaje.

—¿Bajaste tú la canasta?

—¿Quién si no?

—No te oí sacar la escalera.

—Pues no podría haberlo hecho sin la escalera. Fue difícil subir, pero bajar aún lo fue más. Tenía los ojos llenos de lágrimas. No veía nada.

—¿Dónde la has dejado?

—No lo sé. Seguro que la encontraremos en el momento más inesperado.

—Gracias a Dios que ya ha terminado.

—Sí, ha terminado, pero lo mejor de todo ha sido…

—¿Qué?

—El empate —dijo el marido. Y repitió—: El empate.

6

Conversación íntima

Una noche de verano, mi amigo Sid y yo caminábamos del brazo por el paseo marítimo de Ocean Park cuando vimos una escena conocida en uno de los bancos justo delante de nosotros, no lejos de las olas.

—Mira —dije—. Y escucha.

Los dos miramos y escuchamos.

En el banco había una pareja de judíos, él debía de rondar la setentena y ella debía de tener unos sesenta y cinco años, que movían las bocas y las manos a la vez; los dos hablaban y ninguno escuchaba.

—Te lo he dicho miles de veces —dijo el hombre.

—¿Qué me has dicho? ¡Nada! —replicó la mujer.

—¡Algo! —insistió el hombre—. Siempre estoy diciéndote algo. Y te darías cuenta de lo importante que es si alguna vez me prestaras atención.

—¡Importante! ¡Lo que hay que oír! —exclamó la mujer poniendo los ojos en blanco—. ¡Dame una lista!

—Bueno, en cuanto a la boda...

—¿Sigues con el tema de la boda?

—¡Claro que sí! Quiero hablar del derroche, de la confusión.

—¿Quién estaba confundido?

—Podría mostrarte...

—No quiero que me muestras nada. ¡Mira, soy sorda!

Etcétera, etcétera.

—Ojalá llevara encima una grabadora —dije.

—¿Quién necesita una grabadora? —preguntó Sid—. Yo podría repetir toda la conversación que acabamos de oír. Llámame a las tres de la mañana y te la recitaré.

Seguimos caminando.

—¡Se sientan en ese banco todas las noches desde hace años!

—Me lo creo —repuso Sid—. Son divertidísimos.

—¿No te parece que es triste?

—¿Triste? ¡Venga ya! Son una pareja de vodevil. ¡Mañana mismo podría meterlos en la programación del Orpheum!

—¿Ni siquiera un poco triste?

—Déjalo. Seguro que llevan casados cincuenta años. La discusión empezó antes de la boda y continuó después de la luna de miel.

—¡Pero no se escuchan!

—¡Ya, pero lo hacen por turnos! Primero es el turno de no escuchar de ella y luego el del marido. Si alguna vez se prestaran atención se quedarían paralizados. Nunca terminarán con Freud.

—¿Por qué no?

—Porque lo sueltan todo, no se guardan ninguna queja o preocupación. Estoy convencido de que se acuestan discutiendo y dos minutos después están durmiendo con una sonrisa en los labios.

—¿De verdad crees eso?

—Tenía unos tíos como ellos. Unos cuantos insultos alargan la vida.

—¿Cuántos años vivieron?

—¿La tía Fannie y el tío Asa? Ella ochenta y él ochenta y nueve.

—¿Tantos?

—Con una dieta de palabras, casi malhumor, bádminton judío: el hombre lanza un ataque, la mujer se lo devuelve; la mujer lanza un ataque, el hombre se lo devuelve. Nadie gana, pero, bueno, tampoco nadie pierde.

—Nunca lo había visto de esa manera.

—Piensa —dijo Sid—. Vamos, volvamos a por más.

Dimos media vuelta y desandamos el camino en esa agradable

noche de verano.

—¡Y otra cosa! —estaba diciendo el anciano.

—¡Ya llevas diez docenas de cosas! —protestó la mujer.

—¡Ah! ¿Es que las cuentas?

—Mira. ¿Dónde habré puesto la lista...?

—¿Lista? ¿A quién le importan las listas?

—A mí —dijo la mujer—. A ti no, pero a mí sí. ¡Espera!

—¡Déjame terminar!

—Nunca terminan —comentó Sid mientras nos alejábamos y las broncas se desvanecían en nuestra estela.

Dos noches después Sid se presentó en mi casa.

—Me he comprado una grabadora.

—¿En serio?

—Tú eres escritor y yo soy escritor. Saquemos algún provecho de esto.

—No sé —dije.

—En pie —ordenó Sid.

Salimos a dar un paseo. Hacía una agradable noche típicamente californiana, de esas de las que no hablamos a los parientes de la Costa Este por temor a que nos crean.

—No quiero oírlo —protestó el hombre.

—Cállate y escucha —espetó la mujer.

—No me lo puedo creer —dije con los ojos cerrados—. Siguen con lo mismo. La misma pareja. La misma conversación. El volante siempre en el aire pasando de un lado al otro de la red. Nunca cae al suelo. ¿De verdad vas a usar la grabadora?

—Dick Tracy inventaba, yo utilizo.

Oí el chasquido del pequeño aparato portátil mientras pasábamos muy despacio junto a la pareja.

—¿Cómo se llamaba? ¡Ah, sí, Isaac!

—No se llamaba así.

—Claro que sí, Isaac.

—¡Aaron!

—No me refiero a Aaron, el hermano mayor.

—¡Menor!

—¿Quién está contando la historia?

—Tú. Y mal.

—Insultos.

—Verdades que nunca aceptas.

—Tengo las cicatrices que lo demuestran.

—Es un fanfarrón —dijo Sid mientras nos alejábamos con sus voces capturadas en su pequeño dispositivo.

Y entonces ocurrió. De un día para otro.

De repente el banco estuvo vacío durante dos noches seguidas.

La tercera noche entré en una pequeña tienda de delicatessen kosher y pregunté señalando con la cabeza el banco. No sabía sus nombres. En la tienda me los dijeron, claro. Rosa y Al, Al y Rosa. Stein, ese era su apellido. Al y Rosa Stein, no fallaron ni una noche durante años. Ahora se echaría de menos a Al. Eso había sucedido. Había fallecido el martes. «Claro que el banco parece vacío, pero qué se le va a hacer.»

Yo hice lo que pude, impulsado por una tristeza incipiente provocada por dos personas que en realidad no conocía pero que no eran unas desconocidas. En la pequeña sinagoga local me dieron el nombre del cementerio aún más pequeño y por razones confusas y que solo comprendía a medias me pasé por allí una tarde para echar un vistazo. Volví a sentirme el niño goy de doce años que fui una vez, espiando el interior de un templo en el centro de Los Ángeles, preguntándome cómo sería participar en aquellos cantos, con todos aquellos hombres con sombrero.

En el cementerio encontré lo que esperaba. La anciana estaba allí, sentada junto a una piedra con el nombre de su marido. Y parloteaba sin parar, tocando la piedra, hablándole a ella.

¿Y el marido? ¿Qué si no? No la escuchaba.

Esperé, escuché, cerré los ojos y retrocedí.

Cuando el sol se puso y la niebla llegó con la noche, me pasé por el banco. Seguía vacío, lo que empeoró las cosas.

¿Qué podía hacer?

Llamé a Sid.

—Quería preguntarte por la grabadora —dije—. Y por las cintas.

Una de las últimas noches del verano, Sid y yo dimos nuestro habitual paseo por el paseo marítimo kosher. Pasamos por las tiendas de los deliciosos pastrami y tartas de queso, nos detuvimos para comprar un poco de ambos y continuamos caminando entre las dos docenas de bancos que había junto al mar, charlando y muy satisfechos. De repente, Sid dijo:

—¿Sabes? Muchas veces me he preguntado…

—¿Qué te has preguntado? —le interrumpí, porque me di cuenta de que estaba mirando el banco, que llevaba casi una semana vacío.

—Mira. —Sid me puso una mano en el brazo—. ¿Ves a la anciana?

—Sí.

—¡Ha vuelto! Creía que estaba enferma o le había pasado algo, pero está otra vez ahí.

—Lo sé —dije sonriendo.

—¿Desde cuándo? Es el banco de siempre. Y no para de hablar.

—Sí —dije, y nos acercamos.

—Pero… —cuchicheó Sid—. No hay nadie más. Está hablando sola.

—Casi —dije. Ya estábamos muy cerca de ella—. Escucha.

—Siempre me sales con alguna ocurrencia. ¿Quién necesita argumentos? —dijo la anciana, inclinándose hacia la mitad vacía del banco con los ojos desorbitados y una expresión feroz en la cara, sin dejar de mover la boca—. ¿Quién necesita argumentos? Pues yo tengo un montón. ¡Escucha!

Y entonces ocurrió una cosa más asombrosa aún: recibió una respuesta.

—¡Escucha, dice! —bramó una voz—. ¿Para qué? ¿Por qué habría de hacerlo?

—¡Esa voz! —exclamó Sid, y añadió con un susurro—: ¡Es su

voz! ¡Pero si está muerto!

—Sí —dije.

—Y otra cosa —continuó la mujer—, mira cómo comes. ¡Fíjate alguna vez!

—¡Para ti es fácil decirlo! —replicó la voz del anciano.

—¡Adelante, dilo!

Sonó un *clic*. Los ojos de Sid se deslizaron hacia abajo y vieron lo mismo que yo, la pequeña grabadora que me había prestado en la palma de la mano de la anciana.

—Y otra cosa —dijo la mujer, viva.

Clic.

—¿Por qué aguantaré yo esto? —replicó el hombre, muerto.

Clic.

—¡No te creerías la de listas que tengo! —gritó ella, viva.

Sid me miró de reojo.

—¿Es cosa tuya? —me preguntó.

—Sí.

—¿Cómo lo has hecho?

—Tenía las cintas con las grabaciones de muchas noches —expliqué—. Corté y uní las partes en las que habla él y dejé espacios en silencio para que ella le replicara. A veces él solo grita, no dice nada. O ella puede pausar la grabación para gritarle y luego continuar reproduciéndola.

—¿Cómo supiste...?

—La vi en el cementerio —dije—. Se me partió el corazón. Hablaba con un trozo de mármol frío sin recibir respuesta. Así que hice una copia de tus grabaciones, solo con los arrebatos y los gritos del marido, y una tarde me pasé por el cementerio y vi que seguía junto a la tumba. Pensé que quizá no se iría nunca y que se moriría de hambre allí mismo. Nadie le replicaba. Pero las réplicas son necesarias, aunque no las escuches o creas que no te hacen falta, así que me acerqué a la lápida junto a la que estaba sentada, encendí la grabadora, me aseguré de que el hombre estaba gritando y me fui. No miré atrás ni esperé para oír si ella también gritaba. Él y ella, ella y él, gritos y susurros, susurros y gritos. Me marché.

»Anoche volvió al banco y se comió un trozo de tarta de queso. Creo que vivirá. ¿No te parece maravilloso?

Sid escuchaba la conversación que tenía lugar en el banco. El hombre estaba quejándose.

—¿Por qué aguantaré yo esto? ¡Que alguien me lo diga! Estoy esperando. ¿Y bien?

—De acuerdo, listillo —espetó la mujer.

Sid y yo reanudamos nuestro paseo esa noche de finales de verano. La voz aguda de la mujer y la voz grave del hombre se desvanecieron a nuestra espalda.

Sid me agarró del brazo mientras caminábamos.

—Para ser un goy, eres un buen judío —dijo—. ¿Qué puedo ofrecerte?

—¿Qué tal un bocadillo de pastrami con pan de centeno? —sugerí.

7

El dragón bailó a medianoche

¿Recordáis los chistes de Aaron Stolittz? ¿Y que le llamaban el Vampiro porque era un productor que te chupaba hasta la última gota de sangre? ¿Recordáis los dos estudios que tenía? Uno era una caja de música, el otro, un tarro de galletas. Yo trabajé en el tarro de galletas, que estaba cerca del cementerio de Santa Mónica. ¡Fantástico! Cuando te murieras solo tenías que trasladarte treinta metros al sur para encontrar el mejor sitio.

—¿Yo? Me dedicaba a plagiar guiones, a tomar prestada música y a montar películas como *Monstruo, la criatura al final del pasillo* (a mí madre le gustó, le recordó a su propia madre), *El mamut móvil*, y el resto de las películas de áfidos elefantinos y bacilos trastornados que rodábamos entre la puesta y la salida del sol.

Pero todo eso cambió. Yo viví aquella grandiosa y horrorosa noche en la que Aaron Stolittz se hizo rico y famoso en todo el mundo y ya nada volvió a ser igual.

El teléfono sonó a última hora de una calurosa tarde de septiembre. Aaron estaba en su puesto de mando en el estudio. Es decir, escondido en su despacho de dos metros por cuatro, aplastando los insectos que se posaban en la puerta mosquitera. En cuanto a mí, estaba montando, con un equipo robado, nuestra última película épica. Los dos nos sobresaltamos con el timbre del teléfono, pues nos imaginamos viudas de acreedores gritándonos desde lugares y épocas remotos.

Finalmente levanté el auricular del aparato.

—¡Hola! —gritó una voz—. Soy Joe Samasuku, del cine Samasuku Samurai. Tenemos programado para esta noche a las ocho y media el preestreno de una auténtica película japonesa que es una sorpresa. Pero el largometraje está retenido en un festival en Pacoima o en San Luis Obispo... quién sabe. Escucha. ¿Tenéis alguna película de unos noventa minutos que recuerde en algo una historia de samuráis o un cuento de hadas chino? Os llevarías cincuenta dólares. Dame los títulos de vuestras películas.

—¿*La isla de los simios locos*? —sugerí.

Un silencio incómodo.

—¿*Dos toneladas de terror*? —continué.

El gerente del cine Samasuku hizo el ademán de colgar.

—¡*El dragón baila a medianoche*! —grité impulsivamente.

—Sí. —Era la voz de alguien que estaba fumando—. Esa del dragón. ¿Podrías acabar de rodarla, montarla y editar el sonido en... esto... una hora y media?

—¡Cuenta con ello! —exclamé, y colgué.

—¿*El dragón baila a medianoche*? —dijo Aaron pegado a mi espalda—. No tenemos esa película.

—¡Observa! —Cambié algunas letras de los títulos debajo de nuestra cámara—. Así se convierte *La isla de los simios locos* en *El dragón baila* etcétera.

De manera que le cambié el título a la película, terminé la música (con tomas descartadas del bueno de Leonard Bernstein reproducidas al revés), y conseguí meter veinticuatro bobinas de película en nuestro Volkswagen. Las películas suelen ocupar nueve rollos, pero durante el proceso de montaje se mantienen en varias docenas de carretes cortos porque eso las hace más manejables a la hora de trabajar. No había tiempo para rebobinar nuestra película épica. El cine Samasuku tendría que componérselas con un par de docenas de latas.

Salimos como una bala hacia el teatro y subimos corriendo los rollos a la cabina de proyección. Un hombre con un horrible ojo de pirata y un aliento como el de King Kong que apestaba a jerez nos quitó los rollos de las manos, empujó violentamente la puerta metálica y cerró con llave.

—¡Oye! —gritó Aaron.

—Rápido —le apremié—. Si esperamos a que termine el pase quizá sea demasiado tarde. Vamos a buscar nuestros cincuenta dólares y…

—¡Estoy acabado, acabado! —gritó una voz mientras bajábamos por la escalera.

Joe Samasuku estaba arrancándose, literalmente, los pelos mientras observaba la multitud que entraba a empujones en el cine.

—¡Joe! —gritamos los dos, alarmados.

—Mirad —gimoteó Joe—. Envié telegramas para avisarles de que no vinieran. Esto es un desastre. *Variety*, *Saturday Review*, *Sight and Sound*, *Manchester Guardian* y *Avant-Garde Cinema Review* están aquí. ¡Dadme comida norteamericana envenenada, vamos!

—Tranquilo, Joe —dijo Aaron—. Nuestra película no es tan mala.

—¿Ah, no? —pregunté yo—. Aaron, esta gente son unos supersnobs. ¡Después de esta noche tendremos que llamarnos Producciones Harakiri!

—La tranquilidad —declaró Aaron sin perder la calma— es un trago que podemos tomar en el bar de al lado. Vamos.

La película comenzó con una gran explosión de temas musicales de Dimitri Tiomkin reproducidos de atrás adelante, de final a principio.

Corrimos al bar. Íbamos por la mitad de una copa doble de serenidad cuando el mar embistió la costa. Es decir, cuando los espectadores dieron un grito ahogado y suspiraron.

Aaron y yo salimos corriendo y abrimos la puerta de la sala para ver al dragón que bailaba esa medianoche.

Dejé salir un pequeño gimoteo, giré sobre los talones, subí a saltos la escalera y aporreé la puerta de la cabina de proyección con mis diminutos puños.

—¡Idiota! ¡Imbécil! Los rollos están desordenados. ¡Estás proyectando el cuarto cuando deberías haber puesto el segundo!

Aaron apareció a mi lado, jadeando, y se apoyó en la puerta cerrada con llave.

—¡Escucha!

Al otro lado de la puerta se oyó un tintineo como de hielo y de algo que no era agua.

—Está bebiendo.

—¡Está borracho!

—Escucha —dije, sudando—, el rollo solo lleva cinco minutos de proyección. A lo mejor nadie se ha dado cuenta. ¡Eh, tú! —Di patadas a la puerta—. ¡Te lo he advertido! ¡Ordénalos! ¡Colócalos correctamente! —Luego miré a Aaron—. Vamos a tomar otra copa de calma—dije con el cuerpo tembloroso mientras bajaba por la escalera delante de él.

Estábamos terminando el segundo martini cuando otra ola arremetió contra la costa.

Entré corriendo en la sala, subí como un rayo a la cabina de proyección y arañé la mirilla de la puerta.

—¡Loco! ¡Animal! ¡No es el rollo seis! ¡Toca el tres! ¡Abre para que pueda estrangularte con mis propias manos!

El proyeccionista abrió... otra botella al otro lado de la puerta metálica. Le oí tropezar con las latas de las películas desparramadas por el suelo de hormigón.

Arrancándome la cabellera como en una escena de *Medea*, volví a bajar arrastrando los pies y encontré a Aaron con la mirada clavada en el fondo de su vaso.

—¿Todos los proyeccionistas beben?

—¿Las ballenas nadan debajo del agua? —respondí con los ojos cerrados—. ¿Los leviatanes sondean los océanos?

—Qué poético —dijo con admiración Aaron—. Continúa.

—Mi cuñado —proseguí— trabaja de proyeccionista en Trilux Studios desde hace quince años. Eso significa que no ha estado sobrio un solo día de su vida en los últimos quince años.

—Imagínatelo.

—Me lo imagino. Quince años viendo un día detrás de otro copiones de *La silla del pecado*, la reposición de *Nido de amor en la sierra*, el nuevo montaje de *Pozo de pasión*. Eso volvería loco a cualquiera. Aún es peor en cines de sesión continua. ¿Cómo acabarías si vieras por nonagésima vez a Carroll Baker en *Harlow,*

la rubia platino? ¡Piénsalo, Aaron! ¡Piénsalo! Como una cabra, ¿no? Te subirías por las paredes. Pasarías las noches en blanco. La impotencia te consumiría. ¿Y entonces? Entonces empezarías a empinar el codo. En este preciso momento de la noche, Aaron, en todo el país, en las pequeñas poblaciones, en los valientes fortines, en las grandes ciudades de neón, en todos ellos, todos los proyeccionistas sin excepción están borrachos como una cuba. Borrachos, borrachos, borrachos.

Nos quedamos pensativos mientras bebíamos nuestros martinis. Me brotaron lágrimas al imaginarme a diez mil proyeccionistas a solas con sus películas y sus botellas a lo largo y a lo ancho de las praderas del país.

En la sala, el público se revolvió en sus asientos.

—Ve a ver lo que está haciendo ahora ese pirado —dijo Aaron.

—Me da miedo.

Un temblor de emoción sacudió el cine.

Salimos a la calle y alzamos la vista hacia la ventana de la cabina de proyección.

—Ahí arriba tiene veinticuatro rollos de película. Aaron, ¿cuántas combinaciones se pueden hacer con eso? La bobina nueve por la cinco. La once por la dieciséis. La ocho por la veinte. La...

—¡Para! —gruñó Aaron, y se estremeció.

Aaron y yo dimos la vuelta a la manzana más bien corriendo que caminando.

Dimos seis vueltas a la manzana, y cada vez que volvíamos al punto de partida, los gritos, los chillidos, los improbables rugidos de los espectadores que estaban dentro del cine sonaban más fuertes.

—¡Dios mío, están destrozando las butacas!

—Eso no es posible.

—¡Están matando a sus madres!

—¿Unos críticos cinematográficos? ¿Alguna vez has visto a sus madres? Llevan charreteras hasta aquí. Galones aquí. Van al gimnasio cinco días a la semana. Construyen y botan barcos de guerra en su tiempo libre. No, Aaron. Que se rompan las muñecas

unos a otros me lo creo, pero ¿matar a sus madres...?

Se produjo un grito ahogado, un silbido, un largo suspiro procedente de la oscuridad de la noche en el interior de la arquitectura californiana. Empezó a caer polvo de la enorme cúpula del cine.

Entré para mirar la pantalla hasta que se produjo el cambio de los rollos. Volví a salir.

—El rollo diecinueve en lugar del diez —dije.

En ese momento, el gerente del cine salió tambaleándose, con lágrimas en los ojos y el rostro pálido como un queso. Iba dando tumbos de una pared a otra, estupefacto y desesperado.

—¿Qué me habéis hecho? ¿Qué hacéis? —chilló—. ¡Desgraciados! ¡Cabrones! ¡Ingratos! ¡Habéis acabado para siempre con el cine Samasuku Samurai de Joe Samasuku!

Se abalanzó sobre nosotros y tuve que pararlo.

—Joe, Joe —le supliqué—, no hables así.

La música iba *in crescendo*. Era como si película y espectadores se hincharan y fueran a reventar con una violenta explosión que separaría la mente de la materia como se separa la carne de los huesos.

Joe Samasuku retrocedió y me puso una llave en la mano.

—Llama a la policía, y luego al servicio de limpieza para que limpie todo después de los disturbios, cierra con llave las puertas, si es que quedan puertas, y no me llames. ¡ya te llamaré yo!

Después huyó.

Lo habríamos seguido por su viejo patio californiano y por las violentas calles de no ser porque en ese instante un retumbante fragmento robado de Berlioz y el estrépito de unos platillos sacados de Beethoven pusieron el colofón a la película.

Siguió un silencio de desconcierto.

Aaron y yo nos volvimos espantados hacia las puertas cerradas del cine.

Se abrieron violentamente. La multitud irrumpió ante nuestros ojos gritando estentóreamente. Era una bestia de muchos ojos, muchos brazos, muchas patas, muchos zapatos y un solo e inmenso cuerpo en continua transformación.

—Soy demasiado joven para morir —farfulló Aaron.

—Eso tendrías que haberlo pensado antes de meterte en asuntos que hay que dejar en manos de Dios —señalé.

La multitud, la enorme bestia, se detuvo en seco, temblando. La miramos. Nos miró.

—¡Ahí están! —gritó alguien finalmente—. ¡Son el productor y el director!

—Adiós, Aaron —me despedí.

—Ha sido un placer —dijo Aaron.

Y la bestia, con un grito inarticulado, se precipitó hacia nosotros... Nos llevó en volandas profiriendo gritos de felicidad, cantando, palmeándonos la espalda. Nos dio tres vueltas alrededor del patio, nos sacó apresuradamente a la calle y volvió a llevarnos al patio con total satisfacción.

—¡Aaron!

Miré horrorizado el proceloso mar de sonrisas beatíficas que se extendía debajo de mí. Ahí estaba dando brincos el crítico del *Manchester Guardian*. Allí saltaba el cruel y dispéptico crítico del *Greenwich Village Avanti*. Más allá retozaban extasiados los críticos de segunda fila de *Saturday Review*, *The Nation* y *The New Republic*. Y en los márgenes de ese mar tumultuoso, en todas direcciones y en número inimaginable, cabriolaban, reían y agitaban los brazos los columnistas de *Partisan Review*, *Sight and Sound*, *Cinema*...

—¡Fabulosa! —gritaban—. ¡Maravillosa! ¡Superior a *Hiroshima mon amour*! ¡Diez veces mejor que *El año pasado en Marienbad*! ¡Cien veces mejor que *Avaricia*! ¡Un clásico! ¡Una genialidad! ¡A su lado *Gigante* parece un enano! ¡Dios mío, la Nueva Ola norteamericana ya está aquí! ¿Cómo lo han hecho?

—¿Qué hemos hecho? —grité mirando a Aaron mientras nos daban la cuarta vuelta alrededor del patio.

—¡No preguntes y disfruta del momento! —Aaron navegaba por aquel océano de humanidad sonriente.

Parpadeé y noté unas lágrimas extrañas e incontenibles en los ojos. Alcé la mirada y atisbé en la ventana de la cabina de proyección una sombra con los ojos desorbitados. El proyeccionista, con una botella en la mano entumecida, contempló

nuestro jolgorio, se pasó la mano libre por la cara en un gesto de autodescubrimiento, miró la botella y retrocedió hacia la oscuridad antes de que pudiera gritarle.

Los enanos y las gacelas que brincaban y bailaban debajo de nosotros por fin se cansaron y, después de dedicarnos entre risas sus elogios finales, volvieron a dejarnos en el suelo.

—¡La película vanguardista más grande de la historia del cine!

—Teníamos grandes esperanzas —dije.

—¡No recuerdo un uso más audaz de la cámara, del montaje, del salto de planos, del argumento múltiple inverso! —exclamó todo el mundo a la vez.

—Es la consecuencia de una buena planificación —dijo modestamente Aaron.

—Supongo que competirá en el Festival de Edimburgo.

—No —dijo Aaron perplejo—, nosotros...

—Lo decidiremos después de proyectarla en la sección oficial del Festival de Cannes —le interrumpí.

Una batería de cámaras disparó sus flashes y, como el tornado que llevó a Dorothy a Oz, el remolino de críticos se alejó, dejando atrás un reguero de invitaciones a fiestas, entrevistas concertadas y artículos que debían escribirse al día siguiente, a la semana siguiente, al mes siguiente... «¡Recuérdalo! ¡Recuérdalo!»

Se instaló el silencio en el patio. Caía un hilito de agua de la boca medio seca de un sátiro esculpido en una fuente antigua pegada a la pared del cine. Aaron se quedó un rato con la mirada perdida y luego se acercó a la fuente para lavarse la cara.

—¡El proyeccionista! —exclamó, acordándose de él de repente.

Subimos los escalones de dos en dos y nos detuvimos delante de la puerta metálica. Esta vez la arañamos como si fuéramos un par de ratoncitos blancos hambrientos.

—Marchaos. Lo siento. No lo he hecho a propósito —respondió débilmente una voz tras un prolongado silencio.

—¿Que no lo has hecho a propósito? ¡Maldita sea, abre la puerta! Estás perdonado —dijo Aaron.

—Estáis chalados —dijo débilmente la voz—. Marchaos.

—No nos iremos sin ti, cielo. Te amamos. ¿verdad, Sam?

Asentí con la cabeza.

—Te amamos.

—Estáis locos.

Se oyó un ruido de pies que rozaban tapas de hojalata y celuloide.

La puerta se abrió.

El proyeccionista, un cuarentón con los ojos inyectados en sangre y la cara roja como un cangrejo hervido, apareció delante de nosotros, tambaleándose y con las manos abiertas, preparado para la crucifixión.

—Golpeadme —susurró—. Matadme.

—¿Que te matemos? ¡Eres lo mejor que le ha pasado nunca a la carne enlatada para perros!

Aaron entró como un rayo en la cabina y le plantó un beso en la mejilla. El proyeccionista retrocedió balbuceando y agitando las manos en el aire como si se defendiera del ataque de un enjambre de avispas.

—Lo arreglaré... Ordenaré correctamente las bobinas —gritó agachándose para recuperar las serpientes de celuloide esparcidas por el suelo—. Buscaré todas las partes y...

—¡No! —exclamó Aaron. El proyeccionista se quedó paralizado—. No cambies nada —añadió con un tono más calmado Aaron—. Sam, toma nota. ¿Tienes un lápiz? Bien, dime, ¿cómo te llamas?

—Willis Hornbeck.

—Willis, Willie, dinos el orden que has seguido. ¿Qué rollo has puesto primero? ¿Y en segundo lugar, y en tercero? ¿Cuál has proyectado de atrás adelante? ¿Cuál cabeza abajo? Cuéntanos todo.

—¿Quieres decir...? —El hombre parpadeó con un estúpido gesto de alivio en la cara.

—Quiero decir que necesitamos el plan de proyección, la manera en que has proyectado esta noche la película vanguardista más importante de la historia del cine.

—Oh, por el amor de Dios. —Willis, de rodillas en el suelo, rodeado por el revoltijo de latas y películas que contenían su arte, soltó una vibrante risotada ahogada y ronca.

—Willis, cielo —dijo Aaron—. ¿Sabes cuál va a ser tu cargo a partir de esta fabulosa noche de creatividad?

—¿Indeseable? —sugirió Hornbeck cerrando un ojo.

—¡Productor asociado de Hasurai Productions! Serás editor, montador, tal vez incluso director. ¡Te ofreceré un contrato por diez años! Tendrás aumentos. Privilegios. Acciones de la empresa. Porcentajes. Bueno, sigamos. ¿Tienes preparado el lápiz, Sam? Willis, dime, ¿qué hiciste exactamente?

—Yo… —dijo Willis Hornbeck—… no lo recuerdo.

Aaron rio débilmente.

—Seguro que lo recuerdas.

—Estaba borracho. Pero del susto se me ha cortado la borrachera de golpe. Ahora estoy sobrio. No lo recuerdo.

Aaron y yo nos miramos con un pánico cerval. Entonces vi en el suelo algo que me llamó la atención y lo levanté.

—Espera un momento —dije.

Todos miramos la botella de jerez medio vacía.

—Willis —dijo Aaron.

—¿Sí?

—Willis, viejo amigo…

—¿Sí?

—Willis —dijo Aaron—. Ahora voy a poner en marcha este proyector.

—¿Sí?

—Y tú, Willis, te beberás lo que queda en esta botella.

—Sí, señor.

—Y tú, Sam…

—¿Señor? —dije haciendo el saludo militar.

—Tú, Sam —continuó Aaron encendiendo el proyector, que arrojó un brillante haz de luz que escindió la silenciosa oscuridad de la sala del cine y se posó en la vacía pantalla blanca que aguardaba a que un genio la llenara de cuadros excepcionales con sus pinceladas—. Sam, por favor, cierra con llave esa pesada

puerta metálica.

Cerré con llave la pesada puerta metálica.

Pues bien, el dragón voló a medianoche en los festivales de cine de todo el mundo. Domamos al León en Venecia, en el Festival de Cine de Venecia, nos llevamos los principales premios en el Festival de Cine de Nueva York y el Premio Especial Brasilia en el Certamen Mundial de Cine. ¡Y no solo con una película, no, sino con seis! Después de *El dragón bailaba* conseguimos un grandísimo éxito internacional con *Los horribles*. Después llegaron *El señor Masacre* y *Arremetida*, seguidas de *Se llama horror* y *Zarzo*.

Con esas películas, los nombres de Aaron Stolittz y Willis Hornbeck se convirtieron en miel en los labios de los críticos cinematográficos de todos los rincones del mundo.

¿Cómo fue posible que encadenáramos otros cinco éxitos?

Pues repitiendo la fórmula del primero.

Cada vez que terminábamos de rodar una película alquilábamos el cine Samasuku a partir de la medianoche y agarrábamos a Willis, le vaciábamos una botella del mejor jerez en el gaznate, le dábamos los rollos de la película, encendíamos el proyector y cerrábamos con llave la puerta de la cabina.

Al amanecer nuestra obra estaba cortada en tiras, revuelta como una ensalada enorme, con los trozos pegados de nuevo con la cola del genio subliminal de Willis Hornbeck, y lista para estrenarla en los expectantes cines de vanguardia de Calcuta y de Far Rockaway. Hasta el último día de mi insignificante vida recordaré aquellas noches en compañía de Willis, que se movía arrastrando los pies entre los zumbidos y las luces parpadeantes de las máquinas, dando tumbos desde la medianoche hasta que el alba inundaba el patio del cine Samasuku de una luz dorada que era el color puro del dinero.

Así continuamos, película tras película, bestia tras bestia, con los bolsillos llenos de pesos y de rublos. Y una noche Aaron y Willis recibieron el Óscar de la Academia a la mejor película experimental, y todos conducíamos un Jaguar XKE… Pero ¿fuimos

felices y comimos perdices?

No.

Fueron tres años gloriosos, magníficos, inolvidables, en la cresta de la ola del cine vanguardista. Sin embargo...

Una tarde, mientras Aaron miraba su libreta del banco y reía con satisfacción, Willis Hornbeck entró en su despacho y se detuvo delante del ventanal que daba al inmenso espacio donde se rodaban los exteriores del estudio de Hasurai Productions. Cerró los ojos y, dándose unos golpecitos en el pecho y retorciéndose suavemente las solapas de la americana, gimoteó en voz baja:

—Soy alcohólico. Bebo. Soy un borracho. Empino el codo. Decidlo como queráis. ¿Alcohol desnaturalizado? Trae aquí. ¿Licores mentolados? ¿Por qué no? ¿Disolvente? ¿Barniz? Echaré un trago. ¿Quitaesmalte de uñas? ¡Perfecto para hacer gárgaras? Willis Hornbeck, ese borrachín idiota que nunca ve la luz del sol. Pero eso ha terminado. ¡La promesa! ¡He hecho la promesa!

Aaron y yo corrimos a rodearlo y tratamos de obligarlo a abrir los ojos.

—¡Willis! ¿Qué te pasa?

—No me pasa nada. Estoy bien. —Abrió los ojos. Le rodaban lágrimas por las mejillas. Nos tomó las manos—. Odio haceros esto, chicos. Pero anoche...

—¿Qué pasó anoche? —gimoteó Aaron.

—Entré en Alcohólicos Anónimos.

—¿Que tú qué?

—He entrado en Alcohólicos Anónimos.

—¡No puedes hacerme esto! —exclamó Aaron dando saltos—. ¿Es que no sabes que eres el corazón, el alma, los pulmones, la luz de Hasurai Productions?

—No creas que no lo he pensado —se limitó a decir Willis.

—¿Acaso no te gusta ser un genio, Willie —espetó Aaron—, que te agasajen dondequiera que vayas, ser famoso en el mundo entero? Eso no es suficiente para ti, ¿no? Ahora además tienes que estar sobrio.

—Somos tan famosos, tan queridos y respetados que estoy saciado —repuso Willis—. La fama me llena tanto que no queda

sitio para la bebida.

—¡Pues haz sitio! —bramó Aaron—. ¡Haz sitio!

—¿No es irónico? —dijo Willis—. Antes bebía porque me sentía un don nadie. Ahora, si dejo la bebida, el estudio se irá a la ruina. Lo siento.

—¡No puedes incumplir tu contrato! —le amenacé.

Willis me miró como si le hubiera dado una puñalada.

—No tengo la intención de faltar a mi palabra. Pero ¿exactamente en qué parte del contrato pone que tengo que estar borracho para trabajar para vosotros?

Mis diminutos hombros se encorvaron. Los diminutos hombros de Aaron se encorvaron.

—Seguiré trabajando para vosotros —añadió para concluir Willis—. Pero todos sabemos que sobrio no será lo mismo.

—Willis. —Aaron se dejó caer en su sillón y tras un largo e íntimo momento de sufrimiento prosiguió—: ¿Solo una noche al año?

—La promesa, señor Stolittz. Ni una gota, ni siquiera una vez al año, ni siquiera por los amigos que más quiero.

—Esto es una pesadilla.

—Ya lo creo —dije—. Es como si estuviéramos cruzando el mar Rojo con Moisés y de repente las aguas se cerraran.

Cuando volvimos a levantar la vista, Willis Hornbeck se había ido.

Era el verdadero crepúsculo de los dioses. Habíamos vuelto a convertirnos en ratones. Nos quedamos sentados un rato, gimoteando en voz baja. Después Aaron se levantó, rodeó el mueble bar y lo tocó con una mano.

—Aaron —dije—. ¿No irás a...?

—¿Qué? —dijo Aaron—. ¿Montar nuestro próximo largometraje vanguardista, *Dulces lechos de venganza*? —Sacó una botella del mueble y la abrió. Tomó un trago—. ¿Yo solo? ¡Pues sí!

No.

El cohete apagado cayó del cielo. Los dioses no solo conocían el crepúsculo, también el terrible insomnio de las tres de la madrugada, cuando la muerte es mejor que las circunstancias.

Aaron intentó beber. Yo intenté beber. El cuñado de Aaron intentó beber.

Pero ninguno de nosotros recibió la visita de la eufórica musca que había acompañado a Willis Hornbeck. En ninguno de nosotros se agitaba el pequeño gusano de la intuición cuando el alcohol corría por nuestras venas. Sobrios éramos unos vagos y seguíamos siéndolo borrachos. Pero el Willis Hornbeck borracho era casi lo único que querían los críticos, un hombre salvaje que luchaba a ciegas con la creatividad en un nido de serpientes, alguien que combatía con un caimán inspirado en un tanque de cristal para que todos pudieran verlo y que vencía de una manera sublime.

Sí, claro que Aaron y yo nos abrimos paso en unos cuantos festivales más. Invertimos todos nuestros beneficios en tres largometrajes épicos más, pero el cambio se notaba en cuanto los títulos de crédito aparecían en la pantalla. Hasurai Productions cerró. Vendimos todo el paquete a la televisión educativa.

¿Qué fue de Willis Hornbeck? Vive en una casa unifamiliar en Monterey Park, acompaña a sus hijos a la catequesis dominical y solo de vez en cuando recuerda el gusano de la genialidad que vive enterrado en su interior cuando un crítico de Glasgow o de París se pasa por su casa para conversar con él una hora, descubre que Willis es un tipo amable pero un plasta sobrio y aprovecha la mínima oportunidad para largarse.

¿Cómo nos va a Aaron y a mí? Pues tenemos nuestro estudio en esta caja de zapatos que está diez metros más cerca del cementerio. Producimos películas modestas que obtienen unos beneficios también modestos, y todavía las montamos en veinticuatro rollos y las presentamos en California y en México. Damos el golpe y nos vamos pitando. Hay unos trescientos cines en nuestro radio de acción. Eso significa trescientos proyeccionistas. Hasta ahora hemos presentado nuestros monstruos en ciento veinte de ellos. Y todavía, en noches calurosas como esta, sudamos, esperamos y rezamos para que pasen cosas como esta: Suena el teléfono. Aaron contesta y grita: «¡Rápido! El cine Arcadia de Barcelona necesita un preestreno. ¡Mueve el culo!».

Y nos precipitamos por la escalera y pasamos como un rayo por delante del cementerio con los rollos de celuloide debajo de nuestros pequeños brazos, siempre riendo, siempre corriendo hacia ese futuro donde otro proyeccionista está esperando al otro lado de la puerta cerrada con llave de una cabina de proyección, con una botella en la mano, el brillo de la genialidad en los ojos enrojecidos y un gran gusano ciego en el alma aguardando a que lo despierten con un beso.

—¡Espera! —grito mientras nuestro coche va lanzado como un cohete por la autopista—. ¡Me he dejado el rollo número siete!

—¡Nadie se dará cuenta! —dice Aaron pisando el acelerador. Y, gritando para hacerse oír por encima del rugido del motor, añade—: ¡Willis Hornbeck Segundo, dondequiera que estés! ¡Prepárate! ¡Vamos, Sam, cántalo con la melodía de *Someday I'll Find You*!

8

El diecinueve

Empezaba a anochecer la tarde que bajaba por Motor Avenue y vi desde el coche al anciano que caminaba por el otro lado de la calle buscando pelotas de golf perdidas.

Di un frenazo tan brusco que estuve a punto de estamparme contra el parabrisas.

Detuve el coche y me quedé parado en mitad de la calle unos diez segundos (no venían coches detrás de mí), luego di marcha atrás lentamente (seguía sin haber coches) hasta que pude ver la hondonada que había junto a la alambrada del campo de golf y al hombre encorvado levantando otra pelota y metiéndola en el pequeño cubo que llevaba en la mano.

No, pensé. Sí, pensé. No.

No obstante, viré bruscamente, aparqué y me quedé sentado dentro del coche un momento, intentando decidir qué hacer, con unas lágrimas en los ojos que habían brotado de manera misteriosa, sin venir a cuento. Finalmente bajé del coche, esperé a que pasaran los vehículos que transitaban por la calle y crucé al otro lado. Avancé por la hondonada en dirección sur mientras el hombre iba hacia el norte.

En un momento dado nos encontramos cara a cara, a unos cincuenta pasos del lugar por donde yo había bajado a la hondonada.

—Hola —dijo el hombre en voz baja, inclinando la cabeza.

—Hola —respondí.

—Bonita noche, ¿eh? —dijo, paseando la mirada por la

alfombra de césped y bajándola luego al cubo lleno hasta la mitad de pelotas de golf.

—¿Está teniendo suerte con la búsqueda? —pregunté.

—Véalo con sus propios ojos —respondió levantando el cubo.

—Yo diría que sí. ¿Puedo ayudarle?

—¿Cómo ha dicho? —inquirió desconcertado—. ¿A buscar pelotas? No es necesario.

—No me importa. Dentro de cinco minutos será noche cerrada. Será mejor buscar las pelotas antes de que sea demasiado tarde.

—Tiene razón —dijo mirándome con curiosidad—. ¿Por qué quiere ayudarme?

—Mi padre solía venir aquí hace años —expliqué—. Siempre encontraba algo. No tenía un gran sueldo y a veces vendía las pelotas para sacarse un dinero extra.

—Como yo —dijo el anciano—. Vengo dos veces por semana. La semana pasada vendí las pelotas suficientes para invitar a mi mujer a cenar en un restaurante.

—Lo sé —dije.

—¿Cómo ha dicho?

—Bueno, pongámonos manos a la obra. Allí hay una. Y veo otra junto a la alambrada. Yo iré a por esa esa de ahí.

Fui a buscar la pelota y volví con ella. Me quedé con la pelota en la mano mientras el anciano escrutaba mi rostro.

—¿Por qué llora? —preguntó.

—¿Estoy llorando? —dije—. Bueno, debe de ser cosa de las flores silvestres. Soy alérgico.

—¿Nos conocemos? —me soltó de repente.

—Es posible. —Le dije mi nombre.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó riendo quedamente—. Yo también me llamo así. Tenemos el mismo apellido. Pero no creo que seamos parientes.

—No, yo tampoco lo creo.

—Porque lo recordaría si lo fuéramos. O sea, si fuéramos familia. O si nos hubiéramos visto antes.

Señor, pensé, así que es esto. Una cosa es el Alzheimer, pero

otra muy distinta es irse para siempre. En los dos casos se olvida. Supongo que una vez que has muerto no necesitas la memoria.

El anciano me observaba mientras yo pensaba y eso me incomodaba. Me quitó la pelota de la mano y la metió en el cubo.

—Gracias —dijo.

—Allí hay otra. —Corrí por la pendiente de la hondonada y volví con la pelota en la mano, secándome las lágrimas—. Aún viene aquí a menudo.

—¿Aún? ¿Por qué no iba a hacerlo?

—Ah, solo estaba pensando en voz alta —dije—. Si alguna vez quisiera volver aquí a buscar pelotas, solo por diversión, si estuviera usted sería todo más fácil.

—Ya lo creo —repuso el anciano. Escrutó de nuevo mi rostro —. Es curioso. Yo tenía un hijo, un buen chico, pero se marchó. Nunca averigüé adónde se fue.

«Lo sé —pensé—. Pero él no se marchó, te fuiste tú. Así es como debe ser esto, cuando te despides tienes la impresión de que la gente se marcha, pero en realidad eres tú quien se aleja, el que se va difuminando hasta desaparecer.»

Ahora el sol se había puesto por completo y caminábamos casi a oscuras, alumbrados únicamente por la solitaria farola que había en el otro lado de la calle. Vi la última pelota de golf un par de metros a la izquierda del anciano y la señalé con la cabeza. El hombre se acercó a ella y la levantó.

—Bueno, supongo que es la última —dijo él. Me miró a los ojos—. ¿Y ahora qué?

Me estrujé el cerebro, lancé una mirada hacia delante y dije:

—¿No hay un hoyo diecinueve en todos los campos de golf?

El hombre escudriñó la oscuridad que se extendía delante de él.

—Sí, cierto. Debe haber uno un poco más adelante.

—¿Puedo invitarle a una copa?

—Es usted muy amable —respondió con la mirada extraviada por la duda—, pero no creo que...

—Solo una —insistí.

—Se ha hecho tarde. Debería irme.

—¿Adónde? —pregunté.

Era la pregunta equivocada. Sus ojos tenían una mirada aún más perdida. Le había obligado a buscar una respuesta, por muy vaga que fuera.

—Bueno —dijo—. Verá —añadió—. Creo que...

—No, no me lo diga. No me gusta ser entrometido.

—No se preocupe. En fin. Ya me voy.

Tendió la mano para estrechar la mía y de repente la agarró y la apretó con fuerza mirándome a los ojos.

—Nosotros nos conocemos —gritó—, ¿verdad?

—Sí —dije.

—Pero ¿de qué? ¿Desde hace cuánto tiempo?

—Desde hace mucho tiempo —respondí.

No me soltaba la mano. Me la apretaba como si temiera caerse.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Volví a decirle mi nombre.

—Qué curioso —dijo, y luego bajó la voz—. Se llama como yo. Piénselo. Y este encuentro. Los dos nos llamamos igual.

—Así es la vida —repuse.

Intenté en vano liberar la mano. Cuando por fin conseguí soltarla, inmediatamente volví a tenderla y estreché la suya de una manera similar.

—La próxima vez —dije—. ¿Quedamos en el hoyo diecinueve?

—En el diecinueve —dijo—. ¿De verdad va a volver?

—Ahora que sé que viene por aquí, sí. Algunas noches. Es un buen sitio para pasear y buscar pelotas.

—No hay muchos bobos como yo. —Paseó la mirada por el sendero de hierba vacío que había a su espalda—. Uno se siente un poco solo.

—Intentaré venir más a menudo —dije.

—Eso lo dice por decir.

—No. Se lo juro por Dios.

—Jurar por Dios es una buena promesa.

—La mejor.

—Bueno. —Esta vez le tocó a él liberar la mano y masajearla para recuperar la circulación—. Me voy ya.

Echó a andar. Cuando no había recorrido ni media decena de metros por el sendero, divisó una última pelota y la agarró. Me hizo un gesto con la cabeza y me la lanzó.

La atrapé con facilidad y la sostuve en la mano como si fuera un obsequio.

—El diecinueve —gritó sin alzar demasiado la voz.

—Por supuesto —respondí.

Y luego desapareció en la oscuridad.

Yo me quedé allí, con las lágrimas rodando por mis mejillas y sintiendo la presión de la pelota de golf en el pecho cuando la guardé en el bolsillo de la camisa.

Me pregunté, pensé, si seguiría allí por la mañana.

9

Bestias

Smith y Conway ya casi habían terminado de comer cuando por alguna razón se enfrascaron en una conversación sobre la inocencia y el mal.

—¿Alguna vez te ha caído un rayo? —preguntó Smith.

—Nunca —respondió Conway.

—¿Y sabes de alguien a quien le haya caído un rayo?

—No.

—Pues esas personas existen. Todos los años cien mil personas son alcanzadas por un rayo. De ellas, unas mil mueren y el dinero que llevan en los bolsillos se funde. Todo el mundo piensa que nunca le caerá un rayo. Todo el mundo se considera un cristiano auténtico y un dechado de virtudes.

—¿Qué tiene eso que ver con el tema del que estamos hablando? —quiso saber Conway.

—Te lo diré. —Smith encendió un cigarrillo y miró fijamente la llama—. Tú te niegas a ver el predominio del mal en el mundo, así que uso el símil del rayo para demostrarte que te equivocas.

—¿De qué sirve que yo reconozca el predominio del mal si tú no aceptas la existencia del bien?

—Sí que la acepto, pero... —dijo Smith—. Mientras el ser humano no aprenda un par de cosas, el mundo se dirigirá alegremente hacia al infierno. En primer lugar, debemos aceptar que en todo hombre bueno acecha una imagen opuesta de maldad. Y a la inversa, en cada pecador hay un poso de bondad. Confinar a las personas en una u otra categoría significa la anarquía. Al

pensar que un individuo es bueno estamos arriesgándonos a obviar su duplicidad. Y al pensar que un individuo es malo estamos negándole la protección. La mayor parte de las personas son pecadores-santos. Schweitzer era casi un santo que tenía encerrado en una botella su propio demonio o que al menos lo sujetaba con una correa. Hitler era Lucifer, pero ¿acaso no tendría en algún rincón dentro de él un niño desesperado por escapar? Sin embargo, ese niño que Hitler tenía dentro se quemó y desapareció. Así que pégale la etiqueta y entierra sus huesos.

—Estás yéndote por las ramas —dijo Conway—. Ve al grano.

—Está bien. —Smith rio quedamente—. ¡Tú! Tu fachada es un pastel de bodas, blanco y rígido. Entre tus orejas nieva durante todo el año. Sin embargo, debajo de esa blancura late un corazón oscuro, unos cabellos negros se rizan como los resortes de un reloj. La Bestia vive ahí. Y si no eres capaz de enfrentarte a ella, algún día saldrá a la luz.

Conway rio.

—¡Me muero de risa! —exclamó—. ¡Dios mío, qué divertido!

—No es divertido, es triste.

—Lo siento —masculló Conway—. No es mi intención insultarte, pero...

—Te insultas a ti mismo —le interrumpió Smith—. Y reduces tus posibilidades de tener una buena vida más adelante.

—¡Para, por favor! —dijo riendo Conway.

Smith se puso en pie con la cara roja.

—Ahora te has enfadado conmigo —dijo Conway recobrando la compostura—. No te vayas.

—No estoy enfadado.

—Dices unas cosas, bueno, tan trilladas.

—Lo nuevo a menudo parece anticuado —dijo Smith—. Navegamos por la superficie y creemos que es el fondo.

—Por favor —dijo Conway—. Tus teorías...

—¡Mis descubrimientos! —espetó Smith—. Ya veo que no has aprendido nada.

—Deformación profesional.

—¿Y la misa de los domingos, oficiada por un sacerdote que

te prepara para entrar en el cielo? ¿Me dejas que te haga un favor? Tengo curiosidad. Abre los ojos. Llama por teléfono al número PL8-9775.

—¿Para qué?

—Tú llama y escucha esta noche, mañana, pasado mañana. Volveremos a vernos el viernes.

—¿El viernes...?

—Llama a ese número.

—¿Quién contestará?

Smith sonrió.

—Las Bestias.

Después se fue.

Conway rio, pagó la cuenta y salió con paso resuelto al bonito día.

—¿PL8-9775? —Se rio—. Llamo y ¿qué digo cuando me respondan? ¿Hola, Bestias?

Conway olvidó la conversación, el teléfono y el número durante la cena con su mujer, Norma. Después le dio las buenas noches y se quedó hasta tarde leyendo relatos policíacos. A medianoche sonó el teléfono.

—Eres tú, ¿verdad? —contestó.

—¡Vaya! —exclamó Smith—. Lo has adivinado.

—¿Quieres saber si he llamado al PL8-9775?

—Sé por tu voz que no te ha caído ningún rayo. Marca ese número. ¡Llama!

«Llama —pensó—. ¡Qué diablos, no voy a llamar!»

A la una de la mañana volvió a sonar el teléfono. «¿Quién será?», se preguntó. El teléfono siguió sonando. «¿Tan tarde?», se dijo. Siguió sonando. «¿Quién llamará a estas horas?» Siguió sonando. «¡Señor!» Siguió sonando. Agarró el auricular. ¡*Ring*! Apretó la mano alrededor de él. ¡*Ring*! Ya se había despabilado. ¡*Ring*! ¡Deja de hacer *ring*! Sujetó el auricular, pero no se lo acercó

a la oreja. ¿Por qué? Lo miró como si fuera un insecto enorme zumbando a su alrededor. Susurros. Más claros. Susurros. Muy claros. Susurros. ¡*Clic*! Tiró el teléfono al suelo. ¡Dios mío! ¡No había oído nada! Bueno, algo. Unos susurros.

Dio una patada al teléfono, que rodó por la alfombra. ¡Dios mío!, pensó. ¿Por qué le había dado una patada? ¿Por qué?

Dejó el teléfono en el suelo y volvió a acostarse.

Sin embargo, continuaba oyendo el zumbido de protesta. Un momento después se levantó y puso el auricular en su sitio.

Ya estaba. No era nada. No. Alguien. ¿Smith? Encendió la luz. ¿Por qué tenía la impresión de que había oído varias voces? Estúpido. ¡No!

Miró hacia la sala.

No salía ningún sonido del teléfono.

¡Bien!, pensó.

Pero había oído algo.

¿Algo que le había humedecido la cara?

¡No!

Permaneció acostado y despierto hasta...

Las tres de la larga y oscura madrugada. La medianoche del alma. Cuando los moribundos liberan sus fantasmas...

¡Maldita sea!

Se levantó de la cama y se detuvo junto al maldito objeto vinculado a Smith.

El reloj de la repisa dio las tres y cuarto. Levantó el auricular y oyó el zumbido. Se sentó con el teléfono en el regazo y al fin, lentamente, marcó el número.

Había esperado oír una voz femenina, de la cómplice de Smith, sí, una mujer. Pero lo único que oyó fueron susurros.

Y luego un barullo de voces, como si una multitud de llamadas se hubiera fundido en una nube de electroestática. Colgó.

Estremecido, volvió a marcar y oyó los mismos sonidos. Un oleaje eléctrico que no eran voces masculinas ni femeninas, rumores que se solapaban, protestando, algunos exigiendo, otros suplicando, y otros...

Respirando.

¿Respirando? Tapó el auricular. ¿Respirando? Inspiraban, espiraban. «Los teléfonos no inspiran ni espiran», se dijo Conway.

«Smith —pensó—, serás cabrón.»

¿Por qué?

Por ese modo extraño de respirar.

¿Extraño?

Se acercó lentamente el auricular a la oreja.

Las voces iban y venían, y todas...

Respiraban agitadamente, como si hubieran corrido una gran distancia. ¿Sin moverse de su sitio? ¿En el sitio? ¿Cómo era posible que esas voces, masculinas, femeninas, viejas, jóvenes, corrieran, se precipitaran, sin moverse de su sitio, que estuvieran quietas al mismo tiempo que se levantaban y caían, subían y bajaban?

Entonces todas chillaron, gritaron, jadearon, tomaron aire y lo soltaron.

A Conway le ardían las mejillas y le goteaba el sudor desde el mentón. ¡Dios mío! ¡Ay, Dios mío!

Se le cayó el teléfono de la mano.

La puerta del dormitorio se cerró de golpe.

A las cuatro y media de la mañana, Norma Conway dejó caer el brazo junto al rostro de su marido. Le acarició la barbilla y la frente.

—Dios mío, estás enfermo —dijo.

—Estoy bien —le aseguró su marido mirando el techo—. Sigue durmiendo.

—Pero...

—Me encuentro bien. A menos que...

—¿Qué?

—¿Puedo ponerme contigo en tu lado de la cama?

—¿Con esta fiebre?

—No, supongo que no.

—¿Quieres que te traiga algo?

—Nada. Algo.

Conway se dio la vuelta. Su aliento parecía aire salido de un

horno.

«Todo», pensó, pero no lo dijo.

Desayunó abundantemente. Norma le acarició la frente y suspiró.

—Menos mal que te ha bajado.

—¿Qué me ha bajado? —preguntó él mientras devoraba el beicon y los huevos.

—La fiebre. La notaba desde mi lado de la cama. ¿Cómo es que estás tan hambriento?

Conway miró su plato vacío.

—Vaya, no me había dado cuenta. Siento lo de anoche.

—Ah, eso. —Norma rio suavemente—. Solo quería evitar que te pusieras peor. Será mejor que te vayas ya. Son las nueve. ¿Qué le ha pasado al teléfono?

—¿Al teléfono?

Conway se detuvo cuando ya salía de casa.

—La clavija de la pared parece rota. ¿Quieres que llame a la compañía telefónica?

Conway miró el teléfono tirado en el suelo.

—No —dijo.

En la oficina, al mediodía, sacó el papel arrugado que tenía en el bolsillo.

—Estúpido —dijo.

Marcó el número.

El teléfono sonó dos veces hasta que una voz contestó:

—El número que ha marcado ya no está en servicio.

—¡Ya no está en servicio!

Casi inmediatamente la máquina del fax escribió una sola línea.

«PL4-4559.»

Ningún nombre. Ninguna dirección.

Llamó a Smith.

—Smith, cabrón, ¿qué estás haciendo?

—Nada bueno —respondió Smith con tono triunfal—. El antiguo número ya no está en servicio. Solo valía para anoche. Prueba con el nuevo. Quedamos para tomar algo y charlar un rato, ¿vale?

—¡Cabrón! —bramó Conway, y colgó.

Y fue a la cita para tomar una copa y charlar mientras comían.

—Suéltalo —dijo Smith—: «Smith, eres un h. de p.». Siéntate. El martini está esperándote. Ponle una pajita para bebértelo.

Conway se balanceó junto a la mesa, apretando los puños.

—Siéntate —insistió Smith.

Conway se tomó el martini de un trago.

—Vaya, vaya, estabas sediento. Bueno. —Smith se inclinó hacia delante—. Cuéntaselo a papá. Desembucha. Confiesa.

—¡No tengo nada que confesar!

—Bueno, entonces, ¿qué es lo que casi ocurrió? ¿Eres culpable? ¿Inocente? ¿Pides clemencia?

—Cállate y bébete tu ginebra —espetó Conway.

—Gracias, eso haré. Para celebrarlo.

—¿Celebrarlo?

—El hecho de que ahora tienes el nuevo número. El antiguo era gratuito. Para usar este nuevo tendrás que pagar cincuenta dólares. Mañana por la noche habrá otro número que costará doscientos.

—¡Dios mío! ¿Por qué?

—Te fascinará. Te atrapará. No podrás parar. La semana que viene serán ochocientos. Y los pagarás.

—¿Los pagaré? —exclamó Conway.

—No alces la voz. La inocencia es gratis. La culpa tiene un coste. Tu mujer te preguntará sobre el saldo de vuestra cuenta del banco.

—¡No lo hará! ¡Eso no va a suceder!

—Dios mío, eres Juana de Arco desbocada. Ella también oía voces.

—Las voces de Dios, no unos susurros eróticos por el teléfono.

—Es verdad. Aun así murió. ¡Camarero! Sirva otra ronda. ¿Te parece bien?

Conway sacudió violentamente la cabeza.

—¿Por qué estás tan furioso? —quiso saber Smith—. Ni siquiera hemos empezado a comer aún y...

—¡No me has contado nada! —le interrumpió Conway.

—Está bien, está bien. ¿Estás preparado?

Smith comenzó a deslizar el cuchillo por el mantel y habló mirando las rayas que iba dibujando.

—¿Sabes algo sobre los canales de desagüe que recorren el subsuelo de Los Ángeles, los túneles que canalizan el agua de las lluvias, las inundaciones?

—Los conozco, sí.

—Levanta la tapa de una alcantarilla en cualquier calle principal y baja a los túneles que se extienden a lo largo de treinta kilómetros, todos ellos en dirección al mar. Los años que no llueve están vacíos como el desierto. Tendrías que acompañarme algún día a dar un paso por debajo del mundo civilizado hasta el mar. ¿Te aburro?

—Continúa —dijo Conway.

—Un momento. —Smith se humedeció los labios con el martini—. Imagina que todas las noches a las tres de la mañana las puertas de todas las casas de la manzana, de todas las manzanas de la zona, se abrieran, y unas sombras, personas de mediana edad, salieran a la calle, levantaran las tapas de las alcantarillas y descendieran a las tinieblas, ¿me sigues?, y se dirigieran hacia un mar que no oyen. Pero a medida que se acercan lo oyen más fuerte, acompañados por otras sombras que avanzan hacia el mar a las tres de la mañana, inspirando, espirando, murmurando, suspirando, y mientras caminan no necesitan luz porque la fiebre que irradian sus rostros ilumina las paredes de los túneles, y esas personas encuentran más túneles, son una riada debajo de las casas mientras la ciudad duerme arriba, ajena al torrente de sombras que ansían llegar al mar cálido, susurrando, anhelantes, ¿enamorados de qué? Una red enloquecida de carne y sangre.

—Una red, no. ¿Enloquecida? Sí.

—¡Pero es real! No son películas en ordenadores portátiles. Personas ávidas, corriendo, susurrando, chocando con los codos, arrastrando los zapatos por el cemento, sin detenerse, hasta que encuentran esa costa lejana una noche sin luna ni alba, una salvación a millones de kilómetros de distancia, pero nadie quiere la salvación mientras inundan a miles la costa de ese mar caliente y observan temblando y con los ojos desorbitados las coladas de lava que arrasan la costa.

—¿Qué hacen allí? —preguntó Conway.

—¿Qué hacen? Nadan en ese horno atronador, en esa succión, se sumergen, inspiran, espiran, con fuerza. Ya los oíste anoche. Por eso venido. Todos los pelos de tu cuerpo se erizaron. Tu boca mastica acero frío, tu aliento quema, ¿verdad?

—¡No!

—¡Mentiroso!

—No —repitió Conway—. ¿Qué son esas voces?

—Libidos sin hogar, aspirantes ávidos de amor.

—¿Qué clase de amor quieren? ¿A qué aspiran?

—A la unión. —Smith removió su bebida con el dedo meñique—. A fundirse con arrebato.

—¿Cómo?

—Mediante el sonido, ¿no es evidente? Quieren formar parte de ese circuito perdido de almas, arrojarse a ese mar de lujuria. ¿Has leído a Thoreau? Decía que la mayoría de las personas llevan una vida de silenciosa desesperación.

—Es muy triste.

—Es verdad. El nuestro es el canal triste, desesperado, que inunda Venice con las aguas inmundas de personas enloquecidas. ¿Recuerdas las tiras cómicas de Desperate Ambrose? El mundo es un enjambre de seres humanos que no sacian sus deseos, de Ambroses insomnes, desesperados. Dios mío, el cuerpo dice una cosa y la cabeza otra. ¡Los hombres dicen sí, las mujeres, no! ¿Alguna vez tuviste catorce años?

—Sí, durante algunos años.

—¡*Touché*! Descubriste la carne ardiente y arrebatada, pero

pasaron muchos años hasta que tocaste el brazo de otra persona, el codo, la boca. ¿Cuánto tiempo?

—Seis años.

—¡Una eternidad! Veinte mil noches de soledad. Amando espejos. Luchando con almohadas. ¡Maldición! Usa el nuevo número. Y vuelve mañana.

—¡No me has contado absolutamente nada!

—Te lo he contado todo. ¡Actúa! ¡Si te echas atrás ahora, unirte de nuevo a la escucha te costará seiscientos dólares!

—¿En qué te basas?

—En la respiración fatigosa que hizo que destrozaras el teléfono. La compañía telefónica ha informado de la reparación.

—¿Cómo puedes saber eso?

—Sin comentarios.

—¿Smith?

Smith aguardó sonriendo.

—¿Eres un ángel de Dios o su hijo de las tinieblas? —preguntó Conway.

—Exacto —respondió Smith, y se fue.

Conway llamó por teléfono a Norma para que diera de baja la línea telefónica.

—Dios mío, ¿por qué? —preguntó su mujer.

—Arranca el teléfono. ¡Arráncalo!

—Te has vuelto loco —dijo ella, y colgó.

Volvió del trabajo a las cinco. Norma fue delante de él mientras recorrían la casa.

—Espera —protestó Conway—. El teléfono sigue en la biblioteca, y... —Echó un vistazo al dormitorio—. ¡Han puesto uno nuevo ahí!

—Me dijeron que insististe. ¿Cambiaste la solicitud de baja por una de instalación?

—Por supuesto que no —dijo y se acercó al nuevo aparato—. ¿Por qué iba a hacerlo?

A la hora de irse a dormir, Conway desenchufó los dos teléfonos, ahuecó la almohada, se acostó y cerró los ojos.

A las tres de la mañana los teléfonos sonaron sin parar. Conway pensó que Norma había vuelto a enchufarlos.

Al cabo de un rato Norma se movió a su lado.

—¡Por Dios, ya contesto yo! —dijo, y se incorporó.

—¡No! —gritó su marido.

—¿Qué dices?

—¡No, yo contestaré!

—Tranquilízate.

—¡Estoy tranquilo! —Conway agarró el teléfono, que siguió sonando mientras lo transportaba estirando su largo cable hasta el otro, que seguía sonando. Se quedó inmóvil. La puerta del dormitorio se abrió por completo.

—Bueno, ¿a qué esperas? —preguntó Norma.

Conway no prestó atención a su mujer y se inclinó para tocar el teléfono y descolgar, pero no se lo acercó a la oreja. Del auricular salieron unos susurros.

—¿Y? —preguntó finalmente Norma—. ¿Es una llamada privada? ¿Se trata de algún ligue de macho menopáusico?

—No —respondí—. ¡No es ninguna furcia de vida alegre ligera de cascos que me haya ligado!

La lista de adjetivos era tan larga que Norma no pudo evitar reírse antes de cerrar la puerta.

«No he dicho ninguna mentira —pensó Conway—. No es un ligue, ni una furcia, ni ligera de cascos... Es... —vaciló—. ¿Qué es? ¡Es un mundo de fantasía, un barco del amor que zozobra lleno de mujeres perdidas, solteros enloquecidos, arcadas, negociaciones, salmones que remontan el río sin un destino claro! ¿Qué es?»

—Bueno —dijo finalmente. Abrió la puerta del dormitorio y examinó el desierto ártico, blanco y frío, de la cama y las sábanas vacías, de una blancura cegadora.

Oyó un débil rumor detrás de la puerta del baño. Era el sonido de las aspirinas saliendo del frasco y del grifo llenando un vaso de agua.

Se detuvo junto al glaciar de la cama, donde las banquisas permanecían inmóviles, y un temblor le recorrió el cuerpo.

La luz del baño se apagó. Conway dio media vuelta y se fue.

Estuvo sentado en silencio durante una hora y luego marcó el nuevo número.

No contestaba nadie. Pero entonces...

Un susurro tan extenso y ensordecedor que parecía capaz de despertar a los muertos. Los susurros jadeaban por una línea, dos líneas, tres, cuatro, diez docenas de voces surgieron y se fusionaron.

Y era el sonido de todas las chicas y las mujeres que siempre había deseado y nunca había tenido, y de todas las mujeres que había deseado una vez y luego había dejado de desear, sus susurros, sus gritos, sus carcajadas, sus risas burlonas.

Y era el sonido de un mar que embestía la costa, pero no las banquisas más allá de las olas temblorosas, sino un oleaje de carne que chocaba con carne, de cuerpos que subían y caían, una y otra vez, con un murmullo atronador, fabulosos gemidos que caían y subían, hasta que toda la mezcla volcánica explotaba en cataratas que se precipitaban hacia una oscuridad irracional. Toda una población de atletas que corrían para saltar obstáculos, gritando, y caían en olas de cuerpos revueltos que gemían, asían brazos y piernas, se retorcían en ejercicios físicos de medianoche, exploraciones, llegadas, salidas, aferrados a balancines que subían y bajaban, trapecistas disidentes que llegaban, te agarraban, te sujetaban y te soltaban para dejarte caer a un campo de frenéticos brazos que te recibían o te rechazaban, piernas, torsos, todos ellos formando un coro. Orquestas de manos alzadas para capturar, estrujar, moldear. Huracanes de gritos de necesidad, que luego se desintegraban y caían como una lluvia de sábanas refrescantes que traían la calma de la noche. Al final todo era silencio, salvo por una especie de suspiro que podían percibir los perros, que expresaban su admiración con ladridos.

Después, un zumbido.

—¡Realice el pago!

—Serás hijo de perra, Smith —musitó Conway.

—Soy yo. ¿Y bien?

—¿¡Qué demonios son esas voces!?

—Extraterrestres, vecinos, individuos de clase alta, como cuando éramos niños de pueblo y nuestros vecinos cachondos retransmitían sus conversaciones de alcoba.

—¡¿Por qué todos gritan a la vez?!

—Son unos cobardes, unos gallinas histéricos que tienen miedo de los voraces insaciables. Son combates a distancia de sumo, de *kick-boxing*, colchones que se dan la vuelta, sábado por la noche en la última fila superior del teatro Elite, autocines, motores averiados, coches que dan sacudidas con chillidos de cerdo, gruñidos de levantadores de pesas, canarios violados.

Conway no dijo nada.

—¿Te ha comido la lengua el gato? ¿Eres un aguafiestas?

—¿Es que es una fiesta?

—¡Sí! En la que pueden decir lo que quieran, de manera anónima, una solterona de Vermont, un alcohólico de Reno, un sacerdote de Vancouver, un monaguillo de Miami, una estríper de Providence o el decano de Kankakee.

Conway se quedó callado.

—¿Sigues ahí? ¿Odias los hechos, la maldita realidad? ¡No pagues nada! ¡Cuelga!

Silencio.

—¡Adiós! ¡Cuelga, maldita sea, métete en la cama, acosa a tu mujer! ¿Sigues ahí? ¿Aún sientes una curiosidad ardiente y exaltada? ¿Te ha subido la temperatura a treinta y ocho? Contaré hasta tres. Luego tendrás que pagar el triple por esta sesión de madrugada. Uno, dos...

Conway se mordió el labio.

—¡Estás enganchado! —exclamó carcajeando Smith—. ¿Tienes un espejo a mano? ¡Mírate!

Conway se miró en el espejo de la pared. Allí ardía un rostro desquiciado y rosado, cubierto de sudor y con los ojos llameantes.

—¿Te ves? —bramó la voz del teléfono—. Mejillas encendidas. ¡Sudor! La mandíbula apretada. ¡Los ojos como si fueran los fuegos artificiales del Cuatro de Julio!

Conway suspiró.

—¿Eso es un sí? —gritó Smith—. Última oportunidad. Cuelga ahora o una colada de lava del volcán Krakatoa quemará tu cama. ¿Sí? ¿No? ¡Ya eres mío!

—¿Docenas de personas conectadas? —dijo finalmente Conway.

—¡Miles! A medida que se corra la voz se unirá más gente, y cuanta más gente haya más alta será la tarifa. La demanda no baja la tarifa, la sube. Quien organizaba la juerga de esta noche ha comprendido que era algo especial, así que ¿por qué no hacer navegar todos los barcos con billetes en la misma bañera? Un montón de insomnes hambrientos, de heridos deambulantes, una masa de carne oscura y anónima para jugar. Nunca sabes quién está hablando. ¿Esa dama, mujer o chica que chilla de placer es tu vieja maestra solterona, tu triste tía que marca el número secreto mientras su marido duerme? ¿O es tu querido padre, que quiere aún más a la Familia de la Noche? La Familia de la Noche, que durante toda la noche todas las noches grita, resopla, se revuelca, y al amanecer tose bolas de pelo con cada salto furtivo en el colchón. ¡Escucha! Diez mil individuos desatados, cristianos traumatizados por Freud, devorados por panteras, ocelotes y leones con la lengua áspera en encuentros fugaces. Mátame, mátame de amor, gritan, chillan, braman, por favor, gracias. ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí —susurró Conway—. ¿Alguna vez se conocen?

—Nunca. A veces.

—¿Dónde?

—El cebo debe ponerse en un lugar de paso de los carnívoros, ¿no? En realidad no quieren conocerse. Las líneas telefónicas son suficiente para sus terribles fiebres, sus ladridos son tan estridentes que solo las hienas falderas de los ordenadores portátiles las oyen. Escucha.

Un pandemonio ahogado en el ruido estático. Sí, sí. ¡Más! ¡Ah, sí, sí! ¡Más!

—¿Le gustan las manzanas? —continuó Smith—. Recién traídas del árbol del Edén. Vendidas por la Serpiente. ¿Quiere alquilar un parque por la noche? ¡Podrá quedarse todo el tiempo

que quiera! Solo tiene que echar monedas para disfrutar de una cama virtual en un jardín.

—¡Para! —bramó Conway.

—¿Quieres que pare? ¿Es que tu voraz entrepierna ha crecido? ¿Quedamos mañana para comer? Si es que eres capaz de llegar arrastrándote o gateando para darle las gracias con los ojos llenos de lágrimas a este amigo pecador.

—Voy a matarte —dijo Conway.

—Esquivaré la bala. Vuelve a la línea. Sé un artículo de fiesta roto. ¡*Ciao*!

¡*Clic*! Smith colgó. La fiebre entró como un torrente en su cabeza y le incendió el cerebro. Más respiraciones fatigosas. Levantó la mirada.

La pared estaba iluminada por el fuego incontrolado de sus mejillas.

Dejó caer el teléfono, que siguió jadeando obscenidades indescriptibles mientras él volvía dando tumbos a la cama, con las llamas de su cara alumbrando el suelo.

Se acostó murmurando y cerró los ojos. En sueños oyó el ruido metálico de la tapa de una alcantarilla que se levantaba y se deslizaba. Parpadeó y levantó la cabeza para mirar hacia la sala contigua.

Norma estaba allí, con el teléfono pegado a la oreja, los ojos cerrados con una expresión de dolor y el rostro pálido; se tambaleaba y respiraba agitadamente mientras escuchaba, escuchaba.

Conway se levantó para llamarla, pero en ese momento Norma agarró el cable y, con los ojos aún cerrados, arrancó los jadeos de la pared.

Como una sonámbula, se deslizó hacia la puerta del baño. Conway oyó que su mujer agitaba a oscuras el frasco de las aspirinas y lo volcaba. Las pastillas se precipitaron al inodoro y el frasco impactó contra el suelo. Tiró tres veces de la cadena. Cuando salió del bañó se quedó de pie junto a la cama un momento, luego levantó la sábana y se acostó.

Al cabo de un rato, Conway notó la mano de su mujer en el

codo. Unos minutos después oyó que ella le susurraba (¡susurraba!):

—¿Estás despierto?

Conway asintió en la oscuridad.

—Bueno. Hoy sí —susurró ella. Conway esperó—. Ven conmigo a mi lado de la cama.

10

Tarde de otoño

—Es una época del año tristísima para limpiar el desván —dijo la señorita Elizabeth Simmons—. No me gusta octubre. Detesto ver cómo los árboles se quedan sin hojas. Y el cielo siempre tiene ese aspecto... como si el sol lo hubiera descolorido. —Se detuvo con aire vacilante al pie de la escalera del desván. Su cabeza gris se movió a un lado y a otro y una expresión de indecisión afloró en sus pálidos ojos grises—. Pero no queda más remedio. Ya estamos en octubre —añadió—, así que arranca la hoja de septiembre del calendario.

—¿Puedo quedármela? —preguntó Juliet, su sobrinita de suave cabello castaño, con la hoja arrancada en las manos.

—No me explico qué querrías hacer con ella —dijo la señorita Elizabeth Simmons.

—En realidad no ha terminado, nunca terminará —exclamó la niña sosteniendo en alto la hoja—. Sé lo que pasó en cada uno de los días del mes.

—Ha terminado antes de empezar. —La señorita Elizabeth Simmons frunció los labios y una mirada perdida apareció en sus ojos grises—. Yo no recuerdo ni una sola de las cosas que pasaron.

—El lunes fui a patinar al parque Chessman. El martes comí tarta de chocolate en casa de Patricia Ann. El miércoles saqué un ocho coma nueve en ortografía en el colegio. —Juliet guardó la hoja del calendario en la blusa—. Eso ha sido esta semana. La semana pasada capturé cangrejos en el riachuelo, me columpié en una enredadera, me hice una herida en la mano con un clavo y me

caí de una valla. Así llegamos al viernes pasado.

—Bueno, me alegro de que alguien aproveche el tiempo —repuso Elizabeth Simmons.

—Y siempre recordaré el día de hoy —continuó Juliet—. Porque hoy las hojas del roble han empezado a ponerse rojas y amarillas.

—¿Por qué no te vas a correr y a jugar un poco por ahí? —dijo la anciana—. Tengo que hacer esta tarea en el desván.

Respiraba con dificultad cuando entró en el desván, que olía a cerrado y a humedad.

—Me propuse limpiarlo en primavera —murmuró para sí—. Y va a llegar el invierno y no quiero caminar por la nieve pensando en todos los trastos que se acumulan aquí.

Paseó la mirada por el penumbroso espacio y vio los enormes baúles marrones, las telarañas, los periódicos antiguos. Flotaba un olor a vigas de madera viejas.

Abrió una ventana sucia que daba a los manzanos y por ella entró un aire otoñal, frío y cortante.

—¡Cuidado ahí abajo! —gritó la señorita Elizabeth Simmons, y se puso a arrojar al patio revistas antiguas y periódicos amarilleados—. Esto es mucho mejor que bajarlo por la escalera —dijo jadeando mientras lanzaba brazadas de trastos por la ventana.

Cayeron viejos maniquíes de modista hechos de alambre, seguidos por jaulas para loros vacías y enciclopedias que batieron sus hojas en el aire. Se levantó una pequeña nube de polvo y la señorita Elizabeth Simmons se sintió mareada. Se sentó en lo primero que encontró, un baúl, y, a pesar de que le costaba respirar, no pudo evitar reírse de su propia ineptitud.

—¡Caramba! ¡Por Dios! —exclamó—. ¡Cómo he llegado a acumular tantas cosas! ¿Qué es eso?

Agarró una caja llena de recortes, artículos y necrológicas, la vació encima del baúl y hurgó entre ellos. Encontró tres pequeños mazos de hojas de calendario perfectamente ordenadas.

—Más tonterías de Juliet —supuso— ¡De verdad que esta niña es tremenda! Calendarios, calendarios y más calendarios. ¿Para qué los querrá?

Tomó una hoja y leyó: «OCTUBRE DE 1887». Había signos de exclamación por todo el mes, días subrayados y comentarios escritos con letra infantil: «¡Este día fue único!» o «¡Una puesta de sol maravillosa!».

Giró la hoja del calendario con los dedos repentinamente entumecidos. Bajó la cabeza y entrecerró los ojos cansados para leer en la penumbra del desván lo que había escrito detrás: «Elizabeth Simmons, diez años, escuela secundaria, quinto inferior.»

Giró las hojas descoloridas en las manos frías y las miró detenidamente. Se fijó en las fechas, los años, los signos de exclamación y los círculos rojos que rodeaban los momentos extraordinarios. Su ceño se frunció lentamente. Luego puso los ojos en blanco. Se echó en silencio sobre el baúl donde estaba sentada y recorrió con la mirada el cielo otoñal. Dejó caer las manos y las hojas amarillentas y descoloridas del calendario descansaron en su regazo.

8 de julio de 1889, dentro de un círculo rojo. ¿Qué había pasado ese día?

28 de agosto de 1892, con un signo de exclamación azul. ¿Por qué? Días, meses y años de signos de exclamación y círculos, ¡uno detrás de otro!

Cerró los ojos. Respiraba agitadamente y el aire entraba y salía por su boca. Abajo, en el reseco césped otoñal, Juliet corría y cantaba.

La señorita Elizabeth Simmons se levantó al cabo de un rato y se acercó con pasos lentos a la ventana. Observó largamente a Juliet mientras jugaba entre los árboles rojizos y amarillentos. Luego se aclaró la garganta y gritó:

—¡Juliet!

—¡Ah, tía Elizabeth, que divertida estás allí arriba!

—Juliet. Juliet, me gustaría que me hicieras un favor.

—¿Qué?

—Cielo, quiero que tires esa fea hoja de calendario que has guardado.

—¿Por qué? —preguntó Juliet mirándola con desconcierto.

—Porque, cielo, no quiero que sigas guardándolas —respondió la anciana—. En el futuro solo te causarán dolor.

—¿Qué futuro? ¿Y cómo? ¡Jolines! —gritó Juliet—. ¡Tengo que guardar todas las semanas, todos los meses! Pasan muchas cosas que no quiero olvidar nunca.

La señorita Elizabeth observaba a su sobrina desde la ventana del ático y la carita redonda de Juliet la miraba fijamente a través de las ramas de los manzanos. Al cabo de un rato suspiró.

—Está bien. —La señorita Elizabeth miró a otro lado y arrojó la caja, que surcó el aire otoñal y se estrelló contra el suelo—. Supongo que no puedo impedir que sigas guardándolas si te parece tan necesario.

—¡Oh, gracias, tía, gracias! —Juliet apretó con la mano el bolsillo de la blusa donde estaba guardado todo el mes de septiembre—. Jamás de los jamases olvidaré un día como hoy. ¡Siempre lo recordaré, siempre!

La señorita Elizabeth miró a su sobrina a través de las ramas otoñales mecidas por la suave brisa.

—Claro que sí, cielo. Claro que sí.

11

Donde todo es vacío hay espacio para moverse

El jeep llegó por una carretera vacía a un pueblo vacío junto a una costa vacía y una vasta bahía salpicada de barcos semihundidos que se extendía hasta donde alcanzaba la vista. A lo largo de la costa se alzaban los silenciosos edificios con ventanas rotas de un astillero y enormes ascensores y máquinas transportadoras con aspecto prehistórico y congelados en el tiempo. El viento agitaba los brazos, las pinzas y las cadenas de hierro, que desprendían óxido sobre los tablones vacíos del muelle, donde no había ratas correteando ni gatos persiguiéndolas.

La sensación de vacío absoluto que transmitía la escena hizo que el joven conductor redujera la velocidad del jeep y contemplara la maquinaria inmóvil y la costa, a la que ni siquiera llegaba una ola ni otra detrás de ella.

El cielo también estaba vacío, pues no había olas ni criaturas susceptibles de quedar atrapadas en ellas; hacía mucho tiempo que las gaviotas habían emigrado al norte de aquel silencio, de aquellos edificios que parecían tumbas y de las fundiciones muertas.

El propio silencio del lugar frenó un poco más el jeep, hasta el punto de que parecía moverse bajo el agua, a la deriva, por una plaza que la población había abandonado al alba sin perturbar el aire ni una promesa de retorno.

—Dios mío —musitó el joven del jeep—. Este sitio está muerto de verdad.

El coche se detuvo finalmente delante de un edificio con un cartel en el que se leía «GÓMEZ/BAR». Algunas banderas, con los

colores de México, revoloteaban suavemente. Por lo demás no se advertía ningún otro movimiento.

El joven conductor bajó lentamente del jeep, y ya enfilaba hacia el bar cuando apareció un hombre alto y de una cierta edad, con una espesa mata de pelo blanco encima del oscuro ceño fruncido y el cuerpo fornido embutido en un uniforme blanco de camarero, con una servilleta blanca doblada sobre el brazo izquierdo y una copa en la otra mano. Se detuvo y miró ceñudo el jeep, como si el vehículo fuera una afrenta. Después alzó el ceño arrugado hacia el joven y le ofreció la copa.

—Nunca viene nadie —dijo con una voz profunda y gutural.

—Eso parece —dijo el joven con cierto nerviosismo.

—No ha venido nadie en sesenta años.

—Ya se ve. —El joven dirigió la mirada hacia la costa, los muelles, el mar y el cielo sin gaviotas.

—No esperaba encontrar a nadie. —Era una afirmación, no una pregunta.

—No —dijo el joven—. Pero está usted.

—¿Por qué no iba estar? Este pueblo es mi pueblo desde 1932, y este puerto es mi puerto. Esta plaza es mía. Este... este es mi hogar. ¿Por qué? Ocurrió hace años, allá en el puerto.

—¿Se refiere al banco de arena?

—La arena llegó y se quedó. Algunos barcos no pudieron escapar. ¿Los ve? Están oxidándose.

—¿No pudieron retirar la arena?

—Lo intentaron. Este era el puerto más importante de México, se habían depositado muchas esperanzas en él. Había un teatro de ópera. Mire las tiendas, los adornos dorados, los azulejos. Se fueron todos.

—Así que la arena tiene más valor que el oro —dijo el joven.

—Sí. Con un poco de arena se hace una montaña.

—¿No vive nadie aquí?

—Un servidor. —El hombretón levantó los hombros—. Gómez.

—Señor Gómez. —El joven inclinó la cabeza—. James Clayton.

—James Clayton. —Gómez movió la mano con la copa.

James Clayton se volvió para pasear la mirada por la plaza, el pueblo y el mar calmo.

—Entonces, ¿esto es Santo Domingo?

—Llámelo como quiera.

—El Silencio es un nombre más adecuado. O Abandonado, la tumba más grande del mundo. Un hogar para los fantasmas.

—Todos esos le van como anillo al dedo.

—El Lugar Solitario. Pocas veces he tenido una sensación de soledad como esta. Al entrar en el pueblo se me han llenado los ojos de lágrimas. Me vino a la cabeza el cementerio norteamericano en Francia que visité hace unos años. No creo en los fantasmas, pero me sentí abatido. No podía respirar el aire que flotaba sobre las tumbas. Casi se me detuvo el corazón. Tuve que irme. Esto —continuó, sacudiendo la cabeza— es igual. Excepto que no aquí no hay nadie enterrado.

—Solo el Pasado —apostilló Gómez.

—Y el Pasado no te puede hacer daño.

—No será porque no lo intenta.

Gómez lo miró como invitándolo a que se tomara lo que había en la copa. James Clayton la agarró y preguntó:

—¿Tequila?

—¿Qué otra cosa puede ofrecer un hombre?

—No lo sé. Gracias.

—Deje que eso lo mate. Eche la cabeza hacia atrás... ¡Ahora!

El joven hizo lo que le pedía. Se le puso la cara roja y dio un grito ahogado.

—¡Estoy muerto!

—Vamos a matarlo otra vez.

Gómez entró en el bar. James Clayton salió de la zona bañada por el sol.

Dentro había una barra larguísima, aunque no era la barra más larga del mundo, como la de aquel local de Tijuana donde novena hombres podían compartir asesinatos, carcajadas, ordenar una descarga cerrada de armas de fuego y morir solo para despertarse y verse a sí mismos como si fueran unos extraños

reflejados en espejos llenos de excrementos de moscas. No, era una simple barra de unos veinte metros de longitud y bien lustrada, ocupada por una larga hilera de pilas de periódicos de años anteriores. Sobre la barra colgaban unas campanas de cristal invertidas, y pegadas a los espejos había desplegados pelotones de botellas de todos los colores, esperando como soldados. Al otro lado de la barra había dos docenas de mesas con manteles blancos, con los cubiertos puestos y un par de velas a pesar de que aún era mediodía. Gomez se había metido detrás de la barra y sirvió otro tequila del asesino, un suicidio lento o brusco, si así lo deseaba el joven. Este lo deseó mientras paseaba la mirada por las mesas y las sillas vacías, los cubiertos resplandecientes y las velas encendidas.

—¿Esperaba visita?

—Aún la espero —respondió Gómez—. Algún día vendrá gente. Dios me lo ha dicho, y él nunca miente.

—¿Cuándo sirvió la última comida? Discúlpeme —dijo James Clayton.

—Encontrará la respuesta en la carta.

Clayton tomó una carta mientras tomaba a sorbos su tequila.

—Cinco de mayo... ¡Dios mío, mayo de mil novecientos treinta y dos! ¿No ha vuelto a servir una cena desde entonces?

—Exacto —dijo Gómez—. Después del funeral que se celebró por este pueblo muerto, la última mujer se marchó. Las mujeres habían esperado a que el último hombre se fuera. Sin hombres no valía la pena quedarse. Las habitaciones de los hoteles de enfrente están llenas de alas de mariposa y vestidos para la cena o la ópera. ¿Ve ese edificio de allí, al otro lado de la plaza, con los dioses y las diosas dorados en la parte superior? No son de oro, por supuesto, si no se los habrían llevado. En ese teatro de ópera, la víspera de su partida, Carmen cantó mientras liaba cigarros sobre las rodillas. Cuando dejó de sonar la música, el pueblo murió.

—¿Nadie se marchó en barco?

—Oh, no. El banco de arena. Detrás del teatro de ópera están las vías del tren. El último tren partió aquella noche, con los cantantes cantando en el balcón del vagón panorámico. Yo corrí por la vía detrás de ellos, arrojando confeti. Corrí hasta mucho

después de que aquel vagón lleno de hermosas damas regordetas desapareciera en la selva. Luego me senté y pegué la oreja al raíl de hierro para escuchar las vibraciones del tren, con las lágrimas cayéndome de la nariz, como un estúpido, pero me quedé. Todavía voy por las noches a la vía y pego la oreja, cierro los ojos y escucho, pero no oigo nada. Igual de estúpido que al principio, vuelvo al bar, me siento, tomo un trago y me digo: «Mañana, sí. ¡Vendrán!». Y ahora está usted aquí.

—No soy lo que esperaba.

—Por ahora no necesito más. —Gómez se inclinó para poner una mano en un viejo periódico amarilleado—. Señor, ¿de verdad puede leer el año?

Clayton sonrió mirando el periódico.

—¡Mil novecientos treinta y dos!

—¡Mil novecientos treinta y dos! Un buen año. ¿Cómo podemos estar seguros de que han existido otros años? ¿Los aviones atiborran el cielo? ¿Están las carreteras llenas de turistas? ¿Hay barcos de guerra en los puertos? Yo no veo nada de eso. ¿Hitler está vivo? Su nombre aún no aparece aquí. ¿Mussolini es un ser malvado? Aquí parece bueno. ¿Sigue la Depresión? ¡Mire! Terminará en Navidad. ¡Lo dice el señor Hoover! Todos los días despliego un periódico y vuelvo a leer 1932. ¿Quién puede asegurarme que hay otros años?

—Yo no, señor Gómez.

—Brindemos por eso.

Se bebieron el tequila y Clayton se limpió la boca.

—¿No quiere que le cuente lo que está pasando en el mundo últimamente?

—No, no. Tengo los periódicos preparados. Uno cada día. Dentro de diez años llegaré a mil novecientos cuarenta y dos. Dentro de dieciséis, a mil novecientos cuarenta y ocho, y para entonces ya no podrán causarme dolor. Los amigos me traen estos periódicos dos veces al año y yo los amontono en la barra, me sirvo tequila y leo sobre vuestro señor Hoover.

—¿Aún vive? —preguntó sonriendo Clayton.

—Hoy ha hecho algo relacionado con los productos de

importación.

—¿Quiere que le cuente lo que fue de él?

—¡Me taparé los oídos!

—Solo era una broma.

—Brindemos por eso.

Bebieron en silencio.

—Supongo que se pregunta qué hago aquí —dijo Clayton.

Gomez levantó los hombros.

—Anoche dormí como un lirón.

—Me gustan los sitios solitarios. Te dicen más sobre la vida que las ciudades. Puedes levantar las cosas y mirar debajo sin tener a alguien encima observándote y cohibiéndote.

—Aquí tenemos un dicho —repuso Gómez—. Donde todo es vacío hay espacio para moverse. Así que movámonos.

Y antes de que Clayton pudiera hablar, Gómez enfiló con sus piernas largas y gruesas y su corpachón hacia el jeep. Cuando llegó al vehículo miró detenidamente el montón de bolsas etiquetadas.

Sus labios deletrearon la palabra «*LIFE*». Lanzó una mirada a Clayton.

—Incluso yo he oído hablar de eso —dijo—. Cuando voy a la ciudad no miro a izquierda ni a derecha ni escucho esas radios en las tiendas o en el bar en el que entro antes de regresar con las provisiones. Pero he visto ese nombre en una gran revista. ¿*Life*?

Clayton asintió con timidez.

Gómez frunció el ceño mientras observaba la multitud de artilugios metálicos negros y brillantes.

—¿Cámaras?

Clayton volvió a asentir.

—Están fuera de las bolsas. Seguro que no ha conducido con ellas así, ¿verdad?

—Las saqué antes de entrar en el pueblo —dijo Clayton—. Para sacar fotografías.

—¿De qué? —quiso saber Gómez—. ¿Por qué un hombre joven lo dejaría todo para venir a un lugar donde no hay nada, nada de nada, para hacer fotos a un cementerio? No ha venido aquí solo para eso.

—¿Por qué lo piensa?

—Por la manera como espanta unas moscas que no hay. No para quieto. Mira el cielo. Señor, el sol se pondrá sin su ayuda. ¿Tiene una cita? Lleva una cámara, pero no la ha usado. ¿Está esperando algo mejor que mi tequila?

—Yo… —balbuceó Clayton.

Y entonces sucedió.

Gómez se quedó paralizado. Escuchó y se volvió hacia las colinas.

—¿Qué es eso?

Clayton no dijo nada.

—¿Lo oye? ¿Oye algo? —preguntó Gómez, y fue brincando hasta una escalera exterior que subía a la azotea de un edificio bajo, subió los primeros peldaños y oteó las colinas con el ceño fruncido y protegiéndose los ojos del sol con la mano.

—¡Allí, en la carretera, por donde no han pasado coches en años! ¿Qué es?

Clayton se ruborizó. Vaciló.

—¿Son amigos suyos? —le gritó Gómez desde lo alto de la escalera.

Clayton negó con la cabeza.

—¿Enemigos?

Clayton asintió.

—¿Con cámaras? —exclamó Gómez.

—Sí.

—¡Hable más alto!

—¡Sí! —repitió Clayton.

—Vienen por la misma razón que usted, pero aún no me ha dicho cuál es —gritó Gómez sin despegar los ojos de la colina y oyendo el ruido de los motores que el viento acercaba y alejaba.

—Les llevo ventaja —dijo Clayton—. Yo…

En ese momento, con el estruendo de una navaja gigante que cortara por la mitad el cielo, un escuadrón de aviones pasó volando por encima de Santo Domingo. De ellos cayeron unas grandes nubes de papeles blancos, como una ventisca. Gómez se balanceó en la escalera con el rostro desencajado.

—¡Un momento! —gritó—. ¿Qué demonios es esto?

Una de las octavillas se posó en sus manos como una paloma blanca y Gómez la tiró al suelo con un gesto de asco. Clayton miró el papel caído a sus pies.

—¡Léalo! —dijo Gómez.

Clayton vaciló.

—Está en las dos lenguas —dijo.

—¡Léalo! —ordenó Gómez.

Clayton tomó una de las octavillas, en la que ponía lo siguiente:

Segundo aviso

El pueblo de santo domingo será fotoatacado a partir del mediodía del 13 de julio. El gobierno nos ha garantizado que se ha evacuado a toda la población. por lo tanto, a las 13.45 comenzará el rodaje de ¡pancho!

Sterling Hunt
Director

—¿Atacado? —dijo Gómez, perplejo—. ¿Pancho? ¿Un director de cine? California, un estado hispano, ¿osa bombardear Santo Domingo? ¡Ja! Gómez rompió la octavilla en dos trozos y luego en cuatro—. ¡Ese ataque no va a producirse! Se lo dice Manuel Ortiz Gonzáles Gómez. Venga y lo verá.

Gómez siguió temblando hasta mucho tiempo después de que dejara de oírse el estrépito de los aviones. Luego clavó la mirada en Clayton y pasó a la acción. Cruzó la plaza con andares pesados seguido por el fotógrafo. De nuevo dentro del bar, en una repentina oscuridad nocturna al mediodía, deslizó la mano por la barra, más bien tanteando que viendo los periódicos apilados ordenadamente y que revoloteaban al contacto con la mano, hasta que llegó al otro extremo de la barra.

—Deben ser estos. ¿Lo son, lo son?

Clayton se volvió hacia la pila de periódicos y se inclinó para mirarlos de cerca.

—¿Qué, qué? —le apremió Gómez.

—Son del mes pasado —dijo Clayton—. Es el primer aviso. Si se hubiera molestado en leer los periódicos a medida que se los traían, tal vez...

—¡Lea, lea! —gritó Gómez.

—Pone... —Clayton entornó los ojos, levantó el periódico y lo acercó a la luz—. Día 1 de julio de mil novecientos noventa y ocho. El gobierno de México ha vendido...

—¿Vendido? ¿Qué ha vendido?

—El pueblo de Santo Domingo. —Los ojos de Clayton se movieron siguiendo la línea de texto—. Ha vendido el pueblo de Santo Domingo a...

—¿A quién, a quién?

—A Crossroads Films, Hollywood, California.

—¡Films! —bramó Gómez—. ¿California?

—Dios mío... —Clayton levantó un poco más el periódico—. Por la suma de...

—¡Diga la suma!

—¡Por el amor de Dios! —Clayton cerró los ojos—. Un millón doscientos mil pesos.

—¿Un millón doscientos mil pesos? ¡Eso es calderilla!

—Sí, menos que calderilla.

Gómez miró con perplejidad los periódicos.

—Compré una vez unas gafas en Ciudad de México, pero se me rompieron. No he comprado otras. ¿Para qué? Solo leo un periódico al día. Así que me quedé en este lugar vacío que era mío, mi tierra; era libre para ir en una dirección u otra sin encontrarme a nadie, apoderándome de este sitio. Y ahora esto, esto... —Agitó el periódico—. ¿Más palabras? ¿Qué dice?

Clayton tradujo.

—Una productora de Hollywood, Crossroads, dice. Está rodando una nueva versión de *¡Viva Villa!*, la biografía de vuestro revolucionario o lo que fuera. Se titulará simplemente *¡Pancho!* Han arrojado octavillas sobre Santo Domingo para asegurarse de

que es verdad lo que les prometieron, que el pueblo ha sido una tumba durante el mandato de seis presidentes norteamericanos y dos mexicanos. Circula el rumo de que…

—¿Rumor? ¿Qué rumor?

—El rumor… —continuó Clayton, echando un vistazo a los artículos de los periódicos de varios días—… de que Santo Domingo, un pueblo que lleva abandonado mucho tiempo, se ha convertido en la guarida de ladrones, asesinos y delincuentes fugados. Se sospecha que hay tráfico de drogas. El gobierno mexicano va a enviar un grupo oficial para que lo investigue.

—¡Ladrones, asesinos y delincuentes fugados! —exclamó Gómez riendo a carcajadas. Levantó los brazos y se rodeó el cuerpo con ellos—. ¿Le parezco alguien que roba, mata, huye y trafica con drogas? ¿Dónde voy a traficar? ¿Desde esta plaza hasta el puerto para tirarles la cocaína a los peces? ¿Dónde están mis plantaciones de marihuana? ¡Son mentiras! —Gomez estrujó un periódico—. ¡Entierre esto y dentro de una semana habrán brotado más mentiras! ¡Lea el siguiente periódico!

Clayton leyó:

—Se han enviado avisos. El 9 de mayo se arrojaron desde el aire advertencias sobre el pueblo. No se vieron indicios de vida. La productora ha informado de que cuando acabe el rodaje de *¡Pancho!* utilizará las ruinas de Santo Domingo como decorado para otra película, *Terremoto*.

—Yo no vi caer papeles del cielo —dijo Gómez—. Si los lanzaron, caerían en el mar para que los leyeran los tiburones. Tuvieron que ser pilotos mexicanos. ¡Eso fue!

Gómez barrió con el brazo la barra del bar para tirar los periódicos y salió al sol abrasador. Pero antes agarró un rifle que colgaba de la pared y una bandolera con balas. Cargó el arma y apuntó con ella hacia la plaza.

—La cámara, gringo —dijo—. ¡Ándele!

Clayton tomó su mejor Leica del jeep y sacó una fotografía de Gómez, que miraba a Clayton y la Leica riendo y con el fusil cruzado sobre el pecho.

—¿Cómo estoy?

—¡Parece el cacique de un pueblo, no, el dictador un país!

—¿Y ahora? —Gómez se cuadró y estiró el cuello—. ¿Qué tal así?

—¡Sí! —Clayton le tomó otra fotografía con la Leica, riendo.

—Veamos. —Gómez apuntó al cielo—. ¿Ve al enemigo llegando... cómo lo dicen? ¿A las cuatro en punto?

—A las cinco —le corrigió Clayton, y disparó otra vez la cámara.

—¡Ahora más abajo! ¡Ahora más alto! —Gómez apuntó con el rifle. Esta vez disparó. Los pájaros echaron a volar desde los árboles como brillantes explosiones al oír el tiro. Una familia de loros protestó. Gómez volvió a disparar al mismo tiempo que decía —: ¿Le estoy dando buenas fotos, embustero con cámara? Todo es mentira, ¿verdad? Esa gente de california, son unos mentirosos con cámaras. No pueden obligar a una guerra a que esté quieta, pero a un muerto sí que pueden fotografiarlo. Bueno, ahora voy a apuntar hacia allí.

—¡No se mueva! ¡Así está perfecto! —dijo Clayton—. No me haga reír porque entonces se me mueve la cámara.

—La risa es la única manera de matar a un hombre. Ahora, usted, señor. —Gómez apunto a Clayton con el arma.

—¡Eh! —gritó Clayton.

Clic. Gómez dejó caer el rifle.

—No quedan balas. ¿Me ha sacado suficientes fotos para su revista? El general Gómez en acción. Gómez reconquista Santo Domingo. ¡Gómez, el hombre de paz que ama la guerra!

La cámara hizo un *clic* apenas audible.

—Yo también me he quedado sin munición, es decir, sin película —dijo Clayton.

Los dos recargaron, balas y carrete, carrete y balas, entre risas.

—¿Por qué hace esto? —preguntó el fotógrafo.

—Pronto volverán esos hijos de puta volando tan rápido que no podrá encuadrarme, porque yo también me moveré muy rápido. Así que saque ahora las fotos buenas para que luego pueda juntar todas las mentiras. Además, podría morir antes de que volvieran.

El corazón me está diciendo cosas muy malas ahora mismo, como que me acueste, que repose. Pero no pienso sentarme, morir ni reposar. Gracias a Dios la plaza está vacía, así que es fácil correr mientras disparo, disparar mientras corro con esos aviones encima. ¿Con cuánta antelación tengo que disparar para derribar uno?

—Eso no es posible.

Gómez maldijo y escupió.

—¿Cuánta distancia tengo que calcular? ¿Diez metros? ¿Doce? ¿Quince?

—Quince, tal vez —dijo Clayton.

—Bien. ¡Observe! Voy a derribar uno.

—¡Si lo consigue, se llevará dos orejas y un rabo! —dijo Clayton.

—Una cosa es segura —repuso Gómez—. Nunca me rendiré, lucharé heroicamente y ganaré la batalla final, aunque me cueste la vida. Tendrán que enterrarme en estas ruinas cuando las haya.

—Estoy de acuerdo —repuso Clayton.

—Ahora, la última. Me moveré más rápido, correré, me detendré, apuntaré, dispararé, correré, me detendré, dispararé. ¿Preparado?

—Preparado.

Gómez hizo todo lo que había dicho y se detuvo, jadeando.

—Traiga el tequila —pidió Gómez. Clayton lo llevó y bebieron juntos—. Bueno, no ha estado mal esta guerra llena de mentiras, no, señor. Pero nadie se enterará de su existencia y usted, el mejor de los mentirosos, se asegurará de que se hable de mí en al menos tres ediciones sobre la guerra de Santo Domingo y Gómez el Grande. ¡Jura que lo hará!

—Lo juro. Pero...

—¿Qué va a hacer ahora? ¿Se queda? ¿Va a esperar a sus enemigos?

—No —respondió Clayton—. Ya tengo mi historia. Ellos no verán lo que he visto yo: a Gómez triunfador al mediodía en la plaza. Gómez, el héroe de Santo Domingo.

—Por esa boca solo salen mentiras, pero tiene una boca bonita —dijo Gómez—. Ahora pondré una pose digna. —Colocó el

rifle sigilosamente a un lado y metió la mano derecha debajo de la camisa con porte solemne.

—No se mueva. —Clayton disparó la Leica.

—Ahora… —Gómez miró hacia un camino resplandeciente situado al otro lado de la plaza—. Lléveme allí. —Subió de un brinco al jeep y puso el rifle sobre las rodillas.

Clayton condujo a través de la plaza. Gómez saltó y se arrodilló junto a las vías del tren.

—¡Dios mío! —exclamó Clayton—. ¿Qué hace?

Gómez sonrió y bajó la cabeza hacia la vía.

—Sabía que vendrían por aquí. Ni por el cielo ni por la carretera… Eso solo son distracciones. Acérquese. ¡Escuche!

Gómez sonrió y pegó la oreja al abrasador rail.

—No me han engañado. Nada de aviones ni de coches. ¡En tren, como en los viejos tiempos! ¡Sí, ya lo oigo!

Clayton no se movió.

—¡Le ordeno que escuche! —espetó Gómez con los ojos cerrados.

Clayton echó un vistazo al cielo y luego se arrodilló en el suelo polvoriento.

—Muy bien —murmuró Gómez, y le hizo un gesto con la mano libre—. ¿Lo oye?

Clayton, con la oreja quemada por el hierro recalentado por el sol del mediodía, no dijo nada.

—Ahí está —dijo en voz baja Gómez—. Todavía lejano, pero cerca. ¿Lo oye?

Clayton no estaba seguro de si oía algo o no.

—Ahora suena más cercano —murmuró Gómez con profunda satisfacción—. Puntual. Sí, después de sesenta años. ¿Qué año es el que viene? ¿Qué día es hoy, por fin?

La cara de Clayton adquirió una expresión de angustia.

—Hable —dijo Gómez.

—Estamos en julio… —Clayton no siguió.

—¿Qué día de julio?

—¡El trece!

—Así que es el día trece. ¿Del año…? —preguntó Gómez.

Clayton hizo un esfuerzo para continuar.

—Mil novecientos...

—¿Mil novecientos qué, señor?

—¡Noventa y ocho!

—Trece de julio de mil novecientos noventa y ocho. Ya ha llegado. Es el fin. La vía me lo dice. ¿No?

El cuerpo de Clayton lo empujaba con todo su peso contra el raíl. Notaba un martilleo, pero su corazón no era capaz de discernir si los golpes llegaban de la tierra o del cielo. Lo que quiera que fuera aquello que se acercaba estaba acelerando, se precipitaba con unos truenos que le sacudían el cuerpo o el pecho. Con los ojos cerrados, susurró:

—Trece de julio de mil novecientos noventa y ocho.

—Bueno —dijo Gómez con la cabeza agachada, los ojos cerrados y sonriendo—, ahora sé en qué año vivo. El valiente Gómez. Váyase, señor.

—No puedo dejarlo aquí.

—No estoy aquí —repuso Gómez—. Su año llega este día de julio. No puedo detenerlo. Pero ¿dónde está Gómez? En el cinco de mayo de mil novecientos treinta y dos, ¡un buen año! Puede ser que vengan, pero me he escondido donde nunca se les ocurrirá mirar. Váyase. ¡Ándele!

Clayton se puso de pie y miró a Gómez, que continuaba con la cabeza apretada contra el rail.

—Señor Gómez...

—El señor Gómez se marchó hace mucho tiempo. Vaya con Dios —dijo la voz a sus pies.

—Se lo suplico —insistió Clayton.

—Donde todo es vacío —dijo la voz de Gómez— hay espacio para moverse. Cuando se vaya, me moveré con rapidez.

Clayton subió al jeep, pisó el acelerador y se alejó de allí.

—Gómez —musitó.

Pero solo había un cuerpo en la vía y mucho espacio. Gómez, buscando un escondite en otros años, sencillamente se había... movido.

Clayton abandonó el pueblo antes de que llegaran los truenos.

12

One-woman show

—¿Cómo es estar casado con una mujer que es todas las mujeres? —preguntó Levering.

—Agradable —respondió el señor Thomas.

—¡Lo dice como si le aburriera!

Thomas miró de reojo al crítico mientras servía el café.

—No he querido decir... Ellen es maravillosa, eso no lo niego.

—Anoche —dijo Levering—. Madre mía, menudo espectáculo. Dentro y fuera del escenario, dentro y fuera, una belleza ardorosa, rosas bañadas en alcohol llameante. Lirios de la mañana. Todo el teatro se echó hacia delante para atrapar el ramillete. Fue como si alguien hubiera abierto la puerta de un jardín en primavera.

—¿Va a tomar café? —preguntó el señor Thomas, el marido.

—Escuche. Un hombre, si tiene suerte, se vuelve completamente loco tres o cuatro veces en la vida. La música, un cuadro, una o dos mujeres pueden hacerle perder la cabeza. Yo soy crítico, es verdad, pero nunca me había sentido tan cautivado.

—Saldremos hacia el teatro dentro de media hora.

—¡Estupendo! ¿Va a buscarla todas las noches?

—Oh, sí. Estoy obligado a hacerlo. Ya verá por qué.

—He venido aquí antes porque quería conocer al marido de Ellen Thomas —dijo Levering—, el hombre más afortunado del mundo. ¿Esta es su rutina? ¿Espera en esta habitación de hotel todas las noches?

—A veces doy un paseo por Central Park, voy en metro al Greenwich o miro los escaparates de la Quinta Avenida.

—¿Con qué frecuencia va a ver la obra?

—Bueno, creo que hace más de un año que no veo a mi mujer sobre el escenario.

—¿Por petición suya?

—No, no.

—Bueno, quizá ya la ha visto demasiadas veces.

—No es por eso. —Thomas encendió un cigarrillo con la colilla del anterior.

—Bueno, ve a su mujer todos los días. He ahí la explicación. Es el único espectador, qué suerte la suya. No necesita ir al teatro. Anoche mismo le dije a Atterson: ¿Qué más puede pedir un hombre? Casado con una mujer con tanto talento que solo necesita una hora en el escenario para hacer desfilar toda una procesión de la feminidad: una prostituta francesa, una furcia inglesa, una costurera sueca, la reina María Estuardo, Juana de arco, Florence Nightingale, Maude Adams, la emperatriz de China. Creo que le odio.

El señor Thomas continuó sentado sin decir nada.

—El lado libidinoso —continuó Levering—, el lado lujurioso de todo hombre lo envidia, señor Thomas. ¿Ha sentido la tentación de extraviarse? No cambie de mujer, deje que sea su mujer la que cambie. ¡*Presto*! Ella es un candelabro con diez docenas de velas diferentes; las paredes de esta habitación deben teñirse de colores con sus personalidades. Un hombre podría calentarse las manos con un fuego como ese durante dos vidas. ¡Adiós, aburrimiento!

—Mi mujer se sentiría halagada si lo oyera.

—Bueno, pero ¿acaso no es eso lo que desean en el fondo todos los maridos de su mujer? Lo inesperado, lo milagroso. Nosotros tenemos que conformarnos con mucho menos de la mitad de eso. Nos casamos con mujeres con la esperanza de que sean caleidoscópicas, y terminamos con diamantes que solo tienen una cara. Oh, no se puede negar que brillan. pero ni siquiera la maravillosa Novena sinfonía de Beethoven nos acelera el pulso después de escucharla mil veces, ¿no cree?

—Ellen y yo hemos estado de gira —dijo el marido sacando el último cigarrillo del paquete y sirviéndose la quinta taza de café—.

Llevamos así nueve años. Una vez al año nos tomamos un mes de vacaciones en Suiza. —Sonrió por primera vez y se recostó en el sillón—. Creo que debería entrevistarnos entonces, no ahora. Sería un mejor momento.

—Tonterías. Siempre hago las cosas mientras estoy bajo los efectos del hechizo. —Levering se levantó y se puso el abrigo. Sacudió la mano donde llevaba el reloj de muñeca—. Es casi la hora, ¿no?

—Oh, supongo que sí —dijo Thomas poniéndose en pie lentamente, suspirando.

—¡Anímese, hombre! ¡Va a buscar a Ellen Thomas!

—Ojalá me pudiera garantizar eso. —Thomas dio media vuelta y fue a por su sombrero. Regresó sonriendo ligeramente—. Bueno, ¿cómo estoy? ¿Parezco la montura adecuada para un diamante? ¿Soy el telón de fondo correcto para ella?

—Impasible, ese es el adjetivo que mejor lo define, impasible. Mármol y granito, hierro y acero. El contraste adecuado para algo tan evanescente como acercar una cerilla a un vaso en el que se ha pulverizado colonia.

—Habla usted muy bien.

—Sí, a veces dejo lo que estoy haciendo para escucharme. Algo absolutamente asombroso. —Levering le guiñó un ojo y le dio una palmada en el hombro—. ¿Quiere que alquilemos una carroza, nos pongamos nosotros en el sitio de los caballos y demos dos vueltas alrededor del parque a su mujer?

—Una bastaría. Solo una.

Salieron del hotel.

El taxi se detuvo delante del vestíbulo vacío del teatro.

—¡Hemos llegado pronto! —exclamó entusiasmado Levering —. Entremos a ver el final.

—Oh, no.

—¿Cómo? ¿No quiere ver a su mujer?

—Le ruego que me disculpe.

—¡Vaya insulto! Hágalo por ella. ¡Entre en el teatro o lo tumbaré de un puñetazo!

—Por favor, no insista.

Levering lo agarró del brazo y echó a andar con determinación.

—Vamos a ocuparnos de esto. —Abrió una puerta de un empujón y entró a Thomas murmurando—: No haga ruido.

Los acomodadores se volvieron en la penumbra, pero reconocieron a Thomas y no intervinieron. Se quedaron quietos en la oscuridad. El escenario estaba iluminado por unos focos que arrojaban una brillante luz de color rosa, azul lavanda y un verde que era el de los árboles en primavera. Había seis columnas corintias dispuestas de un extremo al otro. El público observaba absorto y no se oía ni una respiración en la oscuridad.

—Suélteme, por favor —susurró Thomas.

—¡Chsss, un respeto, hombre, un respeto! —susurró a su vez Levering.

La mujer que estaba en el escenario (¿o había varias mujeres?) salió de la oscuridad a la luz, regresó a la oscuridad y volvió a la luz. Era evidente que se trataba de la escena final. La orquesta tocaba muy bajo. La mujer, sola, cruzó el escenario desde el lado derecho bailando con sombras un vals dentro su propio sueño, en un torbellino de luces de cristal, prismas y destellos, las manos alzadas, el rostro radiante, Cenicienta en el baile, el gran remolino, el sueño del que nunca se quiere despertar. Un instante después apareció otra mujer bailando menos intensamente. No era Cenicienta, sino una dama de la alta sociedad que aceptaba la vida tal como era, un poco aburrida y triste; tenía el rostro blanco y huesudo, y rememoraba un episodio de su pasado mientras se movía con un hombre invisible a quien, a juzgar por la actitud de la dama, no conocía de nada. La música la llevó girando hasta otra columna, ¡donde también desapareció! Levering, sin despegar los ojos del escenario, se apoyó en la barrera de la zona destinada al público sin asiento. La música se aceleró y una tercera mujer surgió dando vueltas de detrás de la segunda columna; parecía más triste que las anteriores, resignada a la música, y las chispas decaían a medida que su propio esplendor se apagaba. Era una mujer de la ciudad, una mujer de la calle atrapada entre dos columnas y con una sonrisa grabada en los labios, que se apoyaba

en el aire con los brazos abiertos y la boca húmeda y brillante. ¡También desapareció! ¡Surgieron una cuarta, una quinta y una sexta mujer! ¡La música explotó en un carrusel de luz! Una camarera de hotel, una tabernera y, por fin, en el fondo del escenario, apareció una anciana de pelo gris que se agitaba con brillantes oropeles en el pecho, sus ojos, dos carbones encendidos y en los que apenas había vida mientras caminaba con pasos medidos, arañando el aire con las manos y con los labios fruncidos, envuelta en un aura de muerte dulce, se daba la vuelta para mirar a través de los años, por encima del abismo, como si fuera una bestia vieja, débil y cansada erguida sobre las patas traseras, en el fin de su vida, pero seguía bailando porque no tenía otra cosa que hacer.

La obra no podía terminar así, con la muerte de la belleza. La anciana se quedó completamente inmóvil y su mirada cruzó todo el escenario para fijarse en la primera columna, de donde había surgido, hacía muchos años, la radiante doncella. Luego, con un grito silencioso, la anciana cerró los ojos y deseó con toda su fuerza de voluntad atravesar el escenario hasta aquella luminosa visión. Hizo un esfuerzo tan grande que nadie vio desaparecer a la anciana, y el escenario se quedó vacío durante unos cinco segundos. Pero entonces, con una explosión de luz, reapareció rejuvenecida. La doncella había renacido con la gracia de la primavera y del verano; no tocaba el mundo, sino que se deslizaba por él sobre un alud de flores y nieve, y la belleza giraba incesantemente mientras caía el telón.

Levering estaba desgarrado.

—¡Dios mío! —jadeó—. ¡Sé que es un disparate sentimentaloide, un alarde efectista, pero me cautiva! ¡Señor, qué mujer!

Se volvió para mirar a Thomas, que se aferraba a la barandilla de terciopelo y seguía mirando fijamente el escenario, donde apareció el haz de luz de un foco. Los aplausos tronaban en el teatro. Se levantó el telón. La gloriosa peonza, blanca e incansable, perpetua nieve cristalina invernal, seguía girando mientras el telón subía y bajaba, ya sin música, solo acompañada por el estruendo

de los aplausos, que hacían girar aún más desenfrenadamente la figura invernal.

Las lágrimas surcaban las mejillas de Thomas. Contempló cómo el telón subía y bajaba sobre el destellante fantasma y brotaron más lágrimas en sus ojos. Levering lo tomó del brazo.

—¡Vamos, vamos!

El telón finalmente interrumpió el alboroto. El teatro se quedó a oscuras; los espectadores, turbados, enfilaron hacia las puertas sujetándose unos a otros. Levering y Thomas se dirigieron hacia la salida en silencio.

Esperaron fuera del teatro, junto a la entrada para los artistas. Dentro, en algún lugar del escenario vacío, sonó un timbre. El teatro estaba desierto y silencioso. Al oír el timbre, Thomas abrió la puerta y entró. Un minuto después volvió a salir a la oscuridad, delante de una mujer menuda que se apoyaba un poco en él para sostenerse en pie. La mujer llevaba un pañuelo oscuro ceñido alrededor de la cara y se cubría con un pesado abrigo, estaba pálida y se le veían unas arrugas de agotamiento en las mejillas y debajo de los ojos. No vio a Levering y estuvo a punto de tropezar con él.

—Cariño, este es el señor Levering, el crítico. ¿Lo recuerdas?

—¡Una actuación extraordinaria! —exclamó Levering—. ¡Maravillosa!

La mujer se apoyó en su marido, que le susurró:

—Un baño caliente, un masaje y después a dormir toda la noche. Te despertaré al mediodía.

La mujer miró a Levering sin carmín en los labios, sin maquillaje en la frente, en las mejillas ni en los párpados. Estaba temblando.

Después dijo algo que el crítico no oyó. Las palabras brotaban cansinamente de su boca y sus ojos parecían mirar la oscuridad a través de Levering. Estaba medio agazapada detrás de su marido y el crítico vio sus labios sin pintar y sus ojos sin maquillar, y su boca se movía y pronunciaba palabras. Cualquier otra noche, cualquier otra noche, cualquier otra noche más adelante, algún día, en otro momento, tal vez, pero esta noche no, esta noche no, en

otro momento, más adelante. Levering tuvo que inclinarse para oírla en el callejón oscuro, cavernoso y desierto. ¿Cómo podía explicárselo? ¿Cómo? A él, que había sido tan paciente, tan amable de ir hasta allí para verla. Y entonces, como en un momento de inspiración que pilló desprevenido al crítico, la mujer agarró una excusa, un objeto, que le puso en las manos con el gesto turbado, casi pidiéndole perdón. Levering lo tomó y ella lo miró a los ojos.

Entonces atrajo su atención el taxi que los esperaba, con sus luces amarillas, sus cómodos asientos, su oscuridad itinerante y la promesa de despedida. Encorvada, con su ayuda, su marido se la llevó. Abandonaron al crítico y por fin se encontró encerrada en el coche, con el ronroneo del motor. Thomas se volvió y miró con gesto inquisitivo a Levering. Había unas diminutas arugas alrededor de los ojos y de la boca del marido.

El crítico inclinó la cabeza y saludó con la mano. Thomas entró en el taxi y cerró la puerta muy despacio. El coche se puso en marcha y se alejó con una lentitud exagerada. Dio la impresión de que tardaba cinco minutos en recorrer el tenebroso callejón, como una procesión.

El crítico se quedó delante de la puerta de los artistas y contempló el regalo que le había hecho la mujer, la excusa.

Era una toalla para la cara. Ni más ni menos. Una toalla.

Levering aún permaneció un rato en el callejón. Agitó la toalla un par de veces sin mirarla. Estaba mojada, más bien empapada. Se la acercó a la nariz y aspiró débilmente el olor que desprendía. Apestaba a sudor.

—Otra noche —dijo. Sí, se sentía capaz de volver diez docenas de noches para recibir el mismo regalo, la misma excusa —. Qué astuto el marido. No me avisó. Dejó que sucediera. En fin.

Dobló la toalla lo mejor que pudo y la llevó en la mano. Salió del callejón para parar un taxi y volver a casa.

—Oiga —le dijo al taxista durante el viaje—. ¿Qué haría usted si tuviera un jardín y no le permitieran cortar las flores?

El taxista pensó la respuesta mientras giraba en una esquina.

—¡Bueno, sería una faena! —respondió finalmente.

—Sí, tiene razón. Sería una faena.

Pero ya era tarde y el taxi se detuvo. Había llegado el momento de pagar, bajarse del taxi y entrar en silencio en el edificio de apartamentos con la toalla en la mano.

El señor Levering hizo todo eso.

13

La gira de despedida de El Gordo y el Flaco en Alfa Centauri

Hacía doscientos años que habían muerto.

Pero estaban vivos.

No era posible que estuvieran a punto de llegar a Alfa C. Doce, el duodécimo planeta más próximo al sol Alfa, y sin embargo así era.

No los esperaba un baño de multitudes. Al amanecer se había reunido un grupo de fieles que aguardaba en silencio para consagrar el milagro, un juego genético nacido en una catedral funeraria con el fin de fomentar la risa en los planetas lejanos.

La víspera se habían proyectado ininterrumpidamente durante veinticuatro horas películas protagonizadas por aquellos dos santos y el público terminó llorando de risa. Después, veinte mil admiradores se repartieron por el aeropuerto espacial de Alfa para observar la nave espacial con ellos dentro que quemaba el cielo y encendía sus corazones.

Ahora todos guardaban silencio.

Se produjo una erupción tecnológica de sombras chinescas, proyecciones con láser, humos egipcios y espejos mientras el módulo de aterrizaje Alfa tosía una mezcla de polvo y fuego ¡para formar un increíble Ford T del año 1925! Era un coche acordeón, y entre sus pliegues había dos caras, una grande y la otra pequeña, dos caras que se sujetaban el sombrero y saludaban con entusiasmo.

Hubo una explosión en el Ford T y el coche se desplomó. El

hombre gordo y el delgado se bajaron de un salto para mirar el estropicio. El gordo tiró el bombín al suelo y gritó:

—¡Bueno, ya me has metido en otro lío! —Y luego añadió—: ¡Es que no puedo llevarte a ningún parte!

A continuación, entre estallidos de risa, la comitiva de admiradores, a mitad de camino de un cortejo fúnebre y de una coronación, los llevó a la ciudad.

«Hola, Stan. Hola, Ollie», gritaban los noticiarios de la televisión.

—¿Desde cuándo están vivos? —preguntó Will Grimes, el camarero que me atendía.

—No están vivos, lo estuvieron... Maldita sea, es complicado —dije sin despegar los ojos del televisor del bar del hotel.

—¿Es uno de esos trucos médicos de finales del siglo veinte que permiten a la gente vivir noventa y nueve años?

—No.

—¿Realidad virtual? ¿Fibra óptica y el deseo cumplido?

—Caliente.

—¿Manipulación del ADN para resucitar pterodáctilos a menos que el Tribunal Supremo dispare a los animales y los devuelva al pasado?

—Bueno —dije—. Fue...

Justo en ese momento El Gordo y el Flaco entraron tranquilamente, o dando tumbos, en el bar. Todo el mundo dio un grito ahogado. Ollie estudió la escena.

—Tomaremos —declaró— una tacita doble de...

—Ginebra —concluyó Stanley.

—Eso es. —Ollie asintió con los ojos cerrados.

—¿Son ustedes reales? —les preguntó Grimes.

—Por supuesto —respondió el Gordo golpeándose el pecho con grandilocuencia.

—¿Es que no parecemos reales? —dijo Stan con una voz aflautada.

—Diablos. —Will Grimes les sirvió las bebidas—. Pero ¿cómo es que son en blanco y negro, como en las películas antiguas? ¿Y el color?

—La respuesta es muy fácil —respondió con una sonrisa radiante Stan.

—Espera, Stanley —lo interrumpió Ollie—. Verá, señor, cuando nos crearon éramos a todo color, pero la gente protestó, ¡se quejó de que no éramos Stan y Ollie! Por lo tanto, nos metieron de nuevo en el laboratorio para quitarnos el color y nos enviaron a caer de tejados...

—En espléndido blanco y negro —añadió Stan guiñando un ojo.

—¡Exacto! —exclamé—. ¡Su piel es luz pura!

—¡Maquillaje digital!

—Aun así —dije—. ¿Cómo es que están aquí, dos siglos después de su... fallecimiento?

—¡Nunca hemos muerto! —exclamó Stan con su voz aguda.

—¡Gracias, Stanley! —Nunca hemos vivido, así que tampoco hemos muerto. ¡Somos primos hermanos de la bombilla, del teléfono, de las máquinas recreativas, del telégrafo inalámbrico, de la válvula termoiónica, del transistor de televisión, de la sonda genética intraembrionaria de la vacuna de Salk, del fax, del correo electrónico, de internet! ¡Somos un enorme Zanco Panco sentado en el muro del laboratorio! En resumen, un tumulto de científicos locos que nunca revivieron a los dinosaurios, pero...

—¿Un par de bobos perseguidos cuesta abajo por una caja de música? —sugerí.

—*Touché*.

—¿Dos locos vendedores de árboles de Navidad reduciendo a escombros una casa?

—¡Eso es!

—¿Que, vestidos con camisas de dormir, vieron un gorila con un tutú bailando un vals junto a sus camas?

—¡Esos somos nosotros! —exclamó Stan.

—Aun así, ¡están vivos! —protesté.

—Por pura necesidad. ¿Ha oído hablar de la Soledad, señor?

—Hace mucho tiempo. Estoy curado.

—¡Nosotros fuimos la cura! —exclamó el Flaco con su voz de pito.

—¡Stanley! Otra ronda de relajante ginebra Bombay, camarero. Continuando, había una enfermedad llamada Soledad que nadie había previsto. En todas las pruebas a las que se sometió el cuerpo humano en los laboratorios para estudiar los efectos de la ingravidez en el riego sanguíneo, nadie tuvo en cuenta el tiempo, el espacio y la distancia. ¿Cómo iba a sobrevivir la gente lejos de la Tierra, de sus raíces, de su ambiente, durante diez años o cien? ¿El espacio sería un hogar o un manicomio? ¿Recibiría al ser humano con los brazos cósmicos abiertos o con una camisa de fuerza? Nadie tenía la respuesta.

»En fin, una oscura mañana, a noventa años de la Tierra, se produjo un despertar colectivo. Un joven comenzó a llorar y no pudo parar. ¿Por qué? Porque la Tierra estaba muy lejos. La Tierra se había ido, había desaparecido. ¡Cuesta imaginárselo!

»Nadie lo había previsto. Fue un golpe en el estómago psicológico.

»El llanto y los sollozos se propagaron. Las lágrimas son contagiosas. Como aquellos viejos discos de risas grabadas que se reproducían después de la Primera Guerra Mundial. ¡La gente se echaba a reír al oírlas!

»La tristeza también se extendió como una epidemia. La Soledad creció. De la noche a la mañana, todo el mundo asistía a los funerales por los sueños perdidos. ¡Todo el mundo lloraba!

»Había necesidad de remedios. Las películas antiguas eran la medicina. Pero en el fondo solo eran fantasmas en sesiones de espiritismo. Todos los actores que salían en esas películas habían muerto antes de que el primer cohete llegara a Plutón. ¡No eran imágenes lo que hacía falta, sino personas de carne y hueso!

»Así —continuó Oliver Hardy— es como nacimos. No se trató de un renacimiento, sino un nacimiento de primera clase, por primera y única vez. Olvídese de nuestro nacimiento y nuestra muerte originales. No somos un Segundo Advenimiento, sino una Primera Llegada.

»Se apresuraron para terminarnos, carne sobre carne, terminaciones nerviosas conectadas a neuronas, ganglios unidos a ganglios, con implantes de ADN, cromosomas sustraídos de una

cripta de Glendale, de una tumba en Santa Mónica, de un pequeño fragmento de epidermis. Después, el más leve soplo eléctrico y... ¡*voilà*!»

—¡El Gordo y el Flaco! —exclamé.

—¡Exacto! —el Gordo se echó a reír—. Con nuestra primera aparición en la Luna y un número de vodevil en el Escenario Uno de Marte las lágrimas se secaron. Los llantos cesaron. ¡La gente rio!

—Stan y yo no solo curamos las enfermedades matinales y las nocturnas, también hicimos ricos a los Frankensteins del Instituto Tecnológico de California, porque la civilización, a fuerza de reír, decidió continuar viajando al espacio para garantizar la inmortalidad de la humanidad. ¿El Flaco? ¿El Gordo? ¡Bises! Disculpe la falta de modestia.

Will sacó unos vasos limpios.

—Ginebra para todos —dijo—. ¡Aclaremos de una vez este asunto! ¿Están vivos?

—No.

—¿Estaban muertos?

—No —dijo Stan.

—¡Somos los Imposibles! —proclamó el Gordo.

—Un momento —dije—. Deme la mano. ¿Ve? De imposible nada.

—No —repuso el Gordo remilgadamente—. Lo imposible es el universo. Nosotros solo somos una prolongación de ese universo.

—Díselo, Ollie —dijo con voz cantarina Stan.

—Gracias, Stanley. —Ollie se apretó el pecho con sus gordos dedos—. Cuando alguien te pregunta si crees en Darwin, respondes: ¡Sí! ¿En Lamarck? ¡Sí! ¿En el Viejo Testamento? ¡Sí! Pero ¿cómo puedes creer simultáneamente en Darwin, en Lamarck y en Dios diciendo hágase la luz? ¿Cómo puedes creer en los tres? —Oliver Hardy se miró tres dedos rollizos—. Porque... ¡no se ha demostrado nada! ¡Ni Darwin, ni Lamarck ni el Viejo Testamento se han demostrado! Por lo tanto, ¿por qué no creer en los tres? ¿Hubo un Big Bang? No. No hubo una Creación. El universo, ¡imposible, ha existido siempre, miles de millones de años luz, sin principio ni final, en todas direcciones, eternamente! Gritáis: ¡Por

Dios, en algún momento tuvo que comenzar! Yo respondo: No. Ha estado aquí siempre. ¿Imposible? Sí. Nos envuelve con su imposibilidad. Así pues, espabilad. Vosotros sois tan imposibles como nosotros. ¡Nosotros solo parecemos un poco más raros porque existimos en blanco y negro!

—Me dejan pasmado —confesó Will, el camarero.

—Pasmado se quedó el primer Papa de la Creación hace mil cuatrillones de años inexistentes. Cuelguen ese calendario en una pared que no hay.

—¿Por lo tanto...? —dije.

—Por lo tanto —continuó Oliver Hardy con altiva pomposidad—, el hecho fundamental es que Stan y yo nunca hemos nacido, nunca hemos muerto, y sin embargo aquí estamos. ¡Qué extraordinario parecido con el universo guardamos Stanley y yo!

—¡Así es! —afirmó Stan con su voz aflautada.

En ese instante, el televisor situado en el otro lado del bar emitió un aullido insoportable y la pantalla se inundó de color.

—Última hora sobre los desastres —dijo una voz fúnebre—. ¡Los Liquidadores han llegado!

—¿Los Liquidadores? —exclamé—. ¿A quién quieren liquidar?

—A nosotros —dijo Ollie golpeándose el pecho.

—¿Por qué querría alguien liquidarlos?

Todos miramos con atención la televisión, donde se mostraba una silenciosa muchedumbre que se había reunido delante de nuestro hotel y en ese momento entraba en el vestíbulo y subía al entresuelo.

La multitud entró en el bar sin proferir una sola protesta ni un grito. Echaban chispas por los ojos, pero se contuvieron con la esperanza de encontrar a los infieles cinematográficos, los degenerados bíblicos, la carne de Cristo estropeada. Tenían muchos nombres para su enemigo, pero solo llevaban esos escritos en tarjetitas que pasaban de mano en mano.

Hubo un momento de pánico. Por un momento temí que Stan y Ollie fueran reducidos a cachitos de celuloide, pero...

El Gordo y el Flaco desaparecieron.

—¿Dónde demonios se han metido? —oí jadear a Will.

—Sí, ¿qué ha pasado? —Escruté el vacío que habían dejado mientras la multitud entraba en tropel por un lado del bar y salía por el otro tras dejar diez docenas de octavillas en las que se leía:

No más fantasmas digitales.
Los muertos tienen que enterrar a los muertos.
¡Fuera, Lázaro del adn!
Solo para Jesús es el segundo advenimiento

Mientras yo miraba las octavillas, la multitud no prestaba atención al espacio vacío y se marchaba murmurando con frustración.

El Gordo y el Flaco reaparecieron.

—Bueno —dijo Oliver Hardy—. ¿Qué les ha parecido?

—¿Dónde estaban?

—¡Seguíamos aquí! —Stan lanzó una mirada furtiva y se tiró del pelo. Su cara y luego su cuerpo desaparecieron, regresaron, se esfumaron, volvieron.

—¿Persianas venecianas digitales? —grité.

—Más o menos —respondió Stan.

—Stanley —intervino el Gordo—. Estimado caballero, ¿por casualidad no tenía usted una regla de plástico con imágenes de dinosaurios cuando era niño?

—¡Sí!

—¿Y qué pasaba cuando movía la regla?

—Los dinosaurios se erguían, se agachaban… desaparecían. ¡Dios mío! ¿Eso es lo que son? ¿Cómo lo hacen?

—A grandes rasgos —declaró el Gordo—, podría decirse que estamos impresos en una persiana lenticular atmosférica. Si se nos mira de frente se nos ve perfectamente. Pero si se nos mira de perfil… ¡*voilà*! —El Gordo apareció y desapareció varias veces.

—¡Que me parta un rayo! —exclamó Will.

—Entonces, ¿nosotros los vemos de frente y la multitud los veía de perfil?

—¡Eso es! Nunca hemos llegado, ni nos hemos ido. No hemos nacido, y nunca moriremos. En cuanto a esos Liquidadores... ¿Por qué querrían liquidarnos a Stanley y a mí?

—¿Por qué?

—Porque esos Vengadores Religiosos nos odian porque afirmamos que el universo es imposible —respondió Ollie su propia pregunta mientras removía la ginebra con el dedo—. Defienden que el Creador encendió la mecha del Big Bang. Pero, dado que creemos en un universo de mil millones de años luz de extensión, Stan y yo somos los ciegos, así pues...

—Quieren liquidarnos. —Stan escribió su nombre en el aire con la nariz y puso la rayita en la te.

—No solo a nosotros —añadió ampulosamente Ollie—. También a Gene Kelly, a Garbo...

—¡Gene Kelly! —gritó Will—. ¿Garbo? ¡¿Ninotchka?!

—Garbo ríe. Seguro que vendrá.

—¿Hay muchos más...? —Me interrumpí, avergonzado.

—¿Si hay muchos más El Gordo y el Flaco ahí fuera? Sí y no.

—¿Sí y no?

—¿Por qué no puede haber otros Stans y Ollies en otros rincones del cosmos? ¿Qué mal pueden hacer una docena de nosotros?

—Pero, pero, pero... —balbuceó Will.

—Nada de peros, señor. —Ollie examinó su bombín como si fuera una bola de cristal—. Con tanta melancolía por curar en tantos planetas necesitados sería una bendición que hubiera una docena de Stans y Ollies. La enfermedad de la Soledad podría atacar de nuevo y hundir en la tristeza a millones de personas.

—Lo sé —dijo Will.

—No, no lo sabe, señor, así que continuaré. Cuando los escépticos nos preguntan, negamos nuestra genética familiar. Somos los únicos fantasmas en blanco y negro que se caen por las escaleras en todo el internet de Lázaro.

—¡Como dos gotas de agua! —agregó Stan con su aguda voz.

—Aun así me cuesta creer que... —repuse.

—No intente creer, señor, busque el conocimiento. Observe

las orugas y las mariposas. ¿Se parecen? Y sin embargo son el mismo ser. ¿Y qué me dice de la misma vida en la Tierra? ¿Cómo pudo la roca inerte, con los esfuerzos primigenios, cobrar vida al ser alcanzada por un rayo? ¿Cómo fue posible que las tormentas eléctricas despertaran la vida y propiciaran que tomara consciencia de sí misma? Los científicos dicen que no lo saben; sucedió, eso es todo. ¡Un poco de ciencia, por favor! Por lo tanto, mis queridos señores, lo mismo puede decirse de nosotros. Sucedimos. No tenemos un principio ni un final. Somos oruga y polilla.

—Es más... —susurró Stan—. Ollie y yo, yo y Ollie, viviremos eternamente.

—¿Eternamente? —pregunté con un grito ahogado.

—¿No era eso lo que todo el mundo quería en los viejos tiempos? Cuando representábamos nuestros vodeviles en Dublín y en Londres, el público gritaba: «¡No muráis nunca, Stan, Ollie!».

»Por lo tanto —concluyó Stan, contemplando con los ojos humedecidos los años venideros—, así será. Hemos regresado para la gira de despedida. Está en nuestro contrato, año tras año tras año... —Su voz era un susurro en *falsetto*—. Para siempre.

—Para siempre —masculló alguien.

—O para la eternidad —apuntó Ollie con desenfado—. Lo primero que llegue.

—¿Y dónde irán después? —pregunté.

—Hay planetas en el sistema Alfa, ocho habitables y siete con bases colonizadoras. Ahí fuera hay mucha Soledad esperando a que aparezcan los animadores y salven la civilización. Pero no quiero repetirme.

—Ustedes son Cristos sin la crucifixión —musitó Will—. Los hijos intergalácticos predilectos de Dios. Nazaret sin lágrimas.

—No siga —pio Stan—. Si alguna vez llegáramos a saber lo que somos, Ollie sería el doble de pomposo y yo el doble de tonto.

—¡Yo no diría eso! —protestó Ollie.

—Pues acabo de decirlo —dijo Stan.

—Bueno —dijo el Gordo agitando los dedos—. Ha llegado el momento de despedirnos. La sección Centauri de los huérfanos irlandeses ha organizado un espectáculo a medianoche. Stanley y

yo tenemos que dirigir un concurso de destrucción. ¿Verdad, Stanley?

—¿Nunca descansan? ¿No duermen? —pregunté.

—¿Con tanto que hacer?

—Hasta lueguito.

—Un momento —dije.

Les tendí la mano. Su apretón de manos, aunque en blanco y negro, fue afectuoso.

—Hasta la vista —me despedí.

Se alejaron con sus andares desenfadados, dando saltos y brincos de vodevil, y salieron por la puerta.

El resto de aquella noche, suspendidos en realidades virtuales de rayos láser:

Se encontraron con un gorila en un puente endeble sobre un profundo barranco.

Se zambulleron en aguas profundas con los pies atrapados en bloques de cemento.

Oyeron que un loco les prometía que les retorcería el pescuezo y les ataría las piernas debajo del mentón.

El Flaco saltó por encima de una valla. El Gordo derribó la valla al intentar saltarla gallardamente.

En el número final, como no podía ser de otra manera, Oliver Hardy estaba en lo alto de una escalera con una enorme tarta de cumpleaños en las manos, con las velas encendidas, pomposamente seguro de su porte digno, y entonces daba un paso en falso y no caía hacia abajo, sino que salía despedido hacia delante. Con un espantoso grito de desesperación, la tarta de cumpleaños y Ollie volaron en cámara lenta hasta que la tarta, las velas y el propio Ollie aterrizaron de lleno en la mesa del comedor, Ollie con la cara hundida en el glaseado. La mesa se hizo añicos y la tarta y Ollie se estrellaron contra el suelo, y la lámpara de araña y todos los cuadros de las paredes dieron una sacudida y cayeron a la vez, de

manera que cuadros, lámpara, mesa, tarta y Ollie ¡quedaron enterrados debajo de las velas encendidas! Pero ¡atención! Los cuadros regresaron entonces a las paredes, la lámpara volvió al techo, la tarta se recompuso y Ollie, de nuevo libre, fue arrojado hacia atrás hasta lo alto de la escalera, desde donde, con la tarta en las manos, nos miró con aire solemne y una expresión de falsa modestia con la que parecía querer decirnos: «Voy a intentarlo de nuevo, ¡pero esta vez no habrá caída ni gritos! ¡Observad!»

Y volvió a intentarlo, en blanco y negro, siempre seguro de sí mismo, siempre resbalando, siempre con el terror de aterrizar sobre la enclenque mesa y convertirse en el blanco de los cuadros vulgares y de la lámpara que caía como una guillotina.

Un estallido de aplausos en Alfa Centauri.

—Pero ¿cuándo, cuándo, ay, cuándo volverán? —pregunté.

—Cuando más lo necesiten —respondió Ollie—. Cuando se instale la Aflicción y la Soledad se niegue a marcharse. Ahora diga las palabras mágicas. ¿Qué dijo el agente de tráfico cuando no movimos nuestra tartana?

Stan y Ollie se agarraron los bombines mientras esperaban la respuesta.

—Ollie —dije—, dele la vuelta a la corbata.

Ollie dio la vuelta a su corbata.

—Stan, tírese del pelo.

Stan se tiró del pelo.

Respiré hondo y grité:

—¡Largo de aquí, si no les pondré una multa por entorpecer el tráfico!

Saltando, encasquetándose los bombines, balanceando los codos...

El Gordo y el Flaco se fueron.

El llanto no cesó hasta después de la tercera ginebra Bombay.

14

Sobras

Ralph Fentriss colgó el teléfono con el ceño fruncido.

Su mujer, Emily, que continuaba sentada a la mesa del desayuno, levantó la mirada del periódico y despegó los labios de la taza de café.

—¿Quién era? —preguntó.

—Beryl —respondió Ralph aún con el ceño fruncido.

—¿Beryl?

—Y sabes, la novia de Sam, la amante, su casi mujer, su querida, Beryl no-sé-qué.

—Ah, sí —dijo Emily Fentriss mientras untaba con mantequilla una tostada—. Beryl Veronique Glass. Solo así soy capaz de recordarla, con el nombre completo. Sobre todo Veronique. ¿Te duele la cabeza?

Ralph Fentriss se tocó la arruga que se había quedado grabada en su frente.

—Maldita sea —dijo—. ¿De dónde ha salido esto?

—¿Y qué quería Beryl Veronique Glass?

—A nosotros —respondió Ralph frotándose la frente.

—¿A nosotros? —Emily soltó la tostada.

—Para cenar —añadió Ralph.

—Vaya —dijo Emily.

—Venga, vuelve a decirlo.

—¿Cuántos años hace que murió Sam? Bueno, ya lo he dicho.

—Tres, tal vez cuatro. Cuatro, creo —dijo Ralph.

—¿No podemos rechazar la invitación?

—Dime tú cómo.

—Vaya —dijo de nuevo Emily Fentriss.

—¿Por qué siguen llamándome? —se preguntó en voz alta Ralph Fentriss sentado en el restaurante—. Antiguos amores, viejos amigos de nuestras hijas, examantes, pretendientes estúpidos, amigas insulsas, amigos de amigos, desde primos hermanos hasta meros conocidos. Y ahora, ¿qué demonios hacemos aquí esta noche? ¿Y dónde se ha metido esa mujer?

—Si no recuerdo mal —dijo Emily Fentriss, que para prepararse ya iba por la segunda copa de champán—, siempre llega tarde. Y en cuanto a tu primera pregunta, siguen llamando porque tú sigues contestando.

—Si alguien llama, no puedo colgarle sin más.

—No, pero puedes prometerle que volverás a llamarle y no hacerlo.

—No puedo hacer eso.

—Lo sé, y esa es la cruz que te ha tocado llevar.

—Tú nunca devuelves las llamadas, ¿verdad?

—No, y por eso soy más feliz. Debajo de este pecho de seda no late un corazón de oro.

—¿Un corazón de oro?

—Los borrachos de los bares te consideran el Segundo Advenimiento, los vagabundos sin techo creen que eres Jesús de Nazaret y que has venido para curar su alma, las prostitutas creen que eres el abogado que las defenderá, los políticos saben que tienes el corazón debajo de la cartera y te agasajan, los camareros te cuentan su vida en vez de escuchar la tuya, los agentes de policía te miran a los ojos y no perdonan las multas, los rabinos te piden que vayas a dar el sermón de los viernes por la noche a pesar de que eres un baptista apóstata, los...

—De acuerdo, de acuerdo.

—De todas maneras, me he quedado sin munición. Recuérdamelo: ¿Quién eres?

—El ganador del premio Corazón de Oro que la Cruz Roja

entrega en Año Nuevo.

—Y no lo olvides: ¡Cierra el pico! Ya está aquí.

—¡Beryl Veronique! —exclamó Ralph Fentriss con un entusiasmo fingido.

—Solo Beryl, por favor—dijo la joven, encantadora y, de momento, muy tranquila.

—Siéntate, siéntate.

—¡Ya me estoy sentando! ¿No lo ves? ¿Eso es champán? ¡Dios mío, qué copa más pequeña! ¿A qué estás esperando?

Ralph le llenó la copa hasta que rebosó.

Beryl la vació de un trago y dio un grito ahogado.

—Por favor, tomaré un poco más.

—La noche va a ser muy larga —murmuró Emily Fentriss.

—¿Perdón? —dijo Beryl Veronique Glass.

—Llénale la copa, y de paso llena la mía.

Ralph Fentriss, con un rictus cadavérico, llenó las copas.

—Qué alegría estar todos juntos de nuevo —dijo Ralph.

—No mucha, la verdad —repuso Beryl Veronique Glass.

—¿Cuánto tiempo ha pasado?

—Cuatro años, un mes y tres días —dijo la joven.

—¿Desde que nos vimos por última vez?

—Desde que murió.

—¿Sam?

—¿Por qué otra razón estaría aquí? Llénala hasta arriba, por favor.

Ralph volvió a llenar hasta el borde la copa de champán.

—¿Sigue molestándote? Me refiero a Sam.

—No para.

—¿A pesar de que ha muerto?

—¿Qué tiene que ver la muerte con esto? Me pregunto si será posible denunciar a un muerto por acoso.

—Nunca se me había ocurrido. Sam era obstinado en vida, y supongo que continúa dominando la situación a pesar de que ya no está aquí. Continúa. —Fentriss echó una ojeada a su reloj—. De todas las personas que conoces, ¿por qué nos has llamado precisamente a nosotros?

—Porque tengo un novio nuevo.

—¡Me alegro por ti!

—No, no es para alegrarse. Los dos estamos al borde del abismo. Yo tiendo una mano hacia él, él la tiende hacia mí, pero nunca nos tocamos. Ya hace más de un año que salimos, un año y dos meses, pero cada vez que lo veo me pongo a llorar. Sam de nuevo. Siempre Sam.

Ralph Fentriss tomó un buen trago de champán y se atrevió a decir:

—¿Me permites que te haga una sugerencia? Si dejaras que tu nuevo amigo te montara, podría servir para poner la tapa al ataúd.

—¡¿Cómo?!

—Me refiero a que si dejaras que tu nuevo amigo hiciera el amor contigo, te montara en el sentido bíblico, Samuel, Sammy, Sam, estaría muerto de una vez para siempre. Por fin —se explicó Ralph.

Beryl Veronique Glass se lo quedó mirando sin pestañear hasta que Ralph Fentriss finalmente bajó los ojos al plato con su cena. Luego la joven se echó a llorar.

—No llores —le suplicó Ralph.

—No puedo evitarlo —repuso ella, y dejó que las lágrimas fluyeran casi sin hacer ruido. Cuando se tranquilizó, miró su ensalada y dijo—: Dios mío, mirad cómo he dejado la lechuga.

—De todos modos, seguramente necesitaba un poco de sal —dijo Ralph con una sonrisa nerviosa.

—Es verdad —repuso Beryl—. Nunca lo ha hecho.

—¿Nunca qué?

—Mi nuevo amigo. Nunca lo ha hecho. Lo de montarme.

Fentriss pidió un buen vino, esperó a que lo descorcharan y se aireara y luego dijo:

—Pues ya es hora.

—Supongo que sí.

—Sabes que sí. Tapa el ataúd y cierra la tumba.

—¡Ay, Dios mío! —gimoteó la joven, y las lágrimas volvieron a correr por sus mejillas.

—Lo siento —se disculpó Ralph.

—No tienes que pedir perdón por nada. Necesitaba oírlo. ¿Estará bien?

—¿El qué?

—Que me monte. Vosotros erais sus mejores amigos. Así que os estoy pidiendo permiso.

—¿Permiso? ¡Adelante!

—No, no puedo. ¿Es que no lo ves? Sam te quería mucho y tú querías mucho a Sam, de siempre, el vuestro era un amor intenso, estabais muy unidos, lo sabías todo sobre la vida del otro, fuiste al colegio con él y erais socios en los negocios, amasteis juntos a las mismas mujeres, bueno, ¿es que no lo ves? Erais lo más parecido a una familia que tenía Sam. Esta noche tenía que venir por el divorcio.

Fentriss se hundió en la silla.

—Dios mío, así que se trata de eso. ¿Después de tanto tiempo? No te conformas con una separación, con una simple ruptura de la pareja, sino que quieres el divorcio. ¿Legal y religioso?

—Más bien religioso. Él os adoraba. Me adoraba a mí. Es muy duro... —Hizo una pausa y luego soltó casi con brusquedad—: pasar página de una vez. A veces el teléfono suena a las tres de la mañana. Me da miedo contestar. Podría ser él, que llama para decirme que me quiere.

—No puede hacer eso.

—Podría hacerlo. Incluso me da miedo contestar a la hora del desayuno. Disfrutábamos de unos desayunos maravillosos. O las comidas, las comidas eran fantásticas. ¿Recordáis las comidas? En el Grand Cascade, o en el campo, en el Hôtellerie du Basbreau, o en Pierrefonds, en aquel puesto donde solo vendían bocadillos, pero él traía el mejor vino, y lo bebíamos y los bocadillos sabían a gloria. O en Avillon, en el Hôtel de la Poste... ¿Cuántos Hôtel de la Poste hay en Francia?

—Yo... —dijo Ralph Fentriss.

—Donde servían aquella maravillosa sopa de tomate que Sam ayudó a inventar, con una fina costra que había que romper para llegar a la sopa. ¿Recuerdas aquel día que pedimos tres platos de

sopa y la acompañamos únicamente con tres botellas de Le Corton, y la suerte que tuvimos de que hubiera una habitación libre para pasar la noche, porque no podríamos haber vuelto en coche a París, y tú dormiste en el cuarto de baño...

—No quería ser un estorbo...

—Y Sam te dijo que vinieras a nuestra cama, que lo único que tenías que hacer era mirar a otro lado...

—El bueno de Sam.

—Y hablaba en serio.

—Oh, sí, ya lo creo. Eso fue antes de conocerte, Emily, cariño.

—No, ya estábamos juntos —dijo su mujer—. Fue hace seis años, cuando Wilma tenía catorce.

—Ah —dijo Ralph.

—No pasa nada. Te di permiso para ir. Si lo decía Sam, no había motivo para preocuparse.

—El bueno de Sam. De todos modos, me quedé en el baño y no solo miré a otro lado, también me hice unos tapones para los oídos con pañuelos de papel.

—Espero que no te ofendiéramos.

—Un par de gemidos y de gritos de placer no hacen daño a nadie. —Ralph sirvió más vino.

—¿Y recuerdas cuando Sam le propuso al alcalde de París que pintara la Torre Eiffel de otro color? ¡Qué valor! Y al final le hicieron caso, cuando instalaron aquella iluminación que la bañaba de un encantador color naranja claro, un sepia cálido, como el mármol de la mayoría de los edificios de París. Y luchó para que se conservaran algunos de aquellos autobuses viejos y sucios con la plataforma en la parte trasera, desde donde los chicos podían abordar y piropear a las chicas guapas mientras recorrían París. Sam lo consiguió.

—¡Vaya si lo consiguió!

—¿Y recuerdas que fue él, solo él, ni siquiera pudo hacerlo la Hemingway Society, el que consiguió que la revista *Weekly Tour* recomendara el Harry's Bar, el local que está en ese callejón cerca de Opéra donde podías tomarte un perrito caliente decente y una cerveza por poco dinero y oír al camarero contar sus recuerdos de

Papá? Y a la vuelta de la esquina estaba la Place Vendôme. Sam convenció al director del Hotel Ritz para que reabriera el bar Hemingway, con su hermosa iluminación y su decoración de cálidos colores cítricos y ocres anaranjados, con los retratos y los libros de Papá por todas partes, y servían grappa, ¡que a nadie le hacía demasiada gracia, pero a Papá le gustaba! ¿Y recuerdas que fue Sam quien organizó aquel concurso en el *International Herald Tribune* con el encabezamiento: «¿Quién está enterrado en realidad en la tumba de Napoleón?»? ¡Demostró que era el general Grant! Y...

—¡No sigas! —dijo Ralph Fentriss—. Debes de tener la boca seca. Mójate los labios.

Beryl miró cómo le servía el Le Corton.

—¡Es el vino que tomamos en Avillon! —exclamó con incredulidad.

Ralph miró desconcertado la botella.

—¿Por qué lo habré pedido?

Una lágrima rodó por la mejilla de Beryl.

—¿Sabes una cosa? —le preguntó Ralph.

—¿Qué?

—Tengo la sensación de que amabas de verdad a Sam.

—¡Sí! Por eso necesito que me ayudéis a exorcizarlo. Contadme cosas terribles sobre él para que pueda empezar a perderle el respeto, deje de gustarme y tal vez termine odiándolo y pidiéndole que se vaya.

—Déjame pensar. Intento recordar algo despreciable que hiciera, algo verdaderamente inhumano. Ah. Mmm... Ah. Bueno.

—¿Y bien?

—No se me ocurre nada. Por supuesto, Sam era un sinvergüenza, un granuja, un mujeriego, tenía todas esas virtudes. Pero ya sabes, le sentaban como un guante, o como un sombrero de caza, o unos zapatos de un color que no son el adecuado para un traje oscuro. Cuando hacía algo que no estaba bien, su error inmediatamente se diluía. Todo el mundo decía: Ah, Sam, Dios mío, es un niño terrible. ¿Me has oído? Sam nunca creció. Yo tampoco he crecido demasiado. Pero él lo convirtió en un arte y

una profesión. Si lo sorprendías meando desde el tejado, levantaba los hombros y decía que estaba mirando a ver el tiempo que haría al día siguiente. Si lo pillabas en la cama con tu novia de turno, te guiñaba el ojo como un chaval de catorce años y te decía que solo quería averiguar qué habías visto en la chica. Menudo espectáculo. ¡Continúa! Y salía tan pancho por la puerta. Y tú estabas tan entretenido riendo, sí, riendo, que se te olvidaba que estabas furioso. ¡Dios mío! ¿Recuerdas aquella vez que fue a Francia para el segundo centenario de la Revolución francesa y les dijo a todos sus amigos franceses que había vuelto para la conmemoración de su Revolución fracasada? ¡Y antes de que tuvieran tiempo de matarlo les enumeró todos sus fracasos! La Revolución que dio paso al terror y a Napoleón. La monarquía que iba y venía, la Comuna de parís de 1870, cuando los franceses luchaban contra los hessianos fuera de la ciudad y se mataban unos a otros dentro. ¿1914? Un fracaso. Nosotros tuvimos que salvar Francia. ¿1940? ¿1944? Luchamos y llevamos a De Gaulle a París. ¡Fracaso, fracaso, fracaso! ¿Y qué habéis sacado de todos esos fracasos?, les preguntó Sam a sus amigos, que ya tenían levantados los cuchillos. Habéis creado el país más hermoso del mundo y la ciudad más hermosa de la historia: París. Y sus amigos franceses guardaron los cuchillos y lo colmaron de besos. ¡Sam! ¡Sam!

Ahora las lágrimas corrían por las mejillas de Ralph.

Y ahora fue Beryl quien se inclinó hacia él y dijo:

—¿Sabes una cosa? Tú también lo querías.

—Dios mío, él te quería tanto que yo sentía celos. No se lo digas a nadie.

—Mis labios están sellados —dijo Emily Fentriss, su mujer, mientras servía más vino.

Beryl Veronique Glass vació la copa, se limpió los labios y se inclinó para secar las mejillas de Ralph. Lugo se levantó.

—Gracias por esta sesión de terapia.

Hizo el ademán de abrir el monedero.

—Déjalo —dijo Ralph—. Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Supongo que ahora llamaré a mi nuevo novio.

—¿Y?

—Y le pediré que haga lo que me has dicho, que me monté.

—¿Y si no sale bien?

—¿Quieres decir si sigo sin atreverme a contestar el teléfono a las tres de la mañana?

—Eso mismo.

—Bueno —respondió ella hablando despacio—. Me sabe muy mal pedíroslo... pero... ¿podríamos... quedar otra vez para cenar? O si preferís algo más rápido, para comer. O para tomar algo.

—Para tomar algo —dijo Ralph—. Con la posibilidad de cenar.

Los ojos de Beryl volvieron a llenarse de lágrimas.

—Vete de una vez —dijo Ralph Fentriss.

—Ya me voy. —Beryl besó a Ralph y a su mujer y se marchó.

—¿Aún estás ahí? —preguntó Ralph a la mujer que estaba sentada a su lado.

—Me he sentido como si no estuviera —respondió Emily Fentriss.

Había un joven, casi un adolescente, sentado en el primer escalón de la escalera que subía a la puerta de su casa. No se movió cuando Ralph y Emily Fentriss se acercaron por el camino de entrada. El matrimonio se detuvo y miró al joven el tiempo suficiente para que este notara su presencia, levantara cansinamente la cabeza y los mirara con los ojos llorosos.

—Dios mío —exclamó Fentriss—. ¿Willie Armstrong? ¿De verdad eres tú?

Willie Armstrong negó con la cabeza.

—Lo era.

—Habla más alto, no te oigo.

—Ya no sé quién soy —dijo el joven regresando a su adolescencia anterior—. Wilma no me habla.

—Hace seis meses que rompiste con ella.

—Sí —dijo Willie Armstrong dejando caer la cabeza sobre los brazos y hablando con una cadencia apagada—. Pero ella no da su brazo a torcer. La llamo todos los días y me cuelga.

Fentriss se quedó pensativo.

—¿Eso no te sugiere algo?

—Supongo —respondió el chico con voz apagada—. Quizá no quiere hablar conmigo. —Un pensamiento pareció animar a Willie Armstrong, que de pronto levantó la cabeza—. ¿Hablará usted conmigo? ¿Puedo entrar?

—Willie, ¿no te parece que es un poco tarde?

—He perdido el reloj. Lo pierdo todo. Solo serán cinco minutos, se lo prometo, solo cinco.

—Willie, es más de medianoche. Dinos aquí mismo lo que quieras decir. Te escucharemos.

—Bueno... —Willie se limpió la nariz con el dorso de la mano —. Verá...

—Os dejaré solos con vuestra conversación de hombres. —Emily pasó rozando a su marido—. Buenas noches, Willie. No tardes, Ralph. Adiós.

Ralph Fentriss alargó la mano para detenerla, pero la puerta se abrió y se cerró y se quedó a solas con Willie.

—Siéntese, señor Fentriss —dijo Willie dando una palmada en el escalón a su lado.

—Solo serán cinco minutos, Willie. Prefiero quedarme de pie.

—Quizá sean diez, señor Fentriss. —El llanto le quebraba la voz.

Fentriss miró el escalón.

—Creo que me sentaré.

Se sentó.

—Bueno —dijo Willie—. Le explicaré cómo están las cosas. Wilma...

Ralph Fentriss entró en el dormitorio arrastrando la americana y deshaciéndose el nudo de la corbata.

—Se me ha pasado el efecto del alcohol.

Su mujer levantó los ojos de las páginas del libro que tenía en las manos.

—¿Vienes de un funeral?

—Le he prometido que convenceré a Wilma para que le coja el teléfono por lo menos una vez. ¿Qué estás leyendo?

—Una de esas novelas románticas bobaliconas que hablan de la vida real.

—¿Qué es esto? —preguntó Ralph señalando unos papeles de carta que había encima de la cómoda.

—Mensajes telefónicos. No los he mirado. Son todos tuyos.

Fentriss echó una ojeada a uno.

—«Urgente. Bosco.» ¿Quién es Bosco?

—Nunca supimos su apellido. Es uno de los amigos de Tina. Estuvo un día viendo la tele y nos vació la despensa.

—Ah, claro, Bosco. —Miró otra nota—. Esta es de Arnie Ames. «Inmediatamente, enseguida, o me suicidaré.» ¿Crees que lo hará?

—¿Por qué no? Era un tipo encantador, pero hablaba por los codos.

—Sí, era una cotorra. Este es de Bud. Quiere saber qué ha sido de la pequeña Emily. ¿Quién es la pequeña Emily?

—Es esa hija nuestra que está en Nueva York, escribiendo guiones de telenovelas. ¿La recuerdas ahora?

—Ah, claro, la pequeña Emily. Se fue del pueblo en el momento justo. Vaya, estoy sediento. ¿Queda alguna cerveza en el armario nevera?

—Tiramos a la basura ese armario hace años. Ahora tenemos un frigorífico eléctrico.

—Ah, claro. —Ralph volvió a dejar los mensajes encima de la cómoda—. ¿Me ayudarás con estos ataques de pánico? Alguien tiene que contestar. ¿Y si los repartimos? La mitad tú y la mitad yo.

—Oh, no, ni lo sueñes.

—Pensaba que el matrimonio consistía en compartir.

—Ajá. —Emily frunció el ceño y volvió a concentrarse en el libro—. ¿Por dónde iba...?

Ralph ordenó el montoncito de mensajes, los agarró con una mano cansada de crupier y enfiló con paso cansino por el pasillo, pasando por delante de una habitación vacía detrás de otra: el

cuarto de la pequeña Emily, el de Tina, el de Wilma. Entró en la cocina y colgó los mensajes en la puerta del frigorífico con unos imanes de Mickey Mouse. Abrió el frigorífico y dio un grito ahogado de alivio.

—Dos cervezas, gracias a Dios. ¡No, tres!

Quince minutos después el frigorífico seguía abierto y bañaba de luz a un hombre recién entrado en la cuarentena casi feliz que estaba a punto de serlo del todo con una lata de cerveza en cada mano.

Pasó otro minuto y Emily Fentriss recorrió el pasillo arrastrando los pies enfundados en las pantuflas y una bata alrededor de los hombros.

Se quedó en la puerta de la cocina, observando a su marido mientras este inspeccionaba el frigorífico, examinaba varios envases, los sacaba y los volcaba para vaciar el contenido en una bolsa de basura abierta.

Unos guisantes en un pequeño bol. Media taza de maíz. Un trozo de pastel de carne y una tajada de carne de ternera en conserva. Los restos de un puré de patatas. Unas cebollas hervidas en salsa de nata.

La bolsa de basura estaba llena.

Al cabo de un rato, apoyada en el marco de la puerta con los brazos cruzados, Emily Fentriss dijo:

—¿Qué crees que estás haciendo?

—Limpiando la nevera... El frigorífico.

—Estás tirando comida en perfecto estado.

—No —dijo Ralph, oliendo unas cebolletas y dejándolas caer a la bolsa—. No es comida en perfecto estado.

—¿Qué es entonces?

—Son sobras —dijo—. Sí, eso es. —Cerró la puerta y se quedó a oscuras—. Son sobras

15

Algo más en el equipaje

Mi secretaria asomó la cabeza por la puerta de mi despacho y habló desde el otro lado de mi barricada de cartas y libros.

—¿Estás ahí? —preguntó.

—Sabes que sí, y hasta arriba de trabajo —dije—. ¿Qué pasa?

—Hay un chalado aquí que busca un editor y afirma que ha escrito o va a escribir la novela más larga del mundo.

—Creía que Thomas Wolfe estaba muerto.

—Este tipo ha llegado cargado con cuatro bolsas de la compra llenas de lo que parecen astillas —dijo Elsa—, pero en cada una de ellas hay escritas letras y palabras. «Era una noche oscura y tormentosa», ponía en una. «Había muertos por todas partes», he leído en otra.

Eso me convenció. Me levanté detrás de mi muralla de literatura y me acerqué a la puerta para echar un vistazo al escritor chiflado. Estaba sentado en la zona de la recepción con varias bolsas blancas llenas hasta los topes. Desde la puerta veía las palabras escritas en lo que contenían.

—Hazle pasar —me oí decir.

—No creo que...

—Yo creo que sí —la interrumpí completamente despejado—. ¡Estamos ante un caso de gancho narrativo!

—¿Gancho narrativo?

—Cuando el escritor empieza una novela de una manera tan intensa que el lector queda atrapado y se sumerge en ella. Anda, Elsa, ve a decirle que pase.

Elsa fue a decirle que pasara.

Entró en el despacho acompañado por el hombrecito, pues no debía medir ni un metro y medio, que arrastraba con entusiasmo dos bolsas blancas llenas de palabras. Las dejó en el suelo y salió corriendo a buscar las otras dos. Luego se sentó sin decir una palabra rodeado por sus bolsas mientras Elsa ponía los ojos en blanco y cerraba la puerta.

—Bueno, ¿señor...?

—G. F. Chiflette, autor de lo que algunos llaman la Chifladura de Chiflette. ¡Delante de usted tiene mi fascinante novela!

Movió las bolsas con el pie.

—Estoy intrigado, señor Chifladura —dije.

El hombre pasó por alto mi lapsus y sonrió mirando su creación.

—Gracias. La mayoría de los editores están demasiado ocupados o me dan esquinazo. Verá, estoy aquí porque... —Hizo una pausa para mirarme de la cabeza a los pies—. Veo que tiene mi edad, así que tal vez recuerde aquella época dorada, en los años treinta, cuando los turistas cruzaban los Estados Unidos en coche...

Hizo otra pausa para darme tiempo a recordar. Recordé y asentí con la cabeza.

—Esto —continuó tocando sus bolsas llenas de palabras— es una vieja idea a la que le ha llegado de nuevo su momento. ¿Recuerda aquellos viajes, la Ruta 66, cuando iba hacia el oeste con sus padres? Durante el viaje, ¿qué hacía para entretenerse y fastidiar a su familia?

—¿Entretenerme? ¿Fastidiar? —Mi cabeza dio tres vueltas seguidas a su archivo de fichas giratorio.

—¡Burma Shave! —grité, pero entonces me calmé. Los editores no deben mostrar entusiasmo, porque eso dispara el precio —. Burma Shave —murmuré.

—¡Exacto! —exclamó Chifladura—. ¡Aunque no te afeitaras: Burma! Las autopistas norteamericanas estaban jalonadas de anuncios de B. S., como lo llamaban algunos, así que uno podía canturrear pareados entre Paducah y Potawatomi, Tonopah y Tombstone, Gila Gulch y Grass...

—Sí, sí —dije con impaciencia.

Si el afeitado perfecto es lo que querías,
Compra nuestro producto y saltarás de alegría.
Como un esclavo ya no te sentirás,
Con Burma Shave libre serás.

—Sí, lo recuerdo —exclamé con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Claro que sí! —dijo Chifladura.

Y entonces recité:

Bestia barbuda, sal de la cueva,
¡Con Burma Shave tendrás una cara nueva!

—¡Vaya memoria! —me elogió Chifladura.

Miré sus misteriosas bolsas.

—Pero ¿qué tiene eso que ver con...?

—Me alegra que me haga esa pregunta. —Vació el contenido de dos bolsas. Adjetivos, sustantivos y verbos se desparramaron por el suelo mientras él recitaba: Burma Shave, 1999. Dickens, 2000. Shakespeare, 2001.

Di un grito ahogado.

—¿Están todos en esos cartelitos de madera?

—No, nada de autores muertos. Vivos. ¡Yo!

Se arrodilló y distribuyó las frases por la moqueta.

—¿Qué le parecería publicar la novela más larga, la primera que atraviese de punta a punta el país, abarque condados, rodee pueblos, circunvale grandes ciudades y termine en Seattle, adonde nunca ha querido ir pero le ha podido su curiosidad por descubrir cómo terminaba la novela del siglo? ¡Aquí la tiene? ¿Qué me dice?

Me encorvé para leer las frases que pasaban junto a las patas de mi escritorio y seguían hasta la pared.

—Mi secretaria ha mencionado algo sobre «una noche oscura y tormentosa».

—Ah, eso solo era un señuelo —dijo riendo Chifladura—. ¡Un gancho narrativo! ¿Sabe lo que son?

Me mordí la lengua.

—El verdadero comienzo irresistible de mi obra maestra es este.

«El fin del mundo se acercaba...», leí en el primer trozo de madera. Y en el segundo continuaba: «¡Alec Jones tenía seis horas para salvar la Tierra!».

—¿Esas son las palabras con las que pretende sorprender al lector de su extenso superventas?

—¿Usted puede hacerlo mejor? —me preguntó.

—Bueno...

—¡Espere! —me interrumpió—. Se pone más irresistible. Prepare su oferta.

Ordenó unas cuantas astillas alargadas más, hasta que hubo una sesentena de palabras en el suelo, bloqueando la puerta.

—Tal vez se pregunte —añadió— por qué considero que ha llegado el momento de este libro. Cuando las rimas de Burma Shave fueron arrancadas como dientes de las carreteras de Norteamérica, dejaron un vacío, ¿no está de acuerdo?

—Las echamos de menos, es cierto.

—Quien cruza el país hoy en día tiene poco que ver. Los coches son veloces, los carteles publicitarios están prohibidos, así que, ¿cómo matar el tiempo? Algo pequeño, discreto, en el arcén, principalmente en carreteras secundarias, de Maine a Missoula, de Des Plaines a Denver. Se trataría de plantar estas metáforas para que arraiguen en el imaginario estadounidense. Se hablaría de ellas en los debates televisivos. Los turistas, enloquecidos, empezarían a leer en Kankakee, en Kenosha, en Kansas, y encontrarían el final en Sauk Centre y en Seattle. Luego, Dios mío, publicaremos el abundante material en un Libro del Mes, encuadernado en piel, para recopilar las tempestades del viaje turístico. ¡Piénselo!

—¡Estoy abrumado, Chifladura!

—No esperaba menos. ¡Dese prisa, vamos! Porque tendré que

salir pitando para entrevistarme con otro editor a menos que contrate e instale estos carteles revolucionarios para fomentar la alfabetización en los lugares más incultos y retrasados del país.

—Cree que los profesores...

—¡Los devorarán en el desayuno, en la comida, en la cena! Los pondremos en el menú de los ordenadores. Visitaremos las bibliotecas estatales publicitando esos lugares como abrevaderos intelectuales. Los profesores suplicarán que les dejen clavar mis postes cerca de la clase de Lengua I. Las agencias de publicidad sobornarán a quien haga falta para entrar en nuestra lengua viajera. ¡Pero no! Mi novela proseguirá su carrera arrojando personajes y excursiones disparatadas a diestra y siniestra. Ha llegado su momento, caballero. El momento de lo viejo renovado, de probar lo que no se ha probado. ¡Hasta luego!

Se había puesto en pie, aporreando sus sustantivos y sus verbos, cuando grité:

—¡Espere! —Miré las abundantes frases—. Esas frases solo son el comienzo, pero... ¿cómo termina?

—¡De una manera fabulosa! —Una vez que se lance a la carretera, la gente no podrá parar. Como las palomitas, puras palomitas. Pipas: ¡Le reto a que solo se coma una!

—¿Cómo sé yo que...?

—Confíe en Dios, caballero, y en la clarividencia intuitiva de este servidor. Sopesaré argumentos, a todas horas, todos los días, desde Schenectady hasta Saskatchewan. Mientras coloco postes y pinto letras, mi yo secreto pondrá los puntos sobre las íes y las rayitas en las tes. Compartiré su fiebre, su ansia por descubrir qué demonios aguarda al otro lado del horizonte de la 66, madrugaré y trasnocharé, y dejaré en mi estela una colmena volcada de palabras chisporroteantes. ¿Qué me dice?

Agarró una docena de palos y los observó con entusiasmo.

—¡Maravilloso! —exclamó.

—Me ha convencido —dije—. ¡Elsa!

—¿Sí? —Elsa introdujo la cabeza en mi despacho para mirar el suelo lleno de palos.

—Dios me asista —mascullé—. Trae contratos. Para libros,

supongo... ¡Sí, libros!

Y mientras Elsa traía los contratos y Chifladura los firmaba, le tiré de la manga.

—¿Por qué yo? ¿Por qué aquí?

—Caballero —dijo Chifladura—, usted tiene el porte de un bibliotecario librero ganador de un importante certamen de ortografía que a los doce años salió arrastrando diez libros de la sección para adultos de la biblioteca, ¡y que por la tarde volvió a por diez más!

—¿Cómo lo ha sabido?

—¡Si pensara otra cosa de usted no lo convertiría en el editor filólogo de mi fiesta itinerante! Veamos, ¿cómo vamos a financiar este viaje a la Tolstói?

—No pongo en duda...

—Debe hacerlo. Convenceremos a los almacenes de madera para que donen placas y postes, gratis. ¡Publicidad! Echaremos el lazo a los bibliotecarios para que posen con mazos y pinceles y les sacaremos fotos. Los *boy scouts* nunca dicen que no a plantar y dar golpes con un martillo. ¿Gastos? Entre nada y cero.

—¡Genial!

—¿Eso cree? Bueno, pues agárrese los calzoncillos. A lo largo de lo que era la Carretera del Rey señalaremos las tiendas de tarjetas para bodas, nacimientos y defunciones de las señoras con el pelo teñido de azul, que serán guaridas donde los críticos en ciernes se prepararán para afrontar esta erupción volcánica.

—¡Bingo!

—¡Siempre saldremos victoriosos! En el camino habrá trampas colocadas por las universidades para cortarnos el paso.

—¿Por qué?

—Porque son semilleros de escritores que nunca lograron publicar, en cuyos cajones duermen novelas inacabadas; se abalanzarán sobre nosotros para aconsejarnos sobre la puntuación, la caracterización de los personajes, los argumentos vivaces, las caídas mortales.

—¿Y...?

—De la periferia al centro, Filadelfia, San Francisco, Los

Ángeles. Desfiles de coches antiguos nos abrirán el paso por las zonas residenciales. Coches clásicos nos seguirán. Los gobernadores descorcharán botellas en las fronteras de los estados.

—¡Es usted un genio!

—Y todavía no he acabado, caballero. ¿Quiere oír más detalles? Harán falta unas veinte mil estacas de tienda de campaña para sostener veinte mil placas con textos que son una mezcla de haiku y de galleta de la suerte. Una cada cien metros en las carreteras con un límite de velocidad alto, y cada cincuenta metros en las que lo tienen bajo. Dicho en pocas palabras. Aquí tiene su contrato. Este es el mío. Bueno, ¿tiene el dinero?

—¡Tenga!

—¿Un fajo de billetes con la cara de Grant? ¡El amigo de Lincoln! Me voy directo a la sección de pintura del almacén de madera. La colocación de la primera placa con la presencia de personajes famosos será mañana al mediodía, en la vieja Ruta 66. ¡Usted clavará el primer poste!

—Yo no merezco...

—¡Ni se le ocurra faltar!

Y como un remolino de polvo aspirado de la moqueta, desapareció, silbando con mi dinero en la mano y sus palabras escritas en astillas rebotando en el suelo.

Elsa me miró fijamente.

—¿Qué te ha llevado a hacer una cosa así? —me preguntó.

—La locura adolescente. —Me palpé las costillas, los codos y la cara—. Mientras hablaba con él, en un momento dado he vuelto a sentir que tenía trece, doce, diez años, el zumbido de la carretera, los epítetos de B. S. volando, yo cantando y mi hermano acompañándome, mi padre loco por dejar atrás los barrancos, y de repente el paisaje vacío, sin rastro de los carteles de B. S, cuando los dentistas de la ley del estado arrancaron y trocearon las palabras y no hubo nada que leer desde Tularemia hasta Taos. Cuando hacíamos una parada para estirar las piernas, con las vejigas llenas de refresco, yo regaba Burma y mi hermano regaba Shave.

—¡Estás como una cabra! —dijo Elsa.

—Ya. —Oí cómo se apagaba el eco de las bolsas llenas de verbos—. Pero estoy impaciente por que llegue, ¿tú no? —Y añadí susurrando—: Esa noche oscura y tormentosa.

No acabó con una explosión sino con un gemido, como dice el poema. Lo que empezó con la explosión de un cohete de Cecil B. DeMille acabó silbando como un buscapiés húmedo del Cuatro de Julio.

Yo, por supuesto, lancé la alocada epopeya de carretera de Chifladura, *En camino a todas partes*. Clavé el primer poste en Appomattox para dar el pistoletazo de salida de la novela más extensa del mundo. ¡Los siguientes capítulos se darán a conocer a la altura de las poblaciones de Council Bluffs y Gila Bend! ¡Suspense garantizado! Historias emocionantes. Signo de exclamación.

Al principio no le interesó a nadie. ¡Enseguida todo el mundo se interesó!

Como una ola gigante, una multitud de viajeros arrastraron a Chifladura por todo el país. Recitaban de memoria pasajes de su obra y recreaban escenas antes de que decayera el entusiasmo. No paraban de llegar cartas para pedir que se matara a tal personaje o se diera más protagonismo a tal otro.

Un crítico del *Chicago Times* consiguió una entrevista con Chifladura, que acabó censurando el director del periódico, un especialista en Yeats y Pope. La Ruta 66 recuperó la importancia de antaño. Descendieron los viajes en avión y se dispararon los viajes en autobús. Las gasolineras brotaron como hongos. Los moteles subieron sus tarifas. Desde Omaha hasta Oogalooga se extendía una serpenteante fila de autocaravanas atestadas de voraces lectores de tarjetas de felicitación. En los lugares más insospechados aparecieron guías que resumían ese viaje desenfrenado.

¡Y entonces llegó el vacío! El refrescante torrente literario se secó a mitad de camino de Donner Pass y del Valle de la Muerte.

Por la cascada solo caía polvo alcalino.

El paisaje estaba lleno de trozos de madera con sustantivos, verbos y adjetivos.

Yo ya me disponía a comprar un billete de avión o a subirme a una furgoneta cuando la puerta de mi despacho se abrió violentamente y apareció Chifladura. Estaba completamente abatido, con la cara pálida y los dientes apretados, y de sus brazos caídos colgaban dos enormes bolsas de la compra.

—¡Chifladura! —exclamé.

—Puede llamarme así las veces que quiera —dijo.

—Entre, entre. Dios mío, ¿qué le pasa?

—Dígamelo usted.

—¿Eso es la continuación?

—Son los restos —murmuró él, y vació las bolsas.

El serrín, quince kilos de serrín finamente granulado, cubrió el suelo.

—Lo he intentado, pero no he sido capaz de acabarla —dijo.

—¿La inspiración le da la espalda? ¿Bloqueo mental?

—Bloqueo de carretera —repuso.

Vació lo que quedaba en una bolsa y se formó un montón de virutas y polen encima de mi escritorio. Vi una ge, una te o una hache descascarilladas y un gran «el» entre el polvo. El peso de ese material ligero me hundió en el sillón.

—¿Bloqueo de carretera? —gimoteé.

—Nunca se me pasó por la imaginación que la gente rechazaría mis radiantes flores silvestres junto a las carreteras —se lamentó Chifladura—. He tenido que rodear hectáreas de granjas, a veces condados enteros. Los sheriffs me decían: «¡Fuera de aquí!». Los clubes sociales de damas afirmaban que mi obra era *ipso facto* un delito flagrante. «¡Sexo en el té! ¡Un polvo o dos!», gritaban. Los censores arrancaban mis postes como si fueran malas hierbas, me robaban las cosas como vulgares plagiarios.

—¿¡Plagiarios!?

—¡Ladrones de argumentos, cacos de novelas! Una noche en Tulsa desaparecieron ocho kilómetros de episodios, y aparecieron al día siguiente en Tallahassee para deleite de los caimanes. El robo lo cometió el sheriff de Tallahassee. ¡Ahora es una estrella,

una celebridad que sale en el programa de Oprah! ¿Cómo demuestro que fue él el que me robó las cosas? Intenté recuperar mis palos, pero alguno de esos que queman libros y toman el té me pinchó las ruedas del coche. ¡Les pedí que me devolvieran lo que quedara, con la esperanza de recomponer los pedazos! —Hizo una pausa. Estaba sin aliento—. Muerte en la carretera —murmuró.

—¿Muerte en la carretera? —exclamé.

—Y la guinda del pastel, una muerte en la carretera de internet. Con la misma velocidad con la que yo plantaba mi obra, internet la cosechaba y la retransmitía, siempre por delante de mí, como el Correcaminos, y yo era el Coyote intentando cortar la radiación electromagnética. Sus fuegos artificiales estallaban por la noche y por el día y difundían mis palabras en mil millones de pantallas, y cuando se terminaban, arrojaban más, como cuando Kaspárov jugó contra Big Blue. «¡Ordenador gana partida de ajedrez!», gritaron. ¡Dios mío! ¿Qué esperaban con dos docenes de mentes superdotadas metidas en unos circuitos de IBM? Un avispero de genios contra un ruso desesperado. Mi caso es igual. Este humilde marginado admirador de Hemingway contra la tempestad de internet. Fue entonces cuando decidí guardar mis palos y largarme.

»Bueno, eso es todo —concluyó Chifladura—. Quizá pueda conseguir a alguien para que escriba el final, que mate a los malos y entierre a los buenos. Yo no he sido capaz. ¿Qué más puedo decirle?

—Espero que encuentre un trabajo nuevo —le deseé.

—¿Cómo ayudante de carpintero en un aserradero? Eso estaba bien para Jesús, pero no es para mí. Le enviaré por correo un cheque todos los meses para devolverle el préstamo.

—¿Qué quiere que haga con esto? —pregunté. El fino polvo de madera que flotaba en el aire me hacía cosquillas en la nariz.

—Rellene una almohada o monte un criadero de hormigas.

—Era una maravillosa novela extensa, emocionante y genial —dije.

—Sí. Me pregunto cómo habría terminado.

—Si una noche de estas se despierta con la respuesta,

llámeme.

—Puede esperar sentado. Hasta la vista.

Y se marchó dejando en mi despacho las dos bolsas con su obra maestra reducida a serrín.

Elsa asomó la cabeza.

—¿Qué vas a hacer con todo eso?

Estornudé una vez, dos veces, tres.

El escritorio estaba vacío y encima de él flotaba una nube de serrín.

—¿*Lo que el viento se llevó*? —sugirió Elsa mirando la obra suspendida en el aire.

—No. Podría ser *En el camino*, de Jack Kerouac.

Me soné la nariz.

—Trae la escoba.

16

Tangerine

Una noche de hace alrededor de un año estaba cenando solo en un buen restaurante. Ya era tarde y me sentía bien conmigo mismo y con mi lugar en el mundo (es una sensación agradable para un septuagenario como yo) cuando, al tomar un sorbo a mi segunda copa de vino, vi con el rabillo del ojo a mi camarero, que hasta ese momento se había mantenido a mi espalda o a cierta distancia de mí.

Fue como uno de esos momentos en el cine cuando la película da un salto en el proyector y la imagen se queda congelada. Sentí que se me cortaba la respiración.

Conocía al camarero de otra época y sabía a ciencia cierta que no había vuelto a verlo en años. A pesar de que era de mi edad, lo reconocí, así que cuando se acercó para servirme el resto del vino me atreví a hablarle.

—Me parece que nos conocemos —dije.

El camarero me miró fugazmente.

—No creo que...

Pero al verlo ahora de cerca tenía la misma frente y el mismo corte de pelo, las orejas, el mentón y el peso eran iguales que medio siglo atrás, así que su cara no había cambiado.

—Hace cincuenta y siete años —dije—. Antes de la guerra.

El camarero desvió un momento la mirada y volvió a posarla en mí.

—No, no creo que...

—Mil novecientos treinta y nueve —añadí—. Yo tenía

diecinueve años. Usted debía de tener la misma edad.

—¿Mil novecientos treinta y nueve? —El camarero examinó detenidamente mis cejas, las orejas, la nariz y finalmente la boca —. No me recuerda a nadie que conozca.

—Bueno —dije—. En aquel entonces tenía el pelo claro y pesaba veinte kilos menos, y no tenía dinero para ropa, y solía ir al centro los sábados por la noche a escuchar a los oradores callejeros en el parque. Siempre había una buena pelea.

—Pershing Square. —El camarero asintió y esbozó media sonrisa—. Claro, sí. Por supuesto. Yo me pasaba por allí de vez en cuando. Verano del treinta y nueve. Pershing Square.

—La mayoría éramos apenas unos críos solitarios que nos pasábamos el día dando vueltas por la ciudad.

—A los diecinueve uno se siente muy solo. Sería capaz de hacer cualquier cosa, incluso prestar atención a unos charlatanes.

—Había muchos de esos. —Me di cuenta de que había atrapado su atención. Continué—: Yo iba con una pandilla, bueno, no era exactamente una pandilla como las de ahora, sino cinco o seis chicos que nos habíamos hecho amigos. No teníamos dinero, así que deambulábamos por la ciudad. A veces entrábamos en una cervecería. Nos pedían el documento de identidad, así que solo podíamos tomar una cocacola. Creo que una cocacola valía veinticinco centavos, y podías estar una hora tomándotela y observando a la gente que atiborraba el bar y las mesas.

—Petrelli's. —El camarero se tocó la boca como si las palabras hubieran salido de ella por sorpresa—. Hacía años que no pensaba en ese sitio. Pero no recuerdo haber estado allí con usted —añadió con nerviosismo—. ¿Cómo se llama?

—Quién sabe. Nos llamábamos unos a otros «Oye» o «Tú». Es posible que incluso nos inventáramos nombres. Carl o Doug o Junior. Usted podría haber sido Ramón.

El camarero hizo una bola con el paño que tenía en las manos.

—¿Cómo lo ha sabido? Seguro que ha oído...

—No. No sé por qué me ha venido a la cabeza. Es Ramón, ¿verdad?

—Baje la voz.

—¿Ramón? —dije en voz baja.

El camarero asintió bruscamente.

—Bueno, ha sido un placer...

Hizo el ademán de irse, pero entonces dije:

—Estábamos dando una vuelta por la ciudad, cinco o seis chicos, y una noche uno de la pandilla nos convenció para que fuéramos a comer bocadillos de carne mojados en salsa cerca del ayuntamiento. El chico que nos llevó cantaba en todos los sitios a los que íbamos, cantaba y reía, a todas horas. ¿Cómo se llamaba?

—Sonny —dijo de repente el camarero—. Sonny. Y aquel verano se pasó cantando la misma canción docenas de veces todas las noches.

—*Tangerine* —dije.

—¡Vaya, qué buena memoria!

—*Tangerine*.

Era de Johnny Mercer. Sonny la cantaba mientras guiaba al pequeño grupo de seis o siete chicos a través de la noche.

—*Tangerine*.

A veces le llamábamos Tangerine porque era su canción preferida de aquel último verano antes de que todos nos fuéramos a la guerra. Tangerine. Nunca supimos su apellido ni dónde vivía ni de dónde era. Llegaba los viernes por la noche tarde y los sábados aún más tarde. Bajaba del tranvía cantando como una gran dama de modales refinados y un aspecto que clamaba que el mundo debería tener más flores que las que por desgracia había.

Tangerine. Sonny. Sin apellido. Era alto para su edad, medía casi un metro ochenta, y era más esqueleto y menos carne que el resto de nosotros. Él afirmaba que no era delgado sino esbelto, y cuando se posaba entre nosotros en las cálidas noches de verano el tiempo cambiaba porque él se lo ordenaba con un movimiento lánguido del brazo y de sus pálidos dedos, entre los que sujetaba la boquilla de un cigarrillo con la que apuntaba a los edificios, el perfil recortado de la ciudad, el parque, o a nosotros mientras hablaba o reía. No había nada que no le provocara la risa, y enseguida, por temor a estar perdiéndonos algo, todos nos

sumábamos a su risa. La vida era pura diversión, y cuanto antes lo descubriera uno, mejor.

Tangerine. Sonny. Descendía con la distinción de una condesa de un tranvía súbitamente regio y se deslizaba por el parque agrupar a su paso a todos los solitarios, quienes, atraídos por su fuerza de gravedad y su elegancia, lo seguían sin poder apartar los ojos de él y sin apenas hablar.

Era como si hubieran estado todo el verano esperando a que sucediera algo, cualquier cosa. A alguien que les dijera dónde estaban, quiénes eran y adónde ir. Sonny daba eso por sentado y se colocaba en el centro de la plaza de ladrillos rojos, miraba en derredor con desdén y apuntaba con la boquilla del cigarrillo a los hombres que pregonaban las virtudes de Stalin o Hitler.

Sonny se acercaba donde estaban los escandalosos oradores con media docena de extraños y vagabundos en su estela. Él no se volvía a mirarlos; los aceptaba como si fueran una capa que debía llevar puesta en aquella extraña ópera. Cerraba los ojos y escuchaba los gritos. Sus nuevos amigos hacían lo mismo, aceptaban el ruido con los ojos cerrados.

Yo era uno de ellos.

Y ninguno de nosotros tenía nombre. Sí, claro que estaban Pete, y Tom, y Jim. Pero el que daba la nota era un inocente chico que aseguraba ser H. Bedford Jones. Yo sabía que mentía. Había leído las novelas de H. Bedford Jones en *Argosy* cuando tenía diez años.

Pero ¿quién necesitaba nombres cuando Sonny nos ponía apodos y nos los cambiaba cada fin de semana? Uno era Chiquitajo, otro Pizca, otro Viejo Estadista, y otro (yo) era de otro planeta; o encabezaba nuestros desfiles nocturnos y nos llamaba «cohorte», o «amiguetes», o simplemente «colegas» y «corazones solitarios».

Nunca supe mucho sobre aquellos amigos que no eran en realidad amigos sino turistas nocturnos llegados de diversas poblaciones. Años después describí Los Ángeles y los ochenta o noventa pueblos que la formaban como ochenta y cinco naranjas en busca de un ombligo. Pero a finales de 1939 solo había dos

lugares donde socializar: Pershing Square, donde las trifulcas políticas elevaban la temperatura, o Hollywood, donde la gente iba de un lado a otro a la caza de relaciones como ectoplasma que se disolviera mucho antes de adquirir una forma.

Así era Los Ángeles antes de la Segunda Guerra Mundial, cuando los jóvenes sin coche vagabundeaban con la certeza de que antes de las nueve una mujer increíble los agarraría y se los llevaría a casa para una noche de pasión.

Eso nunca pasaba. Lo cual no impedía que el siguiente fin de semana los chicos gritaran delante del espejo «Hoy es la gran noche», a sabiendas de que cuando se dieran la vuelta su reflejo desaparecería. Por lo tanto, las pandillas se formaban más por instinto que por razonamiento.

Y luego estaba Sonny.

Seguramente su espejo era tan preciso como el nuestro a la hora de mostrar la derrota con el nudo de la corbata perfecto y el cuello de la camisa impecable. Pero hay que tener en cuenta que los espejos son un test de Rorschach: puedes ver en ellos cualquier cosa que aumente tu miopía o sea una amenaza a la confianza que tienes en ti mismo. Antes de salir de casa un sábado siempre te mirabas en el espejo para asegurarte de que estabas ahí.

Siendo así las cosas, las noches de sábado solían hacerse muy largas, y Sonny nos llevaba de un sitio a otro pavoneándose y nos invitaba a perritos calientes y cocacolas en bares llenos de hombres y mujeres extraños; los hombres parecían tener las muñecas rotas y las mujeres tenían bíceps. Las escenas que presenciábamos nos dejaban tan pasmados que la cocacola nos duraba horas, hasta que los encargados nos echaban a la calle.

—¡Muy bien! —les gritaba Sonny desde la puerta—. ¡Si es lo que queréis!

—¡Es lo que queremos! —le respondían los encargados.

—Vamos, chicas —nos decía Sonny.

—Preferiría que no nos llamaras así —decía yo.

—Lo siento. —Sonny se ponía en marcha—. Por aquí, chicos.

Algunas noches de sábado terminaban temprano. Sonny desaparecía. Y sin Sonny, la pandilla se disgregaba. Sin él no

sabíamos de qué hablar. Nunca supimos adónde se iba, pero una vez nos pareció ver que entraba en un hotelucho de la calle principal con un caballero mayor con el pelo cano. Pero cuando entramos detrás de él encontramos el vestíbulo vacío. Otra vez lo vimos en un autobús, que costaba diez centavos mientras que el tranvía costaba siete, de pie al lado de un espigado chico negro. Entonces el tranvía se marchó y la noche acabó ahí. Nos despedimos y cada uno volvió a su casa, a direcciones que nunca dábamos.

Otro sábado por la noche llovía sin parar y la mayoría de los chicos se fueron a casa porque no tenían el dinero suficiente para refugiarse en un bar. Eso nos dejó a Sonny y a mí mirándonos en silencio, hasta que él dijo:

—Muy bien, Peter Pan, ¿alguna vez has tomado un trago de verdad? ¿Licor, aguardiente, whiskey, vino?

—No.

—Pues vamos, ya es hora.

Me arrastró al interior del bar más cercano y pidió una cocacola y un Dubonnet doble. Cuando nos los sirvieron, empujó el Dubonnet hacia mí.

—Pruébalo.

Tomé un sorbo y sonreí.

—Eh, no está mal.

—¡No está mal, dice!

—Me recuerda las uvas que mi padre y yo prensábamos con un montón de azúcar cuando tenía nueve años. Dubonnet.

—¡Dios mío! El niño genio describe su primer trago. ¿Cuándo dejarás de ser Juana de Arco haciendo la ronda?

—No, no —dije—. Yo soy el herrero que le hizo la armadura.

—¡Dame eso! —Sonny se tomó el Dubonnet de un trago—. ¡El herrero de Juana de Arco! ¡Madre mía! ¡Larguémonos de aquí!

Sonny pagó y salimos a la calle. Se detuvo en el bordillo de la acera y se tambaleó con la mirada fija en un punto.

Miré en la misma dirección que él. Y la vi.

Era una mujer de, diría, mediana edad, más guapa que atractiva, con el cabello cuidadosamente peinado en un moño.

Debería haber llevado puesto un sombrero, pero la lluvia caía sobre su cara y corría por su impermeable negro. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho. Cuando nos vio levantó una mano, como si nos llamara, pero al mismo tiempo retrocedió como si temiera que huyéramos.

—Dios mío —musitó Sonny.

Suspiró, pero no hizo ningún gesto hacia la mujer para devolverle el saludo.

—¡Espera aquí! —me dijo. Volvió a entrar en el bar y salió un minuto después limpiándose la boca—. Otro para darme valor.

—Te conoce —dije.

—No es asunto tuyo.

—¡Pero tú también estás llorando!

—¿En serio? —Se tocó un ojo y se miró la yema del dedo húmeda—. Maldita sea.

—Ella llora, tú lloras. ¿Ha muerto alguien?

—Hace mucho tiempo.

—¿Es parienta tuya?

—No. Es una tonta. Una loca.

—¿Qué quiere? —pregunté.

Sonny se echó a reír con las carcajadas entrecortadas de un loco.

—A mí.

—¿Cómo?

—A mí. A mí. ¡A mí! ¿No lo pillas? Me quería. Pasado. Me quiere. Presente. Me querrá mañana y pasado mañana. ¡Menuda broma!

—No eres tan malo —dije de una manera poco convincente.

—¿No soy tan malo como qué?

—No eres tan malo como piensas —dije mirando a otro lado.

—¡Qué sabrás tú de mí!

—Sé que si te fueras de la ciudad los sábados por la noche la pandilla se disolvería.

—La pandilla, unos idiotas intelectuales, solitarios y muertos de hambre, sin agallas ni futuro, que me siguen como perritos y mean en las bocas de incendios.

—Así tenemos algo que hacer. Y es gracias a ti.

—¿En qué me convierte eso?

—En un líder.

—¿Qué acabas de llamarme?

—Líder.

—Trae aquí esa cabeza. —Me la agarró y me la retorció—. Ve a que te la examine un médico.

—Claro que estamos chalados —continué, todavía con sus dedos apretándome la cabeza—. Pero si tu no estuvieras no saldríamos de casa. Si puedes liderarnos a nosotros puedes liderar a otros, en un trabajo, en algún lugar. Eres divertido. Eres un actor. Haces que nos sintamos bien y escondes lo inteligente que eres en realidad.

—¿Soy inteligente?

—Seguro que fuiste a la universidad y la dejaste. A lo mejor tuviste algún problema en el gimnasio masculino. ¿He acertado? —Sonny no dijo nada—. ¿He acertado?

—Eres un chico bastante listo.

—¿Por qué no volviste?

—Porque no me habrían dejado.

—¿Y en otras universidades?

—¿Estás de broma? Estamos en 1939. La guerra está a punto de estallar. El ejército dirá que me pongo perfume y me afeito las axilas. ¡Zas! «¡A la calle! ¡Y no vuelvas!», me dirán. Las universidades se pasan información. Por favor, no queremos mariposas en nuestros jardines.

—No hables así de ti.

—Ellos lo hacen. ¿Por qué no puedo hacerlo yo?

Lancé una mirada a la mujer que estaba en el otro lado de la calle, viéndonos. Hizo un pequeño gesto y esbozó media sonrisa, como si hubiera adivinado el tema de nuestra conversación. ¡Sí! Casi podía leerle los labios. ¡Díselo!

—¿Qué quiere esa mujer de ti?

—¡Por Dios, me pidió que nos casáramos!

—¿Y por qué no aceptaste?

—¿Qué es esto, un interrogatorio policial? ¿Has encendido el

detector de mentiras?

—Sí, así que no puedes mentirme.

—¿Por qué no?

—Porque te caigo bien y tú me caes bien. —Respiré hondo y continué—: ¿Estás diciéndome que si ahora mismo cruzaras la calle esa mujer te llevaría a su casa y se casaría contigo?

—Es así de tonta.

—No, el tonto eres tú.

Sonny se secó los ojos con el dorso de las manos.

—Te consideraba mi amigo.

—Y lo soy.

—Si cruzara la calle nunca volverías a verme. La pandilla se disolvería. ¿Dónde demonios irían sin mí?

—Al infierno la pandilla. Vete con ella.

—Es demasiado tarde. —Sonny dio un paso atrás mirando a la mujer para ver si se movía—. Me ahogo. No. Es la tercera vez que me derrumbo.

—¡No, eso no es verdad!

—Además, si me casara con ella le transmitiría mi frío. Hace años que no tengo calor en el cuerpo.

Vacilé antes de sugerir:

—¿Quieres que hable yo con ella?

—Te has vuelto loco. ¿Por qué harías una cosa así?

—Porque no puedo darte una patada para tirarte por la escalera. No me gusta la vida que llevas.

—Entonces, ¿para qué vas conmigo?

Casi tenía una respuesta.

—Para ocupar el tiempo. No me quedaré aquí mucho más. Dentro de un año me iré.

—¿Vas a convertirte en un famoso literato?

—Más o menos.

Me miró largamente.

—Hijo de perra. Estoy convencido de que lo harás.

—Entonces, vamos. Te acompañaré.

—¿Un ciego guiando a otro ciego? ¿Cómo lo haces para tener siempre la razón?

—Solo dejó que las palabras salgan de mi boca y me sorprendo al oírlas.

—¿De verdad te crees esa tontería?

—Más me vale. De lo contrario me espera un futuro negro.

—En ese caso, adelante. Llévala a casa. Soy demasiado viejo para ella, para ti, para todos.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintiséis.

—No son tantos.

—Sí, lo son, si eres como yo y mil hombres que me han precedido. Me quedan cuatro años. Después, se acabó.

—Solo tendrás treinta.

—¡Abre los ojos! Nadie quiere un hada madrina de treinta años.

—¿Qué va a ser de ti? —le solté de buenas a primeras.

Sonny se quedó paralizado y, sin mirarme, con una voz fría como el hielo, dijo:

—¡Odio que la gente me haga esa pregunta!

—Me importa lo que te pase. Te lo pregunto porque soy tu amigo.

—Déjame que te mire. Sí, eres un pobre bobo, de verdad piensas que eres mi amigo. Bueno —continuó Sonny mirando fijamente la lluvia—, cuando cumpla los treinta, un tres y un cero, compraré veneno para ratas.

—No me lo creo.

—O una pistola. O quizá me defenestre. Qué palabra más bonita, ¿no? Significa arrojar por una ventana. Defenestrar.

—¿Por qué harías eso?

—Mira que eres tontito. Para alguien como yo, los treinta son el fin. Se acabó. *Finis*. Como dice la vieja canción: «Nadie te quiere cuando eres viejo y canoso».

—A los treinta no se es viejo.

—Querrás decir que no eres un abuelo. Pero a los treinta es cuando tienes que empezar a pagar, ¿no crees? Por todo lo que antes tenías gratis ahora debes sacar la cartera y soltar billetes. Antes muerto que pagar por lo que ahora es mi derecho divino.

—Me juego lo que quieras a que ya hablabas así cuando tenías cinco años.

—Nací hablando. Solo hay una manera de callarme: ¡Tirándome por la ventana!

—Pero tienes toda una vida por delante —insistí.

—Tú, tal vez, mi querido amiguito, pero no esta dama que canta blues en el bar. Tengo huellas dactilares por toda la piel. Hasta el último centímetro de mi cuerpo está en un archivo de sinvergüenzas, canallas y delincuentes desequilibrados del FBI.

—No me lo creo.

—Pobre bobo ingenuo —dijo, pero con un tono cariñoso y dándome un cachete en el mentón—. ¿Alguna vez te ha besado un hombre?

—No.

—Casi tengo la tentación de hacerlo. —Se inclinó hacia mí y luego retrocedió—. Pero no lo haré.

Fijé la mirada en la mujer, que parecía encontrarse a un kilómetro de distancia.

—¿Cuánto hace que la conoces?

—Desde el instituto. Era mi profesora.

—Ah.

—No digas «ah». Yo era su alumno preferido. Ella nunca fue mi preferida. Me decía que estaba destinado a hacer grandes cosas. Muy grandes, ya ves, como ser el líder de una manada de jóvenes prodigios sin agallas los sábados por la noche.

—¿Alguna vez has intentado hacer algo grande?

—¡Santo Cielo!

—Bueno, respóndeme.

—¿Cómo qué? ¿Ser artista? ¿Escritor? ¿Pintor? ¿Bailarín?

—Deberías haber elegido una cosa.

—Eso mismo me decía ella. Pero estaba demasiado ocupado divirtiéndome en fiestas salvajes en Malibú o en Laguna. Ella no se da por vencida y ahí la ves, como un perro apaleado.

—A mí no me parece apaleada.

—¿No? Espera aquí.

Vi a través de la ventana del bar que pedía otro Dubonnet y

hacía una llamada telefónica. Cuando volvió a salir dijo:

—Acabo de hablar con Lorenzo de Medici. ¿Sabes algo sobre los Medici?

—Venecia, ¿no? ¿Son los que inventaron el primer sistema bancario? ¿Amigos de Botticelli y enemigos de Savonarola?

—Perdona la pregunta. Con el que he hablado es uno de sus tataranietos. Me ha pedido que me vaya a vivir a su ático de Manhattan en septiembre. Trabajaré como secretario para él, me encargaré un poco de las tareas domésticas. Jueves libres. Fines de semana en Fire Island.

—¿Vas a aceptar?

—Ella no puede seguirme allí. ¡Vamos!

Sonny echó a andar.

Miré a la mujer en la acera de enfrente. Media hora bajo la lluvia la había envejecido.

Bajé del bordillo. Ese fue el detonante. La mujer me dio la espalda mientras arreciaba la lluvia.

El verano había terminado.

Claro que eso nunca puede decirse en Los Ángeles. En cuanto piensas que ha terminado regresa con toda su fuerza en Acción de Gracias, o estropea Halloween con treinta y seis grados en vez de lluvia, o regala una mañana de Navidad extrañamente cálida, con nieve derretida que nunca ha caído y una Nochevieja que parece el Cuatro de Julio.

En cualquier caso, el verano había terminado, no porque hubiese cambiado la estación, sino por la gente que se iba; hacían las maletas, guardaban las fotografías y se preparaban para desaparecer en una guerra que carraspeaba al otro lado del océano. Sabías que el verano había terminado por las voces de los amigos que perdías a pesar de que nunca los habías encontrado del todo, cuyos nombres, si los tenían, se quedaban atorados en tu garganta. Nadie decía «adiós» sino «hasta luego» o «hasta pronto», con una profunda tristeza en la voz. Todos sabíamos que, cualquiera que fuera el autobús o tranvía que tomáramos, posiblemente nunca

regresáramos.

Una última noche de sábado, con el parque vacío, acompañé a Sonny a la parada de su tranvía. Justo antes de que el tranvía llegara, sin mirarme, me dijo:

—¿Te vienes conmigo?

—¿Adónde? —pregunté.

—A mi casa, tonto.

—Es la primera vez que me lo pides.

—Bueno, mejor tarde que nunca. Decídete rápido. Me voy ya.

Miré el perfil de su cara, la pálida carne estirada sobre sus mejillas y su nariz ocultas y la frente iluminada por la luz de la luna. Sonny notó mis ojos en él y giró la cabeza para mirarme de verdad por primera vez, como si acabara de hacer un descubrimiento.

—Gracias —dije. Vacilé y tuve que desviar la mirada—. Gracias, pero creo que no, Sonny.

Sonny dio un grito ahogado.

—¡Esta sí que es buena, rechazado por un marciano!

—¿Eso soy?

—Sí, sí —dijo riendo Sonny—. Pero algún día te casarás con una marciana y tendrás una docena de hijos para John Carter, el Señor de Marte.

Asentí débilmente.

—Creo que tienes razón.

—La tengo. Bueno, ya llega. Me voy a casa, donde me espera una cama solitaria, y mañana rumbo a los Medici.

—Gracias.

El tranvía se había detenido. Sonny subió y me miró, y miró el parque y el perfil de la ciudad recortado en el cielo, como absorbiéndolo todo para grabarlo en su memoria.

—Sonny —dije de una manera impulsiva.

Él fijó en mí su mirada clara.

—Dios te bendiga —murmuré.

—Eso espero —respondió.

El tranvía se puso en marcha con Sonny detenido en la puerta abierta, moviendo por última vez la mano con la boquilla del

cigarrillo y alzando el esbelto mentón.

—¿Cómo era aquella canción? —gritó, y el tranvía se perdió en su propio estruendo—. ¿*Tangerine*? La canción de Johnny Mercer. Aquel año causó furor. *Tangerine* —dijo mi camarero en otro año. Su cara era una hoja en blanco en la que escribía su memoria—. ¿Y aquel chico tan raro, Sonny? Tenía una bonita voz de soprano. Dios mío, me parece estar oyéndola. Y su risa. Creo que por eso todos lo seguíamos. No teníamos dinero, ni trabajo, ni vida amorosa. Había que hacer algo los sábados por la noche. Y él cantaba y reía y nosotros lo seguíamos. Sonny y *Tangerine*. *Tangerine* y Sonny.

El camarero se interrumpió, avergonzado.

Apuré la copa de vino.

—¿Qué fue de Tangerine? —pregunté rompiendo el silencio.

El camarero negó con la cabeza, pero vi que vacilaba y cerraba brevemente los ojos.

—Eh, un momento. Poco después de la guerra, en 1947, me tropecé con uno de aquellos locos de la vieja pandilla. Me dijo que le habían contado, no lo sabía a ciencia cierta, pero probablemente era verdad, que Sonny se había suicidado.

Deseé que mi copa estuviera llena, pero estaba vacía.

—¿El día de su cumpleaños? —pregunté.

—¿Cómo?

—¿Se suicidó el día que cumplía treinta años?

—¿Cómo lo sabe? Sí, se pegó un tiro.

—Gracias a Dios que se disparó —dije tras un breve silencio.

—¿Perdón?

—Nada, Ramón. Nada.

El camarero hizo el ademán de retirarse para ir a buscar mi cuenta, pero se detuvo.

—Aquella canción que siempre cantaba, ¿cómo era la letra?

Esperé a ver si él la recordaba, pero por su cara me dio la impresión de que no.

La música empezó a sonar con fuerza dentro de mi cabeza. Y con ella lo hicieron todas las palabras de la letra, de principio a fin.

—No puedo ayudarle —dije.

17

Con sonrisas cálidas como el verano

—¡Eh… Eh…, esperadme!

El grito, el eco. El grito, el eco, apagándose.

Acompañados por el ruido sordo de sus pies descalzos, como de manzanas que caen del árbol, los niños del verano huían corriendo.

Si William Smith seguía corriendo no era porque esperara alcanzarlos, sino porque no podía admitir que sus pies eran más lentos de lo que le gustaría y sus piernas más cortas que su meta.

Se lanzó gritando por el barranco situado en el corazón de Green Town y buscó a los amigos escondidos en las vacías casas construidas en los árboles, con las cortinas de arpillera que hacían de puertas ondeando al viento. Buscando en cuevas excavadas en la tierra solo encontró las cenizas de fuegos para asar malvaviscos. Cuando vadeó el arroyo, incluso los cangrejos vieron su sombra, olieron su necesidad y se escabulleron con una explosión de arena blanca como la leche.

—¡Vale, chicos! ¡Algún día seré mayor que vosotros! ¡Entonces tendréis que tener cuidado!

—…Cuidado… —repitió el túnel sin fondo debajo de la calle Elm.

Will se dejó vencer por el desánimo. Todos los veranos se repetía la historia: mucho correr para nada. En todo el pueblo no había un niño que proyectara una sombra que fuera exactamente de su tamaño. Él tenía seis años. La mitad de las personas que conocía tenían tres, así que eran tan bajas que no se las veía. La

otra mitad tenían nueve, de manera que eran tan altas que encima de ellas nevaba durante todo el año. Cuando corría detrás de las de nueve tenía que preocuparse de escapar de las de tres. Desde los dos puntos de vista era un juego triste. Se sentó en una piedra y se puso a llorar.

—¿Quién los necesita? ¡Yo no, no, señor! ¡Yo no!

Pero entonces, a través del calor del mediodía, le llegó un lejano jolgorio de juegos y diversión. Se puso en pie lentamente, picado por la curiosidad. Avanzó por la penumbrosa orilla del arroyo, subió una pequeña colina, gateó a través de unos arbustos y miró abajo.

Allí, en un pequeño prado en el centro del barranco, estaban jugando nueve niños del verano.

Derribaban los ecos con sus voces mientras daban vueltas, se dejaban caer y rodaban por el suelo, se revolcaban, cabriolaban, se sacudían, huían corriendo, regresaban disparados y daban brincos, enloquecidos por la luz y el calor estivales, incapaces de dejar de vivir.

No vieron a William, así que él tuvo tiempo para recodar dónde había visto antes a cada uno de los niños. A ese de ahí lo había visto en una casa de la calle Elm, a aquel otro lo recordaba de una zapatería de la calle Maple, a ese tercero lo había visto por última vez apoyado en un buzón cerca del teatro Elite. No conocía el nombre de ninguno de los nueve niños absortos en sus divertidísimos juegos.

¡Y, milagro entre milagros, todos tenían su edad!

—¡Hola! —gritó Will.

El alboroto cesó. Los niños se separaron y lo miraron, algunos con desconcierto. Otros parecieron recuperarse del susto y esperaron, jadeando, a que Will hablara.

—¿Puedo... puedo jugar? —preguntó en voz baja.

Los niños lo miraron con unos ojos brillantes y dulces como la miel, del color de la melaza. Sus sonrisas, las amplias sonrisas blancas grabadas en sus caras, eran cálidas como el verano.

Will tiró con todas sus fuerzas un palo que sobrevoló el barranco.

—¡Ahí va!

Los niños respondieron con sus propios sonidos y salieron disparados. Sus impetuosos brincos levantaron nubes de polvo bañadas por la luz del sol.

Uno de los niños regresó trotando con el palo en la boca sonriente y lo depositó a los pies de Will con una reverencia.

—Gracias —dijo Will.

Los otros niños corrieron y danzaron y esperando a que volviera a arrojar el palo. «Siempre he sabido que los gatos eran niñas —pensó Will mientras los miraba—. Pero los perros, ¡mira! Todo el verano por delante, nosotros juntos aquí, y los perros no son otra cosa que... ¡niños!»

Los niños ladraban. Los niños sonreían.

—Sois mis amigos, ¿verdad? Jugaremos juntos todos los días, ¿sí?

Los niños menearon la cola. Gimieron.

—Haced lo que yo os diga y os daré... ¡huesos y galletas!

Los niños se estremecieron.

—¡Huesos y galletas!

Lanzó el palo a diez millones de kilómetros. Los niños del verano corrieron y Will pensó: «Aunque tengan cachorros, los perros son niños. No hay otro animal en el mundo que se parezca más a mí, a papá, al abuelo». Y de repente echó a correr profiriendo gañidos y ladridos, aterrizó en su pista de baile, aporreó con las manos el suelo polvoriento y saltó por encima de los húmedos tocones. A continuación, con un grito ensordecedor, los diez se lanzaron en picado hacia el monte.

Se quedaron paralizados al pasar por debajo de un puente ferroviario de madera.

Un tren como un iracundo Dios de acero destelló de repente a su lado, sobre sus cabezas, a lo lejos, desenmarañándose, y desapareció como un rayo. Su voz recubrió sus cuerpos de un polvo dulce.

Subieron a las vías vacías, salpicadas de los charcos de un millar de muñecos de alquitrán que se habían derretido al mediodía. Los ojos de los niños eran fuentes de luz. Los amigos del

verano se sacaban la lengua rosada, que les colgaba como un pañuelo con el nudo aflojado.

Por encima de ellos, una torre de alta tensión lanzaba sus llameantes cables azules hacia el norte y hacia el sur con los destellos y el ininterrumpido zumbido eléctrico de un insecto.

Will había trepado la mitad de la torre cuando dio un grito ahogado.

¡Los niños se habían ido!

Los llamó con un grito y los niños le respondieron con un ladrido.

Habían corrido a bañarse en vastas charcas de sombras con forma de mariposa debajo de los árboles, que los habían atraído con el sonido del viento en sus hojas somnolientas. Con las piernas estiradas en todas direcciones y la barriga apretada contra la tierra, sumergidos en la sombra verdosa, dispararon otra ráfaga de ladridos con sus gargantas automáticas.

—¡A la carga! —Will bajó de la torre y echó a correr.

Los niños salieron de las sombras y arrojaron gotas de agua ambarina al poste telegráfico con los vigorosos movimientos de sus piernas. Después siguieron corriendo en columna de marcha hacia el lago de verdad.

Allí los niños entraban y salían del agua chapoteando como perritos en el vasto silencio. En la orilla flotaba un misterio de susurros de espuma y color de cielo que los niños atravesaron para tumbarse en la arena recocida y tostarse al sol.

Y tendido allí, Will supo que ese era el mejor verano de su vida, como no volvería a haber otro igual. Porque esos amigos de ese verano feliz, sí, al verano siguiente, y al siguiente, se zambullirían igual que ahora en un agua tan fresca y se tumbarían bajo un sol tan caliente. Pero el próximo año Will sería mayor, y tal vez tendría unos nuevos amigos de verdad que no le permitirían salir de casa, que lo separarían y lo alejarían de esa maravillosa experiencia de estar tumbado sin hacer nada, despreocupado del tiempo, sin principio ni final, en esas arenas solitarias con unos amigos ignorantes que lo habían recibido sin preguntar. Esos niños eternos correrían perpetuamente por el borde del mundo, mientras

el mundo siguiera girando. Will no se veía corriendo con ellos el día de mañana.

Pero entonces, cuando sus amigos se pusieron a saludar a los árboles, William se levantó e imitó a su cuadrilla con estilo y florituras. Escribió su nombre con agua ambarina en la arena.

—Me dan pena las niñas —dijo mientras ligaba las dos eles de su nombre, dibujaba las montañas bajas de la eme y ponía el punto en las dos íes.

Los niños del verano ladraron y arrojaron puñados de arena sobre la firma de agua. Luego, con el orgullo de una pandilla de calígrafos, corrieron hasta el pueblo. Mientras el sol se ocultaba detrás de su casa, Will subió los escalones del porche y lanzó una mirada a sus voluntarios independientes, esos excursionistas vagabundos que se apiñaban desordenadamente en el césped.

—Esta es mi casa. ¡Mañana, más de lo mismo!

Delante de la puerta, Will sintió la ligereza de las zapatillas de deporte en una mano, caliente y relajada, y de la vida colgada de la otra, que no pesaba nada sobre la palma, los huesos ni el puente entre el pulgar y el resto de los dedos. Sabía que olía a perro. Pero era inevitable porque los perros olían a niño.

—¡Marchaos! ¡Hasta la vista!

Un conejo imaginario pasó como un rayo. Con exagerados aspavientos, la cuadrilla echó a correr en desbandada, tumultuosamente.

—¡Hasta mañana! —gritó Will.

Y pasado mañana, y el día siguiente, y el siguiente.

Observó sus sonrisas, tan cálidas como el verano, con las sombras desterradas bajo los árboles.

Después, sonriendo con la misma ligereza que sentía en la mano que sujetaba las zapatillas y en la que sostenía la vida, paseó su felicidad hasta la fresca y oscura despensa, donde, eligiendo cuidadosamente el sitio, depositó sus regalos.

18

El paso del tiempo

Era ya muy entrada la noche cuando el anciano salió de su casa con una linterna en la mano y preguntó a los niños a qué venía aquel jolgorio. Ellos no le contestaron y continuaron retozando sobre las hojas.

El anciano volvió a entrar en casa y se sentó, preocupado. Eran las tres de la mañana. Se fijó en las manos pequeñas y pálidas que temblaban sobre sus rodillas. Su cuerpo era un saco de articulaciones y aristas, y su cara, reflejada sobre la repisa, era poco más que una incolora bocanada de aliento exhalado en el espejo.

Oyó las risas dulces de los niños que jugaban en los montones de hojas.

Apagó la linterna y se quedó sentado en la oscuridad. No entendía por qué habría de molestarlo que unos niños jugaran. Sin embargo, las tres de la madrugada no eran horas para que estuvieran jugando en la calle. Se dio cuenta de que tenía mucho frío.

Sonó el ruido de una llave en la cerradura de la puerta y el anciano se levantó para ver quién estaba intentando entrar en su casa. La puerta se abrió y entró una pareja formada por un hombre y una mujer jóvenes tomados de la mano que se miraban con dulzura y ternura.

—¿Qué hacéis en mi casa? —espetó el anciano mirándolos fijamente.

—¿Qué hace usted en nuestra casa? —replicaron los jóvenes

—. ¡Fuera de aquí, viejo!

El joven agarró por el codo al anciano, lo registró por si había robado algo, lo echó a empujones de la casa y cerró la puerta con llave.

—¡Esta es mi casa! ¡No podéis echarme! —bramó el anciano aporreando la puerta. Después retrocedió en la oscura madrugada y alzó la vista hacia las luces que se encendían en las cálidas ventanas y habitaciones del piso de arriba y luego se apagaban al paso de una sombra. El anciano caminó unos metros por la calle y luego regresó. Los niños seguían rodando por las hojas heladas por el frío de la madrugada, sin verlo.

Se detuvo delante de la casa y observó cómo las luces se encendían y se apagaban miles de veces mientras él contaba entre dientes.

Un chico de unos catorce años llegó corriendo con una pelota de fútbol americano en la mano, abrió la puerta sin necesidad de una llave y entró. La puerta volvió a cerrarse.

Media hora más tarde, cuando empezaba a levantarse el viento de la madrugada, el anciano vio que se detenía un coche y se apeaban de él una mujer entrada en carnes y un niño de unos tres años. Mientras atravesaban el césped en dirección a la casa, la mujer miró al anciano y dijo:

—¿Es usted, señor Terle?

—Sí —respondió automáticamente el anciano, pues de ninguna manera quería asustar a la mujer. Pero era mentira. Él sabía que no era el señor Terle. El señor Terle vivía un poco más adelante en la misma calle.

Las luces brillaron y se extinguieron un millar de veces más.

Las hojas crujían suavemente debajo de los cuerpos de los niños.

Un chico de diecisiete años cruzó la calle dando pequeños saltos, desprendiendo un leve olor a la mancha de carmín que tenía en la mejilla. Casi derribó al anciano al chocar con él y gritó: «¡Perdón!», subió de dos en dos los escalones del porche y entró en la casa.

El anciano no se movió de donde estaba, rodeado por la

ciudad que dormía; las ventanas oscuras, las respiraciones en los dormitorios, las estrellas visibles a través de los árboles, atrapadas en abundancia en las ramas invernales como si fueran titilantes copos de nieve suspendidos en el aire frío.

—Esa es mi casa. ¿Quién es toda esa gente que entra y sale? —gritó el hombre a los niños que jugaban a luchas.

Una racha de viento agitó los árboles sin hojas.

En el año 1923, la casa estaba a oscuras. Un coche se detuvo delante de ella y la madre bajó de él con su hijo William, que tenía tres años. William contempló aquel mundo sumido en la oscuridad de la madrugada y vio su casa, y mientras su madre lo llevaba hacia allí, oyó que decía: «¿Es usted, señor Terle?», y el anciano que estaba en la sombra del gran roble hinchado de viento respondió: «Sí». Luego la puerta se cerró.

En el año 1934, William llegó corriendo una noche de verano, abstraído en la pelota de fútbol que llevaba en las manos y en la penumbrosa calle que iba pasando bajo sus pies mientras avanzaba por la acera. Olió más que vio al anciano cuando pasó corriendo junto a él. Ninguno de los dos dijo nada. Y luego entró en la casa.

En el año 1937, William cruzó la calle con saltos de antílope y el olor de carmín en la cara, el olor de otra persona joven y lozana en las mejillas. Solo podía pensar en el amor y en la noche cerrada. Casi derribó a un desconocido al chocar con él y gritó: «¡Perdón!», corrió y abrió la puerta de la casa.

En el año 1947, un coche se detuvo delante de la casa. William estaba relajado, con su mujer al lado. Llevaba puesto un elegante traje de tweed, era tarde y estaba cansado, los dos despedían un ligero olor a las muchas copas que les habían ofrecido y habían aceptado. Se quedaron un momento escuchando el viento en los árboles. Luego bajaron del coche y abrieron la puerta de casa con la llave. Un anciano salió del salón y gritó:

—¿Qué hacéis en mi casa?

—¿Qué hace usted en nuestra casa? —replicó William—. ¡Fuera de aquí, viejo!

Y William, con el estómago un poco revuelto, pues había algo en el anciano que le hacía sentir frío, registró al intruso, lo sacó a

empellones de casa y cerró la puerta con llave.

—¡Esta es mi casa! ¡No podéis echarme! —gritó el anciano desde fuera.

Subieron al dormitorio y encendieron las luces.

En el año 1928, William y otros niños hacían tiempo jugando a luchas en el césped mientras esperaban el momento de ir a ver entrar el circo resoplando por las vías azules en la estación del tren, a la pálida luz del amanecer. Se revolcaban sobre las hojas y reían, se daban patadas y luchaban.

—¿Por qué estáis jugando en mi césped a estas horas de la madrugada? —les preguntó el anciano.

—¿Quién es usted? —replicó William apartando un momento la mirada del embrollo de cuerpos para volverse hacia él.

El anciano se quedó un rato mirando el tumulto de niños. Luego dejó caer la linterna.

—¡Ay, niño, ahora lo entiendo, ahora lo entiendo! —Se inclinó para tocar al niño—. Yo soy tú y tú eres yo. ¡Te quiero, mi querido niño, con todo mi corazón! Deja que te cuente lo que te sucederá en los próximos años. ¡Si tú supieras! Me llamo William... ¡Tú también! ¡Y todas esas personas que entran en la casa son William, son tú, son yo! —El anciano se estremeció—. ¡Ay, el paso de los años y del tiempo!

—Váyase —dijo el niño—. Está loco.

—Pero... —dijo el anciano.

—¡Está como una cabra! ¡Voy a llamar a mi padre!

El anciano retrocedió y se alejó.

Se produjo un parpadeo de luces que se encendían y se apagaban dentro de la casa. Los niños luchaban en silencio y en secreto sobre las hojas secas. El anciano se quedó completamente inmóvil en la inquietante penumbra del césped.

En el piso de arriba, en su cama, en el año 1947, William Latting no podía dormir. Se incorporó, encendió un cigarrillo y miró por la ventana. Su mujer estaba despierta.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Ese anciano —dijo William Latting—. Creo que sigue ahí fuera, debajo del roble.

—Eso no es posible —repuso su mujer.

William dio una calada al cigarrillo y asintió con la cabeza.

—¿Quiénes son esos niños?

—¿Qué niños?

—Los que están jugando en el césped. ¡Estas no son horas para estar alborotando en las hojas!

—Seguramente serán los hijos de los Moran —dijo su mujer.

—¡Señor! ¿A estas horas? No, no. —William se acercó a la ventana y cerró los ojos—. ¿Oyes algo?

—¿A qué te refieres?

—El llanto de un bebé. Lejano...

—No oigo nada —dijo ella.

La mujer aguzó el oído. A los dos les pareció oír el ruido de alguien que corría por la calle, y luego del pomo de la puerta girando. William Latting salió al rellano y miró abajo, pero no vio nada.

En el año 1937, al entrar en casa, William vio a un hombre en pijama en lo alto de la escalera, mirando abajo con un cigarrillo entre los dedos.

—¿Eres tú, papá?

No recibió respuesta. El hombre que estaba en el rellano de la escalera suspiró, dio media vuelta y desapareció en la oscuridad. William entró en la cocina y arrambló con lo que encontró en la nevera.

Los niños luchaban en la suave alfombra de hojas de madrugada.

—Escucha —dijo William Latting.

Él y su mujer escucharon.

—Es el anciano —añadió William—. Está llorando.

—¿Por qué?

—¿Por qué lloramos todos? A lo mejor no es feliz.

—Si mañana por la mañana aún está ahí, llama a la policía —dijo su mujer en la oscuridad.

William Latting se apartó de la ventana, apagó el cigarrillo y volvió a acostarse. Tendido en la cama, observó en silencio las sombras que parpadearon mil veces en el techo.

—No —dijo al cabo de un rato—, no llamaré a la policía por él.

—¿Por qué no?

—Preferiría no hacerlo —respondió casi con un susurro—. No podría.

Los dos permanecieron acostados y oían el débil rumor del llanto y del viento, y William Latting sabía que lo único que tenía que hacer si quería ver a los niños luchando sobre las hojas heladas era extender la mano, levantar la persiana y mirar, y los vería allí abajo, luchando sin aliento, mientras el cielo se aclaraba en el este.

Con todo su corazón, toda su alma y todo su cuerpo deseaba salir y tumbarse sobre las hojas con ellos, dejarse sepultar por ellas mientras aspiraba su olor con los ojos llorosos. Solo tenía que salir...

Sin embargo se puso de costado y no fue capaz de cerrar los ojos, ni de dormir.

19

El enemigo entre el trigo

La familia dormía profundamente la noche que el enemigo se instaló en su trigal.

Era medianoche. La guerra había arrasado la región a solo sesenta kilómetros de allí. Era una guerra entre dos pequeños países que duraba años, pero ahora estaba a punto de llegar a su fin, pues los dos bandos declaraban: «Bah, terminemos de una vez por todas con esta insensatez y volvamos a ser humanos».

Y entonces, en el oscuro cielo de medianoche, la familia oyó el gemido de un misil, su silbido cortando el aire, y se incorporaron en la cama y se abrazaron. La bomba impactó con un estruendo ensordecedor entre su trigo maduro.

Silencio.

El padre se irguió sentado en la cama y exclamó con la voz ahogada hacia el resto de las habitaciones silenciosas:

—Señor, ¿por qué no ha explotado? ¡Escuchad! ¡Tictac, tictac! ¡Sería mejor que nos hiciera saltar en un millón de pedazos, pero no! ¡Tictac, tictac, tictac!

—Yo no oigo nada. Acuéstate —dijo su mujer—. Ya buscarás mañana la bomba. Ha caído lejos de casa. Si al final explota, solo tirará algunos cuadros de las paredes.

—¡No, no, por el amor de Dios, nos aplastará a todos!

El padre se puso una bata, bajó corriendo por la escalera y salió al trigal.

—Dicen que el metal caliente desprende olor —dijo olfateando el aire—. Hay que encontrarlo antes de que se enfríe.

¡Ay, qué desgracia!

—¿Una bomba, papá? —Tony, su hijo menor, se detuvo detrás de él con una linterna.

El padre le clavó una mirada feroz.

—¿Para qué quieres la linterna?

—No quiero que tropieces con la bomba.

—Puedo encontrar más con el olfato que con diez mil linternas. —El padre le arrebató el artilugio de las manos antes de que Tony pudiera impedirlo—. ¿Has oído el estruendo? Ha tenido que derribar un millar de árboles.

—Allí hay un árbol en pie, papá —dijo Tony.

El padre puso los ojos en blanco.

—Vuelve dentro o te morirás de frío.

—La noche es cálida.

—Aún es verano —gritaron sus otros hijos llegando en tropel al trigal.

—¡Atrás! ¡Si alguien va a saltar por los aires seré yo! —bramó el padre.

Los hijos entraron en casa, pero dejaron la puerta de la cocina entreabierta.

—¡Cerrad la puerta!

El padre se adentró con paso firme en el trigal, olfateando el aire y apuntando en todas direcciones con el haz de luz la linterna.

Cuando volvió a la casa tenía la camisa de dormir llena de cardos y espinos.

—¿Aún estáis levantados? —gritó a la familia.

—¿Tienes que andar brincando por ahí como un toro enloquecido, aplastando el trigo? —le reprendió su mujer.

—¿Como un toro enloquecido? ¿Aplastando?

—Mirad —dijo Tony señalando hacia la puerta—. Papá ha abierto unos senderos en el trigo yendo y viniendo en todas direcciones.

—¿Cuánto falta para que crezcas y te conviertas en escritor? —le preguntó su padre.

El ceniciento amanecer lo encontró explorando imprudentemente el trigal, y luego caminando de puntillas, con fuego en los ojos y la boca abierta, tanteando con las manos temblorosas. El viento arrancaba el susurro del trigo en torno a él, que se erguía en medio de aquel gran misterio. ¿Dónde estaba? ¡Dónde estaba!

Solo el hambre consiguió llevarlo de vuelta a casa al mediodía. Pero inmediatamente, con un bocadillo en la mano, reanudó la búsqueda, con una expresión de temor y de deleite en la cara, de entusiasmo y de abatimiento. Un ataque y un contraataque furiosos evaporaban su sudor cuando se detuvo para dirigir unas palabras al cielo, o al trigal, o a sus propias manos:

—¿Lo oíste? ¡Bum! Nunca, en ninguna guerra, ha caído una bomba cerca de nuestras granjas. ¡Mujer! ¡Tráeme sopa!

—¡Ven tú a casa a buscarla! —respondió su mujer.

—Esta espera me mata —musitó—. ¿Dónde está el cráter? El proyectil ha debido quedar enterrado. Dios mío, la más leve respiración... el mero roce de una hormiga o de una mosca... Treinta años a partir de hoy. Menuda herencia para mis hijos. ¡El enemigo instalado en mi campo, esperando para aniquilar a mi familia durante el próximo siglo! ¡Piensa! La guerra termina. Los héroes regresan. Los años pasan volando. Y un día el héroe enfila el arado, grita ¡arre! a su caballo y... ¡Bum! ¡Salta en mil pedazos!

—A lo mejor no cayó en nuestro trigal —sugirió Tony con las manos entrelazadas sobre la cabeza y una sonrisa sutil en los labios.

—¡Por Dios! ¿Es que no viste el resplandor? ¡Tiñó de amarillo las colinas!

—Las colinas ya estaban amarillas ayer...

—Cayó del cielo como una estufa voladora gigante.

—La ventana de nuestro dormitorio da al otro lado de la casa —dijo la madre acercándose con un cuenco de sopa.

—¿Y? —preguntó el padre—. ¡Bum! Directa al centro de mi campo. Dios nos guarde.

—¡Te ayudaremos a buscarla! —exclamaron los hijos.

El hombre miró fijamente a su mujer.

—Tus retoños están como una cabra. —Los reunió a todos

como si fueran pollitos y los llevó al borde del trigal mientras les iba susurrando—: Escuchadme bien, hijos. No quiero que os acerquéis a este campo aunque tardemos cuarenta años en encontrar la bomba. En cualquier caso, a lo mejor está programada para que explote a las dos, o a las cuatro, o las ocho. ¡Hoy!

Todos juntos escucharon durante un buen rato el murmullo del trigo bajo el cálido sol.

—Tictac, tictac, tictac, tictac —dijo Tony.

El padre le clavó una mirada feroz.

—Ve a avisar a los vecinos. ¡Rápido!

Tony echó a correr.

—Lo que deberíamos hacer es irnos de aquí y pedir que envíen un funcionario del gobierno para que busque la supuesta bomba —dijo con calma la madre.

—¿Funcionarios del gobierno? Allí donde pisan se pudre el grano. —El padre se envaró y cerró los ojos—. De acuerdo. Marchaos al pueblo con la abuela. Los vecinos me darán de comer. Yo me quedaré aquí. No tengo miedo.

—Yo tampoco tengo miedo —dijo la mujer.

—Yo no me iré, no temo nada ni a nadie.

—Si así es como lo planteas, yo también me quedaré —afirmó la mujer—. Siempre y cuando mantengas tu bomba lejos de nuestros hijos.

—¿Mi bomba?

—Ya están aquí los vecinos —dijo la mujer aguzando el oído —. Tengo que abrir el vino.

—¿Te he dicho yo que traigas vino? —El hombre enfiló hacia la puerta.

Pese al peligro que representaba para sus viejos corazones, llegaban hombres corriendo por los caminos y las praderas desde todas las direcciones, saludando con la mano.

—La mayoría son hombres —observó la mujer—. Idiotas.

A lo largo de toda la mañana fueron llegando y congregándose los vecinos, la mayoría hombres, en el borde del trigal. Escuchaban con suma atención a ese vecino que podría tener una cosecha de terror.

—Debe ser un proyectil de ese enorme cañón del que he oído hablar —dijo el padre.

—Tom el Largo —dijo el pequeño Tony.

Las manos del padre se detuvieron en el aire. Parpadeó y tragó saliva lentamente mientras se le enrojecía el rostro como si fuera una copa que estaban llenando de vino.

—Disparan ese cañón enorme desde una distancia de sesenta kilómetros —continuó el padre.

—Se llama Tom el Largo. —Tony sonrió con dulzura.

—¿Qué pasa? ¿Es que hoy no tienes colegio? —espetó el padre.

—Nos has pedido que nos quedemos en casa —contestó Tony —. Para que no nos perdamos la terrible explosión que va a matar todas nuestras vacas.

—Bueno, entonces trae más vino. ¡El mejor! —El padre devolvió la mirada a sus amigos—. ¡Recordad que después de la Gran Guerra diez mil granjeros murieron como héroes al tropezar con una mina abandonada o dar una patada a una bomba sin explotar y fueron directos al infierno!

Todos asintieron con el rostro serio pero radiante y expectante.

—El más leve ruido y... ¡Bum! —susurró el padre.

—Hasta el latido de un corazón —sugirió un vecino.

—Así es, hasta el latido de un corazón.

Tony llegó corriendo.

—¡Traigo el vino! —gritó.

—¡Chsss...! ¡Por el amor de Dios!

—¡Aquí está! —gritó Tony levantando en alto dos botellas.

El padre miró las etiquetas con los ojos entornados.

—¡No, no! —rugió—. ¡Este no es el mejor!

—Mamá ha dicho que el segundo mejor es suficiente para los inútiles —respondió Tony con voz dulce.

El hombre descorchó una botella con una ira que se diluyó con el calor del segundo mejor vino mientras los hombres se daban palmadas en el hombro y reían quedamente.

—Mi mujer tiene los nervios destrozados —declaró el padre

—. Nuestros hijos no duermen bien.

Los vecinos se volvieron hacia la casa. En la cocina, la mujer removía tranquilamente la sopa y tarareaba una canción alegre.

—¡Cierra la puerta! —bramó el padre. Se volvió hacia sus amigos y, sin olvidar hablar en susurros, dijo—: Ahora os contaré lo que sé sobre esta terrible bomba...

—Basta de cháchara —le interrumpió Peter, su vecino más próximo—. Haremos una batida en el trigal.

—¡No! —gritó el padre.

—¡Pero no puedes dejarla en el campo!

—Explotará —dijo con orgullo el padre—. No pienso permitir que mis amigos más queridos y cercanos salten en mil pedazos por mi culpa. Además, tengo un plan. Voy a ganarle la partida a ese artilugio mortífero. Pero hay que actuar con calma.

—Mientras tanto —dijo Peter—, por ahí llega Joseph con su detector de metales.

El padre retrocedió horrorizado.

—¡No, no, llévate eso de aquí!

Joseph levantó la máquina en el aire.

—Solo tengo que caminar por el campo y...

—¡Bum! —exclamó alguien.

—Toma —Joseph le ofreció la máquina.

—No, no le metas prisa —dijo Peter—. Necesita tiempo.

—Todo debe hacerse con cuidado —señaló otro vecino.

—¿Dónde está el mejor vino? —preguntó alguien más.

El vino centelleaba a la luz del sol junto al borde del campo. Una brisa fría atravesaba el trigo y pasaba rozando las cabezas de esos hombres que, en ese día cálido y agradable, tenían todos los sentidos en alerta; sus hombros entrechocaban y sus codos se rozaban, las voces se mezclaban, las bocas sonreían y los ojos brillaban. Rodeado por ellos, el hombre pensaba en todas las agradables mañanas venideras en las que se levantaría de la cama y saldría al campo como un muchacho para pasear la mirada por su espléndida y misteriosa cosecha, y olfatearía el frío aire matinal mientras esperaba a sus nuevos amigos para idear planes, estrategias y proyectos. Y todos los días, los desconocidos que

estaban de paso le gritarían:

—¡Eh, he oído que su granja es un cementerio!

O:

—¿Ya tiene un seguro para cuando desaparezca? ¿Esa bomba es tan grande como su silo?

—Más grande —respondería él—. ¡Ay, amigos, en la cama temblamos, nos estremecemos y nos preguntamos cuándo demonios explotará y nos enviará al otro reino!

—¡Suena terrible!

—¡Ay, y lo es, sí, lo es!

Y mientras los desconocidos rodeaban el campo él sonreiría, dibujaría pequeños mapas y enviaría a alguien al pueblo a por queso y pan, porque cada vez serían más los viajeros que atarían sus caballos junto a la carretera y se detendrían un rato a mirar.

Pero cuando más abismado estaba en su ensoñación propiciada por el vino y la buena compañía se oyó un fuerte grito.

En el centro del trigal estaba Tony.

—¡Eh, papá!

—¡Tony! —rugió el padre.

Tony se puso a saltar, arriba y abajo.

—¡Bum! —Dio un brinco y algunas volteretas—. ¡Bum!

—¡Sal de ahí, condenado niño! ¡Acabarás hecho pedazos!

—¡Bum! —Tony reía y saltaba.

Los otros granjeros lo miraban atónitos.

—Un momento. ¿Seguro que hay una bomba en el campo? Mira. Tu hijo no tiene miedo. Está completamente sereno.

—Ese chico no está bien de la cabeza —chilló el padre—. ¡Sal de ahí, idiota!

Tony, sonriendo, salió del trigal.

—¿Qué intentabas hacer? —bramó el padre.

—Explotar —respondió Tony, y se marchó tapándose la boca con las manos.

La cuarta noche, a la hora de la cena, la madre estuvo un buen rato pegada a la ventana, observando cómo el viento agitaba el trigo

amarillo.

—¿No vas a hacer nada con ese trigo?

—Si contratamos a los segadores, ¿quién va a pagar los ataúdes y las velas?

—Si dejamos pasar un día más será demasiado tarde para el trigo. Vino, visitas, conversaciones, más vino... —Se dio la vuelta sin perder la calma, fue hasta la puerta y cruzó el patio en dirección al trigal.

—¡Vuelve aquí! —gritó el marido.

Volvió una hora después, miró fijamente a su marido y dijo:

—Mañana segaremos.

—Pero si segamos...

—La gente nunca se creerá que había una bomba en nuestro campo, es eso, ¿verdad? Pues bien, he pisado hasta el último centímetro del trigal y aún estoy viva. Segaremos. Mañana.

El padre no durmió bien esa noche. Se despertó varias veces para mirar con el ceño fruncido a su mujer, quien sí dormía. Echó un vistazo con el ceño fruncido a Tony, que dormía en la habitación de al lado.

—Ese chico es un inconsciente —masculló—. Ponerse a saltar arriba y abajo. Vaya insensato.

Escuchó desde la cama el trigo maduro y las estrellas que se movían en el cielo. Qué vida la suya. Si llegaba corriendo al pueblo gritando: «¡Mi mujer acaba de dar a luz una niña!», alguien le decía: «¿Y qué? Mi mujer acaba de dar a luz un niño». Si llegaba jadeando para anunciar: «Mi mujer ha dado a luz un niño», alguien le decía con desdén: «¡Pues la mujer de Roberto acaba de dar a luz dos niños!». Si decía: «Mi mujer está enferma», alguien replicaba: «¡Mi mujer ha muerto!». Qué injusto. Su trigo nunca tenía la amabilidad de pudrirse ni su granero de derrumbarse, mientras que todos los silos de los vecinos de alrededor se quemaban y los abuelos eran alcanzados por rayos. De manera que sus vecinos estaban más que servidos de temas de conversación para toda una vida. Él no podía decir: «¿Os acordáis del verano en el que mi

granero ardió?». ¡No!

Sus cosechas tampoco eran lo suficientemente abundantes para despertar la envidia. Eran vulgares, estaban en la media. «Ni mayores ni menores que las de los demás. ¿Qué clase de cosecha era esa?»

Pero ahora no podía ser más feliz, y el día siguiente sería tan placentero como el vino y la conversación o tan funesto como el brillo de la guadaña o el color de la mirada de su mujer.

«Bueno, bueno, ya veremos», se dijo, y cerró la trampilla de los pensamientos y apagó la pequeña vela dentro de su cabeza.

A las seis de la mañana se produjo la explosión.

Su mujer se incorporó y dijo:

—No ha sido muy fuerte.

—¡Casi destruye la casa! —gritó él.

El humo ascendía por el cielo. Cuando salió precipitadamente por la puerta, otros hombres llegaban corriendo desde muy lejos.

—¡Ha sido aquí!

—¡No, ahí!

—¡No, por allí!

Corrieron alrededor y a través del trigal.

—¡Ha sido al otro lado de la valla! —gritó Peter.

—¡No, idiota, ha sido dentro, dentro!

Los niños salieron corriendo en camisa de dormir.

—¡Ha sido allí, donde dice Peter! —dijo Tony señalando al otro lado de la valla.

A unos cincuenta metros del trigal, junto a un riachuelo, encontraron un cráter humeante.

El padre, desolado, lo miró largamente.

—No es muy grande —observó Tony.

—Es grande —aseveró el padre.

—No es más grande que mi cabeza —insistió Tony.

Los vecinos llegaron corriendo y gritando. El padre continuaba mirando el cráter sin verlo.

—Era más grande que una estufa —dijo para sí—. En

cualquier caso —añadió—, esta bomba no era de ninguna manera la mía.

—¡¿Cómo?! —exclamaron todos.

—No —dijo con seriedad el padre—. Mi bomba cayó en mi campo. Como una locomotora del cielo. Se veían las llamas, las ruedas de hierro, el vapor del silbato, casi incluso al maquinista saludando. Así de grande era.

—¡Pero... pero entonces son dos proyectiles!

—¡Uno, dos, qué más da! —dijo el padre—. Los dos cayeron a la vez. Pero el mío era un monstruo, no ese renacuajo de ahí. Además, está fuera de mi propiedad.

—A cincuenta metros —dijo Tony.

—¡A un millón de kilómetros!

—Pero no es lógico que los dos cayeran a la vez. En nuestras vidas nunca había caído una bomba en varios kilómetros a la redonda.

—Aun así, el enemigo sigue escondido en mi precioso trigal.

—Papá —musitó Tony señalando con el dedo.

Todos se volvieron.

La madre avanzaba tranquilamente por el campo de trigo dorado con una resplandeciente guadaña en las manos. Saludó con la cabeza a los vecinos, se detuvo delante de su marido y le entregó, lentamente y en silencio, la herramienta.

Muchos años después, cuando iba a beber vino a la taberna del pueblo, el padre levantaba la copa y, tras repetidos suspiros y exhalaciones, miraba con el rabillo del ojo a un forastero y decía:

—¿Ha oído hablar de la enorme bomba que cayó en mi trigal y sigue allí haciendo tictac? —Un suspiro afligido—. ¿Ve estas canas? Son de vivir durante todos estos años terribles mejilla con mejilla con el demonio, con el diablo sonriente que mora debajo de mi trigo. Esta cara demacrada y llena de arrugas se debe a que no sé cuándo, si mientras esté arando o durmiendo, saltaré por los aires.

—Bueno —decían todos los forasteros—. ¿Y por qué no hace

las maletas y se va a otra parte?

—¿Tengo yo aspecto de cobarde? —bramaba el padre. ¡De eso nada! Nos quedaremos, araremos, sembraremos, segaremos y continuaremos viviendo este tiempo prestado. Y una mañana verá mi nombre en la lista de víctimas de una guerra que terminó hace mucho tiempo, pero que continúa amenazando y acechando mi precioso trigo. Sí, gracias, tomaré un poco más de vino...

Y aunque había quemado muchos calendarios y los niños habían crecido y se habían marchado, el padre todavía no soportaba a Tony, el del rostro delicado y las manos diminutas y blancas. A lo largo de los siguientes años, Tony escribía con frecuencia desde Londres, París o Budapest, y su exquisita caligrafía era un reflejo de su sonrisa angelical. Sus cartas siempre concluían con una despedida que era una sola y dulce palabra: «Bum».

20

¡Atención!

El día declinaba y en unos pocos minutos que pasaron volando el sol se hundió en el horizonte y las sombras se extendieron desde los árboles. Uno a uno, los golfistas que se encontraban en el campo de prácticas guardaron los palos y las pelotas, se quitaron las gafas de sol y se dirigieron al aparcamiento. Cuando la claridad desapareció por completo, los coches se habían marchado con ella. El aparcamiento estaba vacío y el campo de prácticas desierto, o casi.

Glenn Foray estaba revisando las cuentas en el ordenador de su pequeño despacho, situado detrás del punto de salida del campo, cuando lo oyó. Una vez, dos veces, tres.

Zis, zas, zas.

Los golpes fuertes y firmes de un palo contra tres pelotas.

No era algo normal.

Glenn Foray echó un vistazo.

Reconoció la figura con un anticuado hierro número nueve en las manos y una gorra de tartán calada sobre la frente que estaba en el extremo izquierdo del punto de salida del campo de práctica. Era un hombre que desde hacía años iba de vez en cuando al campo de práctica. En ese momento estaba encorvado colocando otras tres pelotas en los *tees*, como si tuviese prisa. Se enderezó, sujetó el palo y zis, zas, zas.

Glenn Foray miró el cielo sin sol, el aparcamiento vacío salvo por dos coches, el suyo y el de aquel golfista solitario. Se levantó de la silla y se acercó a la puerta para observarlo.

El hombre repitió la rutina. Una, dos, tres pelotas. Zis, zas, zas. El golfista estaba comenzando otra tanda cuando Glenn Foray se acercó a él por su derecha. El hombre pareció no percatarse de su llegada y golpeó las pelotas, una detrás de otra, que salieron disparadas por encima de la verde calle.

Foray observó el vuelo de las pelotas y luego dijo:

—Buenas noches, señor Gingrich. Buenos golpes.

—¿En serio? ¿Ha visto dónde han caído? —dijo Gingrich, que no sabía dónde habían terminado las pelotas—. Sí, claro. Buenas noches. ¿Es la hora de cerrar?

Foray esperó a que Gingrich colocara otras tres pelotas. Había algo en la cara del hombre y en la manera en que estiraba los brazos y sus nudillos se marcaban alrededor del palo que le hizo cambiar la respuesta.

—¿La hora de cerrar? No, aún no.

Gingrich fijó la mirada en las tres pelotas colocadas en los nuevos *tees*.

—Me alegro. ¿Puedo dar algunos golpes más?

—Por supuesto —dijo Foray en voz baja—. Quédese el tiempo que quiera. Tengo que hacer algunas cuentas. Aún tardaré por lo menos media hora.

—Magnífica noticia. —Gingrich tenía un buen movimiento de preparación y de continuación del *swing*. Una, dos, tres—. Sé que no es su trabajo, pero ¿podría traerme, no sé, otros dos o tres cubos de pelotas?

—Ningún problema. —Foray dio media vuelta y se marchó. Regresó con tres cestas llenas de pelotas de golf—. Se las dejo aquí.

—Gracias —dijo Gingrich sin mirarlo, clavando otros tres *tees* en el suelo. Tenía las mejillas coloradas y una expresión de frenesí competitivo en los ojos, como si estuviera jugando contra sí mismo y no le fuera bien. Incluso sus dedos estaban rojos—. Es usted muy amable —añadió casi gritando.

Foray esperó otros tres golpes fuertes y a que volaran otras tres pelotas blancas y luego se fue.

Desde la puerta del despacho vio que Gingrich golpeaba las pelotas con una energía cada vez mayor, casi como si estuviera

golpeando... ¿qué? ¿Un mal día en el trabajo? ¿A otro golfista? ¿A un amigo desleal? Foray resopló para lanzar lejos sus propias tres pelotas en forma de pensamientos.

De nuevo frente al ordenador intentó recordar qué había estado sumando, pero seguía oyendo los fuertes golpeos mientras caía la noche y las farolas se encendían e inundaban de luz la calle vacía del campo. Era domingo, el único día de la semana que el campo cerraba temprano, y aun así el hombre con los ojos furibundos y la cara roja lanzaba pelotas al aire y, antes de que cayeran, colocaba más *tees* para vaciar las cestas.

Cuando las vació, Foray ya le había dejado al lado otras dos cestas sin decirle nada. Gingrich lo interpretó como un gesto de amistad y se lo agradeció inclinando la cabeza antes de proseguir su actividad como un autómata. Una, dos, tres. Una, dos, tres... Foray no se movió de donde estaba y al cabo de un rato preguntó:

—¿Va todo bien, señor Gingrich?

Gingrich golpeó otras tres pelotas y luego alzó la mirada.

—¿Qué no podría ir bien? —dijo.

Tenía lágrimas en los ojos.

Foray tragó saliva y tardó un rato en encontrar las palabas.

—Pues si todo va bien —repuso mirando las mejillas encendidas y los ojos ardientes del hombre—, no hay más que hablar.

Gingrich asintió bruscamente y agachó la cabeza. De sus ojos cayeron un par de gotas claras.

—Acabo de darme cuenta de que aún me quedan cuarenta minutos o una hora para terminar. Podemos cerrar juntos.

—Eso estaría bien. Muy bien —dijo Gingrich, y levantó tres terrones de hierba y tierra.

Los golpes fueron tan violentos que Foray los sintió como si el palo le hubiese golpeado el estómago. El efecto fue como el de una película acelerada. Las pelotas desaparecían en cuanto tomaban altura. El aire parecía lleno de aves blancas sobrevolando los árboles nocturnos.

Foray se levantaba constantemente de la silla para echar un vistazo desde la puerta. Sentía los impactos como si fuera él quien

los recibiera y contemplaba anonadado el desarrollo de aquel juego solitario.

—No es asunto mío —murmuró, pero regresó al ordenador y abrió la lista de los jugadores habituales: Galen, Gallager, Garnes... Ahí estaba. Zis, zas, zas, en el crepúsculo.

«Gingrich, William. Patricia Avenue, 2344. 90064, Los Ángeles. Señor y señora (Eleanor). Clases de iniciación de golf. Repitieron hace unos meses. Cliente habitual.» Él mismo había escrito todas las notas.

Lanzó una mirada hacia el campo y observó al hombre dominado por aquel frenesí casi demencial. Se preguntó si debería llevarle más cubos de pelotas o no. Se los llevó. Esta vez Gingrich ni siquiera lo miró ni inclinó la cabeza para agradecérselo.

Foray, como si caminara por el agua, por razones que no comprendía, se dirigió a su descapotable. Escuchó el constante ruido de los golpeos y vio más objetos blancos surcando un cielo por el que la luna estaba ascendiendo lentamente. Subió al coche y lo arrancó.

«¿Qué le digo? —pensó—. Señora Gingrich, ¿podría venir a buscar a su marido?»

Aparcó delante del 2344 de Patricia Avenue y miró la gran casa de estilo georgiano en la que estaban encendidas algunas luces, no todas. Vio unas sombras en movimiento en las ventanas, oyó una música lejana y unas risas débiles.

«Al diablo —se dijo—. ¿Qué te pasa, idiota?»

Pisó el acelerador y se alejó unos metros, pero volvió a oír dentro de su cabeza los golpes secos, uno, dos y tres, así que frenó y acercó de nuevo el coche al bordillo. Esperó un rato mordisqueándose el labio y maldiciendo entre dientes, hasta que por fin se decidió a bajar del coche. Se balanceó ligeramente y luego echó a andar por la acera. Se quedó un minuto de reloj parado delante de la puerta principal, escuchando las voces apagadas y la música no muy alta. Finalmente pulsó el timbre casi con tanta fuerza como la que empleaba el golfista solitario para golpear las pelotas. Silencio. Volvió a llamar. Más silencio. Una, dos, tres. Tres veces pulsó el timbre. Tres veces sonó, cada vez más

fuerte.

Foray no volvió a llamar y esperó.

Tras lo que le pareció una eternidad al fin se abrió la puerta y apareció el rostro de una mujer.

Tenía el cabello despeinado y un tenue velo de sudor le cubría la cara. Sus ojos tardaron unos instantes en fijarse en los de Foray.

—¿Sí? —preguntó.

—¿Señora Gingrich?

—¿Sí? —Parecía confundida y lanzó una mirada fugaz por encima del hombro. Foray vio la sombra de un hombre, o eso le pareció, en el hueco de una puerta que le quedaba un poco lejos—. ¿Sí? —repitió con un tono apremiante.

Foray se tambaleó sin despegar los pies del suelo. Una, dos, tres. Zis, zas, zas. Zis, zas, zas. Nadie más oía los golpes. Se humedeció los labios, cerró los ojos con fuerza y volvió a abrirlos, y por alguna razón inexplicable dijo:

—Me llamo Gingrich.

—¿Cómo? —dijo la mujer aún más confundida.

—William Gingrich —repitió en voz más alta.

—¡Tú no eres mi marido!

—Sí, sí lo soy.

Y Foray tomó impulso y le propinó un puñetazo en la boca. La mujer retrocedió apretándose los labios con los dos manos.

—¡Y tú también recibirás como salgas! —espetó Foray.

La sombra que estaba en la lejana puerta no se movió. Foray dio media vuelta, caminó a través del agua hasta el coche y se marchó.

Gingrich seguía golpeando los objetos blancos en el campo de práctica. Asestaba los golpes mecánicamente: *swing* y zis, *swing* y zas, *swing* y ¡zas!

Foray apareció a su lado con una bolsa llena de palos de golf.

—¿Qué…?

—¿El último recorrido? —propuso Foray.

Gingrich se volvió hacia la calle abierta a su izquierda. Una puerta de alambre daba paso a la salida del primer hoyo.

—¿No es demasiado tarde?

—Nunca es tarde —respondió Foray—. Yo cargaré con los palos.

—¡Estupendo! ¡No me lo puedo creer! —exclamó Gingrich.

—Pues créaselo.

—No veremos nada.

—Se equivoca —repuso Foray señalando con la cabeza el cielo.

Una luna llena estaba alzándose para bañar de luz las largas calles verdes y las suaves pendientes, los búnkeres de arena y el pequeño lago. El viento susurraba entre los robles.

—No me lo puedo creer —musitó Gingrich mientras seguía a Foray por la puerta de alambre hasta la salida del primer hoyo.

—Usted primero —dijo Foray, y se agachó para colocar el *tee* y la pelota para él.

Gingrich lo observó casi paralizado.

Cuando Foray se apartó, Gingrich se colocó delante de la pelota, levantó el palo y lo bajó como si fuera un rayo de una tormenta de verano. ¡Bum!

Siguió con la mirada la pelota, que voló como un hermoso pájaro blanco hacia la luna y descendió hacia la el *green*.

—¡Hijo de perra! —bramó Gingrich—. ¡Oh, sí! ¡Hijo de perra!

—¡Atención! —gritó Foray a pesar de que en la calle no había nadie que pudiera recibir el impacto de la pelota. O quizá sí había alguien allí, a lo lejos, una sombra. Repitió—: ¡Atención!

21

Mi hijo Max

Tengo la maravillosa habilidad de leer los labios. Se debe a que crecí con dos primos con problemas de oído y aprendí su «lenguaje» a una edad muy temprana. «En fin —pensé cuando tenía nueve años—, si vas a vivir rodeado de estos chicos, tú también podrías robar secretos.» Porque había descubierto que era capaz de enterarme de conversaciones ajenas en salones y pasillos sin que los interesados se dieran cuenta. De manera que había llevado una vida secreta y nunca le había contado a nadie que podía apropiarme de hasta la más inocente sílaba que se pronunciara a cuarenta u ochenta metros de mí. No circula una sola palabra silenciosa por el mundo que mi ojo no pueda interceptar y me haga sonreír.

Así pues, dotado de esta habilidad, a menudo ceno solo, porque en realidad lo hago en compañía de varias familias. Cualquier boca que yo elija observar se convierte en mi hermano, mi hermana, mi padre, mi madre o una tía solterona. Y si decido no «escuchar» solo tengo que mirar mi copa de vino, el bistec, los cubiertos o fascinarme con las lámparas del techo.

Esa noche no necesitaba, ni quería, lámparas.

Acababa de pedir mi cena cuando los tres miembros de una familia entraron en el comedor y se sentaron justo enfrente de mí, de manera que si me perdía alguna de las palabras dulces o venenosas que articularan sus labios, con el oído me enteraría del resto.

La familia estaba compuesta por un padre y una madre en la

cuarentena, guapos los dos, y un hijo veinteañero, igualmente guapo, o más bien bello. Tan bello que no hacía falta conocerlo para saber que cada vez que bajaba a la tierra había una mujer ilusionada, pero pronto insatisfecha, que tendía las manos hacia él, o un hombre aún más voraz que lo atrapaba y lo retenía.

Por lo tanto, me causaba una honda tristeza levantar la mirada de vez en cuando y ver a ese hombre y a esa mujer y a su hijo más ligero que el aire examinando las cartas del restaurante como si en ellas hubiera una lista de sus vidas; la madre tenía una expresión serena y en el padre eran visibles los golpes que había recibido de la vida y parecía hundido. En las miradas que dirigían a su hijo no había recriminación sino una aceptación terrible y triste. Era evidente que era hijo único y que no habría matrimonio ni descendencia ni transmisión del apellido. Todo terminaba allí esa noche, en esa mesa, con ese hijo, muy querido pero poco preparado para la vida. El padre tenía aspecto de ser uno de esos hombres que rara vez se rebelaban contra su destino, maldecían o se atrevían a echar a su hijo de casa. La suya era una pena tan profunda que tal vez nunca saldría de ella. Siempre había soñado con tener un linaje, alguna clase de familia, por pequeña que fuera.

Pidieron vino y se lo sirvieron. Mientras bebían me concentré en sus rostros.

«¡Sí, claro! —pensé—. ¡Cenaron aquí hace cosa de un año! Ay, Dios mío, es el segundo capítulo. Al fin me enteraré de lo que ha pasado desde entonces. Es la familia desesperada, ¡aunque esta vez no parecen tan desesperados!»

Me puse cómodo y observé sus bocas. De vez en cuando llegaban hasta mis oídos algunas palabras sueltas y rápidamente me volví a sumergir en sus increíbles vidas. Enseguida lo recordé todo.

La cena anterior había sido un desastre. El padre se había levantado de la mesa con el plato a medias y el rostro desencajado y de todos los colores. La madre había salido corriendo detrás de él para suplicarle que volviera. Mientras tanto, el hijo se había terminado a pequeños sorbos la copa de vino, sin levantar los ojos de la mesa, y al cabo de un rato, aún solo, había pagado la cuenta

y se había ido como de hurtadillas.

Ahora, mientras observaba a la familia (oí al camarero que se dirigía a ellos por el apellido Robinson), tuve la impresión de que todos parecían más jóvenes que en enero. Aquella noche de hacía un año había presenciado cómo la conmoción, el horror, la incredulidad y finalmente una ira rayana en la locura los envejecía. Al menos al padre. A medida que su cara se ponía cada vez más roja, la de la madre se tornaba más pálida, mientras que el rostro de su hijo tomaba un poco de ambos y la confusión se lo llenaba de manchas.

El hijo se había dado cuenta demasiado tarde que aquella confesión no era buena para el alma. Les había descrito su vida secreta de manera sincera y completa y había visto a sus padres sufrir una devastación inmediata.

Ahora, mientras esperaba, conté las copas de vino que el padre tomaba para fortalecer su confianza y soltar la lengua. El hombre estaba casi eufórico cuando se inclinó hacia delante y comenzó a hablar pronunciando las palabras con tanta claridad que me resultó muy fácil leerle los labios.

—Ahora me gustaría que me escucharais con atención —dijo—. Quiero haceros un anuncio. —Rellenó las copas de su mujer y de su hijo—. Seguro que recordáis la cena el día de Año Nuevo en este mismo restaurante. Ahora se acerca otra vez la Navidad. Bueno, Ronald, aquella noche nos confesaste la clase de vida que llevabas. Nos dejaste anonadados, por decirlo de una manera suave. Eso no significa que no tuviéramos nuestras sospechas, pero siempre tendemos a buscar refugio en la ignorancia. Al fin y al cabo, todos pensamos que eso no puede pasar nunca en nuestra familia. Luego, cuando conocimos a algunos amigos tuyos, nos cayó encima una caja fuerte y nos aplastó. Lamento decírtelo, pero es la verdad. En cualquier caso, tardé un mes en recuperarme. Pasaba las noches en vela imaginándome toda clase de cosas. Pero entonces, una tarde de finales de marzo, otra caja fuerte cayó sobre mí. Solo que el de esta fue un golpe maravilloso e increíble. Una revelación. Había pasado semanas dando vueltas dentro de un laberinto sin encontrar la salida. A fin de cuentas, eres nuestro

único hijo. No tenía sentido que intentara convencerte de que te casaras, solo para guardar las apariencias, y tuvieras hijos. No sé qué porcentaje de matrimonios se producen por esas causas. Estoy seguro de que hay casos y nunca nos enteramos, o lo descubrimos tarde, cuando llega el momento de la separación o el divorcio. Da igual. Después de varios intentos fallidos me di cuenta de que era inútil planificar un futuro contigo porque no escuchabas.

El joven vació la copa de vino de un trago.

—Por Dios, papá —dijo—, ve al grano.

—¿Estoy enrollándome demasiado? —preguntó el padre, recostándose en la silla, sorprendido de sí mismo.

—Sí, cariño, un poco —dijo su mujer—. ¿Adónde quieres llegar?

El padre agachó la cabeza en un súbito ataque de timidez. Alzó los ojos, vio las copas de vino vacías y las rellenó.

—Está bien. Iré al grano. Conocéis a la señorita Gilham, de mi despacho, ¿verdad?

—La guapa, la de las piernas bonitas —dijo la mujer.

—Así que te has fijado. —El marido volvió a bajar la cabeza y se ruborizó.

—Dios mío, creo que ya sé lo que vas a decir —dijo el joven.

—No, no lo sabes. ¡Ni te lo imaginas!

—Yo creo que sí lo sé —repuso su mujer.

—No, tú tampoco lo sabes. Veréis, es muy complicado y al mismo tiempo sencillísimo. ¡Le he dado un año de vacaciones!

—¿Para hacer qué? —preguntó su mujer desconcertada.

—Con el sueldo completo. Para que tenga un hijo. Mío.

—¡Alto ahí! —espetó su mujer.

Pero el hombre ya se había puesto en pie.

—Enseguida vuelvo —dijo, y enfiló hacia el cuarto de baño. A su espalda dejó a su mujer a su hijo, entre los que cayó una gran caja fuerte negra.

—Dios mío, se ha vuelto loco —dijo el joven tras un breve silencio.

—Ojalá fuera eso —deseó la madre.

Esperaron sentados hasta que el padre regresó, se sentó sin

mirarlos y bebió más vino.

—¿Y bien? —dijo el hombre.

—¿Qué quieres decir con «y bien»? —preguntó el hijo—. Nos sueltas una bomba en la cara y huyes. ¿Se trata de alguna clase de broma pesada? Con que se lo hubieras dicho a uno solo ya habría sido demasiado. ¿Pero a los dos a la vez? ¡Por favor!

—No había otra manera de hacerlo —reconoció el padre—. Enfrentarme por separado con vosotros habría sido un tormento. Así, de algún modo, se amortigua el impacto. Ahora, antes de que alguno de los dos diga algo más...

—Aún no hemos dicho nada —apuntó la mujer.

—No voy a irme de casa —declaró el marido—. No quiero divorciarme. Aún estoy enamorado de ti y no he vuelto a ver a mi secretaria más que para darle el cheque semanal.

—No te creo —dijo ella.

—Nunca volveré a tocar a esa mujer. El nacimiento del bebé está previsto para el día de Navidad, una fecha magnífica. ¡Y lo más importante de todo, lo más maravilloso, es que va a ser un niño!

Se apoyó en el respaldo de la silla y miró a su público sonriendo, esperando su reacción.

La mujer suspiró y unas sombras le cruzaron el rostro sin dejar una pista de lo que podría decir.

El hijo arrastró la silla hacia atrás y arrojó la servilleta al plato.

—¿Debo tomármelo como alguna clase de ofensa personal?

—No, solo es una reacción —dijo el padre—. No podía quedarme de brazos cruzados y renunciar a un futuro. Estaba tan hundido que necesitaba reaccionar. Y de repente tuve esta revelación: empieza una nueva vida, busca la mujer adecuada, ten un hijo varón, dale tu apellido y, dentro de veinte años... ¡Tatatachán! La inmortalidad. Más familias, más hijos. ¡Dios en el cielo y paz en el mundo!

—¿Y esa idiota ha aceptado participar en tu disparatada idea? —gritó el hijo.

—No es idiota y ha aceptado. Es muy comprensiva, como

suele decirse. Vio que estaba hundido en la depresión, que vivía como encerrado en una tumba, con un hijo vivo que en la práctica estaba muerto. Ella supo gritarme: «¡Lázaro, camina!», y salí de la tumba. Y dentro de veinte años tendré, bueno, veamos... alrededor de setenta, no está mal, setenta años y feliz. Por supuesto, le daré al niño nuestro apellido. No tenéis por qué conocerlo, así que no os preocupéis. Y ahora, para acabar, una última cosa. Me gustaría saber si podemos seguir como antes. ¿Mi mujer me seguirá queriendo a pesar de esta locura mía? ¿Todavía me hablará mi hijo o se sentirá ofendido y se marchará de casa? Espero que vuestras respuestas contengan un poco de comprensión y mucho amor. Ah, nos traen la carta de los postres. No podrían haber elegido un momento más oportuno.

Mientras el padre señalaba y aceptaba una tarta de fresas, el hijo se inclinó hacia delante.

—¿Ya has elegido el nombre para este... este...? —Se interrumpió y se puso rojo.

—¿Bastardo?

—¡No!

—Ibas a decir «bastardo». Adelante, dilo.

—Bastardo.

—¿A que ahora te sientes mejor? Sí, ya he elegido el nombre. Maximilian...

—¿¡Maximilian!?

—Max. Mi hijo Max. Suena bien, ¿verdad? ¿No os sugiere realeza? Tiene un sonido regio. Max, mi hijo.

—¿Y se quedará mi habitación cuando yo me vaya de casa?

—¿Es que vas a irte? No es necesario. Nunca se me ocurriría obligar a tu madre a llevar esta carga. Además, mi secretaría está encantada con la idea de ser madre y le hace mucha ilusión criar al niño y jugar con él durante los próximos dieciocho o veinte años. Yo le visitaré, naturalmente, y lo sacaré seis o siete veces a la semana para que tenga un padre como es debido.

Se produjo un silencio aún más largo mientras les servían los cafés.

—Bueno, mamá —dijo Ronald—, ¿es que no vas a decir nada?

—Sí. —La madre frunció el ceño y dijo—: No me importa un pimiento.

Esta vez fue el hijo el que abandonó como una exhalación el restaurante. Salió como un esbelto barco empujado por un fuerte viento, con su hermosa nariz cortando el aire. Su madre fue tras él.

El padre se quedó sentado a la mesa, repasando la cuenta. Se terminó tranquilamente el vino que quedaba en la copa y se levantó. Pasó junto a mí y se detuvo a mi espalda. Al principio no se me ocurrió pensar que me hablara a mí, pero entonces repitió la pregunta:

—Lee los labios, ¿verdad?

—¿Cómo dice?

Me volví y él me miró fijamente con sus ojos grises.

—¿Creció en una familia de sordomudos?

—Más o menos —admití un poco incómodo.

—No pasa nada. ¿Es escritor?

—¿Cómo lo ha adivinado?

—Cualquiera que observe con tanta atención los labios tiene que ser alguien especial. Menuda historia, ¿no crees?

—Me he perdido algunas partes —mentí.

El padre rio discretamente y asintió.

—No, eso no es cierto. Pero no se preocupe. Nada en ella es verdad.

Casi se me cayó la cuchara del postre.

—¿¡Cómo!?

—Tenía que inventar algo. Supongo que ha ido cobrando forma a lo largo del año. Y de repente, esta noche, ¡zas! ¿Va a ponerla por escrito cuando vuelva a casa?

—No. Sí. No lo sé. Pero...

—¿Pero qué?

Tragué saliva con dificultad.

—Ojalá... ojalá fuera cierta.

El padre sacó un cigarro del bolsillo y lo miró, luego buscó un mechero, lo encendió, exhaló una densa bocanada de humo y observó el inaprensible cuerpo que cambiaba constantemente de forma hasta que se disipaba y desaparecía. Los ojos atentos del

padre comenzaron a humedecerse.

—También a mí me gustaría, hijo —dijo, y se marchó—. También a mí.

Al cabo de un rato pedí otra botella de vino.

—¿Cree que será capaz de tomársela entera? —me preguntó el camarero después de abrirla y llenarme la copa.

—Lo intentaré —respondí—. Voy a intentarlo.

22

El acumulador de F. Scott/Tolstói/Ahab

—¿Por qué quieres revisar, reconfigurar y reprogramar tu Máquina del Tiempo? —me preguntó mi amigo Billy Barlow.

—Una cosa es viajar atrás en el tiempo para poner en los lechos de muerte de Melville, Poe y Wilde ediciones nuevas de sus libros y despertarlos para que vean su gloria. Y otra... —Hice una pausa—. Y otra cosa es buscar desdichados y hacerlos felices. Piensa en todos los escritores olvidados que crearon obras maravillosas y tuvieron vidas desgraciadas.

—Todos los escritores han caído en el olvido —dijo Billy—. Y tienen vidas desgraciadas.

—Pues yo cambiaré eso —aseveré.

—Tonterías —dijo Bill—. ¿Cómo piensas obrar el milagro? ¿Vas a pedir tres deseos al genio de una lámpara? ¿Vas a...?

—Cállate ¿Ves esa máquina varada en la biblioteca?

—¿Esa polilla gigante? ¿Mueve las alas?

—Emite un zumbido y desaparece.

—¿Cuanto más fuerte es el zumbido más atrás en el tiempo te lleva?

—Exacto. Esta es mi lista de almas desdichadas.

Billy miró la lista con el ceño fruncido.

—¿Hemingway? ¿Melville? Ni hablar. ¿Tolstói? ¿Por qué? ¿F. Scott Fitzgerald y Zelda? ¡Unos borrachos!

—¡Dame eso! —Le arranqué la lista de las manos, me senté en la máquina y maldije, tiré de una palanca y me despedí—: Me voy.

La máquina emitió un zumbido.

Y desaparecí.

La máquina se posó con la suavidad de una gran mariposa de celofán junto a la casa de Hemingway en Idaho. «Dios mío —pensé—. ¿Qué le digo?»

Bajé no sin dificultad de las alas temblorosas, y ya había llegado al porche de la casa y me disponía a llamar a la puerta cuando esta se abrió y Hemingway apareció delante de mí.

Tenía el aspecto de quien ha pasado la noche en vela. Por alguna razón me dio la impresión de que su ancha cara pálida estaba esperándome, y allí estaba yo. Se dio la vuelta y caminó hasta la mesa de la sala, se sentó y me señaló una silla con la cabeza. Entré sin despegar los ojos del objeto que brillaba encima de la mesa: un rifle de caza de acero africano que evocaba recuerdos del Kilimanjaro y había matado elefantes blancos como el polvo ardiente de Kenia. Cerca había una escopeta de dos cañones.

Me senté y vi en la mesa dos vasos de grappa transparente. Tomé uno mientras Papá se bebía el suyo de un trago.

—¿Y bien? —preguntó.

Dejé de prestar atención a la mesa y dije:

—No lo haga.

—¿Qué quiere que no haga?

—Lo que iba a hacer.

—No iba a hacer nada —dijo Papá.

—Pero lo estaba pensando.

—¿Es que lee la mente?

—No, solo algunos de sus cuentos. En uno de ellos había un médico, ¿era su padre? Todos sabemos cómo acabó.

—Todos los sabemos —dijo Papá.

—Se dice que conserva su arma.

—Está en alguna parte.

—Bueno, hablemos claro. Si hace una tontería, la gente la achacará a toda clase de motivos erróneos.

—No hay motivos erróneos para irse cuando se presenta una

buena la oportunidad.

—No, no se trata de lo que usted piense, sino de lo que escriban los académicos. Mearán en su tumba, luego cambiarán el título de su primera novela por *Fiesta*.

—No puede cambiarse lo que fui, durante algún tiempo. Detesto jactarme, pero...

—¿Por qué no? Es Papá.

Papá casi sonrió. Encendió un cigarrillo.

—¿Cuánto tiempo lleva leyéndome?

—Desde álgebra, con el libro escondido detrás de otro. Octavo curso.

—Ese es un sitio magnífico para esconder un libro. ¿Qué significó para usted *Fiesta*?

—Una gran puerta que se abría y dejaba entrar un mundo torrencial lleno de lugares, mujeres guapas y toreros, ambos con bonitos traseros, y me enseñó a sobrevivir cuando ya no se es hombre.

—Eso es mucho conocimiento nuevo para un niño.

—Estaba ávido. No cambie de tema. Si se va ahora...

—Todavía no me he ido.

—Le devorarán las entrañas, Papá.

—Primero tienen que arrancármelas.

—Se comerán sus entrañas, las vomitarán y se las volverán a comer.

—¿Respetarán mi virilidad?

—Empezarán por ella para que no pueda defenderse.

—Hienas, ¿eh?

—Dingos, buitres, zopilotes, tiburones.

—¿Todo el departamento de Filología Inglesa de Harvard?

—Y de la Universidad de Ohio.

—La lista es larga. —Papá clavó la mirada en mis ojos—. ¿Y quién es usted para hacerla? ¿A qué ha venido? ¿Es un loco?

—Un enamorado.

—Debería ruborizarse cuando dice eso.

—¿Por qué, si es verdad?

—¡Por todos los demonios, un verdadero creyente! —exclamó

Hemingway.

—No, solo soy un enamorado de la literatura. De la buena, no de la aceptable.

—La mía siempre fue buena —musitó Papá.

—Y puede volver a serlo.

—¿Con el tendón del brazo desgarrado, dos costillas rotas, el peroné fracturado y el cráneo partido?

—Sí, con todo eso. Deje que los médicos le curen las costillas, la pierna, la cabeza. Con el cuerpo sano, la tranquilidad recuperada y sin dolor...

—¿También se recobrará mi escritura?

—Debería hacerlo.

—No sé si puedo esperar —dijo—. Es duro levantarse temprano, ponerse delante de la máquina de escribir y trabajar, y luego descubrir que el resultado no vale nada y acostarse con una botella. ¿Para quién lo hago?

—Para usted. Maldita sea, no, para mí.

—Cabrón egoísta.

—Ha dado en el clavo.

Me miró fijamente.

—Por Dios, póngase a escribir un libro de filosofía.

—En todo caso escribiría uno sobre hábitos saludables, si usted fuera a leerlo.

Papá lanzó una mirada a la puerta.

—Váyase.

—Solo me iré si puedo llevarme las armas.

—¿Se ha vuelto loco?

—No, es usted el que se ha vuelto loco. El dolor lo ha trastornado. Su talento no se ha secado, lo ha interrumpido la enfermedad. Los accesos de dolor no le permiten pensar. ¿Alguna vez ha intentado escribir con resaca? Nunca sale bien. Los críticos atacan su escritura y olvidan los dos accidentes aéreos en África que la destruyeron y lo volvieron loco. Pero quizá la semana que viene se despierte sin un puñal en el pecho, sin la pierna rota, sin dolor de cabeza, y se dé cuenta de lo trastornado que estaba.

—¿Ahora estoy trastornado?

—Esta furioso consigo mismo, y conmigo por decírselo.

—¿Ha terminado?

—No, me he quedado vacío. Solo quiero que piense que, si se va, el año que viene cambiarán el título de su cuento por *La breve vida infeliz de Francis Macomber*. Y titularán su novela *Por quién no doblan las campanas*. ¿Lo comprende?

—No necesito un tercer accidente.

—De acuerdo. —Estiré la mano hacia las armas.

—No —dijo Papá—. Encontraría otra manera.

—Tómese cuatro aspirinas. Mate el dolor. Mañana lo llamaré.

Fui hasta la puerta.

—¿Cómo se llama? —me preguntó desde la mesa.

Se lo dije.

—Le deseo una vida feliz —dijo.

—No, Papá, yo se la deseo a usted.

Salí por la puerta.

Me había alejado unos quince metros de la casa cuando me pareció oír un estruendo. Cerré los ojos y eché a correr.

Las vastas alas de mariposa monarca se plegaron con un susurro y se quedaron quietas.

Asomé la cabeza por la puerta de un cobertizo penumbroso y vi a un anciano que sellaba frenéticamente formularios en la oficina de aduanas de Nantucket. Me acerqué.

—¿Señor Melville?

El anciano levantó los ojos ciegos de una centenaria tortuga de mar.

—¿Señor? —dijo.

De repente mi cuerpo no cabía en mi ropa.

—Señor, ¿tiene hambre?

El hombre revisó su apetito.

—¿Le apetece que cenemos y luego demos un paseo por los muelles? —sugerí. Levanté una mano con una bolsita con manzanas y naranjas y la otra con un libro sin título.

Melville observó detenidamente el libro y luego se tomó todo

el tiempo del mundo para ponerse un abrigo y dejarse llevar fuera, a la luz cenicienta de un día sin sol.

—¿Es usted un crítico? ¿De Boston?

—No —respondí—, soy un simple lector.

—No hay simples lectores —repuso el anciano—. O se está fuera de una biblioteca o dentro a buen recaudo. El polvo de los libros colma el aire. Al inhalarlo se fortalecen los huesos, se agudiza la vista y se afina el oído. Por lo tanto, un hombre se renueva mediante la respiración cuando se sumerge en las profundidades de una biblioteca, donde aguardan multitudes de criaturas ciegas. La cabeza te pide que asciendas y las criaturas se arremolinan a tu alrededor, te acosan, te asfixian con sus cuerpos. Te asfixian, pero continúas vivo, eres el atolón que se hunde perpetuamente. Así pues, no es un simple lector, sino un superviviente de las mareas de Shakespeare, Pope o Molière. Esos faros de la existencia. Con los que guiarse para salvarse de las tempestades.

»Eso sería —concluyó Melville—, si yo me callara y usted tuviera tiempo para leer. —Dejó que se marchitara la tenue sonrisa de los labios—. ¿Para qué hemos venido a este muelle?

—Señor —dije—. Ahí tiene el mar, el lugar del que nunca debería salir.

—¿Quiere que rodee el Cabo de Buena Esperanza a nado? ¿Que llegue por sorpresa a China?

—¿Por qué no?

—¿Ve la mano de este anciano, paralizada de tanto sellar los malditos formularios de inspección?

—No —dije—. Veo a un marinero en el mar con un isleño de tez morena, cubierto de tatuajes, y a un primer oficial perdido cuyo capitán daba puñetazos al sol cuando este lo ofendía. —Continué—; Oh, mi querido Melville, échese al mar. El mar le pertenece. Usted es como aquel dios antiguo que fue arrojado desde las alturas y revivió. En el cielo había perdido su poder. En la tierra prosperó. ¡Pero su elemento es el agua, Melville! Suelte amarras ahora mismo, conviértase en una bestia marina renacida de los puntos cardinales, con los brazos abiertos para castigar los

huracanes provocados por las colas de las ballenas blancas. Aféitese con los fuegos de San Telmo. La tierra firme, la costa, la ciudad y los muelles son tumbas, oficinas en cobertizos como ataúdes, días sin sol, entierros perdidos. Si se queda en tierra cavará su propia tumba. Maldiga la tierra, tire a la basura el sello de la aduana, nade con todas sus fuerzas, hermosas islas lo esperan. Me he quedado sin palabras.

—Shakespeare le ha dado las palabras.

—Perdóneme.

—Entonces, perdóneme usted a mí, que he dado el aceite de la ballena blanca para iluminar las ciudades. ¿Es usted cristiano?

—Dios cuenta conmigo.

—Entonces, alma cristiana, no haga nada mientras yo inspecciono los barcos y pronostico las mareas.

El anciano Melville contempló el horizonte y luego volvió la mirada hacia la fachada deteriorada por el salitre del cobertizo de la aduana, que no conocía otro sonido que el sempiterno golpe del sello en los formularios que entraban y salían.

—¡Jack! —musité.

Melville se estremeció. Contuve la respiración y pensé: «Jack, un Jesucristo joven, lejos de Galilea, hermoso de cuerpo y de cara, Jack, buen compañero de a bordo, como el sol matinal. ¿Y Hawthorne? ¿Lo secuestramos y huimos con él? ¡Menudas conversaciones tendríamos! Yo seré quien le sirva cuando celebremos nuestro banquete del Tiempo, mientras Jack te roba el corazón y te agrieta los ojos con su mirada. Hawthorne para mediodías bulliciosos. Jack para noches silenciosas y amaneceres interminables».

—Jack —susurró Herman Melville—¿Está vivo?

—Yo puedo hacer que viva.

—¿Su máquina divina bendice o maldice? ¿Crea o hace el papel de descreído del Tiempo?

—Es indescriptible, señor, una centrifugadora que quita años para hacernos más jóvenes.

—¿De verdad puede hacer eso?

—¿Y entregarme la corona del rey Ricardo? ¡Sí!

—Oh, Dios mío. —A Melville se le quebró la voz mientras intentaba levantar los pies del suelo—. ¡No puedo moverme!

—¡Inténtelo!

—Es tarde —dijo—. No soy pez ni ave. En tierra soy Stonehenge. En el mar me hundo. ¿Es que no hay un lugar intermedio?

—Aquí —dije tocándome la cabeza—. Y aquí. —Me puse la mano en el corazón.

Los ojos del anciano estaban llenos de lágrimas.

—¡Ay, ojalá pudiera vivir en esa cabeza o esconderme en ese pecho!

—Ya está a salvo en ellos.

—Acepto que me acoja por una noche —dijo.

—No, capitán del *Pequod* —dije—. Mil días.

—¡Me embarga la alegría!¡Sosténgame!

Lo sujeté por los codos temblorosos.

—Ha abierto la biblioteca y me ha permitido respirar mi pasado. ¿Soy más alto? ¿Camino más derecho? ¿Es más clara mi voz?

—Mucho más clara.

—¿Y mis manos?

—Son las manos de un marinero recién nacido.

—¿Debo dejar la tierra firme?

—Así es.

—Pero, mire —dijo señalándose las piernas—. ¡Son dos anclas! Le agradezco mucho sus palabras milagrosas. Oh, gracias...

Y echó a andar hacia el cobertizo de la oficina de aduanas.

Miré a aquel anciano del que me separaban mil kilómetros de tierra oscura, vi cómo su mano subía y bajaba una y otra vez sellando los formularios, con los ojos cerrados, ciego, mientras yo retrocedía hasta que sentí las cosquillas de las alas en el cuello. Me di la vuelta y me dejé transportar por la gran mariposa.

—¡Oh, Herman, quédese! —grité, pero el cobertizo había desaparecido.

Y yo di vueltas hasta otro año, hasta una casa cuya puerta se abría y se cerraba, y delante de mí había un hombre pequeño y un

poco rollizo.

—¿Cómo ha entrado? —me preguntó el hombre.

—Por la chimenea, por debajo de la puerta. ¿Y usted es...?

—¡El conde Lev Tolstói!

—¿El de *Guerra y Paz*?

—¿¡Es que hay otro!? —exclamó—. ¿Cómo ha entrado? ¿Con qué fin?

—¡Para ayudarle a huir!

—¿Huir?

—Sí, de casa —dije—, porque va a volverse loco. Los celos desquician a su mujer.

El conde Lev Tolstói se quedó paralizado.

—¿Cómo...?

—Está todo en los libros.

—¡No hay libros sobre eso!

—¡Aún no, pero pronto los habrá! ¡En ellos se afirmará que su mujer acusaba a las sirvientas, a las cocineras, a las hijas del jardinero, a la amante de su contable, a la mujer del lechero, a su sobrina!

—¡Basta! —bramó el conde Lev Tolstói—. ¡Niego que haya estado en esos lechos!

—¿Son mentiras?

—Sí. Tal vez. No... ¡Cómo se atreve usted!

—Porque su mujer amenaza con desgarrar las sábanas, quemar la cama, cerrar con llave la puerta, poner fin a su *modus operandi*.

—¡No, sí! ¡Soy culpable, inocente, culpable, inocente! ¡Maldita sea, culpable! ¡Qué mujer! ¡Repítame para qué ha venido!

—Tiene que huir de casa.

—¡Eso es lo que hacen los jóvenes!

—¡Sí!

—¿Y quiere que actúe como si tuviera la mitad de mi edad? Sus soluciones son propias de un chiflado.

—Mejor eso que los castigos de una chiflada.

—¡Baje la voz! —musitó—. Está en la habitación de al lado.

—¡Entonces, vámonos!

—Me ha escondido la ropa interior.

—¡Lave y vuelva a ponerse la que lleva por el camino!

—¿Adónde vamos?

—¡A cualquier lugar!

—Pero ¿cuánto tiempo tendré que estar fuera?

—¡Hasta que ella se desmaye por un ataque de furia!

—¡Magnífico! ¿Quién es usted?

—El único hombre en el mundo que ha leído *Guerra y Paz* y memorizado los nombres de todos los personajes. ¿Quiere que se los recite?

En ese momento dieron un porrazo en una puerta interior.

—Menos mal que está cerrada con llave —dije.

—¿Qué me llevo para el viaje?

—¡Un cepillo de dientes! ¡Dese prisa!

Abrí de un empujón la puerta. El conde Lev Tolstói se quedó mirando el exterior.

—¿Qué es esa niebla de hojas transparentes y algodoncillo?

—¡La salvación!

—Es hermosa.

Sonaron más golpes en la puerta y un barrito de elefante.

—La loca —gritó Tolstói.

—¿Lleva puestas zapatillas para correr?

—Yo…

—¡Corra!

Corrió. La máquina lo envolvió.

La puerta interior de la biblioteca se abrió violentamente y apareció un rostro deformado por la ira, un horno abierto.

—¿Dónde está? —gritó la mujer.

—¿Quién? —dije, y desaparecí.

No sé si yo me materialicé para Billy Barlow o si él se materializó para mí, pero de repente la máquina echó raíces en mi biblioteca mientras Billy echaba una ojeada a Tolstói, Melville y Hemingway.

—¡Dos derrotas y una victoria! —exclamé.

Billy guardó a Melville, cerró a Hemingway y sonrió a Tolstói.

—He conseguido que abandone a su mujer —dije.

—¿Se puso en el papel de Anna Karenina?

—¿Quieres saber si se tiró a las vías del tren? No.

—Lástima. ¿Vuelves a irte? ¿Tal vez a la Casa Blanca en abril de 1865? ¿Para robarle las entradas del teatro a Mary Todd Lincoln?

—¿Y arriesgarme a que me muerda? ¡No! ¡Aparta!

Las alas doradas rozaron con un susurro las aguas de la fuente de mármol cerca del Hotel Plaza. Los surtidores arrojaban silenciosos chorros de agua a la noche de verano. Dentro de la fuente, caminando por el agua y riendo, con las copas de martini alzadas hacia la luna, se balanceaban un apuesto hombre con el esmoquin empapado y una mujer encantadora con un vestido plateado. Mi voz interrumpió sus carcajadas y sus gritos de alborozo.

—¡Es la hora! —grité—. ¡Zelda! ¡Scottie! ¡Salid ahora mismo de ahí!

23

Bueno, ¿qué tienes que decir en tu favor?

—Bueno, ¿qué tienes que decir en tu favor?

El hombre miró el auricular del teléfono que acababa de levantar y volvió a acercárselo a la oreja.

—¿Qué hora es? —preguntó.

—¿No llevas puesto el reloj?

—Lo he dejado junto a la cama.

—Son las seis y treinta y cinco.

—Dios mío, con lo temprano que es y lo primero que me dices es «¿Qué tienes que decir a tu favor?». Todavía no me he despertado.

—Prepárate un café mientras hablamos. ¿Qué tal es el hotel?

—¿A las seis y treinta y cinco de la mañana me preguntas que qué tal es el hotel? No me gustan los hoteles. Llevo tres noches sin pegar ojo.

—¿Cómo crees que he dormido yo?

—Escucha —dijo él—, acabo de levantarme. Dame un momento para que me ponga las gafas y miré el reloj. ¿Puedo pasarme por allí?

—¿Para qué? ¿Servirá de algo?

—Me has preguntado qué tengo que decir y me gustaría decírtelo.

—Pues dilo.

—No por teléfono. Es largo. Concédeme media hora. Quince minutos. Vale, diez.

—Cinco —dijo la mujer—, y no te andes por las ramas. —

Colgó.

A las ocho y diez el hombre la miraba mientras servía café y dejaba que agarrara su taza. La mujer cruzó los brazos sobre el pecho y esperó mirando el techo.

—Ya han pasado cinco minutos y lo único que hemos hecho es llenar las tazas de café —dijo el hombre.

Ella miró su reloj sin decir nada.

—Vale, vale —continuó el hombre, y se quemó los labios al tomar un sorbo de café. Bajó la taza y se frotó la boca con la mano. Cerró los ojos y juntó las manos como si fuera a rezar.

—¿Y bien? —lo apremió ella.

—Deja eso ya —dijo el hombre con los ojos cerrados—. Ahí va. Todos los hombres... todos los hombres somos iguales.

—Estoy de acuerdo.

El hombre esperó con los ojos cerrados hasta que estuvo seguro de que ella había terminado de hablar.

—Por lo menos estamos de acuerdo en una cosa —dijo él—. Todos los hombres somos iguales. Yo soy como todos los hombres que han existido. Todos son como yo. Eso nunca ha cambiado ni cambiará. Es un hecho reconocido. Una verdad genética fundamental, básica.

—¿Qué tiene que ver la genética con esto?

El hombre tuvo que hacer un esfuerzo para no responder. Luego dijo:

—La genética entró en juego desde el mismo momento en que Dios tocó a Adán. ¿Puedo continuar?

Interpretó el silencio de la mujer como una escueta respuesta afirmativa.

—Convengamos por ahora, podemos discutirlo más tarde, que los miles de millones de hombres que han crecido corriendo, gritando y comportándose como unos descerebrados son en realidad la misma persona, unos más pequeños, unos más altos, todos iguales. Yo soy uno de ellos.

Hizo otra pausa, pero como no hubo ningún comentario apretó los párpados, entrelazó los dedos y continuó:

—Junto con todos esos animales de circo llegaron otros seres

humanos, unos que se acercan más a la definición de «humano», que tuvieron que aguantar el ambiente de feria, limpiar las jaulas, arreglar la cueva o el refugio, criar a los hijos, volverse locos, recuperarse, volverse locos otra vez, sobrevivir.

—Está haciéndose tarde.

—Solo son las ocho y cuarto de la mañana. Dame hasta las ocho y media, por el amor de Dios. Por favor.

Ella se quedó callada otra vez, así que él siguió hablando:

—De manera que han sido necesarios unos cuantos cientos de miles de años para que saliéramos de las cuevas, nos pusiéramos a cazar y nos instaláramos en los sitios. Es todo bastante reciente. Estoy escribiendo un ensayo titulado *Demasiado cerca de las cuevas, demasiado lejos de las estrellas*. —Silencio—. Pero eso ahora no es importante, lo siento. Sin embargo, después de decenas de miles de años de alboroto de guardería, las mujeres, calvas de ser arrastradas durante tanto tiempo de un sitio a otro agarradas de sus largas cabelleras, maltratadas y golpeadas, por fin dijeron: «¡Basta! ¡Estate quieto, siéntate, ponte derecho, compórtate, escucha!».

»Los hombres, pues en eso acabaron convirtiéndose, ya no eran cavernícolas ni unos brutos estúpidos, se sentaron, se pusieron derechos, se comportaron y escucharon. ¿Y sabes qué fue lo que oyeron?

El silencio sugería que ella seguía con los brazos firmemente cruzados sobre el pecho.

—Lo que oyeron fue asombroso. La ceremonia nupcial. Sí, eso fue. Primitiva al principio, pero cada vez más sofisticada, clara y mejor. Y los hombres, mudos, la escucharon con atención. En un primer momento por curiosidad, pero luego, aunque nunca lo reconocerían, porque los impresionaba. Era una ceremonia que tenía algo que los atraía. De algún modo llegó al corazón de aquellas bestias salvajes y algunas mostraron su conformidad; después, con el tiempo, todas ellas mostraron su conformidad sin vacilación y no encontraron ninguna razón para no darle una oportunidad.

»Tenía que haber alguna manera de tranquilizarnos, de hacer

que nos comportáramos durante algún tiempo, en algunos casos para el resto de nuestras vidas. Al principio éramos unos pocos, pero después empezaron a contarnos por docenas, por millares, y finalmente por millones. Hombres jóvenes y fértiles respondíamos preguntas, asentíamos, decíamos que sí, pero en el fondo de nuestros corazones nos preguntábamos cómo demonios íbamos a hacer para estar a la altura de todo aquello, de las palabras amables, de los grandes sentimientos, y nuestras novias al lado llorando, y los padres de las novias detrás como la Gran Muralla China, llenos de dudas pero esperanzados.

»Y me recuerdo de pie a tu lado, pensando que aquello era ridículo, que no iba a salir bien, que no duraría, que te quería, por supuesto, y mucho, pero con el tiempo, no sabía cómo, dónde ni por qué, me caería del tren, como todos, y me sentiría un idiota, un patoso, y esperaba que tú no te enteraras, y si lo sabías, que lo pasaras por alto, y si eso no era posible, que hicieras algo intermedio. Y dentro tenía una maraña de gusanos; di las respuestas correctas, pero me reservé mis propias preguntas, y lo siguiente que recuerdo es que salí a un chaparrón de verano de arroz.

»Bueno —añadió mirándose las manos. Las había mantenido entrelazadas, pero ahora los dedos colgaban libres y tenía las palmas vueltas hacia arriba, como si esperaran recibir algo, aunque no sabían qué—. Eso es todo. Solo me gustaría añadir que dentro de quinientos, mil o un millón años, vayamos adonde vayamos, aunque imagino que volveremos a la Luna, y después fundaremos colonias en Marte, y tal vez un día llegaremos a algún planeta cercano a Alfa Centauri, nunca cambiaremos, no importará lo lejos que viajemos ni lo ambiciosos que sean nuestros objetivos ni nuestras palabras. Los hombres seguirán siendo hombres, estúpidos, arrogantes, obstinados, testarudos, imprudentes, destructivos, crueles, pero a veces también bibliotecarios y poetas, chicos que hacen volar cometas y ven formas en las nubes, sobrinos de Robert Frost y de Shakespeare, aun así no siempre formales, compasivos por dentro, tal vez, capaces de llorar si muere un niño y la vida se acaba, siempre mirando con envidia el

campo de al lado, donde la hierba es más verde y la leche es gratis. Instalado en un cráter de la Luna o en una de las lunas de Saturno, en el fondo el hombre seguirá siendo la misma bestia que salió gritando de la cueva hace medio millón de años, no muy diferente, y la otra mitad de la raza humana lo mirará con gesto severo y le pedirá que escuche los ritos del matrimonio con medio corazón y con media oreja, y a veces, a veces, él prestará atención.

Hizo una pausa, temeroso del silencio de la mujer, pero luego continuó:

—A menudo, ¿a ti no te pasa?, cuando voy a trabajar por la mañana y paso por delante de todas esas casas que hay bajando la colina, deseo que todas las personas que viven en ellas sean felices, que no sean casas vacías o silenciosas. Y cuando vuelvo por la noche y paso por delante de las mismas casas, me pregunto si seguirán siendo felices, si están en silencio, si se percibe alguna clase de movimiento o de grito. Y entonces veo una canasta delante de una casa y pienso que en ella vive un niño, que quizá hay un cambio. Y en otra casa hay arroz esparcido por el camino de entrada y hay una hija, feliz tal vez, porque no hay manera de saberlo. Pero todas las mañanas pienso exactamente lo mismo. Deseo que sean felices, sí, por favor, Señor, que sean felices.

El hombre dejó de hablar. Estaba sin aliento. Esperó con los ojos cerrados.

—¿Así es como te ves? —dijo ella.

—Más o menos.

—¿Y como ves a todos los hombres del mundo?

—A lo largo de la historia, sí, y a millones.

—¿Os escondéis para protegeros?

—No, estamos a la vista, a vuestro alcance.

—¿No contáis con una coloración protectora?

—Qué va.

—¿Sois todos iguales?

—Ninguno es diferente.

—No nos dais a las mujeres mucho donde elegir.

—Muy poco. O nos aceptáis tal como nos encontráis o no nos aceptáis. En vuestro caso es diferente. Os miramos y vemos novias,

amantes, esposas, madres, profesoras, enfermeras. Tenéis múltiples facetas. Nosotros tenemos una como mucho, el trabajo que hacemos y poco más.

El hombre esperó.

—¿Has acabado? —preguntó ella.

—Creo que sí. Sí. Creo que eso es todo.

Silencio. Y luego:

—¿Es alguna clase de justificación?

—No.

—¿Estás racionalizándolo?

—Creo que no.

—¿Entonces es una coartada que usáis todos?

—No es ninguna coartada.

—¿Estás pidiéndome comprensión?

—No estoy seguro. Algo por el estilo.

—¿Estás pidiéndome que sienta lástima por ti?

—Nunca haría eso.

—¿Compasión?

—No, por Dios, no.

—¿Empatía?

—Todas esas palabras son demasiado fuertes.

—Entonces, ¿qué?

—Solo quería que me escucharas, eso es todo.

—Ya lo he hecho.

—Gracias.

El hombre abrió los ojos y vio que la mujer estaba sentada con los ojos cerrados, pero sus brazos, sus benditos brazos, ya no estaban cruzados sobre su pecho sino caídos a los lados.

Se levantó sin hacer ruido y enfiló hacia la puerta, la abrió y salió.

Acababa de cerrar la puerta de su apartahotel cuando el teléfono sonó. Se detuvo junto a él y esperó, balanceándose, a que sonara cuatro o cinco veces. Luego contestó con cautela.

—Eres una rata —dijo la mujer desde muy lejos.

—Lo sé.

—Eres un cabrón.

—Eso también lo sé.

—Un sinvergüenza, un granuja y un canalla.

—Soy todo eso —dijo el hombre.

—Y un hijo de perra.

—Eso es obvio.

—Pero… —dijo ella.

Él esperó. Oyó que la mujer respiraba hondo.

—Pero… —repitió, y siguió una larga pausa—. Te quiero.

—Gracias, Señor —musitó el hombre.

—Vuelve a casa.

—Volveré.

—Y no te pongas a lloriquear —le advirtió ella—. No soporto a los hombres que lloran.

—No lloraré —prometió él.

—Y cuando entres…

—¿Sí?

—No olvides cerrar con llave.

—Dalo por hecho —afirmó el hombre.

24

Diane de Forêt

Fue al anochecer en el otoño de 1989, a la hora de cierre del cementerio de París, cuando yo, vigilado por los guardias que estaban invitando a marcharse a los últimos visitantes, me topé con la tumba de mármol de Diane de Forêt, del bosque, y de pie delante de ella escuché los últimos avisos de los guardias y el ruido de las puertas al cerrarse. La idea de que podría quedarme atrapado en el Père Lachaise toda la noche no me preocupaba, porque tenía ante mí la tumba más bella, espléndidamente tallada en mármol, que había visto en un cementerio en toda mi vida.

La tumba consistía en una losa de mármol de casi dos metros de largo y tal vez cuarenta y cinco centímetros de alto, y sobre esa tapa, esculpida con vaporosos pliegues de mármol, con las delicadas manos cruzadas sobre su frágil pecho, yacía la figura de una belleza mítica e intemporal. El suyo era el rostro de una mujer joven, de no más de dieciocho años, con una frente hermosa, pómulos sutiles y una boca que casi parecía sonreír, indiferente al tiempo, el lugar y el clima.

Permanecí allí un buen rato, afligido por esas punzadas que, en la vida de la carne, solo se achacan al comienzo de algo tan misterioso como el odio, el miedo o la alegría, cuando en realidad se trata del amor.

Todos esos elementos que obran su química dentro de nosotros se nutren del mismo misterio, y se separaban para convertirse en emociones especiales que no se añaden ni se resuelven, sino que deben ser aceptadas, disfrutadas y rechazadas

rápidamente para dejar espacio a otras químicas, otras emociones.

Ahora, con mi sombra proyectada sobre la tumba a la luz postrera del sol, la terrible sorpresa hizo que me tambaleara y casi cayera al suelo; aquella juventud, aquella belleza del pasado.

El vértigo remitió. Leí las siguientes palabras sobre la difunta:

Diane de Forêt
Nacida en 1800. Muerta en 1818.

—Dios mío —susurré. Murió antes de que yo naciera.

Había unas palabras grabadas en el mármol:

Corría tan rápido que solo la muerte
pudo alcanzarla.
Mi regalo fue conocerla una hora
y amarla,
en mi vida, para siempre.

Debajo estaban grabadas las iniciales «R. C.», acompañadas de las siguientes palabras:

Quien ha esculpido esta tumba
para que perdure su recuerdo.

«Ay, Señor —oí decir a una voz dentro de mí—. Aquí hay dos amantes, no solo la adolescente enamorada, también su amado, el escultor que día a día extrajo de la piedra este busto, estas manos, este rostro dormido. ¿Cuántos años han pasado y con qué frecuencia venía él a verter sus lágrimas sobre este silencio?»

No había manera de saberlo. Me incliné hacia la tumba para memorizar hasta el último detalle de la hermosa frente, la delicada nariz y los labios con la sonrisa incipiente, que ni las lluvias ni el paso del tiempo habían borrado.

Al hacerlo, las lágrimas que me cegaban cayeron sobre la superficie de mármol.

Como en una ilusión óptica, los rasgos de la joven parecieron

fundirse instantáneamente y volver a solidificarse antes de que yo, conteniendo la respiración, pudiera retroceder.

Mis lágrimas habían caído sobre sus párpados y creaban la impresión de que estaba llorando. Las lágrimas ya no me pertenecían, ahora eran suyas, y corrieron por sus mejillas hasta que tocaron los labios y me hicieron dudar de mis sentidos, pues del pálido rostro de mármol salió el más débil murmullo, un susurro casi inaudible.

—¿Sí? —dijo el susurro.

Silencio. Esperé paralizado.

Los labios se ensombrecieron.

—¿Quién está ahí?

«No, no —pensé—. ¡No puede ser!»

—¿Hola? —continuó el susurro. Una lágrima tembló en la fría boca de mármol.

—Soy yo —dije finalmente.

—Si eso es verdad —replicó el susurro—, ¿dónde has estado?

—Yo…

—Estaba esperándote.

—Yo… —volví a empezar, pero era incapaz de seguir.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo la voz oculta en el rostro, dentro de la piedra—. ¿Por qué me has abandonado?

«No lo comprendes —pensé—. La muerte nos separa. La tuya. Y la suya, la de tu enamorado, hace mucho tiempo.»

—¿Qué puedo decir? —murmuré.

—Algo. Cualquier cosa. —Una sombra cruzó la boca de mármol.

—Ahora estoy aquí.

—Gracias a Dios.

—¿Me perdonas?

Una hoja cayó y le rozó la mejilla.

—Sí, claro. Ahora que estás aquí, todos los años que han pasado no tienen importancia. Sigue hablando. Di cualquier cosa. Lo que sea.

Respiré hondo y dije:

—Te quiero.

—¡Ah, sí! —gritó la tumba, y temí que reventara y una adolescente saliera de su fría crisálida—. ¡Ahora sé qué estaba esperando! ¡De nuevo!

—Te quiero —repetí, y era la verdad.

—¡Ah, sí! —volvió a exclamar la ardiente voz—. ¿Y esta vez es de verdad? Por la manera como lo dices parece que es verdad. ¡Dios mío, llévate mi alma! ¡Quiero morir con esas palabras en mis oídos!

—Pero… —exclamé, pero entonces me interrumpí. «Ya estás muerta», pensé.

—¡Ay! ¿Existe algo más hermoso que el amor? —continuó atropelladamente la voz, debajo de su nombre y de su rostro—. Amar es vivir eternamente, o morir y recordar el amor para siempre. Nunca nos cansamos de oír su voz. No es una carga. Siempre que se nombra nos levantamos. Por lo tanto, por favor…

—Te quiero —dije otra vez.

Y en el interior de la tumba se produjeron unas vibraciones, unos latidos de vida contra la pesada tapa de mármol.

—No obstante —repuso la suave voz—, tenemos que hablar de otros asuntos. ¿Qué ha ocurrido desde la última vez que nos vimos y hablamos?

«¿En ciento setenta y un años?»

—Ha pasado mucho tiempo —dije—. Perdóname.

—Pero ¿por qué huiste? A partir de ese momento perdí las ganas de vivir. ¿Recorriste el mundo, visitaste lugares y olvidaste?

«Y luego volví —pensé—. Te encontré aquí y esculpí la tumba.»

—¿Y qué haces ahora? —preguntó la voz.

—Soy escritor —respondí—. Voy a escribir un cuento sobre un cementerio, una mujer hermosa y el regreso de su enamorado desaparecido.

—¿Un cementerio? ¿Por qué no cualquier otro sitio?

—Lo intentaré.

—Amor mío, ¿por qué estás tan triste? Deja que te consuele.

Me senté en el borde de la tumba.

—Cógeme la mano —me susurró.

—Puse la mano encima de las suyas entrelazadas.

—Oh, qué frías están. ¿Cómo puedo calentártelas?

—Dime lo que yo te he dicho.

—¿Te quiero?

—Sí.

—¡Te quiero!

Estuvieron un momento en silencio.

—Así está mejor. Empiezo a sentir el calor. De todos modos hay algo que todavía no me has contado. Dímelo.

—Hace mucho tiempo tenías dieciocho años —dije—. Ahora, más de un siglo después, todavía tienes dieciocho años.

—¿Cómo es posible? ¿Dieciocho?

—Donde estás no hay edad ni tiempo. Siempre serás joven.

—¿Qué lugar es ese donde estoy que me mantiene joven?

Apenas podía respirar, pero conseguí continuar hablando:

—Toca lo que tienes encima, debajo y alrededor de ti. Así sabrás dónde estás.

Durante el silencio que siguió, la última luz del sol abandonó el cementerio Père Lachaise. Cayeron más hojas secas.

Los débiles latidos que sonaban debajo de la tapa se debilitaron aún más, lo mismo que la voz.

—Oh, no, —gimoteó—. ¿Es verdad?

—Sí.

—¡Pero has venido para rescatarme!

—No, mi querida Diane de Forêt, solo estoy de visita.

—¡Pero me has dicho que me quieres!

—Y te quiero. Oh, sí, Dios mío, te quiero.

—¿Entonces?

—Aún no lo comprendes. Yo no soy quien tú piensas. Pero tú eres alguien a quien tenía la esperanza de conocer algún día.

—¡Eso es imposible!

—Sí, y por eso es tan maravilloso.

—¿Has estado esperando todos estos años como yo?

—Eso parece.

—¿Y te alegras de haberlo hecho?

—Ahora sí. Pero ha sido una espera solitaria.

—¿Y qué va a pasar a partir de ahora?

—Sigues sin comprenderlo —dije—. Mi edad.

—¿Qué tiene eso que ver con nosotros?

—Yo tengo setenta y tres años —dije tras un breve silencio.

—¿Tantos?

—Tantos.

—Pero tu voz es joven.

—Porque estoy hablando contigo.

Salió un sonido de debajo de mi mano y de encima de las suyas. ¿Estaba llorando? Agucé el oído y esperé.

—Cariño —dijo ella finalmente—, qué extraño es todo. Cada uno está en un extremo del balancín. Cuando yo subo, tú bajas, cuando tú subes, yo bajo. ¿Alguna vez nos encontraremos?

—Solo aquí —dije.

—Entonces, ¿volverás? —preguntó con la voz acelerada—. ¿No vas a mentirme y abandonarme otra vez?

—Te lo prometo.

—Acércate —susurró—. No puedo hablar. Ayúdame.

Me encorvé para que mis lágrimas volvieran a caer sobre su cara.

—Mientras tengas lágrimas para ayudarme a hablar, habrá tiempo —dijo con una voz que había recuperado su vigor.

—¿Para despedirse?

—¿Setenta y tres años? ¿Hay alguien esperándote al otro lado de la puerta?

—No soy tan afortunado.

—Entonces volverás. ¿Traerás tus lágrimas?

—Nunca se acabarán.

—Vuelve. Tenemos mucho sobre lo que hablar.

—¿Sobre la muerte?

—Ah, no. Sobre la eternidad. Toda. Toda ella. La eternidad, querido. La eternidad. Yo seré tu maestra. Tus lágrimas han cesado. Yo también tengo que irme. Adiós.

Me levanté.

—Adiós, Diane de Forêt.

Cayó una hoja que le cubrió la cara. Adiós.

Corrí a sacudir las puertas y llamar a los guardias, en parte con el deseo de salir y en parte con la esperanza de quedarme allí para siempre.

Los guardias llegaron a tiempo. Abrieron la puerta.

25

El grillo en el hogar

La puerta se cerró. John Martin se quitó el sombrero y el abrigo y pasó junto a su mujer con la fluidez de un ilusionista que se prepara para un número de magia mejor. Sacó el periódico con un golpe seco mientras introducía el abrigo en el armario como un fantasma abandonado y se deslizó por la casa al mismo tiempo que leía los titulares, indagaba la cena con el olfato y hablaba por encima del hombro, seguido por su mujer. Todavía despedía un leve olor al tren y a la noche invernal. Cuando se sentó en el sillón reparó en el silencio poco habitual, que recordaba a una jaula para pájaros oscurecida por la sombra de un buitre, con todos los petirrojos, los gorriones y los sinsontes enmudecidos. Su mujer se había quedado de pie junto a la puerta, pálida e inmóvil.

—Ven a sentarte —dijo John—. ¿Qué haces? ¡Dios mío, no me mires como si vieras un muerto! Veamos qué novedades hay. Nada nuevo, como siempre. ¿Qué te parece lo de esos concejales imbéciles? Más impuestos, más de todo.

—¡John! —gritó su mujer—. ¡No!

—¿No qué?

—No hables así. ¡No es seguro!

—Por el amor de Dios. ¿No es seguro? ¿Estamos en Rusia o en nuestra casa?

—No exactamente.

—¿No exactamente?

—Hay una chinche en casa —susurró.

—¿Una chinche? —John se inclinó hacia delante, exasperado.

—Sí, ya sabes, así es como llaman los espías en su argot a los micrófonos ocultos —dijo en voz aún más baja.

—¿Es que te has vuelto loca?

—Eso pensé yo cuando hablé con la señora Thomas, que iba a volverme loca. Vinieron anoche, cuando estábamos fuera, y le pidieron a la señora Thomas que les dejara utilizar su garaje. Allí instalaron el equipo y tendieron cables hasta nuestra casa. Nos escuchan. Podría haber micrófonos en todas las habitaciones.

Ahora estaba encorvada al lado de su marido y le susurraba en el oído.

John se echó hacia atrás.

—¡Oh, no!

—¡Sí!

—¡Pero si no hemos hecho nada...!

—¡Baja la voz! —espetó ella con un susurro.

—¡Espera! —musitó él con rabia. Se le puso la cara blanca, luego roja, y de nuevo blanca—. ¡Vamos!

Una vez en la terraza, John miró a su alrededor y maldijo para sí.

—¡Ahora repítelo todo desde el principio! ¿Están usando el garaje de los vecinos para esconder el equipo? ¿Es el FBI?

—¡Sí, sí! ¡Oh, ha sido horrible! No quería llamarte, me daba miedo que también tuvieran controlado tu teléfono.

—¡Ahora lo comprobaremos, maldita sea!

—¿Adónde vas?

—¡A pisotear sus aparatos! ¡Dios mío! ¿Qué hemos hecho nosotros?

—¡No lo hagas! —Ella lo agarró del brazo—. Solo causarías problemas. Cuando lleven un par de días escuchándonos se darán cuenta de que no somos peligrosos y se marcharán.

—¡Me siento ofendido, no, estoy indignado! ¡Dos palabras que nunca había utilizado, pero, por Dios, ahora vienen al caso! ¿Quiénes se creen que son? ¿Es por nuestra inclinación política? ¿Por nuestros amigos del estudio, por mis historias, porque soy productor? ¿Es por Tom Lee, porque es chino y amigo mío? ¿Eso lo convierte a él en una persona peligrosa o somos nosotros

peligrosos? ¿Por qué? ¿Por qué?

—A lo mejor alguien les ha dado una pista falsa y la están investigando. Si de verdad piensan que somos peligrosos, no puedes reprochárselo.

—Lo sé, lo sé, ¡pero se trata de nosotros! Me parece tan disparatado que me dan ganas de reír. ¿Se lo contamos a nuestros amigos? ¿Arrancamos los micrófonos, si los encontramos, y nos vamos a un hotel fuera de la ciudad?

—No, no, sigamos con nuestra vida de siempre. No tenemos nada que ocultar, así que lo mejor será hacer como que no existen.

—¿Que hagamos como que no existen? La primera vez que he abierto la boca para hablar esta noche he hecho un comentario político y tú me has mandado callar como si hubiera hecho estallar una bomba.

—Entremos, hace frío aquí fuera. Sé bueno. Dentro de unos días se irán. Después de todo, no somos culpables de nada.

—Vale, vale, pero, maldita sea, ojalá me dejaras entrar en ese garaje y destrozarles el equipo.

Dudaron antes de entrar en casa, en aquella casa extraña, y se quedaron un momento en la entrada mientras trataban de hilvanar un diálogo adecuado. Se sentían como dos actores aficionados en un montaje teatral provinciano. Era como si el técnico de iluminación de repente hubiera encendido demasiados focos, como si el público, aburrido, hubiera abandonado el teatro y, simultáneamente, los intérpretes hubieran olvidado su texto. Por lo tanto, no dijeron nada.

John se sentó en el salón e intentó concentrarse en el periódico hasta que se sirviera la cena. Pero la casa de repente parecía una caja de resonancia. El más leve crujido de la página de deportes o el humo que salía de la pipa sonaban como las crepitaciones de un inmenso bosque en llamas o el viento dentro de un órgano. El sillón gimió como un perro dormido cuando John cambió de postura y el roce de sus pantalones de tweed sonó como si fueran de papel de lija. De la cocina llegó un estrépito tremendo de sartenes golpeadas, de caída de botes, de puertas de horno que se abrían y se cerraban; llegó el rumor del gas al abrirse la llave

antes de encender el quemador y producir las llamas azules, y luego el silbido del fuego debajo de los alimentos inertes; y cuando los alimentos comenzaron a revolverse zarandeados por el agua hirviendo producían un ruido de chapoteo, un zumbido, un murmullo excesivo. Ninguno de los dos hablaba. Ella entró y se detuvo un momento junto a la puerta, miró a su marido y paseó la mirada por las paredes sin pintar, pero no dijo nada. John pasó de la página del fútbol a la de la lucha y la leyó entre las líneas, escrutando la blancura vacía y las manchitas del papel sin refinar.

En el salón sonó entonces un ruido ensordecedor, como el de una ola empujada hacia la costa por la tempestad y que rompía contra las rocas con una serie de explosiones gigantescas que retiñían en sus oídos.

¡Dios mío, pensó John, espero que no oigan mi corazón!

Su mujer le hizo un gesto para que sentara a la mesa. John dobló ruidosamente el periódico y lo dejó caer en el sillón con un plaf, luego caminó cautamente por la alfombra y arrastró la silla por el suelo desnudo de la zona del comedor. Mientras tanto, su mujer hizo tintinear la vajilla sacada en el último momento, fue a buscar una sopa que borboteaba como si fuera lava y puso una cafetera de filtro en la mesa, a mano. Marido y mujer se quedaron mirando el artilugio de plata, escuchando el gorgoteo que se producía en su garganta de vidrio, y lo admiraron por rebelarse contra el silencio, por decir lo que se sentía. A continuación sonaron el roce y el repiqueteo del cuchillo y del tenedor en el plato. Dio la impresión de que John iba a decir algo, pero su voz se atoró en su garganta junto con un poco de comida. Tenía los ojos fuera de las órbitas. Su mujer tenía los ojos fuera de las órbitas. Finalmente, ella se levantó, fue a la cocina y agarró un trozo de papel y un lápiz. Al regresar entregó a su marido la nota que acababa de escribir: «¡Di algo!».

Él garabateó una respuesta: «¿Qué?».

Ella escribió de nuevo: «¡Lo que sea! Rompe el silencio. Pensarán que pasa algo raro».

Se quedaron mirando con nerviosismo las notas que se habían escrito. Luego, John sonrió, se dejó caer contra el respaldo de la

silla y guiñó un ojo a su mujer. Ella frunció el ceño.

—¡Bueno, maldita sea, di algo! —espetó.

—¿Cómo?

—Maldita sea —repitió John—. No has dicho ni mu en toda la cena. Tú y tus cambios de humor. Estás así porque no quiero comprarte aquel abrigo, ¿verdad? ¡Bueno, pues no lo tendrás, la decisión es definitiva!

—Pero, yo no quiero...

John la interrumpió antes de que ella pudiera continuar.

—¡Cállate! No pienso discutir. ¡Sabes que no nos lo podemos permitir! Para decir tonterías, mejor no hables.

Ella se lo quedó mirando con perplejidad un momento, pero entonces se le dibujó una sonrisa en los labios y también le guiñó un ojo.

—¡No tengo nada que ponerme!

—¡Oh, cállate! —rugió él.

—Nunca me compras nada —protestó ella.

—Bla, bla, bla... No dices más que tonterías —respondió John.

Se quedaron callados y aguzaron el oído. El eco de sus gritos parecía haber restaurado la normalidad. La cafetera de filtro no hacía tanto ruido y el tintineo de los cubiertos se había atenuado. Suspiraron.

—Escucha —dijo John finalmente—, no vuelvas a hablarme así esta noche, por favor.

Su mujer resopló.

—Ponme un poco de café —dijo él.

A eso de las ocho y media el silencio se hacía de nuevo insoportable. Estaban sentados con rigidez en el salón. Mientras ella leía el último libro que había sacado de la biblioteca, él estaba preparando algunos anzuelos porque el domingo tenía planeado ir a pescar. De vez en cuando se miraban y abrían la boca para hablar, pero volvían a cerrarla y miraban a otro lado como si de repente hubiera aparecido la suegra de uno de los dos.

A las nueve menos cinco, John dijo:

—Vayamos al cine.

—¿Tan tarde?

—¿Por qué no?

—No te gusta salir entre semana porque estás cansado. Yo llevo todo el día en casa, limpiando. Me gusta la idea de salir un poco por la noche.

—¡Pues salgamos!

—Creía que estabas enfadado conmigo.

—Solo prométeme que no hablaremos de pieles de visón. Ve a buscar el abrigo.

—Está bien.

Enseguida regresó su mujer, arreglada y sonriente, y casi de inmediato salieron a la calle y se marcharon en el coche. Se volvieron para mirar su casa iluminada.

—Hasta la vista, hogar —dijo John—. Vayámonos lejos y no regresemos jamás.

—Nos falta valor para hacer una cosa así.

—Pasemos la noche en uno de esos moteles de mala reputación —sugirió él.

—Déjalo ya. Tenemos que regresar. Si pasamos la noche fuera, sospecharán.

—¡Que les zurzan! Me siento un idiota en mi propia casa. ¡No quiero saber nada de ellos ni de su grillo!

—Chinche.

—Da igual. Grillo. Recuerdo que, cuando era pequeño, se coló en casa un grillo. Casi siempre estaba silencioso, pero por la noche se ponía a frotar las alas y hacía un ruido infernal. Lo buscamos por todas partes, pero nunca lo encontramos. Debía estar en una grieta del suelo o en la chimenea, no sé. Durante las primeras noches no nos dejó dormir, pero luego nos acostumbramos a él. Estuvo por casa como medio año, creo. Entonces, una noche, cuando nos acostamos, alguien preguntó: «¿Qué es ese ruido?». Todos nos incorporamos en la cama y aguzamos el oído. «Ya sé qué es —dijo mi padre—. Es el silencio. El grillo se ha ido.» Y ya no volvimos a oírlo. Nunca supimos si se había muerto o si le había pasado otra cosa. Y nos sentimos un poco solos y tristes con aquel nuevo sonido en casa.

El coche recorría la carretera oscura.

—Tenemos que decidir qué vamos a hacer —dijo ella.

—Alquilaremos una casa nueva en algún sitio.

—No podemos hacer eso.

—Vayamos a Ensenada a pasar el fin de semana. Llevamos años esperando para hacer ese viaje. Nos irá bien. Supongo que no nos seguirán ni pondrán micrófonos en la habitación del hotel.

—El problema seguirá ahí cuando volvamos. No, la única solución que veo es que continuemos con nuestra vida tal como era una hora antes de que descubriéramos lo del micrófono.

—Me cuesta recordar cómo era. Me encantaba nuestra pequeña rutina. Ya he olvidado los detalles. Nos casamos hace diez años y desde entonces todas las noches han sido iguales, muy agradables, por supuesto. Llego a casa, cenamos, leemos o escuchamos la radio, nada de televisión, y nos acostamos.

—Dicho así suena bastante monótono.

—¿Para ti lo ha sido? —preguntó de repente John.

Ella le tomo del brazo.

—No exactamente. Pero me gustaría que de vez en cuando saliéramos más.

—Bueno, intentaremos arreglar eso. A partir de ahora, el plan es que, cuando volvamos a casa, hablemos sin tapujos sobre cualquier asunto político, social o moral. No tenemos nada que esconder. Yo fui *boy scout* de niño, y tú estuviste en el grupo de las jóvenes exploradoras; no me parece muy subversivo, sinceramente. Hablaremos sobre eso. Ya hemos llegado al cine.

Alrededor de la medianoche detuvieron el coche en el camino de entrada de su casa y permanecieron sentados dentro del vehículo, contemplando el gran escenario vacío que los esperaba. Finalmente John se revolvió en el asiento y dijo:

—Bueno, entremos y saludemos al grillo.

Aparcaron el coche en el garaje y rodearon la casa caminando hasta la entrada principal. En cuanto abrieron la puerta se sintieron sumidos en una atmósfera de expectación. Fue como entrar en un auditorio con un millar de espectadores invisibles que

contenían la respiración.

—¡Bueno, ya estamos en casa! —exclamó John elevando mucho la voz.

—Sí. Me ha encantado la película —dijo su mujer.

Habían visto una película pésima.

—¡Lo que más me ha gustado ha sido la música!

La música les había parecido banal y repetitiva.

—¡Sí! ¡Qué bien bailaba esa chica!

Sonrieron a las paredes. La chica a la que se referían era una treintañera patizamba con el coeficiente intelectual por los suelos.

—Cariño —dijo John—. ¿Por qué no pasamos la tarde del domingo en San Diego?

—¿En serio? ¿Vas a renunciar a tu día de pesca con tus amigos? Los domingos siempre vas a pescar con ellos —respondió voz en grito ella.

—Esta semana no iré. ¡Te quiero más que a nada en el mundo! —dijo John, y pensó, con tristeza, que parecían el dúo cómico Gallagher y Sheen intentando animar a un público indiferente.

Se pusieron a trajinar por toda la casa, vaciaron ceniceros, se prepararon para irse a dormir, cerraron puertas. John canturreó con una desafinada voz de barítono un par de estrofas del aburrido musical que habían visto y su mujer se unió al canto.

Una vez en la cama, con las luces apagadas, ella se acurrucó contra él, le puso una mano en el brazo y se besaron unas cuantas veces. Luego se besaron un poco más.

—Así está mejor —dijo John, y dio un largo beso a su mujer. Apretaron un poco más sus cuerpos y él le acarició la espalda. De repente ella se puso tensa.

«Por Dios, ¿y ahora qué pasa?», dijo John para sus adentros.

Ella pegó la boca a la oreja de su marido.

—¿Y si…? —susurró—. ¿Y si han puesto el grillo en el dormitorio?

—¡Jamás se atreverían a hacer eso!

—¡Chsss!

—Jamás se atreverían —susurró con rabia John—. ¡Hay que

tener mucho valor para hacer una cosa así!

Ella hizo el ademán de separarse de él. John intentó detenerla, pero su mujer no cedió y se volvió para darle la espalda.

—Capaces los veo de hacerlo —oyó John que musitaba su mujer. Y él se encontró varado en una playa blanca y fría mientras la marea bajaba.

«Grillo, esto no te lo perdonaré nunca», pensó.

Al día siguiente, martes, John fue temprano al estudio y tuvo un día muy ocupado. Regresó a casa antes de la hora acostumbrada, abrió la puerta enérgicamente y anunció su llegada con un efusivo «¡Hola, cariño!».

Cuando su mujer apareció en la entrada, la besó con fuerza, le dio una palmada en el trasero, le recorrió el cuerpo acariciándoselo, volvió a besarla y le dio un frondoso ramo de claveles de color rosa.

—¿Son para mí?

—¡Para ti!

—¿Es nuestro aniversario?

—No digas tonterías, no —dijo John—. Te las regalo porque sí.

—Oh, qué detalle. —Le brotaron lágrimas en los ojos—. Hacía tantos meses que no me regalabas flores...

—¿De verdad? ¡Supongo que es cierto!

—Te quiero —dijo ella.

—Te quiero. —John volvió a besarla.

Entraron juntos en el salón, tomados de la mano.

—Llegas temprano. Siempre te quedas a tomar algo con los chicos después del trabajo.

—¡Al diablo los chicos! ¿Sabes a dónde vamos a ir el sábado, cariño? En vez de mi siesta en la tumbona del patio iremos a ese desfile de moda al que querías llevarme.

—Creía que odiabas...

—Haré todo lo que tú quieras, amorcito mío. Y les he dicho a los chicos que no cuenten conmigo para ir a pescar el domingo. Pensaron que me había vuelto loco. ¿Qué hay para cenar?

Entró animadamente y sonriendo en la cocina, sacó cacitos y

cucharones de las ollas, removió, olió y probó todo lo que encontró, asintiendo con satisfacción.

—¡Pastel de carne! —exclamó al abrir el horno y echar un vistazo al interior—. ¡Mi plato favorito! —gritó fuera de sí—. ¡No lo preparabas desde junio!

—¡Sabía que te alegrarías!

John comió con gusto, contó algunos chistes y cenaron a la luz de las velas, con los claveles rosados que despedían un aroma a canela muy cerca de la mesa. Y para rematar una comida tan deliciosa, de postre había una tarta con la base de chocolate fría de la nevera.

—¡Tarta de chocolate! Se necesita tiempo y habilidad para preparar una buena tarta de chocolate.

—Me alegra que te guste, cariño.

Después de cenar, John ayudó a su mujer con los platos sucios. Luego se sentaron en el salón y escucharon juntos algunas de sus sinfonías favoritas, incluso bailaron algunos valses de *El caballero de la rosa*. Cuando el baile terminó, él la besó y le susurró en el oído, dándole unas palmaditas en la espalda:

—Esta noche, Dios nos asista, con grillo o sin grillo.

Empezó a sonar otra pieza musical. Se balancearon juntos.

—¿Lo has encontrado? —susurró John.

—Creo que sí. Junto a la chimenea, cerca de la ventana.

Se acercaron a la chimenea. La música sonaba muy alta cuando él se inclinó y apartó una cortina. Allí estaba, un ojito diminuto, negro y brillante, no mucho mayor que una uña. John y su mujer se lo quedaron mirando y luego comenzaron a retroceder. John fue a buscar una botella de champán, la descorchó y disfrutaron del vino espumoso.

La música resonaba fuerte en sus cabezas, en sus huesos, en las paredes de la casa. Él bailaba con la boca pegada a la oreja de su mujer.

—¿Has averiguado algo? —preguntó ella.

—En el estudio me han dicho que estemos tranquilos, que esos idiotas investigan a todo el mundo. Lo próximo que harán será pinchar el teléfono del zoo.

—¿Entonces no tenemos que preocuparnos de nada?

—Solo estar tranquilos, es lo que me han dicho en el estudio. Y no debemos tocar sus equipos. Nos podrían denunciar por causar daños a una propiedad gubernamental.

Se acostaron temprano, sonriéndose el uno al otro.

El miércoles por la noche John volvió a casa con flores para su mujer y la besó durante un largo minuto nada más entrar. Llamaron a una pareja de amigos inteligentes e ingeniosos y los invitaron a pasar la velada en casa tras decidir, mientras repasaban la agenda telefónica, que esos amigos dejarían anonadado al grillo con su repertorio e iluminarían la estancia con su brillantez. El jueves, John llamó por la tarde a su mujer desde el estudio por primera vez en meses, y por la noche le llevó una orquídea, más rosas, una bufanda que había visto en el escaparate de una tienda a la hora de comer y dos entradas para una prestigiosa obra de teatro. En cuanto a ella, el martes había preparado la tarta de chocolate siguiendo la receta de la madre de John y el jueves había hecho galletas con pepitas de chocolate y un pastel de crema de limón. Además había zurcido los calcetines de su marido, le había planchado los pantalones y enviado todo a la tintorería, cosa que no se había preocupado de hacer otras veces. El jueves, después de la función teatral, pasearon por la ciudad, volvieron tarde a casa, leyeron fragmentos de Eurípides en voz alta y se acostaron tarde, de nuevo sonriéndose. Al día siguiente se levantaron tarde y John llamó al estudio para avisar de que no podría ir hasta el mediodía porque se encontraba mal. Cuando salió de casa, cansinamente, John pensó que aquello no podía continuar así y volvió a entrar. Fue hasta el grillo que estaba junto a la chimenea, se agachó a su lado y dijo:

—Probando, uno, dos, tres. Probando. ¿Me oís? Probando.

—¿Qué haces? —gritó su mujer desde la puerta.

—Llamando a todos los coches. Llamando a todos los coches —dijo su marido, ojeroso y con el rostro pálido—. Soy yo el que habla. Sabemos que estáis ahí, amigos. Marchaos. Marchaos. Agarrad vuestro micrófono y largaos. No volveréis a oír nada de nosotros. Se acabó. Saludad a J. Edgar de mi parte. Cambio y

corto.

Su mujer se lo quedó mirando desde la puerta, con la cara blanca y horrorizada, mientras él pasaba junto a ella, inclinaba la cabeza y volvía a salir con paso resuelto a la calle.

Ella le llamó por teléfono a las tres en punto.

—¡Cariño, ya no está!

—¿El grillo?

—Sí, han venido y se lo han llevado. Un hombre ha llamado muy educadamente a la puerta y le he dejado entrar. Ha tardado un minuto en desinstalar el micrófono y luego se ha marchado sin decir ni mu.

—Gracias a Dios —dijo el marido—. Gracias a Dios.

—Se ha tocado el ala del sombrero a modo de despedida antes de irse —añadió su mujer.

—Muy cortés por su parte. Ya nos vemos luego —se despidió John.

Era viernes. Esa tarde John volvió a casa sobre las seis y media, después de quedarse a tomar algo rápido con los chicos. Entró por la puerta de casa leyendo el periódico, pasó por delante de su mujer, se quitó el abrigo y lo colgó maquinalmente dentro del armario, pasó junto a la cocina sin arrugar la nariz y se sentó en el salón a leer la sección de deportes hasta la hora de la cena, cuando su mujer le sirvió un sencillo plato compuesto por redondo de ternera y judías verdes, un zumo de manzana de aperitivo y gajos de naranja de postre. De camino a casa, informó a su mujer, había pasado por el teatro para devolver las entradas que había comprado para esa noche y la siguiente; además le dijo que podía ir al desfile de moda con las amigas, pues él tenía pensado pasar el sábado tumbado al sol en el patio.

—Bueno —dijo John a eso de las diez—. Esta vieja casa parece diferente esta noche, ¿no crees?

—Sí.

—Me alegro de que nos hayamos librado del grillo. Estaba volviéndonos locos.

—Sí.

Continuaron sentados un rato.

—Aun así —dijo ella poco después—, en cierta manera lo echo de menos. Lo echo mucho de menos. Creo que voy a hacer algo subversivo para que vuelvan a instalarlo.

—¿Cómo has dicho? —preguntó el marido mientras enrollaba un trozo de hilo en un anzuelo que había sacado de su caja de pesca.

—Nada —respondió ella—. ¿Por qué no nos acostamos?

Ella se fue a la cama primero. Diez minutos después entró el marido en el dormitorio, bostezando, y apagó la luz. Ella cerró los ojos mientras él se desnudaba en la oscuridad atenuada por la luz de la luna.

«Ya se ha dormido», pensó John.

Epílogo: metáforas, el desayuno de los campeones

Todos los años en París, cuando hago el trayecto desde el aeropuerto, le pido al conductor que se detenga en el Trocadero, una vasta explanada que domina toda la ciudad, con una vista espléndida de la Torre Eiffel.

Echo a correr por esa plaza, abro los brazos y grito para mis adentros: «¡He vuelto, París!».

Cuando me marcho de la ciudad, semanas más tarde, vuelvo a la plaza y, con lágrimas en los ojos, me despido: «Adiós, París».

Hace unos años, estaba lloviendo cuando recorrí la plaza al anochecer.

El conductor vino corriendo hacia mí para protegerme de la lluvia con un paraguas. Yo lo rechacé con estas palabras: «Usted no lo entiende. ¡Quiero mojarme!».

Lo mismo sucede con estos cuentos. Solo últimamente me he dado cuenta de que siempre he estado aguantando un chaparrón de metáforas. La gente intenta protegerme de esa sorprendente tormenta, pero yo sigo gritando: «¡No! ¿Quiero ahogarme!».

Por lo tanto, no he trabajado una sola hora en mi vida. Durante años he sufrido el bombardeo de metáforas, pero nunca supe lo que eran porque ignoraba el verdadero significado de esa palabra.

El reconocimiento de las metáforas llegó tarde, cuando comprendí que el noventa y nueve por ciento de mis cuentos eran pura imagen, influidos por el cine, las tiras cómicas dominicales, la poesía, los ensayos y los estallidos de Oz, Tarzán, Julio Verne, el faraón Tutankamón y las ilustraciones que las acompañaban.

Al mirar este libro vuelvo a darme cuenta de lo afortunado

que he sido por vivir cazando metáforas al vuelo.

Se repite la vieja pregunta: ¿De dónde sacas las ideas? O sería más apropiado preguntar: «¿Cómo te encuentran las ideas?».

Hace muchos años fundé una asociación de guionistas de cine. Una de las primeras películas que proyectamos fue la vanguardista *El año pasado en Marienbad*, una obra un tanto desconcertante. Durante el visionado, el proyeccionista por alguna razón se equivocó en el orden de los rollos y puso el número diez después del cinco. Nadie se percató. ¡Incluso hubo espectadores que afirmaron que la película era mejor que cuando la habían visto por primera vez dos semanas antes! ¿Es necesario que diga que un par de horas después fui corriendo hasta mi máquina y escribí el magnífico enredo cinematográfico de «Un dragón bailó a medianoche»?

«*Quid pro quo*» es casi una historia real. Cuarenta años después de mi primer encuentro con un joven y apuesto escritor de inmenso talento, ese mismo hombre volvió a aparecer en mi vida sin el vigor de antaño, convertido en un indigente loco y sin rastro de su talento, sin haber cumplido sus expectativas ni sus sueños. Me afectó tanto ese ejemplo de autodestrucción que al cabo de unas horas «*Quid pro quo*» había brotado de las yemas de mis dedos.

Hace algún tiempo escribí un poema titulado *Soy el residuo de la vida de mis hijas*, en el que aludía al hecho de que todos sus antiguos novios, amantes y prometidos seguían manteniendo el contacto conmigo mucho tiempo después de haber sido abandonados por mis hijas. Escribí «Sobras» como complemento de ese poema.

«El diecinueve» es una ofrenda de amor más a mi padre, que se jubiló para jugar al golf cinco días a la semana. Un día, al anochecer, me lo encontré junto a un campo de golf con un cubo, buscando pelotas perdidas. Esa escena me persiguió durante años. El fantasma de mi padre regresó el año pasado y tuve que devolverlo a su lugar de reposo.

En 1946 tomaba con frecuencia el tranvía de Venice los sábados a medianoche, y coincidía con los clientes del salón de

baile Myron que subían al tranvía para desplazarse a la costa. Todos eran hombres y mujeres ya entrados en años, con el cabello cano y ataviados con esmóquines y vestidos de noche. Algunos bajaban del tranvía solos. Otros se alejaban en la oscuridad en pareja. Cincuenta y cinco años después, yo mismo entrado en años y con el pelo blanco, sentí la necesidad de bajar del tranvía para descubrir el resto del viaje nocturno de una de esas parejas con «Después del baile».

En el instituto, cuando caían en mis manos ejemplares de la revista neorrenacentista *Coronet* (no podía permitirme comprarlas), arrancaba las fotografías de Stieglitz, Karsh y otros fotógrafos y escribía poemas inspirados en ellas. No sabía muy bien lo que hacía, solo acumulaba esas cosas para venerar la imagen pura.

Lon Chaney entró con fuerza en mi vida a los tres años con *El jorobado de Notre Dame*. Cuando volví a ver la película con diecisiete años, les dije a mis amigos que la recordaba de principio a fin. Ellos se burlaron de mí. Vale, les dije, hay tal escena, tal otra y tal otra. Vayamos a verla. Y fuimos a verla. Todas las escenas eran exactamente como las recordaba de mi tercer año de vida.

Lo mismo sucedió con *El fantasma de la ópera* y *El mundo perdido*. El fantasma interpretado por Chaney y los dinosaurios de Willis O'Brien me persiguieron durante toda mi infancia.

Chaney murió cuando yo tenía diez años, y la muerte como símbolo cayó en su tumba. Cuando se reestrenó su *Fantasma* aquel año, fui a verla con dolor, pensando que una molestia abdominal era apendicitis. Llorando, tenía que ver la película aunque muriera. Pero viví, y me alimenté de las metáforas de Chaney durante el resto de mi vida.

Unos años después trabé una amistad para toda la vida con Ray Harryhausen, que creaba metáforas de dinosaurios en su garaje y se convirtió en el animador de la técnica de fotograma por fotograma más importante de nuestra época. ¡Qué constante ha sido la presencia de la metáfora en nuestra formidable amistad!

El Gordo y el Flaco han inspirado tres de los cuentos que he escrito. Llegué a Dublín en octubre de 1953, y estando allí leí en el *Irish Times* el siguiente anuncio:

Solo hoy
En persona
Teatro Olympia
El Gordo y el Flaco

—¡Dios mío! —exclamé—. ¡Tenemos que ir!

—¡Ve tú! —dijo mi mujer.

Solo quedaba una entrada, en la primera fila, en el centro.

Me senté y contemplé con los ojos llenos de lágrimas cómo El Gordo y el Flaco representaban escenas extraídas de todos los años de mi vida.

Después de la función los vi en la puerta del camerino saludando a unos amigos. No quise entrometerme; disfruté de la escena y me marché.

Sus espíritus me acompañaron. Había escrito dos cuentos sobre Stan y Ollie. Y ahora he escrito el tercero para este libro.

En otras palabras, lo que una vez fue metáfora siempre lo será.

Aprendí más sobre mi yo interior del director de cine Sam Peckinpah, a quien le encantaba echarme vodka en la cerveza. Quería adaptar al cine mis novelas.

—Sam —le decía yo—, ¿cómo piensas hacerlo?

—¡Arrancaré las páginas de tus libros —me respondía él— y las meteré en la cámara!

Así que descubrí que a causa de toda una vida como obsesivo cinéfilo los pasajes más disparatados de mis novelas eran primeros planos y planos secuencia.

Con mi serie para la televisión *Ray Bradbury Theater* aprendí que podía trasladar directamente mis cuentos del libro a los guiones para la televisión.

Dentro de mi cabeza resonaban las palabras de Sam: «¡Mete las páginas en la cámara!».

Así pues, yo había digerido metáforas cinematográficas con la alegría que da la ignorancia y me salían películas.

Por otro lado, hablando claro, nunca he envidiado a otros escritores, solo he querido protegerlos. Muchos de los autores que

más admiro han tenido vidas desgraciadas o finales increíblemente trágicos. Tenía que inventar máquinas para viajar en el tiempo y protegerlos, o por lo menos decirles «te quiero». Esas máquinas están en este libro.

Y por fin está aquí ese chaparrón de imágenes sacadas de fotografías, películas, dibujos animados, encuentros que han acompañado una vida sin paraguas.

He sido muy afortunado de caminar bajo esas fuertes tormentas y acabar maravillosamente empapado y vivo para terminar este libro.

RAY BRADBURY
LOS ÁNGELES, ABRIL DE 2001

Algo más en el equipaje
Ray Bradbury

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *One More for the Road*

Diseño de la portada, OpalWorks

Copyright © 2002 Ray Bradbury

© Traducción: © Simon Saito Navarro

© Editorial Planeta, S. A., 2023
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2023

ISBN: 978-84-450-0101-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!